



CORAZONES

QUE VUELVEN A

LATIR

Claire Contreras

Phoebe

Claire Contreras

CORAZONES
QUE VUELVEN A
LATIR

Traducido por María José Losada



Phoebe

Título original: *Elastic Hearts*

Primera edición: septiembre de 2018

Copyright © 2015 by Claire Contreras

Published by arrangement with Bookcase Literary Agency.

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2018

© de esta edición: 2018, Ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-95-7

BIC: FRD

Diseño de cubierta: Calderón Studio

Imagen de portada: Photographee.eu/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

CAPÍTULO 35

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

*A cualquiera que piense que el amor solo existe en los cuentos de hadas:
El amor no tiene límites.
Cree en él.*

Dame un poco de tiempo o quememos esto.

Juguemos al escondite para cambiarlo.

Lo único que quiero es disfrutar del sabor que me dejen tus labios...

Ed Sheeran

PRÓLOGO

—No podemos volver a hacerlo —dijo él.

No eran las palabras que esperaba que salieran de su boca teniendo en cuenta que la última vez que estuve aquí me había gruñido mi nombre contra el cuello antes de decirme que guardara silencio para que nadie nos oyera. Parpadeé, tragué saliva y volví a parpadear, tratando de concentrarme en sus penetrantes ojos color avellana, que se clavaban en mi rostro como si quisiera asegurarse de que estaba entendiéndolo bien.

—Vale —susurré. Quería preguntarle por qué, pero guardé silencio. Conocía la respuesta. O, al menos, pensaba que la sabía. Así que intenté animarme; ahora nos haríamos amigos. Habíamos conectado un par de veces. No suponía un problema que acabara nuestra relación. En absoluto. Pero si ese era el caso, ¿por qué sentía como si me estuvieran arrancando el corazón?

—No es... —Empezó a hablar, pero hizo una pausa, suspirando mientras se pasaba la mano por el pelo. El mismo cabello en el que había hundido las manos hacía tan solo un par de semanas—. Iba a decir que no es por ti..., pero suena mal. Ya sabes por qué no podemos volver a hacerlo.

—Porque temes lo que podría pasar si mi padre se enterara —dije. Asintió, como me imaginaba. No estaría nada bien que el nuevo fichaje de la compañía fuera descubierto liándose con la hija del jefe, daba igual que ni siquiera nos hubiéramos conocido allí.

—Esto está mal —insistió—. Si no nos hubiéramos conocido de copas esa noche, jamás habríamos llegado tan lejos.

—Ya, lo entiendo —afirmé, sin querer escuchar las predecibles excusas que, estaba segura, iba a ofrecerme.

—Tengo que centrarme en mi carrera.

Tragué saliva. Recorrí sus facciones con la vista, grabándolas en mi mente, pues era lo único que me quedaba. En veinticuatro horas estarían borrosas en mi memoria. En veinticuatro días, se habrían desvanecido; tendría que entrecerrar los ojos y rebuscar entre los recovecos para recordar cuál era su aspecto, qué vestía, dónde habíamos estado. Lo único que quedaría serían su olor y la forma en la que me sentía cuando estaba con él. Importante, sexy, inteligente... Victor solo tenía cuatro o cinco años más que yo, pero eso era

algo que no conseguía con los chicos de mi edad.

—Acabas de terminar la universidad. Te queda toda la vida por delante —añadió.

—Lo sé. —Hice una pausa—. No tienes que estar aquí sentado largándome este sermón, lo entiendo todo.

Soltó un largo suspiro de alivio y cerró momentáneamente aquellos hermosos ojos que no volvería a ver brillar de pasión. Me pregunté incluso si había considerado preguntarme qué me parecería decírselo a mi padre. Seguramente no. Vic estaba demasiado involucrado con el trabajo. Le gustaba seguir las reglas, y en el fondo yo era consciente de que él nunca había querido nada más. Sabía que solo deseaba divertirse conmigo. No quería sentar la cabeza hasta construir su propio imperio sobre las mentiras que interpretaba para ganar casos.

Igual que mi padre.

Siempre había jurado que no me enamoraría de un tipo como él. Como ellos. Siempre había dicho que terminaría con alguien con el mismo estilo de vida que yo. Alguien que hiciera algo más que lo planeado o calculado. Alguien que siguiera sus sueños, sin importar lo locos que fueran. Los hombres como Victor no eran así. Se acababan consumiendo por el trabajo, por el trabajo real, no por sueños creativos y divertidos como los que yo tenía. Jamás encajaríamos. Tenía que convencerme: ¡jamás encajaríamos! Quizá si me lo repetía las veces suficientes me lo acabaría creyendo.

—Bien..., ha sido agradable. —Me levanté y fui hacia la puerta. Él también se puso en pie, pero se quedó detrás del escritorio, como si no tuviera ni idea de qué hacer. Solté un suspiro—. Acuérdate de regar las plantas —le aconsejé mientras miraba el pequeño bonsái que tenía encima de la mesa y que nunca recordaba regar.

—Lo haré. No deberías ir de nuevo a clases de tenis por si acaso —repuso.

Sonreí ante sus palabras. Me había torcido el tobillo unos meses antes, el día que fui a jugar al tenis con un amigo mío. Me había tomado el pelo de forma implacable porque no me había hecho el esguince jugando, sino al dar un salto, al pisar el borde de una fuente de agua. Un accidente muy poco normal.

Cerré la puerta y permanecí fuera durante un segundo, respirando hondo para llenarme los pulmones de aire, preguntándome si me habría comportado con la suficiente frialdad. Una vez me hube tranquilizado, me moví para ir al

set de rodaje de una nueva *sitcom* donde me habían contratado como sustituta de la diseñadora de vestuario, que estaba de baja por maternidad.

Cuando llegué, había repasado toda la historia con Victor y nuestra breve relación en cuarenta y cinco minutos. Había tratado de pensar y averiguar en qué momento se había dado cuenta él de que no funcionaría. ¿Fue el día que estuvimos en aquella cafetería del centro y nos encontramos con un amigo suyo? Me había presentado como una amiga —lo que era—, pero su tono implicaba que podíamos llegar a ser mucho más. ¿Sería por mi edad? ¿Por la de él? Habíamos hablado sobre el matrimonio y las relaciones, y ambos sentíamos aversión hacia ambas. Uno de los dos lo había dicho en serio; el otro había mentado todo el rato, porque yo sí quería una relación con todas sus consecuencias y objetivos a largo plazo.

Aparqué el coche y saludé al encargado al entrar, y en esos segundos en los que lo miré por encima del hombro, tropecé con la persona que salía.

—Lo siento —me dijo el hombre, arrastrando las palabras con un leve acento sureño que no había escuchado más que en las películas. Subí la mirada lentamente por su cuerpo hasta su rostro, y allí me quedé atrapada por sus llamativos ojos azules. ¡Santo Dios! Era la definición de «Hollywood».

—No pasa nada. Estaba distraída. —Intentamos no volver a chocar tres veces más, fracasamos y nos reímos—. Lo siento —dije de nuevo, con las mejillas encendidas.

—El destino debe de querer unirnos —comentó con una encantadora sonrisa—. Soy Gabriel —se presentó, bloqueando la puerta por completo.

—Yo, Nicole —repuse, con el corazón acelerado.

—¿Eres actriz? —preguntó. Negué con la cabeza.

—Diseñadora de vestuario.

Asintió lentamente, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Nueva?

—Es mi primer día.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho —reconocí, aunque sonreí. Él me abrió la puerta.

—Te prometo que no mordemos —aseguró con una sonrisa de oreja a oreja—. Bueno, al menos algunos no lo hacemos.

Entré riéndome. Durante el resto del día y la semana, Gabriel encontró la forma de verme en todas partes, y eso hizo que todos los pensamientos sobre Victor comenzaran a desvanecerse. Como debía ser. Victor y Nicole habían

terminado. Tenía que aceptarlo, y el encanto de Gabriel fue suficiente para que lo hiciera.

1

VICTOR

Nicole Alessi rara vez visitaba el bufete últimamente. Podía contar con los dedos de las dos manos la cantidad de veces que había venido, y seis de ellas habían sido antes de anunciar su compromiso. Una de las últimas ocasiones fue después de que el anillo adornara su dedo. La vi de pasada, y ella se aseguró de alejarse de mí lo antes posible. Como si fuera a llevarla a mi despacho y hacer con ella lo que quería mientras su alianza me miraba con furia, recordándome que pertenecía a otra persona. Para mí las cosas estaban bien así. No me sentía herido por su compromiso, solo me había pillado desprevenido. Un día hablábamos sobre que solo se casaban los locos y al siguiente se había convertido en una de esos chiflados. No me lo esperaba, no me había dado ninguna señal de que quisiera algo más... De mí, de la vida..., de nada.

A pesar de que ese barco había zarpado hacía cinco años, o, más exactamente, nunca había llegado a salir, oír su nombre en el bufete me puso alerta. Todos, desde mi secretaria hasta la recepcionista, cuchicheaban sobre la guapísima Nicole, la esposa del apuesto Gabriel Lane, que venía de visita como si formara parte de la realeza de Hollywood. Y quizás así fuera. Me había esforzado en no saber de su paradero. ¿Qué importancia tenía, de todas formas? Y como sabía que ella iba a venir, me dediqué a hacer averiguaciones sobre Sam Weaver, un atleta portentoso al que llevaba un divorcio en el que se manejaban grandes cifras. Le había hecho más preguntas que en un examen de acceso a la universidad, y todavía seguía sin ser sincero conmigo.

Que mis clientes quisieran que los representara ante el juez sin darme toda la información que les pedía y esperaran que ganara era algo inexplicable para mí. Mi concentración se vio interrumpida por un fuerte golpe en la puerta del despacho, que se abrió antes de que diera permiso para ello. No fue necesario que apartara la mirada de la pantalla para saber que se trataba de William. Era el único con las suficientes pelotas para hacerlo. También ayudaba que fuera mi jefe y el dueño del edificio.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté mientras revisaba la última noticia publicada en la web de TMZ sobre Sam y su encuentro no con una, sino con dos prostitutas. Aparté la vista de la pantalla cuando noté que Will se acercaba a mí sin decir una palabra. Tenía en la cara esa expresión, la que me decía que estaba a punto de pedirme algo que sabía que yo no querría hacer. Como cuando me pidió que me encargara de un caso de divorcio de dos estrellas del porno, algo que con dieciséis años me habría dado mucho morbo, pero que con treinta y uno me había tenido demasiado ocupado usando desinfectante cada vez que me acercaba al lugar de trabajo de mi cliente.

—Joder... —musité antes de elevar la voz—. Escupe lo que sea.

Will se rio entre dientes mientras se desabrochaba el traje para sentarse delante de mí. El hecho de que no dijera nada y se sentara para discutir el tema hizo que empezara a sonarme una sirena de alarma en los oídos. Así que le presté toda mi atención.

—Sabes que eres el mejor abogado del bufete —empezó. Me mantuve en silencio; sabía que no podía despedirme, pero comenzar así una conversación solo podía significar que... El corazón me dio un vuelco ante la mera idea—. Tu valía ética es envidiable. Eres comedido, un cabrón arrogante, pero de alguna forma mantienes un nivel de humanidad con los clientes.

—A menos que estés a punto de arrodillarte y proponerme algo, creo que deberías dejar de andarte con rodeos y preguntar claramente lo que quieres en vez de ponerme esa cara de «Victor, por favor, no dejes la firma después de lo que voy a decirte» —solté, porque comenzaba a sentirme incómodo por cómo me miraba con esos ojos azules.

Lo vi sonreír.

—Quiero hacerte socio —dijo.

Lo miré boquiabierto.

Esas tres palabras...

La razón de mi existencia.

Reprimí mis emociones antes de que me sobrepasaran y me recliné en el asiento

—¿En serio? ¿Y Bobby? —Los padres del viejo Bobby eran amigos de siempre de los de Will, lo habían contratado un año antes que a mí. Incluso aunque yo fuera mucho mejor abogado que él, no podía creer que no le diera a Bob una oportunidad previamente.

—Ya he hablado con él sobre esto al detalle. Sabe lo que te voy a proponer y está de acuerdo en que estás mejor preparado que él.

—Más preparado... para ser socio —insistí: necesitaba la confirmación.

—Para ser socio, y para el trabajo que necesito que hagas para ser socio. — Lo dijo con una amplia sonrisa, pero se me aceleró el corazón. ¿Qué cojones iba a pedirme este hombre?

—¿De qué se trata esta vez? ¿Un actor necesita que lo represente porque su esposa lo quiere cruzar en el divorcio después de que lo sorprendiera montándose con la niñera?

—No exactamente, pero, bueno..., se parece —confirmó. Su sonrisa desapareció y se puso serio—. Necesito que lleves el divorcio de Nicole.

Parpadeé.

«¿Qué? Ni hablar».

Negué con la cabeza mientras tragaba saliva. No era frecuente que me quedara sin palabras, pero esto era...

—¿Nicole se va a divorciar?

—Sí, y, como es obvio, no puedo ser su abogado. Así que me gustaría que tuviera la mejor alternativa posible.

«Es decir, tú. Lo siguiente mejor. Es un gran elogio por parte de William».

Cerré los ojos durante un momento, pero entonces volví a acordarme del día en el que ella apareció en el bufete y Will me la presentó como su hija. De repente, había querido que me tragara la tierra. Bien podría haber ocurrido, porque había sentido como si mi carrera hubiera comenzado a hundirse, ya que en ese momento me había empezado a ahogar con los vívidos recuerdos en los que me liaba con ella en el cuarto de baño de uno de los clubes nocturnos más populares de Los Ángeles. Así que no me había sentido demasiado feliz de conocerla. Ella había sonreído, como si no pasara nada, pero el rubor que había cubierto su rostro y su cuello había dicho algo muy distinto. Me había fijado en cómo había abierto los ojos al verme, como si tuviera que acostumbrarse a mi aspecto en la vida real, fuera del pub oscuro y del cuarto de baño tenuemente iluminado. Y cuando ese recuerdo me recorrió de pies a cabeza, mi polla volvió a la vida, regresando al mismo estado que había tenido la semana anterior, cuando coqueteaba conmigo.

Me había prometido a mí mismo que no me liaría con ella de nuevo, pero, sin saber cómo, las bronceadas piernas de Nicole se separaron ante mí sobre este mismo escritorio, y me había vuelto adicto a la forma en la que echaba la

cabeza hacia atrás y a cómo decía mi nombre, con ese ligero acento hispano, con independencia de lo que le había hecho a mi cuerpo.

Tragué saliva, me aclaré la garganta y respiré hondo.

—No puedo hacerlo —logré decir.

—¿Es por el caso de Sam Weaver? Si no quieres tener tanto trabajo, puedes pasárselo a Bobby. Te quiero disponible para Nicole.

«Te quiero disponible para Nicole».

Nicole, la chica que supe que podía ser mi perdición la primera vez que la vi. Nicole, cuyos ojos azules contenían una promesa picante cada vez que me miraba. Nicole, que me había jurado que estaba totalmente en contra del matrimonio, un juramento que supe que era falso cuando apareció publicada la noticia de su compromiso. Nicole, que había tejido a mi alrededor una poderosa red con su comportamiento desenfadado y sus comentarios divertidos, capaces de rivalizar con los que salían por mis labios. Nicole, cuya maldita boca había sido hecha por los dioses para ser besada y no se había acercado a mí durante al menos cinco años. Respiré hondo, tratando de olvidarme de todo eso. Will no tenía ni idea de lo que me estaba exigiendo.

—¿Te lo ha pedido ella?

—No. No lo sabe. Llegará en breve. Primero quería avisarte a ti. Pero, Victor, hazlo, hazlo bien, y luego te haré socio.

«¡Joder!». La puta razón de mi vida. Esas palabras —ser socio— eran demasiado tentadoras para no aceptar. Eran la única razón por la que trabajaba tantas horas extras.

—Vale.

—¿Lo harás?

—Sí.

Ahora solo tenía que asegurarme de no hacer nada con ella en el proceso, porque eso me llevaría a perder mi licencia.

2

NICOLE

—El divorcio apesta —dije por enésima vez desde que había comenzado este suplicio. No era que tuviera que convencer a nadie: la gente no se casa pensando que va a divorciarse. A pesar de que mis padres se habían divorciado y de que mi padre era abogado matrimonialista, nunca me había imaginado a mí misma en esa tesitura. Siempre había jurado que si me casaba sería para siempre, pero eso fue antes de que los votos se convirtieran en promesas tristes y frías. Antes de que el juramento en sí mismo consiguiera que quisiera hacerme un ovillo cada vez que pensaba en mi marido, un hombre que se estaba distanciando de mí por lo que abusaba del alcohol y de las pastillas que tanto le habían empezado a gustar durante los dos últimos años. Antes de que todo se fuera a la mierda. Y por eso me encontraba hablando con el nuevo guardia de seguridad cañón que mi futuro exmarido me había asignado.

—¿Preparada? —preguntó Marcus. Marcus. Incluso su nombre resultaba sexy. La primera vez que lo vi, me pregunté si el agente de Gabe lo habría elegido así a propósito, quizá para intentar que me liara con él y dejara en paz a mi marido. O quizá para ver si, enrollándome con él, el divorcio no me parecía tan mala opción.

—Es un prepotente, ¿sabes? —respondí. Los ojos castaños de Marcus buscaron los míos en el retrovisor sin ningún rastro de diversión o entendimiento.

—¿Perdón?

—Hablo de Gabriel. Es un prepotente. Cree que contratando a un guardaespaldas tan sexy como tú el divorcio será un golpe menos fuerte. Pues voy a decirte algo, Marcus. Soy yo la que está ocupándose de toda la mierda del divorcio. Yo. Y quien se dedica a visitar a los abogados e intenta resolverlo lo más discretamente posible por su bien. ¿Y sabes por qué? No es por que sea una buena persona, sino porque todavía tengo sentimientos, y él es un gilipollas de campeonato. Que me haya puesto un chofer imponente no va a hacer que me olvide de eso.

Marcus arqueó sorprendido sus cejas rubias. No estaba segura de si alegrarme por su silencio después de que hube soltado todo eso o cabrearme porque no parecía tener absolutamente nada que añadir mi discurso. Odiaba que la gente no protestara en solidaridad conmigo.

—No lo conozco personalmente, pero es quien me paga, así que no sé qué debo responder a eso —dijo—. Toca la ventanilla en el momento en el que estés preparada para salir. —Abrió la puerta y atravesó el enjambre de *paparazzi* que aguardaba mi llegada.

Estaba segura de que esperaban verme llorar; si era así, iban a tener que instalar una tienda de campaña junto a la ventana de mi dormitorio para poder pillarme. Reconduje mis pensamientos mientras veía a Marcus rodear el vehículo. Como me había dicho, se quedó de pie junto a la puerta, de espaldas a mí. Me alisé el pelo y respiré hondo mirando con horror a la multitud de fotógrafos.

De todas las cosas que Gabe tenía que soportar a diario, esta era la única a la que jamás me había acostumbrado. Cuando andaba sola, rara vez me seguían, pero si se daban cuenta de que él estaba cerca, iban a por nosotros. Nos perseguían incluso los ratos que estábamos con mis ahijados, que lloraban porque odiaban el destello de los *flashes* y las agresivas preguntas.

Dejé que pasaran un par de segundos antes de dar tres golpes en la ventanilla. Marcus me tendió la mano para ayudarme a salir del vehículo y bloqueó a un fotógrafo que se acercó apresuradamente.

—¡Nicole! ¿Cómo te sientes al conocer los rumores de que Gabriel está saliendo con Lina, su nueva compañera de reparto?

—¡Nicole! ¡Aquí! Estás guapísima hoy. ¿Vas a solicitar el divorcio?

—¿Piensas presentar cargos contra Fey Winters por destrucción de la propiedad?

—¿Crees que Gabriel se merece una segunda oportunidad?

—¿Es cierto que está liado con la niñera de tu mejor amiga?

Nunca, jamás, dejaba aflorar a mi cara ninguna emoción mientras caían sobre mí para hacerme fotos en estas circunstancias, pero esa última pregunta consiguió que frunciera el ceño. «Mi mejor amiga no tiene niñera». Estaba segura de que manipularían ese ceño fruncido para explicar que estaba hecha un desastre cuando había ido a visitar a un abogado matrimonialista, pero ¿a quién importaba? Era obvio que algún empleado de Gabe, seguramente su agente, había llamado a los *paparazzi* para informarlos sobre mi paradero.

Para hacerme parecer la mala, por supuesto. La vieja historia de Hollywood: la persona menos popular siempre era la culpable.

Me alegré cuando Marcus abrió la puerta del edificio y pudimos alejarnos de las incesantes preguntas, aunque fueron reemplazadas al instante por la voz de la recepcionista.

—Tu padre me ha dicho que ibas a venir, pero no le he creído. ¿Es cierto lo que se comenta en los blogs de chismes sobre Gabriel y la separación? —me preguntó.

Traté de tragarme el dolor y de sonreír con tristeza, pero no fui capaz de curvar los labios hacia arriba, y el sufrimiento me puso un nudo en la garganta. Asentí con la cabeza; fue un gesto leve, lento... mientras miraba hacia abajo. Siempre me había sentido segura de mí misma. De mi cuerpo, de la elección que había hecho en la universidad, de mis pensamientos, de mi inteligencia. Incluso después de que Gabe comenzara a salir con más frecuencia sin contar conmigo para sus planes, de que se hubiera vuelto frío y distante y de que prefiriera beber o quedarse en los pubs más tiempo del necesario, no había dudado de mí misma. Hasta que no comenzaron a correr rumores de infidelidad no empecé a flaquear, luego se me rompió el corazón. Y sentí como si hubiera pasado por una licuadora cuando los *paparazzi* se pusieron a perseguirme, a plantarme las cámaras delante de la cara y a abrumarme con sus preguntas.

Sin embargo, eso había sido antes. Ahora volvía a disfrutar de la confianza en mí misma. O al menos la que tenía era superior a la que había poseído a lo largo del año pasado. Habíamos guardado en secreto que nos divorciábamos, pero en el momento en el que los documentos se filtraron, nos vimos obligados de repente a enfrentarnos a los medios de comunicación, lo que había resultado ser una pesadilla. Me habían instruido semana a semana sobre qué debía decir, o, más bien, qué no debía decir. El publicista de Gabe había hecho una declaración anunciando que estábamos intentando salvar nuestra relación. El propio Gabe, que siempre estaba frente a una cámara, me puso por las nubes al tiempo que afirmaba lo comprometido que se sentía con sacar adelante el matrimonio. Yo lo había mirado durante todo el rato con asombro. Al principio, me lo creí. Compré todo lo que estaba diciendo y haciendo: a fin de cuentas, era un grandísimo actor. Pero eso fue entonces: ahora ya me había cansado de tantas mentiras.

—Lo siento —dijo Grace en voz baja, ya sin sonreír—. Parecía tan felices

juntos...

—Gracias —repuse. «Gracias» no parecía la palabra correcta en ese momento, pero estaba acostumbrada a chicas como Grace, jóvenes cuyo corazón asomaba a sus ojos. Yo también había sido así una vez. Lo era cinco años atrás.

—¿Mi padre está en la sala de reuniones?

Me miró sorprendida durante un instante antes de moverse en esa dirección.

—Oh, sí, lo siento. Pero la han cambiado de ubicación. Deja que te enseñe dónde está ahora.

Cuando abrió las grandes puertas de madera, ni siquiera tuve tiempo de echar un vistazo y apreciar la decoración —seguramente obra de mi madrastra—, porque en cuanto entré, mi mirada se detuvo en Victor Reuben. Victor, con un traje azul marino que gritaba sofisticación a los cuatro vientos. La chaqueta a medida insinuaba los anchos hombros y los duros músculos que sabía que había debajo. Su expresión era neutra, aunque la certeza de que me estaba mirando había conseguido que el corazón se me acelerara. Llevaba años sin verlo; sin embargo, mi cuerpo lo recordaba perfectamente. A él, a sus grandes manos y la forma en la que me sujetaban. Su profunda risa, que había provocado que mi corazón se detuviera las pocas veces que llegué a oírla. Cómo decía mi nombre, como una maldición en voz baja, con un murmullo que indicaba que sabía que no debería mirarme ni mucho menos dejarnos llevar como lo habíamos hecho, pero no había podido resistir la tentación.

Tragué saliva para borrar aquellas imágenes de mi mente. Me hubiera encantado decir que haber estado casada con una de las estrellas más famosas del mundo había atenuado mi lujuria por ese hombre, pero estaría mintiendo. Era posible que fuera yo la que se casó, pero, para mí, siempre sería Victor el que se escapó. A pesar de que sabía que en el fondo no habíamos llegado a salir juntos, y de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi, la forma en la que me acariciaban sus ojos me hacía arder a fuego lento. Como si hubiera sido esa misma mañana cuando me tuvo contra la pared. Me estremecí ante el recuerdo, y sus ojos se calentaron en respuesta.

—Nic, no te he oído entrar —dijo mi padre, levantándose de la silla que ocupaba junto a Victor.

Cuando se acercó y me abrazó, volví a sentirme como si tuviera siete años, y me apoyé en su cuerpo. Mi padre no era mucho más alto que yo, pero sí lo

suficiente como para que yo pudiera apoyar la cabeza cómodamente en su hombro. Dejé allí la mejilla durante un par de segundos, inhalando el familiar olor a tabaco y a su loción para el afeitado, mientras miraba a Victor, que me observaba inmóvil, inflexible, de una forma inquietante.

—No sé si recuerdas a Victor —dijo mi padre antes de besarme en la mejilla y alejarse de mí. Casi me reí. ¿Si recordaba a Victor? ¡Dios mío! ¿Cómo iba a olvidarlo? Él se puso en pie, aunque no se acercó a saludarme, y me alegré de la distancia que mantenía entre nosotros. Después de la semana, el mes y el año que llevaba, no creía que pudiera resistir tocarlo, aunque se tratara de un simple apretón de manos.

—Por supuesto —reconocí con una sonrisa.

Era algo más alto de lo que recordaba, con los hombros más anchos. Tenía el pelo un poco más largo, un poco más claro, y exhibía una barba incipiente que antes no llevaba. Pero sus ojos color avellana todavía insinuaban placeres y sexo salvaje, y el recuerdo de todo lo anterior hizo que me sonrojara y que mirara hacia otro lado. Había estado casada con una estrella de Hollywood durante los cuatro últimos años y medio, y todavía podía decir con sinceridad que no había conocido a un hombre más seguro de sí mismo que Victor Reuben.

—Encantado de volver a verte —dijo Victor educadamente.

—Lo mismo digo —respondí. Tuve que aclararme la garganta al ver que mi voz sonaba más ronca de lo normal.

—Ven aquí, siéntate —me indicó mi padre al tiempo que me llevaba al otro lado de la habitación.

Se sentó a la cabecera de la mesa, con Victor a su izquierda y yo enfrente de este. Mantuve la mirada fija en mi padre, con la esperanza de terminar la reunión sin sucumbir a la distracción que suponía el hombre que tenía delante. Ni siquiera me pregunté por qué estaba presente. A mi padre le gustaba tener gente a mano para intercambiar opiniones profesionales durante las reuniones con sus clientes, y me sentía feliz de obtener la mejor defensa posible durante el divorcio.

—Tenemos que presentar más papeles —comentó mi padre.

Asentí con la cabeza, tragándome el nudo que amenazaba con formarse en mi garganta al oírlo. Odiaba muchas de las cuestiones que implicaba el divorcio, pero sentirme un fracaso como esposa, como mujer, era lo peor.

—¿Has hablado con Gabriel después de que se filtraran los documentos a

los medios?

Asentí de nuevo.

—Hablé ayer con él.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Está preparado para seguir adelante? —me preguntó mi padre. Gabe actuaba como si el hecho de que me representara mi padre fuera un shock para él. Sin embargo, no lo era para nadie más, así que no estaba segura de si estaba realmente conmocionado o solo quería solucionarlo como si fuera algo ajeno; estaba claro que no quería quebraderos de cabeza. Cuando bajé la mirada a la mesa, mi padre me cubrió la mano con la suya.

—No pasa nada, cariño. Es algo de lo que tenemos que hablar.

Respiré hondo y me sequé los ojos antes de hablar. Era muy consciente de la presencia de Victor. No quería que me viera llorando, herida o débil. Yo no era así. Nunca lo había sido, pero hablar sobre este tema mientras mi padre intentaba tranquilizarme era difícil, y temía no poder soportarlo.

—Ha estado de acuerdo con que ponga en marcha el divorcio y ha añadido que sabía que le iba a hacer pagar lo que me hizo. Que era consciente de que en el momento en que las cosas se pusieran difíciles, lo dejaría —susurré—. Que no iba a poder lidiar con la realidad de su vida.

Me estremecí al ver que mi padre golpeaba la mesa de madera con la mano libre. Luego se levantó.

—Por eso no puedo ocuparme yo. Si me tropiezo con ese bastardo en la sala, lo estrangularía con mis propias manos. Lo mataría ahora mismo si lo viera en este momento.

Parpadeé, confundida. Miré a Victor, que me estaba estudiando con intensidad, y luego clavé los ojos en mi padre.

—¿A qué te refieres con que no puedes ocuparte tú?

—Será Victor quien lleve el caso. Es el mejor abogado del bufete, cariño —dijo mi padre—. Será como si te estuviera defendiendo yo mismo. Palabra.

«Palabra». Cerré los ojos: era algo que solo decía cuando estaba seguro de que no iba a decepcionarme. Al volver a abrirlos, miré a Victor; su mandíbula cincelada y sus ojos hipnotizadores, ese pelo suave en el que me había encantado hundir los dedos. Intenté con todas mis fuerzas no recordarlo, no acordarme de las bromas y pullas que nos lanzábamos después de que cerrara la puerta de su despacho y rodeara su escritorio poseída por la lujuria —por la necesidad y el deseo—, con un ansia que no se detendría hasta que lo

tuviera.

No debía haberle dicho nada a mi padre sobre nosotros, porque, si lo hubiera hecho, probablemente estaría buscando otra firma en vez de representándome en el divorcio. Mi padre tenía unas ideas extrañas sobre mezclar trabajo y vida personal. A pesar de eso, sabía que Victor era muy buen abogado, quizá el mejor. Algunas de mis amigas lo habían contratado para que se ocupara de sus divorcios, y pondrían la mano en el fuego por Victor Reuben. No dudaba de sus habilidades, solo de que pudiera superar esto sin complicarnos las cosas a los dos, porque cuando se trataba de nosotros, todo se nos iba de las manos. O al menos así era antes. Quizá él había pasado página, a juzgar por la indiferencia que mostraba.

—¿Cuánto tiempo llevará poner fin a esto? —le pregunté a Victor.

—El proceso que ha comenzado suele llevar unos seis meses. Suponiendo que él esté de acuerdo y que no nos dé problemas. Y si él no lo está..., siendo tan terca como eres, no debería tardar mucho en avenirse a razones.

Mi padre se rio al ver que mencionaba mi terquedad, y Victor lo miró sonriente mientras buscaba mis ojos.

—Sea como sea, haré todo lo posible para asegurarme de que todo sea lo más sencillo posible. Estoy a tu entera disposición. Da igual lo que necesites y cuándo lo necesites, estoy aquí —se ofreció, posando brevemente la vista en mi boca y en mi escotado vestido para luego volver a mis ojos y contemplarme con una intensidad que me puso la piel de gallina.

¿Cómo sería tenerlo a mi entera disposición? Estaba segura de que era algo que no ocurría a menudo. No parecía de esa clase de hombres. En ese momento sonó el móvil de mi padre, que se levantó y se disculpó. Miré por encima del hombro cómo se retiraba y me volví hacia Victor.

—¿Qué coño te pasa?

—¿A qué te refieres? —me preguntó, empujando la mesa para apoyar el tobillo sobre la rodilla. Era una actitud totalmente casual, como si estuviéramos a punto de hacer un comentario sobre el clima.

—¿Por qué has aceptado?

—¿Por qué he aceptado hacer mi trabajo? —preguntó; parecía divertido—. Vamos a ver... Por un lado me gusta, y luego está la parte de que estudié en la facultad de Derecho durante varios años, y, bueno, sí, lo más importante: me pagan por hacerlo.

Si no lo conociera, o no lo conociera tanto como creía, me habría sentido

irritada.

—¿Le has dicho a mi padre algo sobre nosotros?

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros. Ya sabes... —repetí, mirándolo fijamente.

—No hay un nosotros, Nicole. No lo ha habido nunca. Éramos amigos, tuvimos sexo, pero eso fue todo. Pensaba que había quedado claro.

No había acritud en su tono ni en las palabras que usaba. Lo dijo con dulzura, como si estuviera hablando con un niño o tratando de calmar a una ex después de una ruptura. Evidentemente, yo me encontraba en un estado demasiado sensible y todo me afectaba. Si no hubiera sido así, sus palabras me habrían resbalado, algo que no ocurrió. En realidad, me dolieron un poco. Yo me había largado sin mirar atrás y me había casado. Aunque tampoco era que esperara que le importara. Lo observé durante un rato. No parecía que le hubiera afectado, y, llegados a ese punto, ¿qué más daba?

—Tienes razón —solté una vez que reagrupé mis ideas, sin apartar la vista de él—. Entonces, ¿ahora qué hacemos?

—La cuestión principal es: ¿firmasteis un acuerdo prenupcial?

—Por supuesto.

Mi padre era abogado matrimonialista. ¿De verdad pensaba Victor que me hubiera dejado casarme sin establecer un acuerdo previo? Leyó mis pensamientos de forma correcta, porque asintió.

—Le pediré a Corinne que me lo traiga —anunció, abriendo la carpeta que tenía delante y anotando algo allí antes de levantarse y rodear la mesa.

—Estando aquí te lo explicaré mucho mejor —dijo sentándose a mi lado. Me envolvió el olor de su colonia, e hice lo posible para inhalarlo en pequeñas dosis, respirando de forma rápida y breve al tiempo que me concentraba en los papeles que me había colocado delante.

—¿Nic? —preguntó en voz baja, cerca de mi oreja. El corazón me dio un vuelco.

—¿Sí? —susurré.

—Vas a tener que aprender a respirar cuando estés cerca de mí. Vamos a trabajar mucho tiempo juntos.

Giré la cabeza hacia él, que retrocedió un poco para dejar cierta distancia entre nuestras caras.

—Eres un creído —le dije.

—Eso me han dicho.

—Continuemos —respondí, haciendo lo posible para no poner los ojos en blanco.

Entonces, Victor me dijo cómo sería el proceso y estudiamos juntos cada página. No me interesaba conocer los detalles; sabía que él velaría por mis intereses y que yo no tendría ni que molestarme, pero escuché de todas formas. Se inclinó sobre mí y señaló los puntos donde tenía que firmar, mientras yo me preguntaba cuántas mujeres habían sentido la calidez de su pecho contra el hombro. Cuando terminamos, retrocedió, recogió los papeles y regresó al lugar en el que había estado sentado antes.

—Bueno, ya hemos terminado con esta parte —informó volviendo a acomodarse. Luego sacó una libreta de tamaño folio—. Ahora vamos a repasar todo lo que debo saber. ¿Cuántas casas propias tienes? Y por propias me refiero a cuántas tienen tu nombre en su título de propiedad.

—Dos. Una casa en Calabasas y un apartamento en Nueva York.

—¿Y también son propiedad de Gabriel?

—Sí.

—¿Alguno de los dos se ha mudado de su residencia habitual?

—No.

Dejó de escribir y me miró.

—¿Alguno planea mudarse pronto?

—No lo sé.

Dejó el bolígrafo a un lado y entrelazó los dedos sin dejar de mirarme.

—¿Has discutido algo de esto con Gabriel?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque está en Canadá filmando una película y yo estoy en un plató, trabajando en otra producción.

—¿Todavía te dedicas al diseño de vestuario?

Asentí con una sonrisa al ver que se acordaba. Mi trabajo era lo único que me mantenía cuerda últimamente. En realidad, impedía que me volviera loca desde hacía bastante tiempo. El trabajo y el vino eran lo que hacía que todas las casadas infelices mantuvieran la cordura en todas las partes del mundo.

—Bien. Repasemos la línea temporal. —Deslizó la libreta y el bolígrafo hacia mí—. Quiero que escribas la fecha de tu boda, y cualquier otra que recuerdes y que consideres importante, da igual que sea buena o mala.

Hice lo que me pidió; apunté el día en el que me casé, y más o menos los momentos en los que habían ocurrido otras cosas, aunque no había llevado un diario en el que anotara cada evento de mi vida. Ahora deseé haberlo hecho. Al terminar, le devolví a Victor el boli y el cuaderno.

—¿Te quedaste embarazada? —me preguntó mientras me miraba como si fuera una completa extraña. Asentí.

—Lo perdí en la novena semana.

Movió la cabeza.

—¿Y no lo volviste a intentar?

Noté que el corazón se me encogía en el pecho.

—No —susurré. No lo habíamos intentado, a pesar de que yo lo deseaba. Cuando Gabe empezó a obtener mejores papeles, me regaló una perrita para tenerme contenta, diciendo que debíamos esperar un poco para comenzar una familia. Me había pedido que aguardara hasta el momento en el que pudiera estar presente para ver crecer a sus hijos, y no pude decirle que no—. ¿Por qué es importante? —pregunté después de aclararme la garganta.

—¿Es una de las razones por las que no funcionó tu matrimonio?

—No —aseguré, aunque a menudo me preguntada si las cosas habrían salido mejor entre nosotros si hubiéramos tenido el bebé. ¿Algo habría sido diferente? Sin embargo, me negaba a culpar a nadie por nuestra caída. Nos habíamos casado porque nos amábamos, no por la idea de tener un hijo juntos.

—¿Estás segura? Has tardado en llegar a esa conclusión.

Cerré los ojos y resoplé.

—Lo estoy. ¿Podemos seguir?

Victor hizo una pausa y buscó mis ojos.

—No estoy tratando de ser un capullo. Necesito saber cada detalle para poder enfrentarme a todo. He tenido casos en los que el cónyuge sacó a colación cosas como esta en el juicio y no estaba preparado, así que tengo que cubrir todas las opciones. En un divorcio salen cosas personales. ¿Estás preparada para ello?

Respiré hondo e hice un gesto con la cabeza para que continuara.

—Aquí pone que te casaste en 2010, y que básicamente sabías que todo había terminado a finales de 2013, principios de 2014. ¿Qué ocurrió en ese momento?

Miré de nuevo hacia otro lado, deseando estar en medio del océano que se

veía por la ventana y no en la sala de reuniones hablando de esto.

—Ya que no te va a valer lo de «diferencias irreconciliables», ¿puedo decir que no era la misma persona que conocí y con la que me casé?

Sus ojos se quedaron clavados en mi cara durante tanto tiempo que estuve segura de que iba a encontrar las respuestas a todas sus preguntas escritas en mi rostro. Me resultó incapaz mantenerme quieta bajo su escrutinio antes de que por fin se aclarara la garganta e hiciera un gesto con la cabeza. Fue al siguiente punto.

—¿Quieres quedarte con la casa?

—En realidad no, pero quiero fastidiarle, y él adora esa casa.

Se rio entre dientes; era un sonido tan sexy que tuve que contener el suspiro que amenazaba con escapar de mis labios.

—La gente nunca deja de sorprenderme. ¿Quieres vivir tú sola en un casoplón de seis habitaciones que vale ocho millones de dólares solo para fastidiarle?

Me encogí de hombros.

—¿Qué me sugieres que haga?

—Bueno, dado que esa casa de ocho millones trae aparejado el pago de un seguro a la altura, me largaría de allí, pediría más dinero y me compraría una casa más pequeña en un lugar que me encantara.

Por primera vez desde que llegué, sentí que me relajaba un poco. Me recliné y apoyé los codos en la mesa.

—Me gusta la idea. Hagámoslo así.

La sonrisa permaneció en su rostro mientras continuábamos revisando el resto de la lista. Incluso me sorprendió riéndose de lo de Bonnie.

—¿Quieres que tengáis la custodia compartida de la perra?

—Sí. Harlow Edwards acaba de divorciarse y ha compartido con su ex la custodia del perro.

Victor cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Debería cobrar una bonificación extra por las peticiones ridículas.

—Ya, bueno, estoy segura de que eso se puede arreglar —dije. «¡Mierda!». No quería que mi voz sonara así, ronca y llena de deseo, pero fue como me salió.

Sus ojos ardieron al mirarme. Sentí que estaba desmoronándome, que existía algo casi tangible entre nosotros, algo que consiguió que, de repente, hiciera demasiado calor, y deseé con desesperación ponerme en pie, subirme

el vestido y montarme en su regazo allí mismo. Gruñí ante la idea.

Observé cómo se le movía la nuez al tragar saliva.

—Vamos a tener que poner punto final a la reunión y retomarla otro día.

Parpadeé al tiempo que me alejaba de él, tragándome todas las guarradas que quería decirle. ¿Qué coño me pasaba? Estaba allí para divorciarme. No importaba que hubiéramos estado viviendo separados en aquella infame casa de ocho millones de dólares durante un año y medio. No me importaba que él se hubiera estado follando a la mitad de Hollywood mientras seguía tratándome como si tal cosa, momentos en los que yo me quedaba en casa o disfrutaba de noches tranquilas con amigos. «Yo». La que había sido una chica salvaje que nunca se había quedado en casa mientras que él, el que antes era el buen chico de pueblo, salía y perdía la cabeza. Con independencia de los dieciocho meses de dolor y desilusión que había sufrido, no era apropiado que deseara a Victor.

Se levantó él primero, y yo seguí su ejemplo para andar juntos hacia la puerta. Esperaba que la abriera y saliera de inmediato, pero en cambio dejó la mano en el pomo y se volvió para mirarme. Alcé la cabeza para buscar sus ojos, que estaban muy serios, pero no menos ardientes que antes.

—Lo que fluye entre nosotros —dijo, pronunciando las palabras de forma muy lenta, como si quisiera que entendiera todas y cada una de ellas— se acabó. Nunca ha ocurrido ni ocurrirá. Eres mi clienta y yo soy tu abogado. Hay leyes contra este tipo de cosas, y podría perder mi licencia si me las salto. ¿Lo has entendido?

Tragué saliva y asentí con la cabeza. Mis ojos no vacilaron, aunque el corazón me latía con fuerza.

—Dime «Sí, Victor, lo entiendo».

Hablaba completamente en serio. El problema era que estando tan cerca de él, si me movía solo un poquito más, podría inclinarme y besarlo. Su olor era embriagador. Sus labios siempre habían sido muy suaves, como si estuvieran hechos para besar. ¡Maldito fuera! No iba a dejar que se saliera con la suya haciéndome sentir de esa manera, ¡como si fuera la única afectada por lo nuestro! Solté una risa.

—Lo entiendo, y lamento decírtelo, pero no busco nada contigo. Ya lo tuve, y no pienso tropezar dos veces con la misma piedra.

—Me encantaría ver cómo es esa piedra —se burló.

—Ya te la enseñaré en algún momento; tiene un mensaje que pone «Me

gustó más con otros».

Curvó los labios lentamente en una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy seguro de que la palabra «más» está en ella, pero dudo que sea eso lo que dice el mensaje. Si no, ¿por qué me volviste a buscar y me llamaste cuando te emborrachabas con tus amigas?

Abrí mucho los ojos y di un paso atrás.

—No hice eso.

—Sí, y también me enviaste mensajes de texto muy picantes. De hecho, los tengo guardados.

Lo miré boquiabierta.

—¿Por qué ibas a hacer eso...? Es decir, incluso aunque te los hubiera enviado, algo que estoy segura de que no hice..., ¿por qué querías guardarlos?

—Eres la hija de mi jefe. Tenía que protegerme, no fuera a ser que decidieras en una de tus borracheras que querías acabar conmigo y decir..., qué sé yo..., que te había violado o alguna locura así. Necesitaba tener pruebas de que eras tú la que me perseguía.

—También tú me has perseguido. ¿O crees que mirarme como si quisieras comerme para cenar no cuenta?

—A menos que tengas pruebas tangibles, no, no cuenta.

Lo miré fijamente.

—Eres un capullo.

—Solo quiero que quede claro que no puede pasar nada entre nosotros, así que no me lances esas miraditas que dicen «Victor, por favor, fóllame» mientras estamos solucionando tu divorcio.

—No he hecho eso, pero vale. Ahora, si me disculpas, está esperándome alguien que podría interesarme de verdad.

Me abrió la puerta y me siguió al pasillo. No me molesté en buscar a mi padre. Solo quería salir de allí. Sabía que, de todas formas, lo vería en la cena del día siguiente, así que seguí avanzando hasta que llegué al vestíbulo, donde Marcus me esperaba con el móvil en la mano. Lo guardó en cuanto me vio.

—Venga, Marcus, vámonos. He acumulado mucha tensión reprimida y tengo que deshacerme de ella —le dije. Miré a Victor por encima del hombro. Estaba observándonos a mí y a Marcus, y, si no lo hubiera conocido como lo hacía, no me habría dado cuenta de la forma en la que entrecerró los

ojos, ni de cómo apretó los dientes. Pero lo conocía.

—Estaremos en contacto. Voy a tener que preguntarte muchas otras cosas. Te avisaré cuando sea necesario —me dijo, tendiéndome la mano. Se la estreché—. Espero con interés trabajar para ti.

Sus dedos se tensaron cuando dijo eso, haciendo que el corazón se me desbocara. Tuve varios *flashbacks* al instante: ambos discutiendo sobre temas insignificantes; rodeando su escritorio y separándole las piernas para poder situarme entre ellas; sus dedos subiendo de forma lenta y tentadora por mi falda, agarrándome el culo cuando se hundía en mi interior; su boca en mi cuello mientras me decía que no gimiera para que no nos pillaran...

«Dios...».

Mentiría si dijera que no había habido momentos, después de que comenzara a salir con Gabe, en que no pensara en él, que me preguntara a quién estaría haciéndole eso Victor. Suspiré al salir del edificio y volví a tropezarme con la multitud de *paparazzi*. Sabía que la advertencia de Victor era verdad. Cinco años antes, había sido muy claro: «Tengo que concentrarme en mi carrera». Evidentemente, lo había hecho. Y lo había hecho bien. ¿Me había equivocado al preguntarme si le tentaba jugar de nuevo con la atracción que había entre nosotros? Me había rechazado antes. Probablemente haría lo mismo ahora. Por desgracia, mi cuerpo no captaba el mensaje. No pude evitar preguntarme hasta dónde sería capaz de llegar sin romper las reglas.

3

VICTOR

Una de las ventajas de que tu patio trasero diera a la playa era poder despertarte, levantarte de la cama e ir a pillar olas. Por desgracia, hoy no era uno de esos días. No me sonó el despertador, y me presenté a desayunar en casa de mis padres una hora tarde.

—Tienes un aspecto de mierda —dijo Oliver, mi mejor amigo, desde el otro lado de la mesa. Le enseñé el dedo corazón; no tenía energía ni para hablar.

—¿Qué hiciste anoche? —preguntó Estelle, mi hermana, mientras se servía el tercer zumo de naranja.

—Nada —murmuré.

Me había quedado despierto hasta las cinco de la madrugada investigando a Nicole y a Gabriel Lane. Mis socios solían preguntarme a menudo si era necesario que llevara a cabo investigaciones tan extensas sobre mis clientes, y la respuesta era siempre un rotundo sí. Por lo general, encomendaba la tarea a mi adjunta, Corinne, pero al estar implicada Nicole..., me parecía más personal. Me había dicho a mí mismo que era porque había visto lo mal que trataban a sus cónyuges en los divorcios mis clientes más famosos, y si lo que había oído sobre Gabriel tenía algo de cierto, estaba seguro de que ella me agradecería que estuviera haciéndolo así. Pero había algo más en todo ello. Quizá la tristeza que había leído en sus ojos y una de las poses en esas fotos.

No había visto a Nicole desde antes de su boda, ni tampoco había pensado demasiado en ella después de saber que se iba a casar, pero al volver a verla... había sentido algo. No pensaba engañarme a mí mismo al respecto. Sin embargo, se trataba de trabajo. Solo era un caso más. El problema estribaba en que, aunque mi despacho solía ser mi segundo hogar, ahora me recordaba a ella. No estaba seguro de por qué estaba sucediendo ahora, después de tantos años, pero así era. Y después de leer los abundantes cotilleos que habían aparecido sobre Gabriel, sus fiestas y costumbres en la prensa sensacionalista, no podía entender por qué se había casado con ese tipo. Nicole me había dicho que él había cambiado, y tendría que fiarme de su palabra. Quizá también ella había cambiado. Quizá ya no era la Nicole

divertida que yo conocía; la chica de la sonrisa pícaro y la ironía mordaz que hacía que quisiera empezar a pensar en sentar la cabeza..., aunque no lo suficiente. Al menos entonces. Ni tampoco ahora. Mientras todos mis amigos se habían casado, yo me había concentrado en mi carrera. Lo cierto del asunto era que no había encontrado a una chica que me interesara lo suficiente como para cambiar mis objetivos.

—Venga, te pondré más tortitas —se ofreció mi madre, arrancándome de mis pensamientos al alargar el brazo para coger mi plato. La detuve antes de que lo hiciera.

—Gracias, mamá. Sin embargo, puedo servirme solo.

Necesitaba librarme por un instante de las miradas de Oliver y de mi hermana. Desde que se habían casado, habían comenzado a actuar como si yo fuera un niño perdido cuando estaban conmigo. Suponía que en algún momento se habían cansado de aprenderse el nombre de una chica nueva cada vez que salía con alguien, así que habían decidido intentar liarme con cualquiera que consideraran idónea para mí, lo que, básicamente, significaba que trataban de que saliera con cada mujer viva que tuvieran cerca, que era lo mismo que había intentado mi madre desde que me gradué en Derecho, y tener a tres putas celestinas respirándome en el cogote era algo que solo podía digerir en pequeñas dosis. Me encontraba en la cocina, untando mantequilla en las tortitas, cuando entró Oliver para traer su plato.

—¿Qué te pasa? Hacía mucho tiempo que no te veía tan cansado.

—Es algo del trabajo. Me he quedado despierto hasta tarde investigando a una nueva clienta.

Frunció el ceño.

—¿Esas cosas no las hace tu adjunta?

Acabé de extender la mantequilla y cogí el sirope.

—Eso es un ataque al corazón en potencia —me advirtió. Lo miré mientras vertía el caramelo.

—¿De verdad? ¿Eso es lo que te ha enseñado el doctor Oz? —le pregunté.

Para su desgracia, siempre le tomaba el pelo con eso, y le decía que su obsesión con el doctor Oz rivalizaba con la de mi madre por Oprah. Lo vi hacer una mueca de desaprobación, pero no se molestó en decirme que le importaba una mierda el doctor Oz, como acostumbraba. En lugar de eso, se puso a preparar un tazón de insípida avena.

—Hasta los presos comen mejor que tú —comenté, señalando su plato.

Se apartó el largo pelo de la cara mientras se reía; luego se llevó la cuchara a la boca.

—No pienso empezar a discutir contigo en este momento sobre la comida que hay en la cárcel, porque sé cuánto odias perder. Solo te digo que no tienes ya veintiún años; no comas mierda.

Suspiré.

—Estoy cansado, y solo como estas cosas los fines de semana. Lo sabes de sobra y sigues soltándome el mismo discurso cada semana. Ya te lo he dicho más veces: se ha demostrado que si tomas comida basura una vez a la semana, se te acelera el metabolismo.

—Vale, vale —se burló—, sigue fiándote de los nutricionistas del Instagram que se dedican a llenar a todo el mundo de esteroides y ya verás a dónde te lleva.

Sonreí mientras me metía en la boca un trozo de tortita. Ni siquiera tenía cuenta en Instagram, y él lo sabía. Mi vida no era lo suficientemente interesante como para andar documentándola con fotografías. Seguimos comiendo durante un rato en silencio antes de que volviera a hablar.

—¿Te apetece ir a un torneo benéfico el próximo fin de semana?

—No demasiado —repuse—. Sin embargo, haré un donativo. ¿Cuál es la causa?

—La obesidad infantil.

—Pues cuenta con una aportación.

—¿Estás seguro de que no quieres venir? En esos clubes de campo hay muchas mujeres solteras... —añadió en el mismo tono que usaría para provocar a un crío.

Una vez más, intentando que me liara con alguien. Reprimí la tentación de gemir, pero de todas formas le lancé una mirada de irritación.

—Cierto. Y tú, más que nadie, deberías saber que no necesito ayuda en ese tema.

—Ese es el problema. Solo conoces a mujeres que quieren pasar un buen rato y nada más. Las que yo te digo están pensando en sentar la cabeza.

—Justo igual que yo —dije con ironía—. Lo que buscan esas mujeres que van a clubes de campo es a un papaíto que las mantenga.

—No —intervino con firmeza—. Están buscando hombres íntegros con dinero que sepan lo que quieren. No tienen de qué avergonzarse.

—No —repuse imitándolo—. Están buscando dinero. Dinero y poder.

Cuando miraba las fotos de Nicole y Gabriel, era lo único que veía. Al parecer, eso era lo que querían las mujeres: dinero y poder. Sin embargo, no encajaba, porque Nicole ya tenía esas dos cosas sin él. Quizá solo le gustaba que fuera famoso. Aun así, la Nicole que yo conocía no se habría casado con un nombre por ninguna de esas cosas. O quizá sería más correcto decir «la Nicole que pensaba que conocía». La que creía que no quería casarse. No sabía por qué había cambiado de idea ni dónde, pero pensar en que había tenido sexo conmigo unas semanas antes de aceptar una propuesta de matrimonio me había parecido siempre algo... alucinante.

—¿Estás escuchándome? —preguntó Oliver. Pestañeeé un par de veces y me di la vuelta para dejar el plato vacío en el fregadero.

—Lo siento, se me ha ido la cabeza. ¿Qué decías?

—Te he preguntado si quieres hablar sobre el caso en el que estás trabajando.

Aparté la mirada de la suya y me pasé una mano por el pelo. No se trataba de que Nicole hubiera sido un sucio secreto ni nada de eso, porque en un momento de debilidad le había hablado a Oliver y a nuestro otro amigo, Jenson, sobre ella, pero no era un tema que me gustara sacar a colación. Ella era mía. Mía. Aunque eso no era exacto, ya que no era mía y nunca lo había sido. Y tampoco me ayudaba la sensación que tenía en la boca del estómago cuando pensaba en ella al recordar el sexo y las llamadas telefónicas, y cómo había echado todo eso de menos cuando puse punto final al asunto. Todo. Estaba acostumbrado a que las mujeres me dieran la lata un poco después de romper con ellas. Pero con Nicole no sucedió así. No se quedó revoloteando. Siguió adelante.

Sí, y tanto que había seguido adelante.

—¿Vic? —dijo Oliver, arrancándome de mis pensamientos. Otra vez.

—¿Qué? —Mis ojos buscaron otra vez los suyos. Estaba frunciendo el ceño, parecía casi preocupado.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, doctor Phil, no quiero.

Se rio entre dientes.

—Mira que eres idiota cuando estás estresado.

«Estresado». Me había acostumbrado a sentirme estresado. Esto era algo más. Se trataba del miedo a lo desconocido, a lo inexplorado, y odiaba enfrentarme a cosas para las que no estaba preparado. No estaba seguro de

qué se trataba, pero sabía que debía mantener la cabeza fría y no pensar en estar entre las piernas de Nicole. No podía decir que eso no se me hubiera pasado por la mente el día anterior, al verla entrar con el aspecto de una reina. Maravillosa. Sexy. Sin embargo, en el momento en el que se hundió en los brazos de su padre, supe que estaba escondiéndose detrás de una fachada de contención. Le había dicho que tenía que dejar de mirarme como si quisiera follarme conmigo, pero era algo que yo también tenía que poner en práctica. No pensaba sucumbir a su provocador atractivo.

«No podía».

En ese momento, mi hermana abrió la puerta y entró con los brazos en jarras ante de que pudiera ocurrírseme una respuesta para Oliver. Agradecí la interrupción. Eran personas que podían ver a través de mí, leerme como un libro abierto, y ahora mismo no podía lidiar con ello. Todavía no estaba seguro de cómo definir con palabras lo que me pasaba, y necesitaba de verdad ir a ver a la persona que me hacía sentir así.

—No es el momento de que Bean y Vic intercambien confidencias. Eso podéis hacerlo mañana —dijo Estelle.

—Con la edad eres cada vez más coñazo. Lo sabes, ¿verdad? —dije sonriendo mientras me sacaba la lengua.

—Es algo que me han dicho recientemente —dijo con los ojos fijos en Oliver, que se rio entre dientes al oír su respuesta—. De todas formas, quería decirte que mientras vosotros estáis mañana encerrados durante todo el día en el salón, yo iré a un orfanato.

—¿Para qué? —pregunté mientras íbamos a la sala de estar.

—Para pintar. Voy a donar material y esas cosas.

—Y sus servicios —añadió Oliver con esa sonrisa enamorada que siempre le dirigía a mi hermana. Ahora que me veía expuesto a sus cursiladas cada dos por tres, escapaba a mi comprensión cómo coño no me había dado cuenta, antes de pillarlos, de que estaban juntos, o, al menos, de que lo habían estado.

—Es genial... ¿Y me lo dices por...? —pregunté al tiempo que me dejaba caer en el sofá.

—Porque no he tenido tiempo para hacer vuestro estúpido guacamole ni cualquier otra cosa, así que lo tendréis que hacer vosotros o ir de compras.

—Vale —dije, cerrando los ojos mientras me recostaba. Me quedé dormido con la conversación de mi hermana y Oliver sobre comida de fondo, y mi

madre preguntando si debía darse un chapuzón con nosotros. A pesar del barullo, me las arreglé para dormir, y soñé con Nicole Alessi y esa manera tan sexy en la que se movía.

Había sido solo sexo. Solo sexo. Sexo del bueno de verdad, pero podía tenerlo muy bueno con muchas mujeres. No había planeado intercambiar el número de teléfono con ella después de que termináramos, entonces se ajustó el vestido y se rio al ver la ropa interior rota, y quise repetir. No podría explicar por qué, solo sabía que quería. No esperaba llamarla ni terminar hablando con ella por teléfono cuando rechazó mi invitación para una segunda ronda. No esperaba que entrara en el bufete dos semanas después de que yo consiguiera trabajo allí..., pero lo que menos esperaba de todo era que se apellidara Alessi.

Eran tantas equivocaciones...

Tantos pensamientos guarros...

Tantas razones por las que no podíamos repetir la experiencia...

Pero luego llamó a la puerta de mi despacho, con la boca abierta y los ojos como platos por la sorpresa.

—¿Tú eres el nuevo? —me preguntó.

En ese momento, no sabía si aceptar el estado de shock o llamar a seguridad porque, evidentemente, estaba acosándome. Incluso la parte racional de mi cerebro estaba completamente en alerta.

—Sí —reconocí, mirando con incomodidad la puerta que ella acababa de cerrar—. ¿Qué haces aquí?

«Por favor, no me digas que trabajas aquí. Por favor, no lo digas». Quizá solo acababa de traer un mensaje. Quizá venía de una floristería a hacer una entrega. Quizá estaba tirándose también a uno de mis colegas. Pensar eso me irritó: significaría que, sin duda, no íbamos a repetir.

—Soy... Mi padre... —Suspiró y, sin esperar invitación, se sentó en una de las sillas que tenía enfrente.

En circunstancias normales, eso me habría molestado, pero me había dado cuenta con rapidez de que las cosas con Nicole, la del pub, no eran precisamente normales. Ni siquiera me había devuelto la llamada después de rechazarme. Me había enviado algunos mensajes de texto, pero eso era todo, y mis habilidades para responderlos eran muy escasas, por ser fino. Lo odiaba. Odiaba la idea de que pudiera enseñarles a sus amigas lo que nos

decíamos. Odiaba la idea de que alguien supiera cuáles eran nuestros planes. No sabía por qué. No había ninguna explicación coherente para que me sintiera así. Ninguna. Pero ahora que la tenía sentada enfrente de mí, empezaba a pensar que había sido lo mejor.

—Tu padre... —pregunté— ¿está divorciándose?

—Er... no —dijo antes de humedecerse aquellos labios carnosos con nerviosismo. Los mismos labios que me habían besado hacía un par de semanas. Los mismos que había imaginado rodeándome la polla—. Will es mi padre.

Parpadeé con fuerza y aparté la vista de sus labios.

—¿Qué?

—Es... es mi padre —repitió con un hilo de voz mientras pedía disculpas con los ojos. Bueno, entonces ella ya sabía que no podía haber nada entre nosotros. Pero... ¿qué mierda del karma era eso? Sin duda era una recompensa por haberme tirado a la novia de mi compañero de la fraternidad en la universidad. Claro. Mi vida estaba yéndose por el retrete.

—¿Tu padre? —dije con estupor. Asintió moviendo la cabeza mientras se pellizcaba el labio inferior con los dientes. Ver cómo lo hacía me encendió por dentro.

—Sí —reconoció con un suspiro. Me miró durante un instante; solo fue una mirada, pero me recorrió con los ojos la cara, el pecho, y luego apartó la vista—. Te queda muy bien el traje.

—Nicole... —advertí.

—¿Qué? —repuso con una sonrisa.

—Deja de mirarme de esa forma.

—Vale. —Se encogió de hombros sin dejar de sonreír de forma burlona—. Así que abogado matrimonialista, ¿eh?

Mantuve la vista fija en ella.

—Sí.

—¿Tus padres están divorciados?

—No.

Frunció el ceño con expresión pensativa.

—Interesante. ¿Son felices?

—Sí —repuse, notando que no podía reprimir una sonrisa—. ¿Estudias psicología?

—No —dijo ella con los ojos muy abiertos, pronunciando la palabra como

si fuera una idea ridícula.

—¿Qué estás estudiando? Suponiendo que todavía estés en la universidad... —agregué.

—Diseño de vestuario. En realidad me gradúo la semana próxima.

—¿Diseño de vestuario? —repetí, recorriéndola con la vista de arriba abajo.

Llevaba un vestido ceñido, decorado con enormes flores de colores, que la cubría por completo, de manga corta y escote bastante subido, pero la forma en la que le quedaba dejaba poco a la imaginación. Podía ver el contorno de sus tetas perfectas —no muy grandes—, su diminuta cintura y sus caderas curvas. Al volver a mirarla a la cara, me ofreció de nuevo aquella sonrisa coqueta que me hacía sentir cosas extrañas. Y cuando se puso de pie, pude vislumbrar una imagen perfecta de su culo redondo mientras cerraba la puerta con llave. Tragué saliva y comencé a respirar con fuerza. Luego se dio la vuelta y rodeó el escritorio con pasos largos y lentos, haciendo que cerrara los ojos.

Acababa de conseguir ese trabajo. Abrí los párpados de golpe. Ella no podía estar pensando en hacer lo que yo creía. ¡Joder! No.

—Nicole, acaban de contratarme —dije en un tono firme y bajo mientras ella hacía girar mi silla y se arrodillaba frente a mí.

—Mi padre se ha ido —dijo, mirándome con coquetería.

Tragué saliva.

—No deberíamos hacer esto.

—Hay muchas cosas que no deberíamos hacer.

—Es que... esto no puede... —empecé a decir, pero ella ya estaba desabrochándose el cinturón.

—¿Tienes novia? —me preguntó al tiempo que detenía los dedos—. Mierda, debería haberlo preguntado antes. ¿La tienes?

Fruncí el ceño.

—Joder, no.

Se sentó sobre sus talones con las manos todavía en mis pantalones y me miró.

—¿Es un «joder, no» porque te opones a la idea de tener novia o un «joder, no» porque nunca le harías eso a tu novia si la tuvieras? No logro adivinarlo.

Puse la mano sobre la de ella para evitar que la moviera, porque me estaba poniendo cada vez más duro.

—Por las dos cosas.

Arqueó una ceja.

—¿No quieres tener novia? ¿En serio? Eres un ligón.

—No —dije en tono ahogado cuando movió la mano para ahuecarla sobre mi entrepierna—. No soy un ligón.

—¿Follas mucho? —preguntó con una sonrisa.

—Follo mucho. Sí.

—Pero no quieres hacerlo conmigo porque soy la hija de tu jefe. —Lo afirmó en lugar de preguntarlo. Tragué saliva de nuevo y moví la cabeza para asentir—. ¿No te parece que eso le da morbo al asunto? De todas formas, podemos estar tranquilos.

Negué con la cabeza, pero, joder, sí, hacía que tuviera morbo. Una vez más y listo. Nada más. Después de eso, rompería con ella, borraría su número de teléfono... Solo sería una ocasión más.

—Será la última vez —dijo ella—. Querías hacerlo la semana pasada cuando te pusiste en contacto conmigo, pero estaba ocupada con el proyecto final de curso.

Nuestras miradas se encontraron, las dos eran ardientes. Ambos estábamos preparados para lanzarnos. La única respuesta que le di fue retirar la mano y cambiar mi «joder, no», por un «joder, sí».

4

NICOLE

Seguir compartiendo casa con mi exmarido no fue necesariamente lo más inteligente que había hecho en mi vida, en especial cuando él regresó de repente de Canadá, donde estaba rodando, con todo su elenco. Había traído la fiesta a casa, por así decirlo, y procedió a invitarme a unirme a la diversión cuando me desperté y busqué el origen de aquel ruido. Que estuviera medio borracha y que perdiera el tiempo con un tipo del que me estaba divorciando había sido una idea todavía más tonta. Me froté los ojos y gemí por enésima vez desde que me había despertado. No era que Gabe y yo no nos hubiéramos acostado desde que decidimos poner fin a nuestro matrimonio, pero sí nos habíamos alejado por completo desde que lo consideramos de forma oficial. Eché la culpa de mi error de juicio a no haber tenido sexo en un año, a las dos botellas de vino que me había bebido antes de llegar a casa y a ese momento fugaz en el que me sonrió y me hizo pensar que nuestro matrimonio todavía podía salvarse.

Pero después de eso, una mujer irrumpió en el dormitorio, donde estábamos casi desnudos y a punto de follar, y le preguntó dónde le dejaba la cocaína que le acababa de comprar. Las palabras, las acciones y que ella supiera dónde estaba la habitación, así como que no la echara al verla, despertó mis embotados sentidos. Fue eso lo que me espoleó para que saltara de la cama, me recompusiera la ropa y regresara a lo que habíamos bautizado como mi lado de la casa.

Lo ignoré cuando me pidió que regresara, aunque tampoco se levantó de la cama ni me siguió por el pasillo para detenerme. Sin embargo, allí estaba yo, en la cocina, limpiando los restos que había dejado, como un millón de veces antes. Estaba tentada de llamar al ama de llaves, Amelia, y que viniera en su día libre, pero no quería que más gente sufriera por culpa de nuestro divorcio.

Poco después de que me arrodillara en el suelo para limpiar porquerías que estaba segura de que no se podían encontrar ni siquiera después de las fiestas en las residencias de las fraternidades universitarias, para que la casa estuviera presentable cuando llegara Victor por la tarde, sonó el timbre de la

puerta. Apreté el botón para abrir la puerta de la verja exterior sin mirar quién era. Rara vez lo hacía, pero, dada la hora que era, pensé que sería un repartidor de UPS o algún otro servicio de mensajería. Me puse a fregar de nuevo sin pensármelo dos veces.

No era así como me había imaginado que transcurriría la semana. De eso nada. Aunque tampoco me había imaginado arrodillada en la cocina para limpiar la mierda de Gabriel. Suspiré mientras meneaba la cabeza. Había terminado con él. No volvería a pasar nunca más por esto, y menos después del rudo recordatorio de la noche pasada. Seguí limpiando cada asquerosa y pegajosa partícula que había en el suelo en ese momento. Fueron los fuertes golpes en la puerta los que me sacaron de lo que había convertido en un patrón: frotar, enjuagar, frotar, enjuagar, una y otra vez. Solté el estropajo y me detuve un instante para quitarme los guantes amarillos y arrojarlos al cubo. Me lavé las manos con un suspiro y me dirigí a la puerta.

Para mi sorpresa, Gabe iba hacia el mismo lugar a la vez que yo. Habría jurado que dormiría hasta por la noche, y que solo se levantaría para comer algo antes de repetir la noche de drogas y alcohol. Me estremecí ante la idea. Ese hombre me había hecho estremecer antes por razones muy diferentes. Todavía tenía ese efecto en otras mujeres, con su cuerpo tonificado, sus rasgos llamativos y su sonrisa.

—¿Esperas compañía? —me preguntó mirando por la mirilla.

—Más tarde —repuse lentamente, mirando a mi alrededor como si las paredes blancas pudieran decirme la hora. Un pensamiento me asaltó al tiempo que aceleraba el paso para detenerme junto a Gabe—. ¡Oh, mierda! ¿Qué hora es?

—¿Conoces a este hombre? —preguntó.

Abrí la puerta haciendo caso omiso a su pregunta. Victor estaba al otro lado del umbral con una mirada de confusión. Movié los ojos de Gabe hacia mí y viceversa.

—Adelante —lo invité, moviéndome hacia Gabe, que no tuvo más remedio que dar un paso atrás y dejar espacio para que Victor entrara.

Cerré la puerta y me quedé entre los dos hombres mientras se saludaban.

—Hasta luego. Termina tú mismo de limpiar tu mierda —dije por encima del hombro al ir hacia el salón, segura de que Victor me seguiría.

Me acerqué a las puertas traseras y las abrí para que pudiéramos sentarnos en el porche, donde encontré un *stiletto* plateado.

—¿Quién coño puede olvidarse un zapato en una fiesta? —murmuré, cogiéndolo por la correa y lanzándolo a un lado.

—¿Cenicienta? —bromeó Victor a mi espalda mientras yo cerraba las puertas correderas.

No pude reprimir la sonrisa. Siempre había sido muy ocurrente. Extraño, intenso y ocurrente. Era el tipo de persona que podía atraparte contra la pared en un momento y echarte del despacho al siguiente, pero sin permitir que pensaras que te estaba largando. Te haría pensar que se te había ocurrido a ti misma. No lo había visto entonces como una manipulación; sin embargo, ahora que lo pensaba bien... De cualquier forma, siempre había apreciado el poco tiempo que habíamos pasado juntos, en especial la noche que lo llamé por una rueda pinchada y salió corriendo de un pub para ayudarme. Nunca olvidaría la forma en la que había meneado la cabeza observándome con irritación.

—No puedes salir por la noche vestida así —me había dicho, y supe que estaba tratando de no mirarme.

Después de cambiarme el neumático y seguirme a casa, me pregunté si entraría conmigo; no lo hizo. Una parte de mí sabía que no lo haría, por supuesto. Estaba viviendo en la casita de invitados de mi padre. ¿Qué habría pensado mi padre si hubiera visto al abogado que acababa de contratar entrando en la habitación de su hija a medianoche? Una gran parte de mí había deseado no haberme encontrado en esa situación, sino ser una chica cualquiera, y él un chico guapo al que le pareciera bien arriesgarse a que lo pillaran. Pero no había sido así.

Aparté el recuerdo y ocupé una de las sillas, observándolo sentado delante de mí. Victor iba vestido con lo que él debía de considerar una ropa informal: vaqueros, camisa de cuadros y zapatos Oxford. Sus ojos, normalmente vivaces, parecían cansados, y el aspecto de su barba incipiente sugería que llevaba días sin afeitarse. Se pasó la mano por el pelo y se lo peinó de una forma que me impulsó a querer arreglarme el mío y volver a hacerme una coleta.

—¿Una noche difícil? —preguntó, deslizando los ojos por mi cuerpo.

—Ni que lo jures.

Me volví a sujetar el pelo, aunque sabía que no tenía sentido hacerlo. De repente fui completamente consciente del aspecto que tenía con el sujetador deportivo negro, los pantalones de yoga y la cara sin maquillar. Él me había

visto con un vestido azul marino muy ceñido y unos zapatos de tacón hacía solo un par de días. De hecho, la mayoría de las veces que lo había visto en mi vida, estaba arreglada para impresionar; incluso cuando habíamos mantenido relaciones sexuales, ambos nos habíamos quedado prácticamente vestidos. Me pregunté cómo sería desnudo. Fue una idea fugaz, aunque me hizo sonrojarme. Tragué saliva cuando nuestros ojos se volvieron a encontrar, sintiendo como si me hubiera quedado atrapada en una fantasía sexual.

—Nicole —me dijo en tono de advertencia, manteniendo aquella mirada tempestuosa fija en la mía, y supe que él sentía el mismo cosquilleo que yo notaba en cada parte de mi cuerpo.

—¿No te resulta extraño? —pregunté en un susurro.

Victor me estudió durante un buen rato, inclinando la cabeza a un lado mientras escaneaba mi rostro con ojos inquisitivos. Hubiera matado por saber lo que estaba pensando. Me moría por preguntarle, pero no pude. Me quedé allí sentada, llena de preguntas, esperando que él me respondiera, conteniendo la respiración. Me incliné un poco, y él me imitó. Apoyó los brazos en las rodillas y dejó que las manos colgaran entre ellas.

—Esto es más raro de lo que pensaba —admitió con los ojos clavados en los míos—. No hago más que recordarme a mí mismo que la Nicole que tengo sentada ante mí no es la misma que conocí un día.

—¿Por qué piensas eso?

Se reclinó en la silla y lanzó un vistazo hacia la casa y el estanque antes de volver a mirarme.

—Todo esto. La Nicole que yo conocí no necesitaba esta mansión ni a un marido famoso.

Se me detuvo el corazón. La Nicole que él había conocido era una maldita mentirosa. Otra cosa que debería decirle, pero me callé. Así que busqué un enfoque diferente.

—Quizá la Nicole que conocías quería que le propusieras una cita de verdad.

—Quizá la Nicole que conocía debería haberme pedido ella misma una cita. —Curvó los labios en una sonrisa pícar—. No tuvo problemas para pedirme otras cosas.

Me ardieron las mejillas.

—No se me ocurrió que quisieras salir conmigo.

Su mirada se hizo más suave, pero sus palabras fueron como una bofetada.

—Y no quería.

Sí. Hería.

Por suerte, Gabe eligió ese momento para abrir la puerta y los dos volvimos la cabeza hacia él.

—Entonces, ¿es tu abogado? —preguntó Gabe, y arqueó las cejas cuando ninguno respondió—. Vale... Solo quería que supieras que me largo, pero el chico de la piscina vendrá hoy. Ha perdido la llave, así que llamará. Gracias por ayudarme a recoger.

Se retiró, pero luego asomó la cabeza como si se le hubiera olvidado decir algo.

—Gracias por lo de la noche pasada. Ha sido muy, muy bueno.

¿Qué coño decía...? ¿Acaso se había olvidado de que me había largado? O, más bien, ¿de por qué me había largado? «Capullo».

Sin embargo, era imposible no entender su insinuación por la forma en la que bajó la voz y por cómo me guiñó un ojo al tiempo que me miraba la boca. Cerró la puerta y lo observé mientras se alejaba. Victor no hizo ningún comentario, y se limitó a abrir el maletín para entregarme algunos papeles. Prácticamente me escondí detrás de ellos.

—Necesito que los firmes —indicó, volviendo a ponerse en modo trabajo—. Hay una X en cada página que tienes que mirar. Es para acelerar el proceso y solicitar una pensión alimenticia.

—¿Y si me limito a envenenarlo? —pregunté por lo bajo, todavía ocultándome detrás de los papeles y recorriendo las palabras de las páginas con los ojos.

—Entonces tendría que presentarte a un abogado penalista, porque yo no podría llevar tu caso.

Lo miré y me di cuenta de que tenía los labios curvados en una sonrisa. Sentí un vuelco en el corazón al devolvérsela. Tenía un tobillo apoyado en la otra rodilla, y su cuerpo en forma ocupaba toda la silla mientras me miraba con aquellos ojos sensuales.

«Guau...».

—Cuando todo esto termine, podrás continuar con tu vida..., fingir que no ha ocurrido —dijo, señalando la casa con la barbilla.

Miré al interior; era muy grande y estaba vacía. Siempre había sido así, pensé de repente, pero lo que antes me parecía acogedor y cálido ahora resultaba frío. Era como si esos espacios amplios tuvieran más capacidad para

los problemas. No podía permitirme el lujo de darme cuenta. Como me decían mis amigos, ya me había enfadado conmigo misma lo suficiente por cosas que no solo eran culpa mía aunque él continuaba prosperando y haciéndose un nombre.

—Me siento como si hubiera fracasado, ¿sabes? Estoy segura de que tú obtendrás mucho de los fracasos, pero yo no los digiero bien.

—No has fracasado. Un divorcio no tiene por qué estar relacionado con eso, y sin duda no es culpa de una sola persona. —Hizo una pausa para rascarse la barbilla al tiempo que miraba la piscina por encima de mi hombro—. ¿Cuánto tiempo hace que decidiste que había terminado todo?

—Hace un año —repuse. Ya se lo había dicho el otro día.

Victor negó con la cabeza.

—Me refiero a ti, personalmente. ¿Cuándo supiste que todo había terminado?

Me recliné en la silla y subí los pies al asiento para abrazarme las rodillas contra el pecho.

—Hace mucho tiempo.

—¿Por qué has esperado tanto?

—Porque no soy una rajada —susurré. Se me llenaron los ojos de lágrimas al decir esas palabras.

—¿Por eso estás viviendo aquí todavía? ¿Con él? —Hubo cierta ferocidad en sus palabras que coincidió con la repentina ira que leí en su mirada.

—Supongo.

Me sequé los ojos y volví a concentrarme en los papeles que tenía delante. Él siguió estudiándome. Las palabras empezaron a difuminarse, así que no llegué demasiado lejos en la lectura. Al final firmé donde debía y me olvidé del resto. Pensaba que no podía darme por vencida más de lo que ya había hecho, y mi padre era el jefe de Victor, así que no iba a joderme. Lo miré de nuevo. Aunque podría joderme de otra manera. Negué con la cabeza antes de volver a mirar los documentos para intentar contener la risa. Me pasaba algo malo si incluso mi propia mente podía encontrar doble sentido a mis pensamientos. Horrible e irrevocablemente malo. Me había dicho a mí misma el otro día que no siguiera por ahí, aunque cuanto más lo veía, menos probable lo creía.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó mientras le tendía los papeles y el bolígrafo.

—Nada. Estaba pensando en el mensaje de mi piedra.

Frunció el ceño, confuso durante un segundo; cuando por fin lo entendió, sonrió.

—Sí que te debe de gustar esa piedra...

—Deberías verla —solté al tiempo que le guiñaba un ojo.

Al ver la forma en la que se le encendieron los ojos, supe que mis palabras evocaron algún tipo de imagen en su mente. Él no dijo nada, algo que sí hubiera hecho en el pasado. Así había sido todo entre nosotros antes. Yo lanzaba el anzuelo hasta que él picaba el cebo. Sin embargo, este Victor no actuaba así. Se aclaró la garganta y luego se levantó y me ofreció la mano para que se la estrechara. Me obligué a ignorar la forma en la que me hormigueó la piel cuando me tocó. Recorrimos la casa hasta la puerta principal, y él comentó algo sobre la chimenea eléctrica y el color oscuro de los suelos de madera. Al poner la mano en la manilla de la puerta, él me la cubrió con la suya. El corazón me pegó un brinco en el momento en el que sentí su piel calentando la mía, y sus largos dedos me oprimieron ligeramente la carne, lo suficiente para que buscara sus ojos.

—Para que conste, me encantaría ver esa piedra —dijo en voz baja, inclinando la cabeza hasta que nuestros ojos y nuestras narices quedaron a la misma altura—. Quizá una vez que todo esto termine, si la oferta sigue en pie, te pediré que me la enseñes.

Contuve el aliento y me humedecí los labios.

—Esto llevará meses.

—Puede que un año —confirmó. Ahora respiraba con más fuerza. Me pregunté qué haría si me inclinaba y apretaba los labios contra los suyos.

—Los dos sabemos que si quiero que ocurra, sucederá —susurré.

—No pasará nada. No puede ser.

Se enderezó, hizo girar mi mano sobre el pomo y luego se dirigió a su Jaguar negro sin mirar atrás. El corazón seguía vibrándome mientras oía ronronear el motor de su coche. Nuestras miradas se encontraron brevemente mientras esperaba a que la verja se abriera, y lo único que pude hacer fue mirarlo. Estaba segura de que mi expresión reflejaba mi necesidad. Odiaba la vulnerabilidad que sentía cuando estaba cerca de él. Vivía con un tipo al que habían declarado el hombre más sexy del mundo el año pasado, pero allí estaba yo, sintiendo algo que llevaba más de un año sin sentir. Y nada menos que por Victor Reuben. Estaba jodida.

5

NICOLE

—No sé qué me pasa —dije a Talon mientras continuaba cosiendo el vestido estilo siglo XVIII en el que estaba trabajando.

Había sido Talon quien me convenció para que colaborara en esta serie. En parte porque quería tenerme cerca el tiempo que durara mi divorcio y por otro lado porque siempre nos lo pasábamos bien cuando coincidíamos en el mismo trabajo, algo que llevábamos más de un año sin hacer. Ella era la maquilladora de los actores, y yo era la diseñadora del vestuario. Tareas muy diferentes, aunque coincidíamos a la hora del almuerzo.

Suspiró y se retiró de la cara los marcados rizos castaño oscuro que le caían sobre la frente.

—No sé qué decirte, cariño. Has pasado un par de años difíciles y ahora te has colgado de ese chico del que te enamoraste cuando eras más joven. No sé qué decir, simplemente.

—No estoy colgada por él —dije con el ceño fruncido. Talon me miró de soslayo—. ¿Qué? No lo estoy. Puedo contratar si quiero a otro abogado, pero él es el mejor.

—En eso y en otras cosas, si no recuerdo mal. —En su rostro apareció una sonrisa ladina cuando lo dijo, y no pude reprimir la risa.

—Esto es un problema de verdad. Estoy rodeada de hombres macizos todo el rato. Me refiero a... Mira eso —dije señalando el cartel del rodaje en el que estábamos trabajando. En él aparecía Eric Austin medio desnudo, caracterizado como Tarzán—. Sin embargo, por alguna razón que desconozco, me acerco a Victor dos segundos y me convierto en una quinceañera en un concierto de One Direction.

Talon jadeó.

—Ya tengo treinta y dos, así que no, gracias. Y Harry está muy bueno.

—Eso le pasa también a Victor. —Estaba buenísimo.

—Ya. —Hizo una pausa—. Pero tenéis una historia...

—No, no es cierto —la interrumpí. No la teníamos. Habíamos vivido una aventura efímera, si es que podías llamarla así. Llamadas nocturnas, sexo

rápido en el despacho, en el cuarto de baño... Y eso solo podía denominarse como un rollo, ¿verdad?

—Bueno, tenéis una historia sexual —dijo—. Y está claro que quieres volver a la cama con él.

—Nunca lo hicimos en una cama —corregí. Un recuerdo tan verdadero como inútil.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Me encogí de hombros.

—¿Qué fue lo que pasó con Gabriel? ¿Estuvo raro después de que casi te acostaras con él?

Gruñí.

—¿Raro? No. ¿Irritante? Sí. Y lo mencionó delante de Victor. No me puedo creer haber estado casi a punto de hacerlo con él... —Me sentía casi enferma, no porque estuviera irritada, sino porque estaba horrorizada conmigo misma. Si mi padre se enteraba, me mataría. Cualquier cosa que hiciera más difícil el divorcio le parecería mal.

—Eso fue por el vino —afirmó Talon—. No deberíamos haber bebido tanto, y casi te obligué a tomar la segunda botella, así que técnicamente fue por mi culpa.

Me reí.

—Gracias por decirlo, pero no fue culpa tuya, a pesar de que casi me hace sufrir la mayor humillación de mi vida.

—Sí, ya, el alcohol normalmente inhibe la vergüenza. La cuestión es que el año pasado ni siquiera querías tocar a Gabriel.

—Eso era porque siempre tenía la nariz manchada de polvo.

Puso los ojos en blanco.

—Cuéntale esa historia a quien se la crea. Tú también has probado la droga, no actúes como si no supieras que la cocaína equivale aquí a un trago de tequila.

Me desplomé en la silla. Tenía razón. La diferencia era que cuando la tomaba Gabriel, se convertía en una persona diferente. Agresivo y malo. Nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Talon, pero había pasado muchas noches en la habitación de invitados porque sabía que si iba a un hotel me harían fotos y comenzarían los rumores.

—¿Por qué está aquí? —me preguntó Talon, arrancándome de mis pensamientos.

—¿Quién? —pregunté, mirando a mi alrededor.

—Gabriel. Pensaba que estaba en Canadá.

—¡Oh, sí! Me dijo que estaban en un descanso del rodaje. Quiero saber cuánto va a durar. No voy a poder quedarme en casa por si le da por hacer lo mismo todas las noches.

—¿Qué? Entonces, ¿realmente te plantearías abandonar tu humilde morada?

Suspiré.

—No me gustaría hacerlo, pero no creo que pueda soportar verlo así otra vez. Ese fue el principio del fin, y ahora sé que no va a cambiar. Lo tengo claro.

Talon se sentó en la silla que había a mi lado y me cogió las manos, mirándome con aquellos ojos verdes llenos de preocupación.

—Puedes quedarte conmigo. A Mike no le molestará. Además, tenemos una habitación libre. A los niños les encantará que venga de visita la tía Nicky.

Negué lentamente con la cabeza.

—Gracias. Siempre puedo quedarme en casa de mi padre durante algún tiempo. O buscarme un apartamento. De todas formas, es lo que voy a tener que hacer finalmente.

Abrió los ojos como platos.

—¿Vas a dejar que se quede con la casa?

—No lo sé. Quizá. Ya me he cansado de guardar tanto rencor.

Talon asintió y me apretó las manos antes de soltármelas y ponerse de pie.

—Tengo que ir a trabajar, pero ya sabes que estoy aquí para cualquier cosa que necesites. Y ten cuidado con ese abogado tan guapo.

—No tengo que preocuparme —le respondí, riéndome—. Ya me ha recordado dos veces que no puede volver a pasar.

—Bueno, ya te lo había dicho antes y mira lo que ocurrió —añadió mientras me guiñaba un ojo antes de marcharse.

Sí, y resultó que rompió cuando yo creía que habíamos llegado a otro nivel. Un nivel de mierda que conjuré en mi cabeza porque eso era lo que era, una mierda. Lo que más me había molestado en el momento en que rompió la relación fue que no haberlo escuchado antes; porque me había dejado muy claro que no estaba interesado en mantener una relación. No lo había escuchado cuando dijo que no podíamos hacer lo que estábamos haciendo.

Sin embargo, había aprendido. Había aprendido que si las personas te dicen cómo son, tienes que creerlas. Y él me enseñó cómo era todo el tiempo. Nunca se había escondido detrás de falsas promesas o palabras bonitas. Había hecho lo que dijo que haría, y no lo había culpado por ello. No había podido.

No había llegado a apreciar la sinceridad de Victor hasta que me di cuenta de que el hombre con el que había compartido mi vida me había mentado... Continuamente. Y luego había descubierto que no solo me había mentado, también me había engañado. Luego lo amenacé con el divorcio, y se había enfurecido, hablando mal de mí con cualquier persona de la industria que quiso escucharlo. Incluso de mi campo profesional. Había confabulado contra mí, llegando a gente que yo no conocía pero con la que esperaba trabajar. Poco después de que me avisara de ello un amigo, los periódicos sensacionalistas se habían puesto a hablar de nuestro divorcio y de lo desconsolado que él estaba. Habían dicho que sus rollos comenzaron en el momento en que le dije que iba a dejarlo. La parte más triste de todo era que al principio había pensado que los rumores eran falsos. Que no era posible que él estuviera ya con otra mujer, pero me había dado cuenta rápidamente de que, por lo general, siempre había algo de verdad en las historias que se imprimían.

Si yo fuera otra persona, como Harlow Winters, pediría algún favor y difundiría rumores sobre Gabe que lo hicieran parecer peor persona que Ben Affleck cuando engañó a Jennifer Garner. Sin embargo, yo no era así, y al final seguía pensando que debajo de toda la mierda que lo había manchado a él y a nuestro matrimonio estaba el buen chico de pueblo del que me había enamorado.

6

NICOLE

No vacilé en decirle que sí a Chrissy, mi mejor amiga, cuando me llamó para que fuera a cenar con ella a un nuevo sitio de moda. Así que avisé a Marcus, que se mostró bastante sorprendido al pedirle que estuviera preparado a las nueve. No era que no hubiera salido desde que me separé de Gabe, pero había sido muy discreta; había optado por ir a casa de mis amigos y emborracharme allí en lugar de por efectuar salidas públicas a lugares donde cualquiera podía fotografiarme y hacerme quedar como tonta. Tampoco necesitaba ayuda extra para quedar en ridículo si me emborrachaba. No, me las arreglaba muy bien yo sola, no necesitaba que los *paparazzi* lo inmortalizaran.

Quedé con Chrissy a las nueve y media, pero en el momento en el que Marcus me avisó por segunda vez para decirme que eran las nueve y veinte y yo seguía tratando de elegir los zapatos, supe que llegaría tarde.

—A la última moda —le dije mientras nos acercábamos al coche.

—Es una forma de decirlo —repuso él. Sonreí al sentir que la excitación de salir por la noche me atravesaba—. ¿Vamos a ir en el Porsche?

Asentí antes de apretar el mando a distancia de la puerta del garaje. Las luces fluorescentes se iluminaron al acercarnos al Cayenne blanco. No tenía ni idea de qué vehículo quería tener Gabe y quién sería el propietario del Porsche, aunque no pensaba comportarme como una buena persona. Casi siempre iba en mi Prius, pero si tenía la oportunidad, me quedaría el Cayenne.

Llegamos al restaurante a la vez que Chrissy, y las dos salimos de los coches al unísono. Los pocos *paparazzi* presentes corrieron hacia ella para hacerle una foto. Me puse a andar hacia el restaurante, pensando que nos reuniríamos dentro para evitar llamar la atención, pero ella gritó mi nombre y tuve que darme la vuelta para saludarla.

—¡Qué guapa estás! —me dijo mientras corría a abrazarme.

Olía a flores y a My de Burberry. El aroma de nuestra adolescencia; entonces, la única preocupación había sido hasta qué hora podíamos dormir y si nuestros padres estarían en casa o no por la mañana, después de haber

pasado una noche loca.

—Igual que tú —repuse, levantando la mano para tocarle las puntas de sus cabellos cortos, ondulados y rubios—. Me encanta el corte de pelo.

—Me lo he hecho hoy. Todavía estoy acostumbrándome. La *family* te manda recuerdos. —Sonrió de oreja a oreja mientras se hacía a un lado para que entráramos en el restaurante. Sonreí al oírle mencionar a sus padres y hermanas. Solían atarnos en corto de niñas y luego en la universidad. No tengo prácticamente ningún recuerdo en el que no esté también Chrissy. Se podría decir que viví en su casa durante la secundaria; yo era hija única, y estar allí era como tener tres hermanas. Algunas veces, si la vida se convertía en una mierda, las echaba de menos, y, sin duda, esta era una de esas veces.

Tomamos asiento tan pronto como se puede esperar cuando has quedado con una estrella de la televisión. Una de las razones por las que llevaba meses sin verla era porque estaba muy ocupada rodando su nuevo programa. Entre sus horarios de filmación y el mío de trabajo, rara vez coincidíamos en el tiempo libre.

—Veo que sigues conservando todos los dedos —comentó, tomando un sorbo de margarita. Sonreí mientras apuraba el mío.

—¿Por qué sigues pensando que me voy a quedar sin ellos? Tienes que superarlo.

—He visto lo rápido que cortas los patrones. ¿Qué tal el equipo de la serie nueva? ¿Cómo está Austin? —preguntó, arqueando las cejas de forma provocativa. Me reí sin poder evitarlo.

—Si estás preguntándome si está tan bueno como siempre, la respuesta es sí. Si lo que quieres saber es si ha ocurrido algo entre nosotros, tengo que contestarte que no y que nunca habrá nada.

—Qué aburrida... ¿Es por todo lo que te ha pasado con Gabe? ¿Crees que renegarás de los actores a partir de ahora?

—¿Vas a rechazar tú a todos los deportistas? —pregunté, arqueando una ceja. Sus tres últimos novios habían sido atletas y los tres la habían engañado.

—Touchée.

Hablamos un poco más, comimos un poco de *edamame* e hicimos chocar nuestras copas en varios brindis antes de que soltara: «¡Vamos de marcha esta noche!». Me sentía lo suficientemente achispada como para no negarme. Pasamos el resto del tiempo poniéndonos al día como solo se puede hacer con una vieja amiga: en voz alta, con muchas risas tontas y muchísimas

interrupciones para recordarnos la una a la otra alguna vieja broma privada.

—¿Es tu nuevo segurata? —preguntó Chrissy cuando Marcus rodeó el vehículo y le dio una propina al aparcacoches.

—Sí.

—Quizá debería ir contigo —susurró de manera muy audible. Me reí.

—Hazlo. Dile a Frederick que nos siga.

Se dio la vuelta y le dijo a su guardaespaldas que nos siguiera para que fuera Marcus quien nos protegiera de las cámaras que nos hacían fotos hasta que nos subimos al Porsche.

—¿Cómo va el rodaje? ¿Estás ya de vacaciones? —le pregunté.

—Sí. Gracias a Dios. Pero la *family* me está volviendo loca por completo —gimió. Me reí. Solo Chrissy podía hacer un *reality show* para televisión, por el que le pagaban cientos de dólares por cada episodio, tan agotador como duro.

—Pobre de ti —dije sonriendo.

—En serio, Nicole, estás jodidamente impresionante. ¿Te has puesto a dieta? —me preguntó mirándome de arriba abajo mientras estábamos sentadas la una junto a la otra.

—Sí. Se llama «la dieta del divorcio». Deberías probarla. Al parecer, funciona de maravilla.

—Eso requeriría que previamente me casara —se burló—. Aunque si tuviera delante a un espécimen como ese —dijo, señalando a Marcus con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa provocativa—, podría considerarlo.

—Deja de avergonzarlo —la reñí, tratando de reprimir la risa.

—Marcus, ¿para quién has trabajado antes? —le preguntó Chrissy ignorándome por completo.

—Eso es un secreto, señora —repuso Marcus, parpadeando al retrovisor. No pude verle la cara, pero supe que estaba sonriendo.

—Eres un exmilitar. Sois los únicos que soltáis que vuestros jefes anteriores son *top secret*. Como si no pudiera hacer un par de llamadas y averiguarlo...

—soltó Chrissy, poniendo los ojos en blanco. Incluyó la cabeza a un lado para mirarme—. Aunque siempre son muy buenos en la cama. Marcus, vamos al Lure.

Me reí, notando que me flotaba la cabeza por el alcohol.

—¿Cómo vamos a ir ahí...?

—Oh, está muy bien. ¿No has estado últimamente?

—No. Me he mantenido lejos de los focos, siguiendo las órdenes de mi padre.

—Pues nos vamos a divertir mucho —me aseguró en voz alta.

Cuando llegamos a Lure, había una larga cola de personas que daba la vuelta por el lateral del edificio.

—¡Joder! —exclamé con los ojos muy abiertos. Siendo sincera, llevaba años sin pisar un club de estos, así que había olvidado las largas colas y los controles de identidad. Además, las últimas veces había ido con Gabe, y no existían esas barreras cuando estabas con una estrella de Hollywood.

—Marcus, ve a la parte de atrás —ordenó Chrissy.

Él continuó adelante hasta que llegamos a la esquina, donde giró hacia el callejón. Tuvo que aminorar la marcha cuando la pandilla de *paparazzi* empezó a moverse al ver a un recién llegado. Si hubiéramos tenido alguna duda de dónde estaba la puerta trasera, la habríamos encontrado sin problemas.

—Oh, Dios... —murmuré.

Incluso en mi estado achispado, sabía que eso significaba que nuestra salida aparecería en la web de TMZ esa misma noche, pero era evidente que quedar con Chrissy significaba eso, y no me importaba que mencionaran nuestra cena en las páginas de chismes. Lo que me aterraba era lo de después, ir de copas. Respiré hondo, me re Coloqué las tetas dentro del vestido y empecé a recitar un mantra mentalmente para recordarme a mí misma que metiera la barriga.

—¿Preparada? —me preguntó Chrissy cuando el vehículo se detuvo delante de la multitud de cámaras que ahora nos habían convertido en su objetivo.

—Supongo que sí.

Su guardaespaldas nos abrió la puerta y nos ayudó a salir sin que nadie nos deslumbrara, y al instante comenzaron las preguntas.

—Nicole, ¿sabías que Gabriel estaría aquí esta noche?

«¡Mierda! Gracias a Dios, el club es enorme».

—¿Has quedado aquí con él?

«Respira, mete la barriga y sonríe. No, no sonrías...».

—¿Volvéis a estar juntos?

«¡Joder! Sonrisa. ¡Mierda!».

—¿Os habéis divorciado?

«Cara de póquer».

—¿Qué opinas de que salga con su *partenaire*?

«Cara de póquer. Cara de póquer. Cara de póquer». Quizá si me lo repetía lo suficiente lo conseguiría o me convertiría en lady Gaga. Fuera lo que fuera, sería bueno para mí.

Aunque lo único que quería era gritar las respuestas, mantuve la cabeza gacha, porque eso es lo que hay que hacer cuando te bombardean con cuestiones personales que no sabes cómo contestar. El matón de la puerta nos echó un vistazo y nos permitió entrar sin vacilar. Era otra ventaja de llevar a Chrissy a tu lado. Su cara era conocida por todo el mundo, desde preadolescentes hasta ancianos. Y estaba segura de que me reconoció a mí también por todos los titulares en los que había aparecido últimamente, pero esa no era la razón por la que me había dejado entrar, en especial si Gabe estaba allí. Recorrimos un oscuro pasillo que nos llevaba hasta la sala donde sonaba una música estruendosa, pero antes de llegar nos encontramos con una camarera, cuyo uniforme parecía un bikini y un pantalón corto de talla infantil.

—Chrissy, me alegro de volver a verte. Como no nos has avisado, no tenemos listo nada. De todas formas no te preocupes, lo haremos lo más rápido posible. ¿Quieres el mismo sitio que de costumbre? —preguntó.

—Sí, por favor —repuso Chrissy. Luego negó con la cabeza, como si se le hubiera pensado mejor—. Oye, ¿es cierto que está aquí Gabriel Lane?

La mujer clavó los ojos en mí.

—Sí, pero no se pone por la misma zona. Aunque tendréis que pasar por delante de su mesa. Si es un problema, puedo intentar llevaros por la escalera de servicio.

Me miraron las dos.

—No importa. No necesito atención especial. Solo una buena copa de Fireball y estaré bien.

Chrissy se rio.

—Te quiero.

Seguimos a aquella rubia tetona por las escaleras hasta la zona vip, donde la gente bailaba al ritmo de la nueva canción de Betty Wap. La zona de baile era más pequeña y estaba más vacía que la de abajo, pero igual de animada. Aunque estaba oscuro, traté de buscar a Gabe. No porque necesitara verlo, sino porque quería saber a dónde no debía acercarme. No lo encontré por ningún lado, así que seguí avanzando, pensando que bastaría con que me

limitara a hacer lo más inteligente, que era no salir de la zona que nos designaran a menos que no me quedara más remedio, lo que esperaba que no ocurriera.

—¿Lo has visto? —me preguntó Chrissy en cuanto llegamos al acogedor rincón que al parecer frecuentaba.

—No. ¿Y tú?

Negó con la cabeza al tiempo que se pasaba la mano por el pelo.

—¿Puedes ponernos unos chupitos de Fireball, por favor? ¿Y una botella de champán?

La rubia asintió antes de marcharse.

—No es necesario que te quedes —le dijo Chrissy a su guardaespaldas, que todavía nos acompañaba—. Puedes ir fuera con Marcus. Te enviaré un mensaje de texto cuando esté preparada.

Siempre me había hecho gracia la forma en la que aquella chica de metro y medio daba órdenes a hombres enormes.

—Voy a ver si mi hermana anda por aquí —comentó Chrissy mientras escribía un mensaje en el móvil. Sus hermanas eran tan populares como ella, en especial en lugares como este.

—Está allí —anuncié al verla mirándonos. Chrissy se rio.

—¿Cómo es posible que no la hayamos visto? Venga, vamos a saludarla.

Nos unimos a sus amigos, y empezamos a ponernos al día lo que nos permitía la ruidosa música del club. Trabajo, novios... En fin... Hasta que surgió el tema inevitable: Gabe.

Me encogí de hombros.

—No me importa. Sinceramente, prefiero no hablar de él. Estoy bien y todo marcha.

Y, para mi sorpresa, así era. Siempre me había preguntado cómo me sentiría cuando lo viera con otra mujer. No sabía si me enfadaría o si me sentiría celosa. Pero no era así. No sentía nada. Había pasado ya tanto tiempo que no me removía por dentro. Empecé a reírme. Lo que comenzó siendo una risita se hizo más fuerte y luego se detuvo por completo.

—Creo que estoy achispada. Tengo el punto justo... —comenté—. Y tengo que ir a hacer pis.

Chrissy se rio antes de enlazar su brazo con el mío.

—Venga, vamos.

Atravesamos la multitud, y vimos a Gabe, que se iba hacia la salida con una

rubia del brazo. Chrissy me miró con una expresión de pesar y los ojos muy abiertos.

—Lo siento.

Eché al alcohol que corría por mis venas la culpa de las lágrimas que hicieron que me ardieran los ojos. No me gustaban las escenas en público y, definitivamente, no iba a llorar por él. Había terminado. Ya no estábamos juntos. Hacía mucho tiempo que habíamos tomado caminos separados. Sin embargo, se me hacía raro verlo salir con otra persona. ¿Me había sido fiel alguna vez?

Entre la mujer que había entrado en su habitación y la forma en la que Gabe había seguido adelante, no podía dejar de preguntármelo. ¿Había estado ciega o él nunca había sido el hombre que yo pensaba que era? Suspiré al tiempo que negaba lentamente con la cabeza. Eso era algo que solo Gabe sabía. Y no me hacía daño..., solo me sorprendía.

—No pasa nada. Me alegro de haberlo visto —confesé, aclarándome la garganta.

—Espero que pille ladillas —dijo. Nos reímos mientras bajábamos las escaleras agarrándonos a la barandilla para no caernos—. ¡Oh, mierda! Tenemos el paso bloqueado —dijo—. Lo siento. Estás interrumpiendo... Oh, guau...

Levanté los ojos y vi el «Oh, guau...» en cuestión. Era alto y delgado, con unos ojos color avellana que normalmente me hacían arder.

—Santo cielo —jadeé.

Chrissy se puso en «modo ligue».

—¿A dónde vas, guapo?

—La pregunta es: ¿A dónde va ella? —inquirió Victor con toda su atención puesta en mí. Recorrió mi cuerpo lentamente con los ojos antes de volver a mi cara. Tuve que reprimir el impulso de lanzarme a sus brazos y borrar de mi mente los diez últimos minutos. Los chupitos habían sido claramente demasiados, porque me sentía como si estuviera preparada para hacerlo.

—A hacer pis.

Chrissy se rio.

—Quiere ir al cuarto de baño —dijo ella al tiempo que me cogía del brazo y me lanzaba una mirada penetrante—. Este tipo está muy bueno, y decir que tienes que hacer pis suena mal.

No pude evitarlo, solté una carcajada.

—Es mi abogado.

La cara que puso Chrissy no tuvo precio. Nos miró a los dos; Victor estaba dos escalones más abajo que nosotras y sus ojos quedaban a la altura de los nuestros.

—Entonces, bien... Voy a... —Señaló la puerta del cuarto de baño, en la planta baja. Antes de alejarse, se inclinó hacia mí—. ¿Es el que trabaja para tu padre? —me preguntó al oído. Asentí moviendo la cabeza—. ¿Es el que te..., ya sabes...?

Me mordí el labio inferior sin dejar de mirar a Victor, y volví a asentir. Chrissy soltó un fuerte jadeo sobre mi hombro y luego se alejó. Me miró una última vez con el pulgar hacia arriba, haciéndome reír de nuevo.

—Hola —dije a Victor cuando ella se marchó. Mi voz fue ahogada por la música. Él se inclinó hacia delante y me rozó la mejilla derecha con su barba incipiente al levantar la mano para hablarme al oído.

—Hola —repuso con la voz ronca, haciendo que me estremeciera.

—Veo que sigues frecuentando los clubes nocturnos —dije, dando un paso atrás para mirarlo.

Noté que le ardían los ojos mientras curvaba los labios en una sonrisa que me decía que estaba acordándose de lo mismo que yo: los dos corriendo hacia el cuarto de baño de un club abarrotado; él arrancándome la diadema de cumpleaños del pelo, quitándome las bragas y poniéndose un condón antes de sumergirse dentro de mí con una intensidad que jamás había experimentado.

Dada la posición en la que estábamos, sentí su respiración en la cara, y percibí un atisbo de alcohol en su aliento. La atracción que sentía por él era indescriptible. Como si en ese pequeño espacio todo se desvaneciera, incluidos los pensamientos racionales.

En especial, los pensamientos racionales.

Porque en el momento en el que abrió la boca para decir algo, seguramente su siguiente aviso, presioné los labios contra los suyos, y cuando retrocedió un poco para conservar el equilibrio, mi cuerpo se movió con el suyo. Interrumpió el beso con rapidez, pero no sin antes sumergir la lengua en mi boca una vez, trazando un profundo círculo completo alrededor de la mía, y, por suerte, no sin antes agarrarme el pelo en un puño y gemir contra mis labios. De repente, no era el ritmo del bajo de la música lo que me golpeaba en las venas, sino la sensación de Victor apretado contra mí, abrazándome, y solo entonces, con la misma rapidez que empezó todo, se echó hacia atrás.

—Nicole... —me dijo en tono de advertencia.

—¿Qué? —susurré.

—Sígueme...

Se dio media vuelta y bajó las escaleras. Anduve detrás de él hasta doblar la esquina de un pasillo débilmente iluminado y llegamos a una puerta. Entramos cuando la abrió. Parpadeé con rapidez mirando a mi alrededor mientras mis ojos se ajustaban al resplandor rojizo del despacho; vi que había un escritorio y unas paredes de cristal que daban al club.

—¿De quién es esta oficina? —pregunté.

—Del dueño.

—¿Conoces al dueño?

Victor inclinó la cabeza a un lado y se acercó más a mí, tanto que tuve que estirar el cuello para poder mirarlo a los ojos. Se me detuvo el corazón ante lo que leí en ellos.

—¿De verdad quieres hablar de eso? —preguntó en voz baja.

—¿De qué quieres hablar tú? —susurré.

—Me has besado, Nicole. En público —me dijo con severidad.

Parpadeé una y otra vez para aclararme la cabeza, algo embotada por el alcohol.

—Y tú me has devuelto el beso.

Lo vi cerrar los ojos mientras soltaba un jadeo.

—Ha sido un error. Todo ha sido un error.

—¿Te refieres a mí? ¿Fui un error? —pregunté, con el corazón tembloroso.

Traté de orientarme, pero era una noche complicada. Primero había tenido que ver a mi futuro exmarido saliendo con otra mujer, y ahora iba a tener que permanecer aquí para escuchar cómo Victor me recordaba por qué lo nuestro no habría funcionado en el pasado. «Era un error». Mi autoestima, sin duda, no tenía su noche.

—Sí —confirmó.

Incapaz de quedarme allí parada mientras me echaba la bronca, y sabiendo que si salía del despacho y corría al cuarto de baño lo haría llorando, me di la vuelta y me acerqué al vidrio de las paredes, donde puse la mano para sentir la vibraciones de la música que sonaba al otro lado mientras miraba las coloridas luces de neón que brillaban en todas direcciones. Más que escucharlo, sentí que venía detrás de mí. Era como si no pudiera darme el espacio que necesitaba. Como si me hubiera dicho que me mantuviera alejada

pero necesitara acercarse. Cerré los ojos.

—Tú nunca has sido un error —se corrigió con la voz ronca y tierna—. Pero besarme en público sí que lo es.

—Estábamos en una escalera oscura —me defendí—. Además, conoces al dueño, así que incluso si nos ha grabado una cámara, puede decir que borren el vídeo.

Victor se rio entre dientes, y abrí los ojos. Me di la vuelta hacia él, apoyándome contra la fría superficie que quedó a mi espalda. Cerré los ojos un instante al notar el masaje que producían los sonidos más bajos de la música.

—Serías una buena delincuente.

Sonreí mientras buscaba su mirada.

—Sé cómo hay que guardar secretos.

—Nic...

—¿Mmm? —le pregunté, acercándome todavía más.

«¿Qué pasaría si folláramos contra este cristal?».

Por la forma que se separó de mí, o había dicho las palabras en voz alta, o las había leído en mi cara. Comenzó a recorrer el despacho con grandes zancadas mientras se pasaba la mano por el pelo, murmurando cosas que no logré entender.

—Esto no va a funcionar —reconoció finalmente al tiempo que se volvía para mirarme desde detrás del escritorio.

—¿El qué?

—Esto. Nosotros. Que yo lleve tu caso. No va a funcionar.

—Porque quieres follarme contra ese cristal —afirmé.

Se agarró con fuerza a la parte superior de la silla y bajó la cabeza, sin hacer ningún comentario sobre lo que yo había dicho.

—Quizá deberíamos vernos solo cuando sea necesario... para el divorcio —dijo.

Solté una risita.

—No tenía pensado venir aquí esta noche, y menos encontrarme contigo.

—Tienes razón —aceptó, buscando mis ojos—. Es cierto, pero debemos seguir adelante con el plan.

—Siendo mi abogado, no creo que debas dejar que tome decisiones imprudentes cuando estoy borracha —dije. Él bajó la vista otra vez, pero percibí su sonrisa antes de que tratara de ocultarla.

—Lo digo en serio, Nicole.

—Vale, Victor. Lo entiendo, ¿de acuerdo? Estaba hablando con un chico muy guapo en el piso de arriba, y sigo teniendo que hacer pis. Quizá lo lleve conmigo. —Incluso en el estado en el que me encontraba noté la forma en la que se le oscurecieron los ojos al oír mi sugerencia.

—Acabas de decir que estás borracha —gruñó, agarrándose con más fuerza a la silla.

—No estoy tan borracha. —Hice una pausa para mirarle la cara—. ¿Eso te molestaría? ¿Que me enrollara con ese tipo en el cuarto de baño? Me gusta follar en los baños.

—Nicole... —Su tono era duro y sus ojos me miraban casi con rabia.

—¿Sabes? En realidad eso solo lo he hecho contigo —admití—. Hacía mucho calor. Y tú solo me decías esas guarradas al oído, ¿recuerdas?

—Perfectamente —confesó apretando los dientes.

—Me hacías eso —dije, señalando los dedos que clavaba en el respaldo de la silla— en el culo. Al día siguiente tenía marcas, y dolían. Me excitó.

—Nicole... —gruñó de nuevo.

—Es una pena que el trabajo sea toda tu vida, de lo contrario podríamos haberlo pasado muy bien —solté al tiempo que me giraba hacia la puerta—. ¿Hemos terminado ya aquí?

Antes de que pudiera girar el pomo, Victor estaba a mi espalda, y me cubría la mano con la suya.

—¿Por qué estás haciendo que sea tan difícil? —me preguntó al oído con un profundo murmullo.

Y no lo sabía. Sinceramente, no lo sabía. Era por él. Lo culpé por nublar me el juicio cada vez que estaba cerca. Cerré los ojos. Quería inclinar la cabeza hacia atrás, darle acceso a mi cuello para que me lo chupara. Quería perderme en la sensación de tenerlo dentro de mí. En serio, necesitaba echar un polvo. Y mi cuerpo quería de verdad que fuera Victor Reuben el que lo satisficiera.

—¿Por qué me traes a una oficina oscura para hablar conmigo sobre que no debo besarte en público? Podrías habérmelo dicho en cualquier sitio —pregunté, abriendo los ojos. Su mano se apoderó de la mía y no pude moverla.

—Me da la impresión de que no puedo pensar bien cuando te tengo alrededor —confesó respirando contra mi cuello.

Giró el pomo de la puerta y me puso la mano en la espalda para sacarme de

allí y regresar a la zona vip. Me estremecí bajo su contacto. Lo miré por encima del hombro y cerré los ojos, preguntándome si él también sentía esa fuerte atracción. Vi cómo abría las fosas nasales. Cuando llegamos al rincón oscuro donde el pasillo se dividía en tres opciones —salir, ir al cuarto de baño o subir a la zona vip—, nos detuvimos y me giré para mirarlo. Hizo que su mano se deslizara desde la parte baja de mi columna hacia mi costado y mi abdomen para dejarla caer.

—Supongo que, después de todo, estamos en la misma página del libro —dije.

—Si es ese el caso, tenemos que irnos a distintos capítulos lo más rápidamente posible —repuso, apartando la vista en busca de la salida.

—¿Te vas a ir de verdad?

Me miró de nuevo.

—Será lo mejor.

—Porque estoy tentándote —afirmé. Y lo contemplé boquiabierto cuando asintió.

—En fin, ya sabes que después de las doce no ocurre nada bueno —comentó—. Quizá sería mejor que hicieras lo mismo.

—Lo que pasa es que no quieres que me enrolle con nadie.

Sonrió al tiempo que alargaba el brazo hasta llevar la mano a mi espalda, donde me agarró el pelo para tirar de él con suavidad. Era algo que había hecho antes, y, lo mismo que entonces, sentí que me recorría un estremecimiento hasta la punta de los pies.

—Ya me has dicho que soy el único tipo con el que has hecho eso. No espero que rompas el molde en una noche. —Me guiñó el ojo mientras me soltaba el pelo.

—Ya me conoces, me gusta ser espontánea —repliqué. Crispó la mandíbula apartando la mirada de la mía un instante.

—Ten cuidado, Nicole. Por favor, no hagas ninguna estupidez —añadió, inclinándose para besarme la mejilla antes de alejarse y salir por la puerta.

No era justo, así de simple. Ese hombre era demasiado sexy. Demasiado tentador. Demasiado follable. «Lo deseo. Mi cuerpo lo necesita». Aunque después del encuentro que acabábamos de protagonizar, estaba segura de que mi corazón no sobreviviría a una repetición con Victor Reuben.

7

NICOLE

Me pasé la mañana libre con resaca, esquivando llamadas, tanto del agente de Gabe como de la secretaria de Victor. Alrededor de las tres, me acomodé en el sofá de mi habitación con una taza de cereales y me puse a ver *Peaky Blinders* en Netflix. Era una tarde perfecta hasta que comenzaron los golpes en la puerta. Cerré los ojos, suplicando que fuera Cillian Murphy quien estuviera al otro lado del umbral. Sabiendo que estaba a punto de llevarme una decepción, me levanté para abrir con un suspiro y arrojé la manta a un lado. Gabe y su agente estaban delante de mí. Cerré los ojos y conté hasta tres antes de volver a abrirlos. Darryl parecía nuestro padre, con su pelo lleno de canas, las gafas de culo de botella y su enorme barriga. Nuestro padre o alguien que tuviera un fetiche pornográfico con menores. Siempre había sentido una clara aversión por él, hasta el punto de que había hecho que desapareciera con Photoshop de algunas fotos de nuestra boda. Pero el hombre podía decir y hacer lo que quisiera, y era más despiadado de lo que una podía imaginar, lo que suponía una facultad imprescindible en la industria cinematográfica.

—Debo de haber hecho algo muy malo en una vida pasada.

—Yo también me siento encantado de volverte a ver, Nicole —repuso Darryl, mostrándome su sonrisa más falsa.

—¿Qué queréis? —pregunté, mirando a Gabe, que tenía las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y la cabeza gacha.

Parecía un colegial enfadado, y el hecho de que no levantara la cabeza y viniera acompañado de su agente solo podía significar una cosa. Algo realmente malo. Se me encogió el corazón.

—¿Qué ha pasado? —dije, tratando de ignorar la forma en la que se me aceleraba el corazón.

—Queremos hacerte una propuesta. Una muy buena, que te beneficiará mucho —informó Darryl. A pesar de la desconfianza que sentía por él, sabía que primaba el interés de sus clientes por encima de todo. Archeé las cejas.

—A ver de qué se trata...

Nos sentamos frente a frente en la larga mesa del comedor. La que solo habíamos usado un par de veces, para ofrecer alguna que otra cena en vacaciones y para hablar sobre la ridícula propuesta, porque eso fue lo que terminó siendo. Absolutamente risible y ridícula. Básicamente querían que fingiera que quizá, solo quizá, no nos íbamos a divorciar después de todo.

—No nos han visto juntos desde hace casi un año —señalé—. Y desde entonces, te han visto con varias mujeres. Ninguna de las cuales era yo.

—Ha estado viajando por trabajo. Y tú también has estado ocupada con tu propia carrera. Ahora, él ha vuelto y por fin se ha dado cuenta de lo bueno que es lo que tenéis, así que quiere salvar su matrimonio —expuso Darryl.

Noté que me daba un vuelco el corazón. ¿Es que Gabe no se daba cuenta de lo que me dolía eso? ¿Que no podía soportar escuchar eso con mi futuro exmarido, con quien había querido arreglar las cosas, sentado delante de mí? Sí, había terminado con él. Sí, quería seguir adelante, pero lo que su agente acababa de decir significaba que Gabe nunca sentiría lo que había descrito Darryl, y eso dolía mucho. Me tragué mis emociones y alcé la barbilla.

—Lo que estoy escuchando solo quiere decir que Gabe vuelve a ganar. Todavía no he oído nada que indique que yo saque algo de todo esto —protesté.

Gabe se aclaró la garganta y entrelazó los dedos de ambas manos encima de la mesa.

—Quizá sea cierto. Quizá quiera volver a intentarlo.

Lo miré boquiabierto. Parpadeé. Cerré los ojos. Volví a parpadear.

—No puedes estar hablando en serio —le solté cuando por fin fui capaz de decir algo. La forma en que lo había expresado me hacía recordar la vez que me había llevado a mi restaurante favorito de *sushi* porque quería hacer algo por mí, y acabamos en urgencias porque era alérgico al cangrejo que llevaba el plato que había pedido. Se había mostrado muy tierno en el momento que le había dicho que jamás podríamos volver a estar juntos y me miró con los ojos hinchados para decirme: «Quizá quiera volver a intentarlo contigo».

—¿Por qué no? —preguntó encogiendo sus anchos hombros, y tuve que parpadear para olvidar los recuerdos.

—Porque... —Hice una pausa, tratando de controlar la ira antes de que se apoderara de mí. Respiré hondo para tranquilizarme—. Gabe, acabo de solicitar el divorcio.

—Olvídate de eso —intervino Darryl—. Vamos a dejar las emociones

fuera. No es necesario complicar algo tan sencillo. Si queréis hablar sobre vuestro matrimonio, de acuerdo, aunque creo que todos convendremos en que si no ha funcionado es por alguna razón. —Arqueó las cejas oscuras por encima de la montura de las gafas mientras nos lanzaba una mirada cómplice.

—Capullo —le dije.

Gabe suspiró.

Darryl se encogió de hombros.

—Esta es nuestra propuesta: acompáñalo al estreno de la película esta semana, haz a los medios algún comentario sobre vuestra relación. Cuestiones positivas. Mantenlos en vilo. Usa la alianza de vez en cuando. Gabe también se pondrá la suya e interpretará su papel.

—¿Qué sentido tiene todo eso? El divorcio ya ha sido archivado. Los documentos se filtraron. Todo parecerá una estupidez, y sigo sin entender en qué me beneficia a mí. —Miré a Gabe, que me observaba con una expresión que quería arrancarle de la cara. Era casi de admiración, como si mi actitud estuviera impresionándole.

—Hablaré de nuevo con las productoras y les diré que actué por despecho al decirles que no trabajaría con ellas si te contrataban como diseñadora de vestuario —soltó Gabe. Apreté los dientes y lo apuñalé mentalmente. Varias veces. Llevé las manos debajo de las piernas y me senté sobre ellas porque noté que empezaban a temblarme.

—Os creéis muy listos jodiéndome la carrera. ¿Acaso crees que solo porque eres Gabriel Lane, el príncipe de Hollywood, no puedo acabar contigo? —pregunté—. ¿No recuerdas que sé de dónde procedes, Gabriel Rogers? ¿O es que junto con tu verdadero apellido te has olvidado de otras cosas? Quizá deberías dejar de darles a las drogas de vez en cuando. —Entonces me levanté y las patas de la silla chirriaron sobre el suelo de mármol.

—Dejaré que te quedes el apartamento de Nueva York —intervino Gabe mientras me daba la vuelta para regresar a mi habitación. Sentí una opresión en el corazón al oírle mencionar aquel ático que adoraba. Me detuve y me volví a girar.

—¿Así sin más?

—La he jodido, Nic. Sé que es cierto, pero con todas las... fiestas y otras cosas, mi popularidad está ahora por los suelos, y estrenaré dos películas en el lapso de cuatro meses: necesito conseguir que mi imagen sea la que era —explicó, suplicando con sus ojos azules. Se levantó y unió las manos como si

fuera a ponerse a rezar—. Por favor. Eres la única que puede ayudarme. Te juro que dejaré de complicarte las cosas.

Permití que se hundiera en la mierda durante un momento, sin dejar de mirar sus increíbles ojos azules, unos ojos que podrían estar mintiéndome como lo habían hecho tantas veces en el pasado. Se pasó las manos por las mejillas recién afeitadas y volvió a contemplarme. Era condenadamente guapo. Guapo, encantador, maravilloso en la cama, y una vez había sido mío. Por desgracia, en ese momento, al observarlo tratando de averiguar si estaba actuando o no, ni siquiera podía recordar los buenos tiempos.

—Quiero todo esto por escrito —claudiqué finalmente—. Y tenéis que firmar los dos el documento en cuestión.

—Le diré a Phil que redacte el contrato enseguida —dijo Darryl.

—A la mierda con Phil. Lo hará mi padre.

—Gracias, Nic. Muchas gracias. Sé que no tengo ningún derecho a...

Levanté la mano para interrumpirlo.

—Cállate. Para que continúe adelante, tienes que callarte. Voy a seguirte el juego porque, por alguna estúpida razón, todavía me importas, pero no puedo prometerte nada más. Y si durante nuestro trato haces o dices algo negativo, acabaré haciendo alguna locura... Así que no me tientes.

Mi padre estaba cabreado. Como yo sabía.

—¿Qué opina Victor sobre esto? —preguntó.

—No se lo he dicho, así que no sé. No pensaba comunicárselo. Solo necesito un simple contrato que deje claras mis demandas.

—Este tipo de cosas son las que necesitas discutir con tu abogado, Nicole. ¿Por qué crees que te he puesto en sus manos?

Me di cuenta de que él estaba a punto de estallar, y aunque estábamos hablando por teléfono y no había escalado el mueble de la cocina como cuando tenía seis años, oí crujir su cinturón.

—Papá —susurré—. Por favor.

Suspiró de forma muy sonora al otro lado de la línea, así que cerré los ojos, aliviada.

—Bueno, pero para conseguirlo tendrás que venir a la casa de Newport.

Me quedé boquiabierta.

—¿Por qué? Puedes enviármelo por correo electrónico.

—No. No te hemos visto el pelo, solo has venido un puñado de veces en el último año y estoy haciendo una barbacoa. Te quiero aquí mañana, temprano.

Y trae ropa —indicó. Su tono no dejaba lugar para la discusión. La voz de mi padre hacía que un día en la casa de la playa sonara como un castigo.

—Vale. Nos vemos mañana.

8

VICTOR

Will me llamó la noche pasada para invitarme a su casa en la playa; me sentí tentado de buscar una excusa y no ir. Pero luego recordé la aislada playa privada, el silencio... y acepté. Ya me había alojado antes en aquella casa de siete dormitorios, y lo había disfrutado mucho, así que ¿por qué no esta vez? Lo que no esperaba era que sus primeras palabras en el *brunch* fueran: «Tenemos que hablar de Nicole». Tampoco contaba con que el corazón se me subiera a la garganta al oírlas. Al instante, pensé en el viernes por la noche, cuando me la encontré en aquel club nocturno, cuando habíamos compartido aquel beso, cuando le había pedido que habláramos en privado y había tenido que estar todo el tiempo reprimiéndome para no cerrar la puerta con llave, empujar a Nicole contra la madera y subirle el vestido. Me esforcé por poner la expresión más neutra que pude.

—¿Qué ocurre con Nicole? —pregunté, sonriendo mientras Meire, la mujer de Will, entraba con una bandeja y dejaba unas tazas de café sobre la mesa para nosotros.

—¿Y Maya? —preguntó Will a su mujer.

—La he enviado a comprar provisiones. Teníamos la nevera casi vacía, pero creo que le diré que puede irse a casa pronto, para que estemos solos —repuso ella alejándose con la bandeja vacía.

—¿No vas a acompañarnos?! —gritó Will.

—¡Antes quiero asegurarme de que Maya ha preparado la habitación para Victor! —gritó ella desde la cocina.

Will negó con la cabeza al tiempo que tomaba un sorbo de café, y, aunque no me importaba retrasar todo lo posible la conversación que quería mantener sobre Nicole, me empezaba a poner nervioso.

—Bien, dime, ¿qué pasa con Nicole? —insistí.

—Bueno —repuso, dejando la taza—. Comencemos por el principio... —Gemí para mis adentros.

A Will le encantaba contar largas historias sobre cuestiones que podría haber abreviado y decir en menos de dos minutos. Por lo menos, no

estábamos en el despacho, y no tenía esperándome sobre la mesa un montón de archivos. Eso sí, no me quedaba más remedio que seguir sentado en aquel elegante comedor y asimilar todo el rollo que me iba a soltar.

—El día que Nicole me dijo que iba a casarse, me sentí alucinado — empezó. Quise decirle que nos había sorprendido a los dos de la misma forma, pero no pude—. No porque no supiera que ella quería casarse. Creo que entre su madre y ella habían estado planificando esa boda desde que cumplió seis años. Les encantan esas cosas. —Eso sí era una sorpresa para mí—. Una tía suya le regaló la Barbie novia cuando era pequeña y, dos días después, Nicole quiso la casa de los sueños de Barbie. A lo que iba: si me sorprendió, fue porque apenas conocía a ese hombre antes de aceptar casarse con él.

Asentí, llevándome la taza de café a los labios y tomando un sorbo.

—Intenté disuadirla, pero no se avino a razones. Ahora se está divorciando, y no puedo evitar sentirme responsable —suspiró—. Mi niña se merece algo mejor que ese tipo.

—Estoy de acuerdo —convine.

—Se merece a alguien que le dé más de lo que ella da —agregó. Asentí con la cabeza de nuevo, aunque no tenía ni idea de adónde quería llegar—. Rechazó un trabajo solo para poder viajar al *set* de rodaje donde estaba él. ¿Te puedes creer que la mandó de vuelta a casa al verla aparecer?

Lo miré boquiabierto. Will asintió al tiempo que arqueaba las cejas.

—Cogió un avión a Canadá para verlo y él pasó de ella como de la mierda. Su agente le dijo que se fuera.

—Menudo gilipollas —dije, notando que me empezaba a hervir la sangre. ¿Cómo le podía hacer eso a alguien...? ¿A su propia esposa?

—Un completo idiota. Y ahora está intentando que ella... —Se interrumpió al oír sonar el timbre, y abrió los ojos de par en par—. Seguiremos hablando más tarde.

Quería seguir insistiendo en el asunto, pero escuché que Meire saludaba a alguien y que se acercaban unos pasos a mi espalda. Vi la sonrisa en la cara de Will y la olí —un dulce aroma floral que sabía que impregnaba toda su piel— antes de verla. Cuando me volví, Nicole me sonrió, y sentí que se me escapaba el aire. Llevaba un vestido largo y suelto de color naranja, tenía húmedo el pelo oscuro —seguramente por una ducha reciente— y sus ojos azules parecían vibrar mientras me miraba. Le devolví la sonrisa mientras mis

ojos bajaban por su cuerpo hasta la bolsa que sostenía en la mano.

¡Oh, no!

¡Oh, mierda!

¿Íbamos a dormir los dos aquí esta noche?

—Hola, Victor —me saludó con suavidad. Sus mejillas se sonrojaron mientras bajaba la mirada a la mía.

Fruncí el ceño. Que pareciera tímida era nuevo para mí. Quizá fuera porque estábamos delante de su padre y su madrastra. Tal vez se estaba acordando de lo que había pasado entre nosotros la otra noche. Iba a tener que decirle que no hiciera eso. Necesitaba distanciarme de ese recuerdo. Nicole me resultaba demasiado tentadora. Debía seguir considerándola la fruta prohibida que me conduciría a la muerte. Algo que me habría sido muy útil si de pequeño hubiera prestado atención en clases de catequesis.

—Nicole —dije a modo de saludo.

—Siéntate con nosotros. Estábamos hablando de ti —la invitó Will.

—Te llevaré la bolsa arriba. De todas formas iba a poner toallas en el cuarto de baño —dijo Meire, cogiendo la bolsa de la mano de Nicole y excusándose nuevamente.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Nicole, sentándose a mi lado.

¿Por qué se había sentado junto a mí? Podía ser porque era su asiento habitual, y como animales de costumbres que somos, nos vemos obligados a ocupar siempre el mismo sitio en la mesa. Podía ser porque era el lugar que ella tenía más cerca. Porque estaban más a mano las tortitas. Podía ser por muchas razones, pero la única que yo quería que fuera cierta era porque quería estar cerca de mí. A mi lado. Y la idea de que eso me importara, que quisiera que se sintiera tan afectada por mí como yo por ella, era una putada. Había puesto fin a nuestra relación la primera vez y ahora no podía permitirme entretenerme con lo que se me pasaba por la cabeza la mitad del tiempo si ella estaba en las inmediaciones. Sencillamente, no podía. Nicole estaba fuera de mi alcance. Pero luego, como ahora, cuando estaba a mi lado, su olor hacía que quisiera aproximarme a ella y no me importara nada más. Se infiltraba en mis pensamientos al instante y me daba igual todo lo demás.

—Estaba a punto de contarle a Victor lo del contrato que quieres que redacte.

Parpadeé. La atracción de su presencia se vio reemplazada por curiosidad.

—¿De qué tipo de contrato estamos hablando?

—Es muy simple —dijo ella, manteniendo un tono bajo, casi un susurro—. Que acepto ir con Gabe a algunos eventos, a que nos hagan algunas fotos, y decir cosas buenas sobre él y sobre nuestro matrimonio, posiblemente ante los medios de comunicación, y él me entrega el apartamento que tenemos en Nueva York y lo hará constar en las condiciones del divorcio. Además, se retractará de todas las mentiras que les dije a las productoras con las que yo quería trabajar, y afirmaré que estaba equivocado.

Me giré en la silla para observarla. No me estaba mirando. Tenía la cabeza gacha y la vista clavada en las manos, pero sabía que sentía mis ojos. Lo sabía porque sus mejillas estaban cada vez más rojas, y parecía más incómoda por momentos. No era mi intención que se sintiera así, pero me resultaba muy irritante esa petición. Tanto que quise hacer que se levantara de la silla y se alejara de los atentos ojos de su padre. Me tragué como pude la irritación y las protestas que tenía en la punta de la lengua.

—¿Y eso te parece bien? —pregunté.

Por fin, después de lo que resultó una eternidad, volvió la cabeza hacia mí y nuestros ojos se encontraron.

—Sí. —Asintió moviendo la cabeza.

Fue como si nuestras miradas se quedaran enredadas el tiempo suficiente como para que olvidara cualquier pensamiento mientras miraba sus iris azul oscuro. El tiempo suficiente para recordar la forma en la que sus labios se amoldaban a los míos y cómo se había ofrecido a mí. Will resopló desde el otro lado de la mesa y los dos giramos la cabeza hacia él. Hechizo roto.

—Yo no creo que sea una buena idea —anunció Will, mirando a su hija—. Creo que si te rindes a estas demandas, descubrirás que pasar tiempo con él puede hacer que reconsideres el divorcio.

Aquel mero pensamiento hizo que se me encogiera el corazón en el pecho. ¿Por qué demonios me importaba? ¿Por qué cojones...? No tenía una respuesta para eso, pero estaba claro que no quería que ella anduviera de un lado para otro con un tipo que la trataba tan mal.

—No hay nada que pensar, papá. No habría firmado los documentos si me quedara alguna esperanza de que este matrimonio funcionara —explicó ella.

Me quedé callado hasta que Will se dirigió a mí y me dijo que redactara ese acuerdo para ella. Entonces me excusé, llevé mi plato a la cocina y subí a la habitación que Meire me había asignado. Era muy grande, con una cama enorme y balcón hacia la piscina y el océano Pacífico. Me quedé allí parado,

pensando en cómo lo redactaría. Había escrito muchos acuerdos para celebridades sin pensármelos dos veces, pero este me iba a hacer perder la cabeza. Me estremecí al escuchar un lloriqueo en las cercanías. Giré la cabeza en dirección al sonido, pero no vi a nadie. Lo volví a escuchar, así que fruncí el ceño y me incliné hacia delante en el balcón para echar un vistazo al que tenía al lado. Nicole estaba sentada en una de las sillas con los pies en el asiento, rodeándose las rodillas con los brazos, y la cabeza inclinada hacia abajo. Estaba... ¿llorando?

Me alejé del lugar. No quería entrometerme en su privacidad. No sabía cómo enfrentarme a ella en ese momento. Podría saltar la distancia que nos separaba y abrazarla, pero resultaría raro. También podía llamar a su puerta y preguntarle si estaba bien..., pero sería extraño. Además, me quedaba la opción de fingir que no la había escuchado, pero había algo en esa idea que me hacía sentir mal. Giré el cuello, sacudí los brazos y calculé la distancia que separaba nuestros balcones. Estaban tan cerca uno del otro que no podría caerme entre ellos, así que no tenía que preocuparme por eso. Solo tenía que imaginar dónde estaban Will y Meire y si me verían saltar. ¡Joder! ¡Vaya pensamiento! Era casi suficiente para evitar que lo hiciera... Casi.

Nicole soltó un grito cuando aterricé a su lado. Levantó la cabeza y se secó los ojos llenos de lágrimas con las manos mientras me miraba desconcertada.

—¿Qué demonios estás haciendo?

La miré fijamente durante un instante antes de plantarme delante de ella.

—Ya te aviso por adelantado... No tengo ni idea de cómo lidiar con mujeres con las emociones a flor de piel, así que si no me quieres aquí, dímelo; regresaré a mi balcón y fingiré que no te he visto llorar.

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo mientras fruncía el ceño ligeramente.

—No te quiero aquí.

Vale. Suficiente. Me di la vuelta, y, justo en el momento en que estaba a punto de volver a mi balcón, me cogió la mano para detenerme. Cerré los ojos para controlar el escalofrío; había sentido su contacto en todas partes. ¿Por qué? ¿Siempre había sido así? Hacía tanto tiempo, y había sido tan joven y estúpido, que ni siquiera podía recordarlo.

—No te vayas —susurró. Abrí los ojos y me di la vuelta. Busqué su mirada sin soltarle la mano.

—Acabas de decirme que no me quieres aquí —susurré al tiempo que me

acercaba. Lo que deseaba era cogerla entre mis brazos y sentarla en mi regazo. Sin embargo, no lo haría. No podía.

—Quédate de todas formas —me dijo—. Podrías haberte roto el cuello tratando de llegar hasta aquí. No quiero que tu esfuerzo sea en vano.

Me reí entre dientes soltándome de sus dedos. Ella regresó a su silla y yo me senté a su lado.

—¿Quieres hablar de ello?

Suspiró.

—En realidad no. Ya es suficientemente malo que me hayas visto llorar y, en realidad, no es nada. Una estupidez.

Resistí el impulso de tenderle la mano y de cubrir la suya con la mía para intentar consolarla. En lugar de eso, acerqué mi silla a la de ella para que ambos estuviéramos de frente al mar.

—No es una estupidez si te sientes afectada por ello —dije con los ojos clavados en el océano, en las olas que rompían en la orilla, y en los veleros, más allá. Como le había dicho, no se me daba bien consolar a las mujeres, pero tener a Estelle como hermana me había enseñado bastante sobre cómo tratarlas, y sabía que no era una opción inteligente desdeñar su estado anímico actual como tal cosa.

—No quiero hablar con los medios de comunicación —confesó después de un rato. La miré; ella tenía la vista perdida a lo lejos, así que tuve la oportunidad de estudiar sus facciones, su nariz respingona y las mejillas redondas.

—Pues no lo hagas.

Suspiró de nuevo.

—No es tan sencillo. Me hacen preguntas. Siempre me las hacen. Esta mañana he recibido la llamada de una revista que quiere publicar una historia. Estoy segura de que ha sido el agente de Gabe el que les dio mi número, ya que han hecho alguna sugerencia al respecto. Y la cuestión es que no existe ninguna historia que contar.

—Ellos siempre encuentran algo que publicar.

Negó con la cabeza antes de girarla para buscar mi mirada.

—Jamás les daré nada jugoso que puedan vender.

Sus palabras no deberían haberme hecho sentir nada, pero me inundó una oleada de orgullo por ella e irritación por mí mismo, por mi yo anterior, el que había pensado que ella habría sido la responsable si nos hubieran

atrapado. El hombre que era entonces y que había creído que preferiría arrojarse bajo un autobús en marcha a que llegara el día que tuviera que elegir entre nosotros o que se esfumara mi carrera. Fue por eso por lo que había cortado todo de raíz.

—Eres una buena persona, Nic —aseguré—. Y Gabriel es idiota.

—Los hombres suelen serlo —repuso con los labios curvados en una misteriosa sonrisa.

Le miré la boca durante un momento, desesperado por saborearla. Había sentido sus labios sobre los míos hacía solo unos días y quería tenerlos allí otra vez, pero no podía ser. Y, definitivamente, no iba a ser yo quien diera el paso. Quizá fuera injusto por mi parte querer algo tanto y no estar dispuesto a trabajar para tenerlo. Pero también sabía que si lo intentaba, que si iba detrás de ella, llegaría hasta el final. Y eso era algo que no podía permitirme.

—Lo somos —acepté—. Somos idiotas redomados. No deberías olvidarlo nunca.

—Tengo los ojos bien abiertos, Victor. Sé que crees que no, pero siempre los he tenido. Lo que hubo entre nosotros... —negó con la cabeza al tiempo que soltaba el aire— fue bueno. Y sé por qué le pusiste fin como lo hiciste. Lo entiendo, pero no creo que ninguno de los dos haya utilizado al otro. Creo que éramos lo que necesitábamos ser el uno para el otro en ese momento, y eso está bien.

—Incluso aunque quisieras que fuera más, lo que supongo que sí —repuse, esperando que entendiera que estaba refiriéndome a su matrimonio.

No quería hablar de eso de ninguna manera, pero quería saber por qué había saltado tan rápido a una relación seria. Necesitaba saber si la había empujado a ello.

Se rio.

—Supongo que nunca lo sabremos —dijo ella con los ojos brillantes. Fruncí el ceño, haciendo que se riera de nuevo, pero nos vimos interrumpidos por un fuerte golpe en la puerta y nos miramos con los ojos muy abiertos—. Quédate aquí —susurró.

Me levanté y me oculté detrás de la puerta corredera, esperando que quienquiera que fuera no llegara al balcón. Me sentí como si volviera a tener dieciséis años, y el corazón me retumbó en el pecho mientras escuchaba la conversación con alguien, seguramente Meire. En lugar de quedarme esperando, regresé a mi habitación y me senté en una de las sillas que había

fuera con el corazón todavía acelerado. Nicole salió al balcón poco después, y me buscó girando la cabeza.

—¿Te has acojonado? —preguntó con una sonrisa.

—Joder, ya te digo... —reconocí con sinceridad. Puso los ojos en blanco antes de avanzar a la parte mas cercana a mí. Hice lo mismo, reuniéndome con ella. Los dos apoyamos los codos en las respectivas barandillas.

—Ver para creer: el tipo que me follaba en su despacho no soporta que lo atrapen en mi habitación —dijo, arqueando una ceja. Se me detuvo el corazón al oírla. Mi polla se puso dura en el acto ante la mera mención de nosotros dos follando. Cerré los ojos, tratando de no recordarlo, aunque terminé con una clara imagen mental de la cara de Nicole entre mis piernas, con los ojos clavados en los míos mientras me la chupaba. Gruñí.

—¿Pensamientos agradables? —coqueteó. Abrí los ojos.

—Fui un idiota.

—Eso has dicho. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto tardarás en redactar el contrato?

—Alrededor de una hora. Quizá menos. ¿Por qué?

—Una vez me dijiste que intentabas hacer surf todos los días —comentó—. ¿Todavía es así?

—Casi todas las mañanas —repuse, sonriendo al ver que lo recordaba.

—Me gustaría que me enseñaras. O que lo intentaras al menos. Sé hacer *paddle surf*. No debe de ser muy diferente, ¿verdad?

Me reí.

—Oh, Nicole... Tienes mucho que aprender.

—Bueno, entonces, me alegro de haber elegido a un buen profesor —repuse con un guiño mientras se daba la vuelta—. Me voy a poner el traje de baño. ¿Nos vemos abajo dentro de una hora?

—Estás... —Negué con la cabeza—. Sí, dentro de una hora.

Me pasé los siguientes cuarenta minutos redactando el contrato al tiempo que intentaba no imaginarla quitándose la ropa en la habitación contigua. Desnuda. En la habitación de al lado. ¡Joder! ¿Cómo iba a dormir allí? Quizá debería irme a casa temprano. Quizá debería salir de allí pitando en cuanto preparara el contrato. Se me daba bien encontrar excusas. Pero luego recordé lo emocionada que parecía en el balcón, y decidí quedarme. Una hora después, le envié los documentos por correo electrónico, me puse el bañador y bajé para reunirme con ella en la playa. Me crucé con Will en el trayecto y

lo puse al corriente de todo. No la vi hasta que llegué al final del patio trasero, cuando hundí los pies en la arena caliente. Llevaba el bikini más pequeño que hubiera visto en mi vida, y agradecí que estuviera a punto de ponerse un neopreno.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté al acercarme, al ver que luchaba para mantener el equilibrio sobre un pie. Levantó la cabeza con una sonrisa que prometía esa clase de problemas en los que me divertía participar.

—Teniendo en cuenta que ya me he caído de culo —repuso, girándose un poco para enseñarme que tenía la espalda llena de arena—, sí.

Me reí al verla, y no me lo pensé dos veces. Cuando llegué hasta ella, estiró el cuello para mirarme cuando le tendí el brazo para que se apoyara mientras metía el pie en una de las piernas del traje. Nos sostuvimos la mirada un rato, y me alegré de que hubiera fuertes olas a unos pasos de nosotros. De lo contrario, ella habría percibido mi acelerada respiración, y estaba seguro de que yo habría oído la suya también. Tal y como estábamos, las miradas acaloradas que intercambiábamos decían mucho. No podía permitir que me tocara y pensara en mis manos sobre las suyas, sus labios en los míos. Al terminar de ponerse el neopreno y de subir la escalera, pensé que estaría fuera de peligro, ya que no vería su piel, pero tal y como se ceñía a sus curvas... ¡Joder! Me aclaré la garganta al tiempo que miraba al mar.

—No hay buenas olas —comenté—. Quizá ahora mismo no tengamos más opción que hacer *paddle surf*.

—Vale —repuso, siguiendo mi mirada—. Creo que de todos modos es lo que más me apetece.

Nos movimos para recoger las tablas que había apoyadas contra la casa y las arrastramos hacia la orilla. Regresé a por las palas, y en el camino de vuelta, lo único que pude hacer fue mirar a Nicole y darme cuenta de que no parecía la mujer valiente a la que estaba acostumbrado, sino una mujer contemplativa y derrotada. Nos adentramos en el agua con las tablas, pero en lugar de ponernos de pie en ellas, nos sentamos sobre el agua, con las piernas colgando a ambos lados.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —indagué después de carraspear mientras los dos nos enfrentábamos al vasto océano, de espaldas a la casa. Me miró de reojo y asintió—. El otro día me dijiste que la única vez que has tenido... —No pude terminar la frase.

—¿... sexo en un baño... —continuó por mí, sonriente, mirándome a los

ojos— fue contigo?

Asentí.

—Sé que no es necesario que tuvieras una razón para hacerlo —seguí—. Que actuaste solo por instinto... Pero me dejó sorprendido.

—Sé que me consideras una cualquiera —aseveró, sin que su sonrisa vacilara—. Y es una suposición lógica. No lo soy, pero si estuviera en tu lugar, pensaría lo mismo.

—No me gustan las etiquetas —repuse. Y así era. Una cualquiera, una puta, una promiscua... Eran etiquetas que nunca había entendido ni para hombres ni para mujeres. En lo que a mí respecta, lo que cada uno hace con su cuerpo no es asunto de nadie más.

—Claro que no —se burló—, señor no-quiero-casarme.

—No me refería a ese tipo de etiqueta. Y nunca he dicho que no quiera casarme.

Arqueó una ceja antes de apartar la mirada de nuevo hacia el océano.

—Quizá las personas cambien, después de todo.

Permanecimos un rato en silencio mientras nos mecían algunas olas pequeñas. Observamos a las familias que jugaban en la orilla con sus hijos, a otras personas paseando, oímos graznar a las gaviotas.

—Nunca me había enrollado antes con un chico —me confesó finalmente, rompiendo el cómodo silencio que se había establecido entre nosotros. La miré, y vi que ella también me contemplaba, pero supe que estaba obligándose a mantener los ojos clavados en los míos—. En la universidad me había besado con algún extraño en un pub, pero nunca llegué más lejos. ¿Follar con un desconocido? Ni en sueños.

—¿Por qué entonces conmigo sí? —pregunté de repente, sintiendo una inyección de confianza en mí mismo. Era como si quisiera que me diera palmaditas en la espalda por haber conseguido aquel logro. La vi encogerse de hombros.

—Si te lo contara, pensarías que estoy loca, o sabiendo cómo eres, huirías en dirección contraria lo más rápido que pudieras —soltó, volviendo a apartar la vista.

El corazón comenzó a latirme un poco más rápido por la forma en la que lo dijo. ¡Joder! Quizá fuera cierto que huiría como alma que lleva el diablo, pero aun así quería saberlo.

—Lo bueno de estar atrapada aquí conmigo, al menos durante un rato, es

que no importa lo que digas: no puedo huir —insistí sonriente, tratando de aligerar su ánimo, pero ya no tenía los labios curvados en el momento en que me miró. La expresión de su rostro era una mezcla de incertidumbre y desolación—. Cuéntamelo, por favor —le rogué con un susurro.

—Cuando te vi por primera vez, sentí algo. Algo raro. Algo que... no era normal. No sé cómo explicarlo de otra manera: quizá mi alma reconociera un rasgo en la tuya... Ya sé que tú no sentiste lo mismo, pero yo supe que estaba ahí. —Me lanzó una mirada penetrante—. Y lo he sentido cada vez que estuvimos juntos.

Sus palabras fueron como garras hundiéndose en mi interior, aferrándose a la capa que protegía mi corazón. No pude describir de otra manera lo que sentí al oír esas palabras. Tragué saliva intentando hacer desaparecer aquellos sentimientos indeseados.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no lo hiciste?

Soltó una risa.

—¿Habría supuesto alguna diferencia? No, y, en cualquier caso, te habrías deshecho antes de mí. —Hizo una pausa. En el momento en el que volvió a hablar, estaba más seria—. No estoy diciendo que me enamorara de ti, Victor. Solo que una parte de mí notó que había algo real en lo que vibraba entre nosotros. Que al menos teníamos una posibilidad. —Se encogió de hombros—. Da igual.

—Unas semanas más tarde, te comprometiste y te casaste —le recordé con el ceño fruncido.

La ira amenazaba con reemplazar aquella sensación de confusión y asombro que había nacido en mi interior. Sí, era yo quien había roto, pero fue ella la que se casó. ¿A quién se le ocurría hacer eso? A una loca, evidentemente, pero Nicole no parecía estar chiflada, solo resultaba algo espontánea.

—Eso debería darte una pista de en qué estado me encontraba. Supongo que era una colgada de veintidós años —se burló, volviéndose a encoger de hombros—. No digo que me arrepienta de lo que hice, porque no sería cierto.

—¿Ni siquiera ahora? ¿Cuando estás divorciándote?

Apartó la mirada. Al volver a hablar, sus palabras fueron intensas.

—Incluso ahora. Lo amaba. En cierta manera, todavía lo hago. No quiero estar con él. No puedo..., pero agradezco el tiempo que pasamos juntos.

Me molestó la forma en la que me hacía sentir su tono, aunque no lo

demostré. Corté la conversación y remé para quedarme a más distancia de ella. No estaba seguro de poder asimilar más revelaciones por su parte —y lo que estaban haciéndome sentir— a partir de ese momento.

Esa noche dormí mal, dando vueltas y más vueltas mientras sus palabras resonaban en mi mente, moviéndome de forma incesante en la cama con su voz reverberando en mi mente, pensando en ella sin cesar y preguntándome qué se habría puesto para dormir, imaginándome qué aspecto tendría en la cama, o cómo sería su aspecto si estuviera completamente desnuda. Tuve que hacerme un paja para poder relajarme un poco.

9

VICTOR

Quizá estaba siendo egoísta, pero no quería que Nicole viviera en esa casa con Gabriel Lane. En especial después del día que habíamos estado juntos en la playa, cuando me había confesado sus emociones y me había jodido las mías. La peor revelación fue que pude imaginar cómo sería la vida con ella, lejos de la prensa y del confinamiento del despacho. De hecho, sentí... algo. Lo que significaba problemas. Un jodido y puto problema. No obstante, como su abogado, la quería fuera de esa casa. Como su amigo —o lo que fuera—, necesitaba que se largara de esa maldita casa. El día anterior, al irme a dormir, me había sorprendido a mí mismo pensando que estaba en casa con ese tipo, y que él entraba de forma sigilosa en su habitación en medio de la noche, igual que había querido hacerlo yo mientras dormía en la habitación de al lado de la de ella. Y eso me había vuelto loco.

Además, el otro cliente que llevaba en ese momento, Sam Weaver, tenía la misma idea, solo que, en su caso, él era Gabriel y su esposa, Nicole. Y él le estaba haciendo pasar un infierno a esa pobre mujer.

Ya habíamos pasado por el juzgado una vez, y ella se había pasado toda la audiencia llorando, no porque sus hijos no fueran a recibir la atención que se merecían, sino porque la estaban tratando como a una mierda en su presencia. Eran momentos como esos los que me hacían difícil ser el abogado del «malo», porque Sam era, sin duda, el malo de la película. Estaba culpándola de sus errores, la mayoría de los cuales los habíamos descubierto a lo largo del proceso de divorcio.

Sabía que no iba a poder convencer a Nicole. Apenas podía hablar con ella, lo que hacía que mi trabajo fuera cada vez más difícil. Sin embargo, cada vez que la veía, pensaba en la expresión que tenía su cara cuando alcanzaba el éxtasis y ya no podía volver a concentrarme. Llamé a la puerta de mi jefe y esperé. Tenía que hablar con Will antes de que se fuera de la ciudad.

—¡Adelante! —gritó Will. Entré lentamente, observando las luces tenues y las velas encendidas en un rincón—. Es la idea que tiene Meire de la hora de la relajación. Dice que o hago esto o dejo de *vapear*, así que aquí estoy. —

Suspiró hondo y apretó un botón para volver a encender las luces—. ¿Qué pasa?

—Quería hablar contigo sobre Nicole —expliqué, desabrochándome el botón de la chaqueta para sentarme enfrente de él. Levanté la mano para impedir que interviniera—. Creo que debería mudarse de casa.

Will frunció el ceño.

—En cuanto se mude, lo perderá todo.

—No necesariamente, Will, y está destrozándose allí —añadí.

—Explícate...

—El otro día pasé por allí para que Nicole firmara algunos papeles. Al parecer, Gabriel había tenido una fiesta la noche anterior. La única razón por la que el lugar no estaba hecho una mierda era porque Nicole ya había limpiado la mitad de aquel desastre. La porquería de ese tipo, mientras él se pasea por el mundo sin una pizca de cuidado. Y el otro día, en Newport, estaba molesta por cosas que le ocurren con él. Sencillamente, no creo que sea bueno que siga viviendo ahí. —Me temblaba la voz, y cerré los puños mientras decía todo aquello. No me había dado cuenta de lo cabreado que estaba hasta que lo manifesté en voz alta. Will también lo notó, y arqueó las cejas, evaluándome. Se mantuvo en silencio durante un rato.

—¿Esto debería preocuparme? —preguntó, señalando mis manos—. Me alegra mucho que te muestres tan implicado en el caso de Nicole, pero ya te he visto perder aquí la frialdad y mantenerla en el juzgado, así que quiero asegurarme de que eso sea lo que ocurre. Porque sabes que, como pierdas, la tomarán contigo, con ella y con el bufete, y no podría hacerte socio si tu nombre está hundido en la mierda.

Respiré hondo.

—Estoy bien. Tengo que ir al tribunal dentro de unas horas por el caso de Sam Weaver, y eso me tiene irritado.

—¿Cómo va?

—Bien. Creo que hoy terminaremos con todo. Él está dando todo lo que ella le pide, así que no creo que haya retrasos.

Will asintió.

—Céntrate en eso. Mientras tanto, veré si puedo hacer entrar a Nicole en razón.

Miré por última vez al hombre que estaba delante de mí, y asentí al tiempo que me levantaba para salir. Cogí el maletín del despacho y fui a buscar a

Sam con idea de irnos al juzgado. Los problemas de Nicole tendrían que quedarse por el momento en un segundo plano. Cuando llegué a la mansión que el deportista poseía en Beverly Hills, bajé la ventanilla, apreté el timbre y esperé a que se abrieran las dos enormes verjas de hierro que cerraban la propiedad. Entré y, tras rodear la ornamentada fuente —con una sirena de bronce en el centro que vertía el agua—, aparqué frente a los escalones de entrada a la casa. Revisé mi correo electrónico sentado en el coche, esperando a que saliera mi cliente, y después de enviar algunas respuestas, me di cuenta de que Sam todavía no había aparecido. Lo llamé al móvil, y respondió al primer timbrado.

—Estoy fuera —dije.

—Salgo ahora mismo.

Todavía flotaba en mi oído la última palabra cuando él abrió la puerta. La cerró antes de bajar corriendo los escalones. Me alegré de que se hubiera puesto un traje, incluso aunque fuera de un horrible color anaranjado que le hacía parecer un caramelo de Starburst.

—Creía que te ibas a bajar del coche —se disculpó al abrir la puerta del pasajero. Se sentó y ajustó el asiento, lo que hizo que, básicamente, se quedara recostado hacia atrás. Lo miré de forma inquisitiva, pero no realicé ningún comentario al respecto.

—Soy tu abogado, no tu cita de graduación —dije mientras me ponía a conducir. Sam se rio entre dientes y se frotó las manos con nerviosismo.

—¡Joder! No me puedo creer que estemos a punto de terminar con esto.

—Ojalá sea así. Hemos tenido que pedir muchos favores para que se celebrara la vista un sábado.

Soltó el aire.

—No sabes cómo me alegro de que esa zorra esté fuera de mi vida para siempre.

Le lancé una mirada de soslayo después de detenerme en un semáforo en rojo.

—En realidad no es así. Tenéis dos hijos, así que estarás atado a ella de por vida.

—Pero solo tendré que tratar con ella en los cumpleaños.

Negué con la cabeza y puse el coche en marcha cuando el semáforo volvió a estar verde. No serviría de nada que mencionara las funciones escolares, las actividades deportivas o cualquier otro evento de la vida de sus hijos que lo

podieran incluir. No sabía cuáles eran sus objetivos y planes familiares, y, francamente, prefería que siguiera siendo así. Una cosa que había aprendido sobre mi trabajo era que no debía vincularme de forma afectiva con nadie, y todo era mucho más complicado en el momento en que los menores entraban en juego.

Llegamos al juzgado con el tiempo justo, y me alegré al ver que los medios se reunían alrededor del coche. Sabía que nos llevaría al menos diez minutos llegar al aparcamiento que había delante del edificio si Sam se detenía a charlar con todos los que se lo pedían.

—No digas nada negativo sobre el divorcio —le aconsejé—. No digas nada negativo. Punto. Sé siempre positivo. Quieres la custodia compartida y os lleváis bien. Estás deseando que te la concedan.

Sam asintió, compuso su sonrisa más brillante y se alisó el traje para enfrentarse con el primer fotógrafo. Como era de esperar, comenzaron a hacerle preguntas sobre el divorcio, su aventura y cómo había echado —supuestamente— a su ex de casa. Sam respondió a todo como un profesional. Avanzamos con las cámaras a nuestro lado, turnándonos para contestar a las preguntas. Cuando llegamos a la entrada del edificio, nos dimos la vuelta y Sam hizo una última declaración, dando las gracias, que, estaba seguro, había practicado frente al espejo.

—Os estoy muy agradecido tanto a vosotros como a todos mis fans, y al equipo que me apoya. Me alegra dejar atrás todo esto, y espero que sea un buen año en el campo.

Los *flashes* de las cámaras empezaron a brillar una y otra vez.

—¡Una última pregunta! —gritó uno de los reporteros. Entrecerré los ojos para mirar a un tipo en medio de la multitud.

—La última —concedí después de mirar el reloj. Teníamos todavía cinco minutos.

—Señor Reuben, ¿podría decirnos si Gabriel y Nicole vuelven a estar juntos?

Esas palabras me dejaron paralizado. Me cogieron por sorpresa, y no solo por la pregunta en sí, sino por la forma en que se me comprimió el pecho ante lo que quería responder. Mi primer impulso fue decir: «Nicole jamás volverá con él», y eso me asustó todavía más que el «Odio que mis clientes no me mantengan al tanto de las decisiones que toman» que se me ocurrió después.

—No estoy aquí para hacer comentarios sobre ese caso —dije en el

momento en el que finalmente me calmé, temiendo que mis dos segundos de silencio fueran malinterpretados y utilizados en contra de ese caso—. Hoy estoy aquí representando al señor Weaver. Gracias.

Mi móvil comenzó a sonar en el momento en el que entramos, y ver el nombre de Corinne en la pantalla jamás me había hecho sentir tanta ansia y alivio a la vez. Por desgracia, tuve que ponerlo en una bandeja y atravesar el detector de metales antes de devolverle la llamada.

—¿Por qué estos cabrones me han preguntado sobre Nicole y Gabriel? —inquirí al oír que respondía.

Su silencio era tan revelador que mi corazón se hundió un poco más.

—No me lo digas ahora —dije sabiendo que me iba a cabrear lo que escuchara—. Te devolveré la llamada en cuanto salga del tribunal. No puedo lidiar con más de una noticia desafortunada a la vez. Haz todo lo que puedas sin mí.

Colgué el teléfono sin dejar que pronunciara una palabra como explicación. El asunto no me hacía ni puta gracia, con independencia de cuál fuera la situación real.

10

VICTOR

Imágenes. Había montones de ellas encima de mi escritorio. Llenaban cientos de páginas de revistas, periódicos y webs que mi amigo en la industria del chisme había podido reunir para mí. Se trataba de fotografías de Nicole y Gabriel besándose en la alfombra roja para el estreno del último éxito de taquilla de él. Escenas en las que se miraban a los ojos con arrobos. Instantes robados de ella riéndose de lo que le decían los periodistas de las principales páginas web. ¿Estaba actuando? ¿Era real? Si era una actuación, tenía un futuro increíble en Hollywood y no en la rama de diseño de vestuario, precisamente. Odiaba esas fotos. Odiaba la forma en que él la miraba. Odiaba que ella lo mirara, punto. No era un tipo celoso, pero, ¡joder!, esa mierda me corroía por dentro.

—Por lo menos solo convino en ir a un estreno —comentó mi secretaria mientras entraba en el despacho con el portátil en la mano.

—¿A qué te refieres?

Corinne se sentó frente a mí y puso el ordenador en el escritorio. Lo giró y me enseñó el titular de un popular blog de chismes.

«Gabriel Lane se compromete a intentar salvar su matrimonio».

—Son rumores —murmuré, pasándome las manos por la cara. Me sentía agotado.

—Lo sé, pero de todas formas parecen muy felices —constató, volviendo a girar el portátil para mirar de nuevo la imagen.

—¿Algo más? —pregunté. Corinne abrió mucho los ojos.

—No. Me has dicho que te enseñara lo que se decía, y eso es lo que he hecho. Creo que es todo.

Asentí moviendo la cabeza.

—Por favor, ¿puedes traerme un café? Me siento como si estuviera a punto de dormirme encima del escritorio.

Se levantó.

—Por supuesto. ¿Quieres que me ocupe de desviar las llamadas durante una

hora?

Cerré los ojos. Estaría bien. Una hora en la que echar la siesta en el sofá. Abrí los ojos y los clavé en ese sillón... De repente, lo único que pude hacer fue imaginarme allí sentado y a Nicole montándome. ¡Joder! Negué con la cabeza.

—No.

—Vale. Te traeré el café —repuso Corinne con su voz cantarina mientras salía.

No sabía por qué, de repente, me estaba imaginando con Nicole en el despacho, pero desde el día que me asignaron su divorcio, solo la veía a ella. La primera vez, había tardado meses en dejar de verla en cada rincón cada vez que entraba. Ahora, por razones de concentración, había tenido intención de intercambiar el despacho con Bobby, pero él tenía unas vistas de mierda al aparcamiento y a la calle, mientras que yo las tenía al océano, así que me jodí y me quedé donde estaba. Sabía que debía haberme cambiado. Prefería ver cemento que tener que ignorar esas fantasías en las que follaba con mi cliente. Mi hermosa y salvaje cliente que tan fuera estaba de mi alcance.

11

VICTOR

Lo último que necesitaba era ver a Nicole y a Gabriel en todas partes. En todas. En cada revista, en cada medio de comunicación, incluso los más importantes —los que se suponía que debían informar de la verdad— hablaban de ellos. Al parecer, se habían convertido en la pareja de moda, de la que cotilleaba todo el mundo a raíz de pintar a Nicole como la fan que atrapó a su ídolo. ¡Joder! Era una mentira. Cuando lo conoció y se casó con él, Gabriel no era una estrella, pero suponía que lo habían olvidado, o no les importaba, la realidad no vendía historias. Esperé a que pasara la semana. Habían ido al estreno un miércoles por la noche y yo había estado lidiando con los chismes desde entonces, pero tenía cosas más importantes que hacer, como poner punto final al otro caso. Además, como había dicho Corinne, Nicole solo había aceptado un par de salidas, y una era el estreno. Yo solo era su abogado, no tenía derecho a sentirme molesto. Sin embargo, eso no significaba que fuera capaz de impedir que se propagaran en mi interior aquellos sentimientos de irritación y malestar.

Me gustaba pensar que se me daba bien dejar el trabajo en el despacho, a menos que tuviera pendiente algo importante, pero el caso de Nicole parecía haberse apoderado de mi vida personal. El domingo, mientras arreglaba la casa, solo podía pensar en ella. Como si la hubiera conjurado, el móvil me vibró en el bolsillo de los pantalones de deporte. Dejé de lavar los platos y cerré el grifo para ver el nombre de Corinne en la pantalla. Era raro que me llamara los fines de semana. Si tenía que decirme algo, lo hacía por correo electrónico. Respondí lo más rápido que pude.

—Mmm... —dijo—, ¿por casualidad estás viendo la alfombra roja?

Tardé un instante en comprender a qué se refería. No recordaba lo que podía estar ocurriendo esa tarde, pero cogí el mando a distancia y encendí el televisor.

—No. ¿Qué tengo que buscar? —pregunté mientras hacía *zapping*.

—Los Globos de Oro —repuso.

Me detuve en lo que supuse que era el evento al ver a una mujer con un

elegante vestido negro sosteniendo el micrófono con una enorme sonrisa. Me dio un vuelco el corazón cuando lo puso delante de Gabriel Lane, que estaba de pie a su lado y que parecía salido del sueño de cualquier mujer, y de Nicole, que llevaba un vestido rojo que resaltaba cada una de sus malditas curvas y que parecía salida de mis sueños.

—¿Qué cojones...? —gruñí. Los Globos de Oro no formaban parte del acuerdo.

—No sabía si este evento se había agregado como un apéndice al original —dijo Corinne.

—¡Joder, no! No se añadió.

—Bueno, bueno. Solo quería que lo vieras por si acaso. —Hizo una pausa—. ¿Crees que podrían volver a estar juntos pero que ella todavía no está segura?

Me tragué un gruñido mientras miraba en la pantalla a una sonriente Nicole, a quien ahora sostenía la mano Gabriel, que la miraba con arrobos. Me dieron ganas de matarla. Primero me la follaría y luego la mataría. Pero ¿en qué coño estaba pensando esa mujer? ¿Qué coño quería yo que pensara? No lo sabía. No estaba seguro. Pero la idea de que sus labios rojos besaran a alguien que no fuera yo era suficiente para que me volviera loco.

—No lo sé. Pienso llegar al fondo del asunto —sentencié.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —preguntó justo cuando iba a colgar.

—¿Cuál? —dije en claro tono de impaciencia.

—¿Por qué no le preguntas a Will?

—Una magnífica idea, Corinne. Voy a llamar al padre de mi cliente, que por cierto es mi jefe, y le voy a preguntar si sabe qué cojones se le pasa a su hija por la cabeza. Estoy seguro de que es la mejor pregunta para que ese «te voy a convertir en socio cuando acabe todo esto, Victor» llegue a buen puerto. —Hice una pausa para tomar aliento—. Yo me encargaré de todo.

Cerré los ojos y me puse a contar mentalmente hasta diez. Me sentía como si en cualquier momento me fuera a estallar una vena en la frente, o en el cuello, o en el puto brazo por la fuerza con la que apretaba el mando a distancia.

Llamé a mi hermana para ver si estaba viendo la retransmisión. Quizá debería ver esto con más gente, así no terminaría destrozando mi jodida casa.

—Mia y Jenson están aquí —me informó mi hermana cuando me respondió.

«¡Mierda!». Me había olvidado de que iban a venir de visita ese fin de semana.

—¿Ahora? —pregunté.

—Sí, y han venido sin niños. Estamos viendo los Globos de Oro. ¿Te apetece acercarte?

—Sí, voy para allá.

Cogí las llaves y una botella de vino y empecé a andar hacia el coche antes de colgar. Cuando llegué a casa de mi hermana, la puerta principal estaba entreabierta, así que llamé de forma ruidosa y entré cerrando con un portazo.

—¡Estamos aquí! —gritó Estelle.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Mia, su mejor amiga, al verme. Luego se dio cuenta de que llevaba una botella y cambió de expresión—. Oh... Ha traído vino.

Me burlé de ella mientras me inclinaba para besarle la mejilla y la de mi hermana.

—Queda claro que, después de todo, el camino para llegar al corazón de Mia no son las historias cursis de amor —dije para meterme con su marido y mi otro mejor amigo. Jenson era escritor y había convertido en el objetivo de su vida escribir historias sobre Mia. Algo que había comenzado a hacer incluso cuando no estaban juntos. Menuda idea de mierda—. ¿Dónde se ha metido Jenson?

—Ha salido a dar una vuelta con Oliver mientras se fuma un cigarro.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿Oliver está fumando?

—No, idiota. Está fumando Jenson. Seguramente Oliver le está echando un sermón sobre lo malo que es el tabaco.

Me reí entre dientes. Les entregué el vino y me dirigí hacia el exterior. Sin embargo, al llegar a la puerta me detuve y me di la vuelta.

—¿Qué sabéis sobre Nicole Alessi y Gabriel Lane?

La sonrisa de Mia se extendió de oreja a oreja. Se colocó el corto cabello rubio detrás de la oreja y se puso más derecha.

—Bueno, dejando a un lado el hecho de que él está buenísimo... —dijo, y justo cuando dijo esas palabras, Jenson abrió la puerta, a mi espalda.

Mi amigo me miró y sonrió. Nos dimos el usual apretón de manos y un abrazo, pero luego clavó la vista en su mujer.

—Ya sé que estoy muy bueno, cariño, pero, en serio, deberías dejar de

decírselo a todo el mundo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estoy hablando de Gabriel Lane. ¡Está para comérselo!

—Sin duda. ¿Habéis visto las fotos de sus vacaciones en México hace unos meses? ¡Joder...! Si su bañador hubiera sido un poco más... —intervino Estelle.

—... escueto —la interrumpió Mia con algo que fue mitad risa mitad grito —. Lo sé.

Negué con la cabeza con expresión de irritación.

—¿Vosotras no estáis casadas?

—Todos tenemos nuestras cosas —soltó Jenson, mientras se encogía de hombros con una risita.

—Hola —me saludó Oliver al entrar. Frunció el ceño al verme—. No he oído el timbre.

—Eso es porque habéis dejado la puerta abierta y he entrado sin llamar. Estáis locos. No estamos en 1920, y no vivís en medio de la nada. ¿Es que no habéis leído todos esos avisos sobre ladrones?

—Oliver ha instalado un sistema de vigilancia con cámaras —me explicó Estelle al tiempo que servía algunas copas de vino. Hizo una pausa—. ¿Quién quiere?

—Para ver esa mierda necesitamos algo más fuerte que vino —dije.

—¿Guardo para más tarde el cigarro que te he traído? —preguntó Jenson.

—¿Cuándo empezará?

—¿Oficialmente? Dentro de treinta minutos —repuso Mia.

Miré a Jenson. Teníamos media hora. Una vez que estuvimos fuera, cerramos la puerta y nos sentamos en las sillas del porche. Me dio el cigarro y el encendedor.

—¿Qué tal va el trabajo? —preguntó al tiempo que soltaba el humo.

—Necesito una copa, o en su defecto algo con un efecto relajante, para que pueda hablar sobre ello en este momento —dije, levantando el cigarro. Se rio.

—Iba a parar en una tienda de camino, pero a Mia se le ocurrió que a Bean le daría un ataque al corazón.

—Bah... —repuse riéndome, porque ninguno de nosotros había hecho algo así desde que dejamos la universidad, pero nos encantaba bromear sobre ello ahora que los porros eran legales en California—. Es un producto natural. A él le gusta que tomemos cosas sanas.

—Muy bien pensado.

—¿Qué tal va tu libro? —me interesé.

—Bastante bien. —Dio una calada y soltó el humo, lo que básicamente significó que me lo sopló en la cara. Yo también dejé salir el mío lentamente. Después de fumar un rato, apagué el cigarro; ya lo terminaría en otro momento—. ¿Qué tal la vida de soltero? ¿Todavía no te has aburrido?

Sonreí.

—¿Qué tal la vida matrimonial? ¿Es tan increíblemente aburrida como dicen?

—¡Joder, no! —repuso riéndose—. Estar con alguien todos los días no es aburrido.

—Antes pensábamos igual al respecto.

Negó con la cabeza.

—Antes éramos jóvenes y estúpidos. Pero algunos hemos madurado.

—Yo he madurado también —dije a la defensiva, mordiendo el anzuelo. Él sabía lo mucho que odiaba que metieran en la misma caja a las personas maduras y a las que decidían casarse—. Tengo una casa a mi nombre. Un coche. Y, salvo que mi clienta lo estropee todo, están a punto de hacerme socio.

Jenson arqueó las cejas, y me observó durante un rato, fijándose en los puños que apretaba con fuerza antes de mirarme de nuevo a la cara. Sonrió.

—¿He tocado un tema sensible?

Solté un suspiro mientras me reclinaba en la silla, clavando los ojos en el horizonte. Luego me centré en el agua que estaba a solo unos metros de nosotros, y me concentré en el sonido que hacían las olas al romper contra la orilla.

—Represento a la hija de mi jefe en su divorcio —informé. Miré a Jenson por el rabillo del ojo un momento después y lo pillé con la boca abierta.

—A la que te tiras...

—Sí —lo interrumpí.

—¿A la que básicamente le dijiste que jamás funcionaría una relación entre vosotros?

—Sí. —Cada vez me sentía más impaciente.

No era de esos tíos que van contando a sus amigos sus hazañas sexuales, pero había comentado con Oliver y con él el primer encuentro salvaje con Nicole porque incluso yo mismo había tenido dificultades para creer que

hubiera ocurrido. Que una chica impresionante entrara en mi despacho, cerrara la puerta para poder seducirme y que realmente lo lograra. No había entendido nunca cómo ella pasó de mantener una conversación normal y corriente a preguntarme si alguna vez había follado con alguien sobre el escritorio allí mismo. Mientras tanto, se había subido lentamente la falda... y se había lamido los labios al tiempo que ponía las piernas a los lados de las mías. «Señor Reuben, ¿no le apetece... —me había dicho en aquel tono sensual y provocativo suyo— follarme aquí?».

—¡Joder! Bueno, al menos solo ocurrió una vez, ¿no? —reflexionó Jenson, arrancándome de mis pensamientos. Tragué saliva; de repente sentía tanta sed como para beberme un barril de agua. O la botella de vino que había traído.

—Sí, al menos... —respondí, aunque recordaba perfectamente la segunda y la tercera vez que vino de visita. Y después la última ocasión.

Entonces, me buscó después de que descubriera que se había comprometido. Will me había contado que conocía a ese tipo desde hacía solo unas semanas; que él le había pedido que se casaran de la noche a la mañana y que ella estuvo de acuerdo; que estaba muy enamorada de él. Y cada una de esas cosas me molestó. Al principio pensé que era raro que alguien, en especial ella, aceptara casarse tan rápido con alguien. Luego me pregunté si tendría algo que ver conmigo y la forma en la que puse punto final a lo nuestro. Pero ella se había comportado de forma muy indiferente al respecto, había sonreído a la vez que decía que sabía que solo había sido algo divertido y que también lo había disfrutado. Una parte de mí esperaba que volviera; no lo hizo, y luego me enteré de que se había comprometido de repente. Solo entonces caí en la cuenta de que realmente había sido nuestra última vez. Y lo único que podía hacer era rezar por que no viniera a visitarme, que pensara que solo podíamos ser amigos, porque no sabía cómo hablar con ella y no terminar teniendo sexo. Y ahora que sabía que posiblemente ella sentía algo más profundo por mí, no estaba seguro de lo que sentía yo por ella. El Victor que era ahora parecía preparado para eso. Para tener algo más, algo real. Y por estúpido que pareciera, pensaba que tal vez Nicole era la mujer apropiada. Quizá en otra vida, en un tiempo diferente, pudiéramos ser el uno para el otro. Suspiré al tiempo que miraba por encima del hombro; Mia nos hacía señas para que volviéramos a entrar.

—Supongo que el espectáculo está empezando —dije, poniéndome de pie.

—Entonces, ¿la estás representando? —preguntó Jenson—. ¿Eres su

abogado en el divorcio?

Asentí.

—No parece alegrarte mucho. ¿Es un caso difícil?

—No, es sorprendentemente fácil. O al menos lo era, pero, como de costumbre, las mujeres se dedican a complicarse la vida. Así que ya veremos.

Jenson se rio mientras entrábamos. Nos sentamos alrededor de la televisión y saqué el móvil para revisar los correos electrónicos al empezar la retransmisión, aunque lo guardé de nuevo cuando alguien comenzó a hablar en voz más alta.

—¡Oh, Dios mío! Ahí está... ¿No os parece guapísimo? En serio... —dijo Mia. Miré la pantalla y vi a Gabriel, que hablaba con otro actor en la alfombra roja. Nicole no estaba a la vista.

—Parece gay —comenté.

Mis amigos se rieron, y ellas fruncieron el ceño.

—Lo dices porque eres el abogado de su mujer en el divorcio —intervino Estelle—. Espera... ¿Qué va a pasar ahora? ¿Tu trabajo se ha ido a la mierda porque vuelven a estar juntos?

Esa era la pregunta del siglo, ¿verdad? Nicole apareció en pantalla poco después, tan jodidamente guapa que lo único en lo que podía pensar era que no me importaría que fuera mi exnovia psicópata. La idea me sorprendió, y traté de aplastarla.

—Lo digo porque él es gilipollas, y no vuelven a estar juntos —dije. No estaba seguro de si agregué la coletilla para ellos o para mí, pero necesitaba expresarlo. Mia y Estelle intercambiaron una mirada antes de observarme—. Es todo lo que voy a decir al respecto.

—No parece un gilipollas —comentó Mia—. Y Nicole es muy guapa. ¿En persona también lo es?

Asentí con la cabeza al tiempo que tragaba saliva, intentando no pensar en lo guapísima que era. Y lo bien que me sentía con ella.

—Esa es la madre de él —señaló Mia, cuando apareció otra mujer junto a Nicole.

¿La madre de Gabriel? La puta... ¡Parecían una familia feliz!

Ese fue el momento en el que decidí enviarle a Nicole un mensaje de texto. Si no pensaba responder las llamadas que le hacía desde el despacho, ni los correos o mensajes de voz de Corinne, la freiría a mensajes de texto. Y odiaba recurrir a cualquier cosa que pudiera usarse en un tribunal como

evidencia en mi contra, lo que incluía mensajes de texto... Pero a la mierda. En momentos desesperados, medidas desesperadas y toda esa mierda, como les gustaba decir a mi hermana y a Mia.

Si iba a tener que quedarme sentado toda la tarde viéndola en la pantalla, me iba a asegurar de que su incomodidad era igual a la mía.

12

NICOLE

A pesar de lo malo que resultaba que me hubiera visto obligada a asistir ese evento, era mucho peor que hubiera recibido órdenes estrictas de permanecer totalmente sobria. Lo único bueno de todo esto era que Gabriel tenía muchas posibilidades de ganar el premio al que estaba nominado, y sería por una película que había filmado cuando nuestra relación todavía no se había roto... Aunque en ese momento quizá las cosas ya no estaban bien, todavía tenía esperanzas de que pudiéramos arreglarlo. Supongo que esa era la diferencia fundamental. Si el perdón es una posibilidad, todavía conservamos la esperanza. Sin embargo, ya no me quedaba ninguna. Al menos no la suficiente.

Lo segundo mejor de esta experiencia, mientras avanzaba con Gabe por la alfombra roja y lo veía bromear ante las cámaras, fue que me di cuenta de que no lo veía más que como un amigo, o un extraño, desde hacía mucho tiempo. Creo que la magia que habíamos tenido se había perdido en alguna parte entre limpiar sus vómitos, lidiar con sus incoherentes insultos y las sospechas de su infidelidad. A pesar de eso, le deseaba lo mejor. Deseaba que a ese hombre, el que andaba a mi lado en ese momento, el tipo modesto que era si no bebía, le fuera bien en la vida.

Su madre, Deborah, nos acompañaba esa noche, así que mientras Gabe hacía rondas para hablar con la gente, nosotras buscamos nuestros asientos. Él se reunió con nosotras poco después, sentándose a mi lado, muy cerca del coprotagonista masculino de la película por la que lo habían nominado. Deborah seguía señalando a diferentes estrellas según las veía, y en los momentos en los que no hacía eso, se dedicaba a suplicarme que no me divorciara de su hijo. Era una conversación muy incómoda, y muy difícil de mantener con una persona que adoraba a otra como solo hacía una madre.

Ella no sabía nada de las drogas, y era algo que no podía sacar a colación. Pero sí estaba al tanto de las mujeres, o al menos de lo que sabía cualquier persona al respecto, que definitivamente era mucho. Si la prensa sensacionalista acertaba al menos la mitad de las ocasiones que lo habían

pillado, había estado acostándose con más mujeres de las que podía nombrar. Nunca había entendido de dónde sacaba el tiempo. Ni tampoco que a esas mujeres no les importara que estuviera casado. Para Deborah, eso no era importante, porque para ella el matrimonio significaba que debías quedarte al lado de un hombre a las duras y a las maduras, incluso aunque él estuviera jodiéndote, y no precisamente de forma sexual.

Entendía su punto de vista, de verdad, pero era algo que comprendía de la misma forma que las estadísticas en la universidad. Las conocía, pero no las aplicaba a mi vida. «No lo necesito». Había crecido en una época en la que las mujeres no necesitaban a los hombres. No precisábamos que nadie ganara dinero para nosotras, ni que nos llevaran al orgasmo, ni siquiera necesitábamos a los hombres para concebir. Disponíamos de medios para ganar dinero, comprarnos vibradores e ir a una clínica de fertilidad. Y a la mierda con cualquiera que pensara que necesitábamos soportar las gilipolleces de un hombre sin echárselas en cara. Agradecí que mi teléfono comenzara a vibrar dentro del bolso; así pude excusarme para mirarlo.

Fruncí el ceño al ver que se trataba de un número desconocido, y que me entraba un mensaje que decía:

«Tenemos que hablar. V.»

Se me aceleró el corazón, y volví a meter el aparato en el bolso antes de que alguien viera aquellas palabras. ¿Quién me enviaba eso? Miré a Gabe, que estaba siendo demasiado amigable con Lina, la protagonista femenina. El mensaje no era suyo. Pensé en todas las personas que formaban parte de mi vida, hombres y mujeres, que podrían estar observándome, pero nadie me miraba. El móvil vibró de nuevo.

3238374949: «¿Algo que debas decirme? V.»

Tecleé con rapidez.

«¿Victor?»

3238374949: «Te he hecho una pregunta»

Yo: «No puedo responder a eso si no sé a quién contesto»

3238374949: «Existe una razón por la que no mantengo conversaciones por mensajes de texto»

Sonreí al tiempo que negaba con la cabeza. Sin duda era Victor. Guardé el

número en la agenda con una V, que era con lo que firmaba los mensajes.

Yo: «He estado ocupada».

V: «Eso está claro».

Yo: «Podemos hablar mañana».

V: «¿Tienes planes para esta noche?».

Mantuve la pantalla del móvil apagada mientras pensaba una respuesta. ¿Estaba preguntándome si pensaba quedarme con Gabe? Estaba segura de que no se refería a eso. Me lo imaginé sentado en su casa, muy irritado por esa posibilidad, y casi me reí.

Yo: «Depende de con quién sean».

V: «...».

Yo: «¿Qué quieres decir con “...”?».

V: «Que no sé qué responder a eso».

Yo: «¿Significa eso que estás pensando en que deberías ser tú quien me mantenga ocupada?».

Al ver que no respondía, y que tampoco aparecía la nube de puntos que me indicaría que estaba respondiendo, dejé el móvil encima del regazo y volví a mirar a todas las celebridades que me rodeaban, a muchas de las cuales había vestido. Saludé a algunas mientras pasaban y les presenté a Deborah, que parecía una gran admiradora de Hollywood, algo que me encantaba. La magia todavía hacía brillar sus ojos, no como en mi caso. Aunque era difícil no verse afectada por la atmósfera en un evento como ese, daba igual a cuántos hubieras asistido.

El móvil volvió a vibrar, sobresaltándome un poco, así que lo miré.

V: «Deja de tentarme».

Sonreí.

Yo: «No era consciente de que estuviera tentándote. Parece que se te da muy bien mantener el control».

V: «¿El control? Estás a punto de tener éxito y de romperlo».

Yo: «¡¡Genial!! :-))».

V: «¿Llevas algo debajo del vestido?».

Esas palabras hicieron que me estremeciera. Cerré los ojos un momento, imaginándome cómo me miraría con aquellos profundos ojos color avellana mientras pronunciaba esas palabras.

Yo: «¿Quieres tener un sex chat conmigo? Estoy sobria. Nunca lo hago estando sobria».

V: «Yo no hago esas gilipolleces. Prefiero gastar la energía follando».

Tragué saliva y tomé un sorbo de agua, sintiéndome de repente muy sedienta y caliente.

—¿Eh? ¿Has visto a Macie? —preguntó Gabe. Me sobresalté al oír su voz mencionando al director con el que estaba rodando ahora, así que oculté de nuevo el teléfono. Mi futuro ex me lanzó una mirada inquisitiva, pero no hizo ningún comentario. Macie era también su productor—. Le gustaron mucho los comentarios que hubo cuando aparecimos juntos en el estreno del otro día.

—Bien. Para eso estoy aquí —comenté, dejando el vaso de agua en la mesa.

—Gracias por acompañarme —dijo, cogiéndome la mano por encima del mantel.

Sonreí, tratando de interpretar mi papel, aunque fue una sonrisa triste, desvalida y fugaz. El teléfono volvió a vibrar en mi regazo, pero lo ignoré como tendría que ignorarlo durante el resto de la noche si no quería volverme loca. Después leería todos los mensajes y llamaría al orden a Victor por pensar que era una buena idea mandármelos. Si era así como quería sacarme una respuesta, empezaba a echar de menos al Victor menos comunicativo.

Gabriel me apretó la mano con fuerza, arrancándome de mis pensamientos. Lo miré y me di cuenta de que estábamos a punto de ser el blanco de la broma que estaba diciendo el presentador.

—Es decir, si anunciar el divorcio es la forma con la que puedo lograr que mi mujer me joda de nuevo, mañana mismo voy al juzgado —dijo el conductor del espectáculo. La multitud hizo todo tipo de sonidos al tiempo que negaba con la cabeza. Estaba segura de que la cámara estaba enfocando mi cara y la de Gabe, así que sonreí y fingí reírme, cuando lo único que quería era ocultar la cara en la chaqueta de Gabe.

La noche siguió adelante; se sirvió champán, cerveza y vino. No probé una

gota. Gabe me soltó la mano para poner la suya en mi muslo. Quise darle un bofetón.

—Por favor, deja de tocarme —le pedí entre dientes.

—No voy a beber esta noche, así que estoy nervioso. Necesito tocar algo o me volveré loco —dijo con una sonrisa mientras se apoyaba en mí.

—Te lo juro por Dios, Gabriel, si no paras, me largo. Me iré al cuarto de baño y estaré escuchando una canción de Britney mientras aceptas el premio.

Se apartó un poco, pero dejó la mano encima del puño que yo había cerrado.

—¿De verdad piensas que voy a ganar?

Suspiré, negando con la cabeza, y curvé los labios un poco, aunque esta vez la sonrisa era de verdad.

—Sé que lo vas a hacer.

Anunciaron la primera categoría de la noche y aplaudimos a los nominados y al ganador. Una y otra vez continuó el espectáculo hasta llegar a la mejor interpretación masculina en un papel protagonista. Contuve la respiración al ver que Hannah, la actriz que presentaba el premio, leía el nombre de los nominados. Gabe estaba sentado a mi lado, y aunque parecía muy tranquilo, yo sabía que estaba volviéndose loco... Igual que yo.

—Oh, Dios mío... —dijo su madre, al oír que leían el nombre de Gabe. Lo miré con una sonrisa de certeza en la cara.

—Y el Globo de Oro es para... —Hannah hizo una pausa dramática en la que abrió el sobre. Me incliné hacia delante en la silla. Gabe también lo hizo. Todos en la mesa contuvimos la respiración—. Gabriel Lane, por *El hombre que no podía hablar*.

No podía contener la felicidad que sentía por él. No podía ocultar el orgullo que sentía. Todos los de la mesa nos pusimos de pie y le aplaudimos, y en ese momento se volvió hacia mí, me encerró la cara entre las manos y me besó. Fue un beso igual al que me dio el día de nuestra boda, e hizo que mi corazón diera un pequeño vuelco; luego me soltó y se giró para besar a su madre en la mejilla y abrazar a sus compañeros, recordé dónde estábamos y no tuve dudas. Aun así, era su momento. Aunque me pareciera que era nuestro, que debería compartir la custodia de esa estatuilla. Yo había estado presente en la filmación de esa película. Había sido yo quien le había sostenido la cabeza en el váter y limpiado el desastre. Quien aguantó su mal humor los días que llegaba a casa furioso por la noche porque las tomas no habían salido como él

quería. Y también había sido yo quien accedió a ayudar a financiar la película cuando pensaron que no podía terminarla.

Por supuesto, nadie lo sabía. Era nuestro secreto, y me parecía bien. Nunca había querido ser el centro de atención de nuestra relación.

Se dirigió hacia el escenario y sonrió al recibir los aplausos de todo el mundo. Luego se puso a dar las gracias a la gente; a mí me agradeció que estuviera allí con él, que hubiera creído en la película; dio las gracias a su madre, por todo... Cuanto más lo miraba, menos quería estar allí. Era como si las cosas quedaran realmente claras en mi cabeza y, de repente, viera la imagen completa y nítida. Me di cuenta de que él era un actor y yo solo una observadora en su vida. Al darme cuenta, metí la mano en el bolso y saqué el móvil. El último mensaje de Victor decía que nos debíamos encontrar en su despacho a las siete. Fruncí el ceño, pero guardé el teléfono deseando que terminara de una vez el resto del espectáculo. Cuando ocurrió, Gabriel estaba tan ocupado como yo sabía que estaría.

—¿Estás segura de que no quieres asistir a la fiesta de después? —preguntó por tercera vez Gabe.

—Sí. Gracias por la invitación.

Se acercó a mí e inclinó la cabeza. Pensé que iba a volver a besarme, pero apretó los labios contra mi mejilla.

—Gracias por haber venido. Me alegra mucho haber podido compartir este premio contigo.

Asentí con la cabeza al tiempo que tragaba saliva, reprimiendo las lágrimas que llenaban mis ojos. Aquello sonaba a adiós definitivo. Estábamos solos, como si fuera la última vez que compartíamos algo así. Recordé los buenos momentos de nuestra vida en común, y fue como si una parte de mí no quisiera dejarlos ir. Me resultaba difícil estar así con él, actuando como si Gabe se preocupara y creyera en nosotros como antaño. Entonces lloré, por nuestra separación; no quería llorar de nuevo por la pérdida. Quería seguir adelante, terminar de una vez. Pero al tener a Gabriel frente a mí, a ese hombre al que realmente le importaba, verlo ganar algo tan importante... Recordaba las conversaciones que habíamos tenido sobre ello, porque siempre había creído que llegaría a ser una estrella. Me parecía incluso demasiado para mí. Y por eso, al notar que me abrazaba, me dejé envolver por él. Me di cuenta de que también a él le entristecía que lo nuestro no hubiera funcionado.

—Ojalá todo hubiera sido diferente —me susurró contra el pelo.

—Ojalá... —Estaba de acuerdo. Di un paso atrás para soltarme. Le dirigí una última sonrisa antes de andar hasta donde Marcus me esperaba, dejando atrás el brillo y el *glamour*. Iba a llorar por esto; no por las luces y las cámaras, sino por el papel que había asumido como apoyo, un rol en el que creía haber hecho un trabajo increíble.

—A casa, ¿verdad? —preguntó Marcus al verme sentada en el asiento trasero del Escalade. Asentí con la cabeza, pero, de repente, me dolió oír la palabra «casa» asociada a la vida que una vez tuve con Gabriel. Sentí tanto dolor que supe que tenía que irme de allí.

13

NICOLE

Todavía no era de día cuando llegué al bufete. Victor tuvo que abrirme la puerta, y esta vez no había *paparazzi* en las inmediaciones, lo que era una ventaja, pero, por si acaso, Marcus se quedó esperando junto al coche por si alguien los avisaba y aparecían. Imaginé que, a esa hora impía, no habría nadie allí, a menos que estuviera mi padre. También él tenía la costumbre de reunirse muy temprano los días que tenía que ir al juzgado. Mientras subía en el ascensor, intenté arreglarme el despeinado cabello utilizando el espejo para comprobar mi reflejo. Al abrirse las puertas del ascensor, detuve las manos en el aire al ver que Victor estaba esperándome cruzado de brazos. No llevaba un traje, como yo esperaba, sino unos pantalones de chándal grises, zapatillas deportivas y una camiseta blanca que me mostraba lo suficiente de su fibroso cuerpo como para hacer que contuviera la respiración. Se había echado el pelo hacia atrás, aunque lo tenía mojado.

—Hola —susurré. Me recorrió lentamente con los ojos de una forma muy sensual antes de clavarlos en mi rostro. Me hizo una seña para que saliera del ascensor.

Parpadeé al tiempo que avanzaba e intenté no mostrar visiblemente lo afectada que estaba. Di unos pasos más y lo seguí por el pasillo. Aunque la luz estaba apagada, la que estaba encendida en el vestíbulo iluminaba lo suficiente. Entramos en la misma sala de reuniones en la que nos habíamos encontrado antes, y él cerró la puerta a nuestra espalda. Las persianas estaban cerradas, las luces apagadas, estábamos rodeados de oscuridad. Me recorrió un aleteo nervioso.

—¿Vas a encender la luz? —pregunté.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —contraatacó en voz baja. Estaba cerca de mi espalda.

Me daba miedo darme la vuelta. Temía moverme. Así que extendí las manos hacia delante y me aferré a la parte superior del respaldo de la silla que tenía enfrente.

—Puedo explicártelo. —Mi voz era tan firme como la forma en la que me

agarraba a la silla.

Parpadeé, dejando que mis pupilas se acostumbraran a la luz cuando encendió un proyector, que dotó a la estancia de un tenue resplandor anaranjado. Me di la vuelta para mirar a Victor, que estaba apoyado en la pared de enfrente, con los brazos cruzados. Posé la vista en sus brazos definidos y sentí que mi corazón se aceleraba. El otro día lo había visto en bañador, pero luego se había puesto un neopreno, y aunque había adivinado los músculos tonificados que había debajo, no había llegado a verlo desnudo. Ahora, lo único que podía hacer era quedarme quieta, imaginándolo.

Y en mis fantasías, evoqué imágenes en las que me veía arrancándole la camiseta de algodón para lanzarla a un lado mientras caía sobre él. Negué con la cabeza y parpadeé con rapidez para deshacerme de esos pensamientos. ¿Qué tenía este hombre para sentirme tan ansiosa por él al tenerlo cerca? Acababa de asistir a una gala de premios acompañando a mi casi exmarido — a mi casi y guapísimo ex—, pero solo deseaba al hombre que tenía delante. Como siempre. Siempre había sido así. Desde el primer momento en que lo vi, supe lo que quería. Y ahora que lo tenía delante con esa mirada oscura clavada en mí, como si pudiera ver perfectamente en mis sucios pensamientos la película guarra que estaba a punto de protagonizar, lo deseaba de nuevo, y otra vez, pero, a diferencia de otros momentos en los que habíamos estado juntos, me sentía frágil. Como si pudiera sentir lo mucho que me iba a lastimar. Quizá fuera debido al sensible estado de ánimo en el que me encontraba. O tal vez porque mientras estuve con él en la casa de la playa de mi padre, él se había mostrado muy diferente, atento, y me había dado cuenta de que debajo de esa fachada de irritación había un hombre afectuoso, alguien que me consolaría incluso aunque no quisiera que lo hiciera. Uno que sabría cuándo debía cogerme de la mano o permanecer en silencio. Suspiré.

—Nicole —dijo, cerrando los ojos un instante antes de soltar el aire como si estuviera haciendo algún tipo de meditación de yoga—. Estoy a punto... — continuó. Abrió los ojos al tiempo que dejaba un par de centímetros de aire entre la punta de sus largos dedos. Sus largos y hábiles dedos. Parpadeé de nuevo. Él volvió a espirar, y se empujó desde la pared para acercarse a mí tanto que tuve que levantar la cabeza para mirarlo a la cara—. Estoy a punto de perder mi trabajo, mi licencia y todo por lo que he trabajado tan duramente —confesó en voz áspera y baja, demasiado cerca de mi boca.

—Porque me deseas —adiviné en lugar de preguntar.

—Porque sigues mirándome como si me desearas —me corrigió.

Lo empujé a la altura del pecho con las dos manos, y él dio un paso atrás.

—Tienes que ser la persona con más seguridad en sí misma del planeta Tierra. Eres tú el que convoca reuniones a horas inusitadas.

—Y tú la que viene, sin hacer preguntas.

—Así es como me gusta venir. Sin preguntas —solté sonriendo, con doble intención. Respiró hondo y dejó salir el aire lenta y pesadamente, con un ostensible sonido.

—Vale. Sí, te deseo —reconoció.

Su admisión me sorprendió tanto que no dije nada. Nos miramos el uno al otro con intensidad, y estuve segura de que el corazón saltaría de mi pecho al suyo si no rompía el silencio. No dijo nada, así que al final tragué saliva y lo hice yo.

—¿Para qué querías verme? —susurré.

Estaba empezando a sentirme muy caliente por la forma en la que todavía me estudiaba, como un volcán con lava acumulada que llevara inactivo demasiado tiempo. Temía que esto que había entre nosotros explotara en cualquier momento. Bien sabía Dios que había pasado demasiado... Al menos para mí.

—¿Qué hacías en los Globos de Oro? —pregunté. Me di cuenta de que estaba forzándose a hablar en tono moderado, y la idea de que se mantuviera firme, con absoluto control de sí mismo, me hizo estremecer.

—Gabe me pidió que lo acompañara y acepté —dije.

—Eso no formaba parte del acuerdo —gruñó.

—Lo sé —reconocí en voz baja antes de apartar los ojos de los suyos y mirar al suelo, entre nuestros pies—. Lamento no habértelo dicho. Pensaba que tratarías de convencerme para que no fuera.

—Eso habría intentado, sí.

—Ya. —Busqué sus pupilas—. ¿Por qué te irrita tanto?

Entrecerró los ojos.

—Porque sí. Y te quiero fuera de esa jodida casa.

—¿En serio? ¿Fuera de mi casa? —Arqueeé las cejas al oír su tono. Ya había decidido que iba a mudarme, pero me molestaba que me lo exigiera—. Muy bien, señor sabelotodo, ¿a dónde sugieres que vaya?

—A cualquier sitio. En cualquier lugar estarás mejor que viviendo bajo el

mismo techo que él. Si no fuera tu abogado, y te juro por Dios que estoy jodidamente cerca de dejar de serlo, te sacaría de allí y te obligaría a mudarte a mi casa aunque fuera temporalmente.

—Ah... Temporalmente —repetí entrecerrando los ojos mientras daba un paso adelante—. ¿Hasta que te hayas cansado de mí y busques a alguien nuevo? ¿No es ese tu *modus operandi*?

—¿Mi *modus operandi*? —preguntó. Se quedó callado durante un buen rato, y el silencio fue tan abrumador que el corazón me dio un vuelco—. No fui yo quien folló con un hombre y luego se comprometió con otro unas semanas después.

¡Oh, Dios mío! Quería estrangularlo. Por un segundo pensé en intentarlo, pero tendría que subirme a una silla para poder hacerlo, y eso sería como deletrearle mi intención. Respiré hondo y conté hasta cinco; luego volví a respirar profundamente como medida de precaución.

—Por si acaso te has olvidado de lo que te dije el otro día, has sido el único hombre con el que he hecho eso.

—Nicole, eso no hace que me sienta mejor.

—¿Y cómo te hace sentir? —pregunté desafiante, alzando la cara hacia él—. Tuvimos sexo. Buen sexo. Rompiste y me casé con otro, uno que quería algo más serio conmigo. Algo más que solo follarme. Joder, demándame.

—Es posible que lo haga.

Me reí.

—¡Oh, sí! Esta es buena. ¿Por qué motivo?

—Para satisfacer a mi puto ego. Locura temporal. Porque me duele el...

—¿El corazón? —pregunté con un susurro. Y esperé su respuesta conteniendo la respiración.

Maldito fuera por derribar el caparazón que había logrado construir alrededor de mi corazón con solo tres frases estúpidas e inconexas. Abrió los ojos un poco más, como si nunca hubiera considerado que su corazón estuviera implicado en esto, haciéndome casi sonreír. Jamás lo había visto tan desconcertado. Ni inseguro. Resultaba entrañable.

—Quizá... —reconoció con el ceño fruncido.

Especialmente entrañable.

—Nicole, no creo que te des cuenta de lo que puedo perder. Sigues tomándome el pelo... —me acerqué más, hasta apretar mis pechos contra el suyo. Noté que contenía el aliento— y haciéndome esto.

Dio un paso atrás al tiempo que buscaba mi rostro. Odiaba que me mirara de esa manera, como si estuviera hurgando en mis pensamientos, desechando uno tras otro hasta encontrar uno que pudiera usar en mi contra. Se humedeció el labio inferior; lo imité, obligándolo a bajar la mirada a mi boca.

—Puedes seguir provocándome, pero no funcionará. Y menos después de verte actuar como si todo estuviera bien en el paraíso. De ver cómo te besabas con el que supuestamente pronto será tu ex.

—¿Qué es lo que quieres, Victor? Eres como esa maldita canción de Katy Perry. Nunca sé qué esperar de ti. Hablamos, discutimos, follamos y luego me largas porque tienes que atender a un cliente.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—No vuelvas a mencionar eso. ¿Cómo demonios querías que supusiera que querías más? Eres fruto de un matrimonio fracasado, no hacías más que renegar de las relaciones y decir que no querías nada a largo plazo.

—Dije eso porque pensaba que era lo que tú querías escuchar.

—¿Que lo quería escuchar? ¿Y qué coño pasa con la puta verdad? Si querías una relación, deberías habérmelo dicho.

—¿Y hubieras accedido? ¿Habrías llevado las cosas a otro nivel? Lo último que recuerdo es que estabas casado con tu trabajo.

Dio un paso adelante tan rápido que casi perdí el equilibrio, pero me sostuvo por las caderas para evitar que me cayera.

—¿Vas a volver con él?

Parpadeé.

—¿Qué?

—Que si vas a volver con tu marido.

—¿Quién me lo pregunta? —susurré—. ¿Victor o mi abogado?

Cerró los ojos brevemente una vez más, y, cuando los abrió, supe a dónde conducía todo esto.

—Nicole, no puedo seguir representándote. Estoy volviéndome loco.

—¿Por qué?

—Porque te deseo —confesó. Jadeé cuando sentí que clavaba los dedos en mi carne—. Te deseo y no puedo tenerte si sigo trabajando para ti.

—¿Quién lo dice? —pregunté, sorprendida de que mi voz sonara lo suficientemente fuerte para que él me escuchara.

—He trabajado muy duro, y este caso va hacer que explote todo —dijo al tiempo que acercaba su rostro al mío. Dejé de respirar—. Y todo porque

necesito más esto que ninguna otra cosa en toda mi jodida vida.

Tenía los labios tan cerca de los míos que estaba segura de que acabaría besándome. ¿O estaba esperando que lo besara yo? ¿Rompería el voto que había hecho ante el tribunal por mí? ¿Estaba siendo justa al poner a prueba sus límites? Cerró los ojos y apoyó la frente en la mía, haciendo que percibiera su aliento con olor a menta cada vez que respiraba. Todavía tenía las manos en mis caderas. Estaba segura de que podía sentir contra la yema de los dedos el rápido latido de mi corazón, porque yo lo notaba en todas partes.

—Tómame —me ofrecí finalmente, incapaz de tenerlo tan cerca y no hacer nada al respecto—. Solo poséeme. Ya lo has hecho antes. Sabes que sé guardar un secreto.

Negó con la cabeza, lo que hizo que rozara la frente con la mía.

—No es tan sencillo, Nicole.

—Nunca lo ha sido —susurré.

Subió una mano por mi espalda hasta que la detuvo en mi hombro. Luego la movió muy despacio, tentativamente, hacia el cuello y la clavícula. Comencé a respirar de forma entrecortada, jadeante, desesperada por algo, por lo que fuera. Quería besarlo, follarlo, pero, sobre todo, quería que él también quisiera. Que fuera quien diera el primer paso.

—Tienes razón. Nunca ha sido tan simple. —La forma en la que lo dijo me hizo preguntarme si quizá había sentido algo más que lujuria—. Cuando esto termine... —comenzó, levantando la vista para buscar mis ojos—, cuando termine, te tendré.

—¿Y qué pasa si nos vemos en privado? —le pregunté.

—¿Quieres andar ocultándote? —preguntó, curvando los labios. Negó con la cabeza y dejó caer las manos. Se alejó de mí—. ¿Es eso lo que quieres?

—Quizá...

Arqueó una ceja.

—No puedes responder «quizá» a esa pregunta, Nicole. Solo sí o no.

—Sí. Quiero andar ocultándome.

—¿Todavía andan persiguiéndote los *paparazzi*? —preguntó más serio.

—No —repuse. Y me corregí cuando me lanzó una mirada con la que me decía que no se lo creía—. No tanto como antes.

—Ya veremos cómo va la cosa durante los próximos días.

—¿Luego podremos escabullirnos?

Aunque bajó la vista para tratar de ocultar la sonrisa, la vi igual.

—Jamás he dicho eso.

—Vale. ¿Necesitas algo más de mí? —pregunté, recorriendo su cuerpo con la vista hasta la media erección que lucía.

—Necesito muchas cosas —reconoció con los ojos encendidos.

—Puedo ayudarte —me ofrecí, mirando deliberadamente la tienda de campaña que aparecía en los pantalones de chándal antes de darme la vuelta y agarrar el pomo para abrir la puerta—. Pero te niegas a atender mis necesidades.

Puso la mano en la puerta para evitar que la abriera y apretó su duro pecho contra mi espalda. Cerré los ojos para intentar controlarme y evitar estremecerme al sentir su aliento en la oreja.

—No quiero un límite de tiempo la próxima vez que te folle. No quiero un polvo rápido donde ni siquiera tengamos tiempo de quitarnos la ropa. Deseo tenerte desnuda y en mi cama, y créeme —continuó bajando la voz al tiempo que apretaba los labios contra mi cuello, justo debajo de la oreja—, satisfaré cada una de tus necesidades.

No tenía nada que decir al respecto. Giró la muñeca y abrió la puerta. Me eché a un lado y esperé a que pasara junto a mí. La luz del pasillo estaba encendida. Nos miramos con los ojos muy abiertos.

—Hola —dijo Grace, mirándonos confundida al entrar en el vestíbulo con una cafetera en la mano—. No sabía que teníais programada una reunión tan temprano.

No estaba segura de si hablaba conmigo o con Victor, pero él respondió antes que yo.

—Sí, he tenido que atenderla después de hacer *footing*, luego tengo que ir al juzgado —dijo—. Voy a vestirme. Si me llama alguien, coge el mensaje y dáselo a Corinne cuando llegue.

—Vale —repuso Grace. Luego se volvió hacia mí—. ¿Quieres un café?

—Me he estado preguntando cuándo me ofrecerían aquí algo que valiera la pena —dije, sin poder ocultar la sonrisa. Victor frunció el ceño al tiempo que se daba la vuelta y entraba en su despacho.

Charlé con Grace mientras tomaba el café y ella encendía el ordenador para dar comienzo a un día de trabajo.

—Bueno, tengo que marcharme. Va a ser un día muy largo.

—¿A qué hora entras hoy? —preguntó. A Grace siempre le interesaba mi

trabajo. No importaba lo insignificante que me pareciera a mí, ella quería saberlo todo al respecto.

—Hoy voy de ocho a ocho.

—Guau... ¿Y estás aquí? Yo estaría durmiendo.

Sonreí.

—Sí, debería. —Hice una pausa y miré la puerta del despacho de Victor—. Mierda... Me he olvidado de darle algo. Vuelvo enseguida.

Ni siquiera levantó la vista de la pantalla del ordenador cuando desaparecí en la oficina de mi abogado. La sangre me rugió en los oídos cuando me quité las zapatillas de deporte y los pantalones de yoga, cuando me bajé las bragas y volví a vestirme con rapidez. Me acerqué a su escritorio y se las metí en el maletín. Esperaba que no echara un vistazo dentro en el juzgado. Por supuesto, conociendo a Victor, seguramente lo vaciaría y organizaría todo el contenido mejor que yo cuando cambiaba de bolso. Me marché corriendo de allí, no fuera a ser que saliera del cuarto de baño y me atrapara.

—¿Le has dejado ya lo que te habías olvidado? —preguntó Grace despidiéndome con la mano al verme entrar en el ascensor.

—Sí —afirmé con una amplia sonrisa.

14

VICTOR

La misofonía era algo incontrolable, lo sabía. Pero ser consciente de ello no podía evitar que me resultara desagradable cada vez que Corinne le daba un bocado al sándwich. Se me erizaba la piel cuando la oía masticar. Suspiré y me levanté para recorrer la sala de conferencias con la intención de distraerme un poco. Odiaba las juntas a la hora del almuerzo. No se debía comer mientras se estaba reunido. Nunca. La única razón por la que había convocado una reunión a esa hora era porque no podía perder el tiempo y porque se suponía que debía encontrarme con Nicole por la tarde para entregarle algunos papeles.

—¿Está todo aquí? —pregunté, abriendo el dossier que Corinne había dejado sobre la mesa. Esta asintió lentamente—. ¿Has presentado el documento que te envié? ¿El último?

—¿Donde añadías lo de los Globos de Oro al acuerdo que hizo con su ex? Sí.

Asentí bruscamente. Necesitaba mantener ese papel alejado de cualquier archivo digital, por si acaso caía en manos equivocadas. El hecho de que hubiera sido redactado y enviado por correo electrónico ya estaba volviéndome paranoico. Odiaba Internet. Empecé a hojear las páginas, asegurándome de que cada una estuviera rubricada y de que las que tenía que firmar Nicole estuvieran marcadas para facilitarle la tarea. Si Gabriel estaba de acuerdo, el divorcio podía ir más rápido. Normalmente trataba de que los casos fueran lo más sencillos posible para mis clientes, porque imaginaba cuánto debían de querer cerrar esa etapa, pero en lo referente a Nicole deseaba poder saltarme todos los pasos y acabar con esta mierda de inmediato.

Quería que se marchara de la casa que compartía con Gabriel Lane. Quería a ese hombre fuera de su vida para siempre. La quería en mi cama. En realidad era una cuestión bastante simple. Yo no era idiota, sabía que era un bomboncito y que solo era cuestión de tiempo que alguien la pescara. Si ella quería verse cazada otra vez, quería que tuviera la libertad de elegir

libremente. Pero antes la tendría yo. Quizá era un jodido idiota, porque cada vez que ese pensamiento pasaba por mi mente, lo único que podía hacer era imaginarla pescándola yo mismo. Ser yo quien se quedara con ella. Traté de imaginar cómo habría sido mi vida si me hubiera quedado con Nicole hacía cinco años y ella no hubiera acabado casándose con el tipo del que estaba divorciándose. ¿Lo habría jodido todo también? ¿La habría dejado marchar? Me costaba creer que hubiera hecho esto último. Quizá sí habría jodido las cosas. Era joven y tenía muchos objetivos que alcanzar. Mientras mis amigos estaban ocupados persiguiendo faldas y casándose, yo me había volcado en el trabajo. No me arrepentía. No deseaba retroceder en el tiempo para sacar más provecho de lo que había tenido con Nicole. Tal y como lo veía, todo había ocurrido así por una razón, y quizá simplemente no estábamos destinados a estar juntos entonces.

Sin embargo, ¿habían cambiado las cosas durante los años transcurridos? Jenson estaba decidido a recordarme que pronto cumpliría treinta y un años, como si eso significara que podía empezar a planear mi funeral.

—¿Victor? —preguntó Corinne. Levanté la vista de los papeles.

—¿Qué?

Se movió incómoda en la silla.

—Me preguntaba si te importaría que me tomara unos días libres el mes que viene.

Clavé los ojos en ella mientras procesaba su solicitud. ¿Cuándo había sido la última vez que había cogido vacaciones? ¿Ya había pasado un año? Hojeé mentalmente un calendario, tratando de recordar qué tenía previsto el mes próximo. Para entonces, no quedaría ningún fleco del divorcio de Nicole. Iba a asegurarme de ello. Tenía programada una reunión para finales de semana con un conocido escritor de romance que se estaba divorciando de su esposa; esperaban que llegaran a un acuerdo fuera del juzgado, por lo que no me llevaría mucho tiempo. Me di cuenta de que seguía mirando a mi adjunta y parpadeé con rapidez. Tenía la costumbre de mirar fijamente a la gente cuando estaba perdido en mis pensamientos. Me aclaré la garganta.

—Claro que no. Añádelo al calendario de Outlook para que podamos planificarlo —repuse finalmente.

Se relajó de manera notoria.

—¿Me estás ocultando algo? —pregunté.

Negó con la cabeza, pero yo sabía que quería decirme algo. Las mujeres

eran jodidamente irritantes. ¿Por qué no lo escupía sin más? Serían mucho más fáciles de tratar si expresaran sus pensamientos en lugar de intentar que hiciéramos una maldita búsqueda del tesoro. Negué con la cabeza y volví a concentrarme en los documentos que tenía delante. No tenía tiempo para estas mierdas.

—Es solo que... —dijo bajito, aunque luego se interrumpió. Solté un suspiro. Por supuesto; tenía que comenzar a hablar de nuevo en el momento que yo había empezado a hacer otra cosa— creo que mi novio me va a proponer matrimonio cuando nos vayamos de vacaciones.

Arqueé las cejas.

—Bueno, eso está bien, ¿no? —pregunté despacio. Uno nunca podía estar seguro de cuándo iba a toparse con un escollo tratándose de mujeres y este tipo de temas.

—Supongo que sí —dijo al tiempo que se encogía de hombros. Me froté la sien antes de mirar el reloj. Me quedaba una hora para tener que salir pitando y reunirme con Nicole, así que me senté en la silla donde había estado mientras Corinne había decidido convertirse en Bugs Bunny al masticar.

—¿Cuál es el problema? ¿No lleváis ya un tiempo juntos? —pregunté.

Ella se puso a mordisquearse el esmalte de uñas.

—Unos ocho meses.

«¡Oh, guau!». Su novio era realmente un echado para adelante. No hice ningún comentario, porque nada de lo que dijera sería bueno. No era peor que lo de Gabriel Lane y Nicole. Que lo de Gabriel tirándose a Nicole. Así que asentí para que continuara. Me miró con los ojos llenos de lágrimas contenidas. ¡Dios! No se me daba bien tratar con mujeres con las emociones a flor de piel, ¿cómo me había metido en este lío?

—Es solo que no sé si es el indicado, ¿sabes? No sé si es mi alma gemela —susurró sin dejar de mordisquearse las uñas.

—¿Se lo has dicho a él? Quizá deberías hablarlo.

—Es un gran tipo. Me hace reír, se lleva bien con mis padres, tiene un buen trabajo —continuó, ignorando mis palabras—. Tiene casa propia y quiere tener hijos.

Incliné la cabeza a un lado. Hasta ahora solo había oído cosas buenas de él. Si tuviera un Mustang negro de los antiguos, yo mismo me casaría con él. Miré de nuevo el reloj.

—¿Puedo suponer que ahora viene la parte mala?

Se secó las lágrimas.

—No lo sé. Estuve con mi ex seis años, con Daniel solo llevo ocho meses. Así que no sé. —Se encogió de hombros—. Quizá ni siquiera lo conozco bien, ¿sabes?

—Corinne, como estoy seguro que sabes, no estoy preparado para dar consejos sobre relaciones. —Hice una pausa—. No son mi punto fuerte —agregué.

Asintió al tiempo que sollozaba.

—Lo sé, pero sales mucho. ¿Cómo sabes que ninguna de ellas es la mujer con la que deseas casarte?

Solté un largo suspiro y me recliné en la silla. Era una buena pregunta. ¿Cómo lo sabía? Fruncí el ceño.

—No lo sé —repuse, encogiéndome de hombros. Parecía desconcertada—. Ninguna de ellas me ha importado lo suficiente como para continuar con alguna de esas relaciones, así que simplemente doy por supuesto que no son la adecuada. —Ella continuó mirándome sin palabras, por lo que seguí hablando—. Te voy a contar un pequeño secreto: nadie sabe lo que está haciendo. Todos estamos probando. ¿Tu novio? Está probando. Si te lo propone, es porque espera que seas suya para siempre. Quizá él lo crea. Supongo que estará seguro si da el paso, pero si no estás tan convencida como él, probablemente deberías aclarárselo antes, no cuando lo haga.

Asintió.

—Tienes razón. Quizá solo me han entrado dudas por todos estos malditos casos de divorcio por los que estamos pasando.

Me reí.

—Estoy seguro de que estaba en la descripción del trabajo cuando lo solicitaste.

—La gente cambia —aseguró con una sonrisa.

Cierto. Otra vez esa idea. Me encogí de hombros.

—¿No crees que puede llegar alguien que te haga cambiar? —preguntó, frunciendo el ceño. Lo pensé durante un momento, y mi mente fue directa a Nicole. Otra vez. Suspiré mientras me pasaba la mano por el pelo.

—Creo que la persona adecuada preferirá que siga siendo tal y como soy.

Corinne pareció satisfecha con mi respuesta. Recogí los papeles y los volví a meter en la carpeta.

—¿Has terminado? —pregunté—. Porque tengo que ir a un sitio.

Corinne se rio.

—Sí, creo que ya he terminado.

Cogí la carpeta y me levanté para ir hacia la puerta. Le di una palmadita en la espalda al pasar junto a ella.

—No te rayes, Corinne. Seguir soltero está sobrevalorado, en especial si has encontrado a alguien a quien puedes soportar todo el rato.

El trayecto hacia Manhattan Beach fue demoledor. El tráfico era brutal. Al parecer, había una especie de mercado callejero por el que habían cerrado la calle que debía recorrer, y eso me puso todavía más furioso. ¿Quién en su sano juicio iba a cerrar voluntariamente todas esas calles para vender baratijas? Cuando llegué a la casa, apenas era capaz de contener la ira. Usé un aparcamiento a cuatro manzanas de distancia, dejé la chaqueta y la corbata en el coche y me arremangué la camisa. No pensaba recorrer ese infierno vestido de traje. A la mierda con el bullicio.

Subí la empinada calle usando la carpeta que llevaba en la mano para protegerme los ojos del sol. Pude ver a Nicole a través de la ventana; llevaba un ceñido vestido de flores. El pelo oscuro le caía en cascada por la espalda en forma de rizos sueltos, que debía de haberse hecho ese mismo día. La admiré desde lejos; sus curvas, la forma en la que resaltaban sus piernas bronceadas y tonificadas con aquellos tacones, y me reservé un segundo para imaginar cómo quedarían ese vestido y esos zapatos si me rodeaba la cintura con las piernas. Respiré hondo y subí los escalones.

La escuché reírse de lo que fuera que estuviera diciendo la persona con la que hablaba, y sonreí al oírla. Se reía mucho, y no por lo bajo ni a lo loco. Era la risa perfecta. Un tipo abrió la puerta y me puse tenso al instante. Tenía el pelo rubio y liso, largo hasta los hombros, y llevaba un traje. Podría decirse que era guapo. Me di cuenta de que se sentía como si estuviera interrumpiendo algo especial entre él y mi chica. Mi cliente, no era mi chica. No era nada mío. Posé los ojos en ella mirándola por encima del hombro de aquel tipo, y sonrió. Me mostraba aquella sonrisa vacilante que le salía a veces. Una que no hacía pensar lo feroz que podía llegar a ser. Podía entrar y salir de la vida de cualquiera y dejarle a uno con la idea de que todo había comenzado con aquella sonrisa.

—Hola. Rick, te presento a mi... —dijo ella, interrumpiéndose un momento. La tentadora sonrisa se convirtió en una más grande, algo perversa y muy sexy— mi abogado.

—Oh... —dijo Rick, apartándose a un lado con el ceño fruncido—. No pensé que fueras a traer a tu abogado.

Nicole se rio.

—No ha venido para esto; tiene que darme algunas cosas. Pero, ya que está aquí, podría serme de utilidad y ayudarme a decidir. A menos que tenga que ir a alguna parte —agregó, mirándome con sus grandes ojos azules. Si no me hubiera convencido de que me quedara a ayudarla con aquella mirada, lo habría hecho el agente inmobiliario, por la forma en la que resopló cuando ella mencionó la posibilidad de que lo hiciera.

—Claro. No he concertado más citas; pensaba que íbamos a discutir los documentos. Tú primero —intervine, antes de mandar un mensaje de texto a Corinne para que cancelara todas las citas durante las dos próximas horas. No tenía prevista ninguna reunión, pero sí había pensado regresar al despacho para realizar una llamada que tenía prevista. Esa persona iba a tener que esperar un poco más para oír mi voz. ¡Qué putada para él!

Rick se dio la vuelta y marcó el camino. Nicole me guiñó un ojo y comenzó a seguirlo. Entre el guiño y la forma en la que contoneaba el trasero, ceñido por el vestido, a cada paso, lamenté la decisión de quedarme. Gracias a Dios me había quitado la chaqueta y la corbata... Rick revisó las características de la casa mientras nos llevaba por la cocina, el salón, el tendedero, el comedor... Y en ningún momento apartó los ojos de Nicole. Cada vez que ella se giraba, él clavaba los ojos en su culo. Cuando Nicole le hablaba, deslizaba la mirada por su cuerpo. Ella tenía que notarlo, sería idiota si no lo hacía, pero no le molestaba, y di las gracias por ello, porque por alguna razón no estaba seguro de cómo podría reaccionar yo ante ese hecho. Nunca había sido un tipo celoso. ¿Competitivo? Sí. Pero los celos eran una emoción desconocida. Además, no tenía nada por lo que estar celoso. Aunque con Nicole resultaba un poco diferente. Quizá porque la deseaba demasiado. Quizá porque no podía tenerla, aunque, si era sincero conmigo mismo, sabía que no era solo por eso.

—Permitid que os enseñe el dormitorio principal —sugirió Rick al tiempo que le lanzaba a Nicole una mirada intensa. Se acercaron a las escaleras mientras los seguía. Él me miró por encima del hombro para echarme un vistazo rápido antes de acercar los labios a la oreja de Nicole—. La cama sigue allí, pero por desgracia tenemos compañía.

Se me aceleró el corazón, pero se me detuvieron los pies. ¿Quién coño era

ese tipo? Nicole me dirigió una sonrisa tímida. No hizo ningún comentario, no se rio, no dijo nada en absoluto. Le hice una mueca al tiempo que asentía bruscamente con la cabeza en dirección al agente inmobiliario. Ella se encogió de hombros y continuó caminando.

—Las escaleras son un poco empinadas —bromeó él—. Pero no te preocupes, te atraparé si te caes.

Quise darle una patada en el culo y lanzarlo escaleras abajo. Solté el aire y sacudí la cabeza. Solía estar en la vanguardia cuando se trataba de decir a las mujeres lo que quería, pero por lo general lo hacía en un entorno diferente.

—¿A la izquierda o a la derecha? —preguntó ella al llegar a la parte superior de las escaleras.

—A la izquierda —repuso él—. O encima, lo que prefieras.

Al oírlo, Nicole se rio. Incluso yo me encontré soltando una carcajada, aunque solo era porque no podía creerme el atrevimiento de ese tipo. Negué con la cabeza otra vez. Por suerte, el capullo recibió una llamada telefónica y se disculpó levantando un dedo para indicar que era un cliente importante. Menudo idiota. Nicole abrió la puerta del balcón al llegar al dormitorio y salió al exterior.

—Es precioso —comenté mientras me unía a ella. La arena estaba allí mismo, junto a la acera. Era una casa de playa perfecta—. Entonces, ¿al final has decidido dejar tu casa de ocho millones de dólares en Hollywood Hills y cambiarla por esta humilde morada?

Nicole alzó la cara para mirarme sonriente.

—Vale la mitad.

Me reí.

—Tienes un gusto caro.

—Tengo buen gusto.

—Estoy de acuerdo. —Apoyé los antebrazos en la barandilla del balcón. Bajé los ojos por su cuerpo; en serio, tenía que dejar de usar esos vestidos si yo estaba cerca de ella. De hecho, sería mejor que no usara nada. Se aproximó y se apoyó a mi lado, dejando su brazo junto al mío. Notaba el calor de su cadera junto a mí, e inclinó la cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

—Pero estaría bien, ¿verdad? Podría mudarme aquí, y así vendrías para la noche del vino —propuso con la voz tranquila.

Nuestros ojos estaban a la misma altura y nuestras caras tan cerca que podía

percibir su aliento. Olía a sandía, como aquellos caramelos que mi madre nos compraba a mi hermana y a mí cuando éramos pequeños. Un sabor jodidamente bueno. Delicioso. Posé los ojos en sus labios al ver que se los humedecía.

—¿Sí? ¿Cuándo es la noche del vino? —pregunté. Me sentía como si estuviera gravitando hacia ella sin poder evitarlo de ninguna manera.

—La noche que elijas.

Se me cerraron los pulmones de golpe.

—¿Sabes? —dijo, haciéndome señas para que me acercara más—. He llamado a ese tipo porque lo conocí en la boda de un amigo. Me parece guapo y, la verdad, mueve bien la pelvis al bailar. Ya sabes lo que se dice sobre los hombres que se menean así... —Hizo una pausa.

Sentí que mi cuerpo se endurecía por dentro. Que empezaba a arder. El fuego comenzó en mis oídos y me llegó a los dedos. ¿Qué emoción era esa?

—Así que me he puesto en contacto con él porque me he enterado de que es un buen agente inmobiliario y de que le gustan los rollos de una noche, así que he pensado que podría matar dos pájaros de un tiro. Encontrar la casa ideal y echar un buen polvo, ya que estoy tratando de que el que eché contigo no sea el único rollo que he tenido con un desconocido —continuó.

La forma en la que lo dijo hizo que se me encogiera el corazón y que se me endureciera la polla a la vez. No quería que el mío dejara de ser su único rollo. Nunca. A menos que volviera a tener otro solo conmigo.

—Pero, claro, luego apareciste tú y pensé: «¡Maldición!». —Su cara estaba ahora más cerca de la mía—. Este tipo sabe sin duda follar, y se me ocurrió que quizá debería olvidarme del agente inmobiliario. Que quizá debería ir a lo seguro, ¿entiendes? —susurró contra mis labios.

Durante un segundo no me moví. Dejé que los engranajes giraran en mi cabeza un poco más. Habían sido muchos los hombres que habían arruinado su carrera por un coño. Jamás pensé que estaría en esa lista. Nunca se me ocurrió que formaría parte de ello, pero allí estaba, yendo por ese camino. La locura era que, incluso aunque pensaba eso, iba a dejarme llevar. Me erguí, me apoyé en la barandilla mientras la atraía hacia mí por la muñeca y busqué sus labios. La besé con desesperación, con toda la rabia que me poseía, renunciando al control. Y ella me devolvió el beso con el mismo entusiasmo. Dejó que sus manos volaran hacia los botones de mi camisa, y yo puse las mías en su trasero.

—Te deseo muchísimo —me dijo, empujándome. Le apreté el culo con más fuerza y la estreché contra mi cuerpo para que se diera cuenta de cuánto la necesitaba. La noté jadear contra mis labios, aunque luego se apartó para mirarme—. Por favor, Victor. No me hagas esperar más.

Cerré los ojos y la solté, dejándonos un poco de espacio antes de emitir una risa áspera.

—Me gusta pensar que siempre me controlo, pero cuando tú estás cerca...

No terminé la frase. No pude porque sus labios estaban de nuevo sobre los míos, pero incluso aunque no hubiera sido así, no sabía cómo explicar adecuadamente lo que sentía, y tampoco me importaba. Podría besarla, podría follarla para intentar olvidarla, pero sabía que querría más. Y no podía tenerla cuando mi carrera estaba en juego. Así que olvidarla era la única solución disponible, e incluso esa podía ser desastrosa. Al final, interrumpí el beso e intenté pensar. Era algo que iba a ocurrir, pero no sería mientras un capullo llamado Rick podía aparecer en cualquier momento. Necesitaba irme a casa, averiguar cuánto tiempo más tenía que seguir autocontrolándome, recomponerme y, seguramente, masturbarme. Y no tenía por qué ser en ese orden.

15

NICOLE

Ese beso. No podía dejar de pensar en él. Lo hice mientras firmaba el contrato. Mientras sostenía las llaves en mis manos. Y también mientras llamaba a Victor para decirle que era definitivo. Estuvo de acuerdo en que tenía buen precio y una ubicación excelente. También revisó el contrato, que aprobó porque era un documento estándar y no me obligaba a quedarme durante más de seis meses. Algo necesario, porque, sin duda, no tenía ni idea de qué pasaría dentro de medio año. La conversación hizo una espiral descendente al pasar de mi nuevo hogar a la hora programada para la cita con Gabe. Al mencionarla, cambió su estado de ánimo, sus respuestas se convirtieron en monosílabos y, aunque estábamos hablando por teléfono, casi pude verlo pasándose la mano por el pelo con brusquedad. Me pregunté qué estaría sintiendo.

La tienda de helados a la que había acordado ir con Gabriel era una que frecuentábamos cuando salíamos y que dejamos de visitar al casarnos, pero, al parecer, eso no hizo que la historia perdiera su jugo como gancho para los *paparazzi*. El agente de Gabe avisó a los fotógrafos de nuestra salida, así que me puse una camiseta y él unos pantalones cortos de baloncesto y una camiseta de tirantes. Así parecía que estábamos disfrutando de una tarde relajada. Era una cita tan preparada que apenas tuve tiempo de cambiarme al llegar a casa, pues Gabe me pidió que Marcus me llevara al centro comercial para poder pasarme a su coche y acudir con él al lugar.

Estuvo hablando por teléfono con su secretario durante todo el trayecto.

—Lee te manda recuerdos —me dijo, refiriéndose al secretario en el momento en que colgó. Miré por la ventanilla y permanecí en silencio porque Lee estaba incluido en mi lista de personas no gratas, igual que Darryl—. ¿Me has oído? —insistió.

—Sí.

Soltó un suspiro.

—Que nos estemos divorciando no significa que tengamos que repartirnos los amigos, ¿sabes?

—Amigos... —repetí con un bufido—. A Lee jamás lo consideraría un amigo.

—¡Guau! —Negó con la cabeza al tiempo que conducía por Hollywood Boulevard.

—¿Guau qué, Gabe? Por si acaso no lo sabías, en el momento en el que nos separamos, Lee dejó muy claro que no quería saber nada de mí. Te llamé cuando estabas en el *set* y... —me interrumpí y negué con la cabeza—. Da igual.

—No, dímelo —insistió con suavidad, mirándome al llegar a la heladería. Los *paparazzi* corrían ya hacia nosotros y solo llevábamos aparcados un momento. Los ignoré y seguí mirando a Gabe, como hacía siempre que estaban cerca, porque no podía soportar contemplar los objetivos de las cámaras y la historia unilateral que contaban.

—En serio, no importa. Hace nueve meses, esta conversación quizá habría tenido sentido, pero estabas demasiado ocupado drogándote y tirándote a todas las chicas de Hollywood.

Me cubrió la mano que tenía en el regazo mientras buscaba mis ojos con los suyos.

—Lo siento mucho.

Se me puso un nudo en la garganta porque por primera vez su disculpa parecía de verdad. Aparté los ojos y lo lamenté al instante, al mirar por la ventanilla, y me cegaron cinco *flashes* distintos.

—Terminemos con esto —le pedí después de aclararme la garganta.

Apagó el motor y salió para abrirme la puerta, sonriendo para las cámaras riéndose de uno de los chistes de los fotógrafos. Cerré los ojos y, por enésima vez, me pregunté si toda nuestra relación habría sido una farsa. No quería menospreciar lo que habíamos tenido. Odiaba no poder considerarlo otra cosa que un espectáculo de marionetas dentro de una caja de luz, en especial porque mis sentimientos por él habían sido reales, pero era lo único que podía pensar al verlo interpretar tan bien su papel. El sonido de la puerta hizo que abriera los ojos. Me agarré a su mano para apoyarme en ella y salir del coche. Anduve a su lado, los dos con la cabeza gacha, hasta entrar en la heladería.

—No ha sido tan malo, ¿verdad? —preguntó, poniéndome el brazo sobre los hombros.

«¿Qué parte? —quise preguntar—. ¿La que finges que te preocupas por mí? ¿O quizá el momento en el que hiciste que me enamorara de ti para dejarme

sola cuando decidiste que echabas de menos la vida de soltero?». No dije nada, por supuesto. Sabía que si lo hacía acabaría cabreándome con él y toda esta charada nos estallaría en las narices. «Nueva York —me recordé—. Tranquilidad. Divorcio sin dolor».

Sonreí a Veronica cuando llegamos al mostrador, pero en lugar de devolverme la sonrisa, ella siguió mirando a Gabe mientras él estudiaba el menú. La forma en la que lo contemplaba, ignorándome, hizo que notara una sensación incómoda en la boca del estómago. El sexto sentido femenino era a la vez una bendición y una maldición en tiempos como estos. Mi madre acostumbraba a decirme que los hombres eran como cachorros. Si no los entretienes el tiempo suficiente, buscarán otro juguete. Nunca me había gustado esa idea.

Sentía que les otorgábamos demasiadas excusas solo porque tenían pollas entre las piernas y nosotras vagina. Además, si realmente era una cuestión de anatomía, ¿no sería superior el canal por el que habían nacido? Pero, por desgracia, las mujeres como mi madre —o la de Gabe— consideraban un mérito que los hombres fueran mentirosos y tramposos, les demostraban que estaba bien y que podían salirse con la suya. Además, recordaba perfectamente que cuando era pequeña y mis padres estaban casados, mi madre pagaba a un investigador privado para que siguiera a mi padre porque necesitaba saber qué hacía él al salir del trabajo. Eso era algo que no me gustaba. Prefería pensar que tenías que estar dispuesta a otorgarle a una persona confianza suficiente como para dejar que tomara sus propias decisiones. Otra historia era cómo respondiera a ella.

—¿Quieres lo de siempre? —me preguntó Veronica mirándome finalmente con una sonrisa forzada.

Gabe también me miró, enseñándome esa enorme sonrisa que había conseguido que empezara a salir con él.

—¿Vainilla con *cookies*?

Asentí.

—En un gofre —añadí sonriendo al ver que lo recordaba.

—Ya lo sé —me dijo él, contemplándome como si fuera lo que más apreciaba en el mundo. Lo odiaba por ello. Y me odiaba todavía más a mí misma por sentir algo, aunque ya no fuera el amor no correspondido que había llenado mi pecho una vez. En el momento en el que miró a la chica para pedir, hubo una pausa. Aquella sonrisa de ligón apareció de nuevo en su

rostro.

—Jamás me devolviste la llamada —le echó en cara ella.

Intenté tragar saliva, pero acabé tosiendo. Poco después, estaba dándome golpes en el pecho. Gabe me dio también una palmadita en la espalda, pero me zafé de su contacto. Ella estaba hablándole como si no tuviera ni idea de quién era yo. Como si no supiera que estaba casada con él. Como si no llevara en el dedo ese gigantesco pedrusco que me había regalado Gabe cinco años atrás. Sin embargo, no estaba cabreada con ella. No le había entregado mi confianza a esa joven.

Me empezó a arder la piel con una furia que no había sentido desde el día que Gabe me lanzó una avalancha de insultos inducido por las drogas. Me di la vuelta para alejarme con idea de sentarme a esperar que él se acercara con el helado que ya no iba a poder comer, pero Gabe me puso la mano en el brazo para detenerme.

—Fue hace mucho tiempo —dijo.

Seguí mirando hacia delante, hacia las puertas, donde los *paparazzi* seguían apuntándonos con las cámaras para capturar el momento. Me sentía orgullosa de estar logrando permanecer tranquila, fría y calmada. Me sentía orgullosa de poder controlar todo lo que salía por mi boca, de no llegar demasiado lejos... Pero no podía en ese instante. No pude.

«¿“Fue hace mucho tiempo”? ¿Esa es su excusa?».

—¿«Fue hace mucho tiempo»? —dije, hirviendo de furia mientras me volvía a mirarlo. Aparté su mano con la mía—. ¿Cuánto tiempo exactamente, Gabriel? ¿Cuando estábamos jodidamente casados?

—No me hagas una escena, Nicole.

—¿Que no te haga una escena? ¿Estás hablando en serio?

—No fue nada importante —insistió en voz baja al tiempo que me miraba con ternura como si aquella súbita preocupación fuera suficiente para que siguiera allí.

Lo empujé con las manos a la altura del pecho y me di la vuelta nuevamente.

—¡Vete a la mierda!

Me sujetó la muñeca con fuerza y tiró de mí hacia su pecho para acercar los labios a mi oreja.

—Lo único que tenemos que hacer es salir de aquí muy sonrientes. Es lo único. Lo jodí todo. Fui un marido horrible. Lo siento. Pero es la verdad, y

montar una escena no lo va a resolver.

Cerré los ojos, sorprendida por aquella repentina necesidad de llorar que me inundó. Me sentía enferma. No era una sorpresa en realidad... Sabía que había tenido sexo con otras mujeres. No era ninguna novedad, aunque eso no impedía que aquella pesadez no deseada se me asentara en el estómago. Sentí que me ablandaba bajo su contacto mientras soltaba un largo y profundo suspiro.

—Tengo que ir al cuarto de baño —susurré. Me soltó y no lo mire. No eché un vistazo por encima del hombro ni a él ni a Veronica antes de desaparecer por el pasillo. Saqué el móvil.

—¿Hola?

—Te necesito —supliqué con la voz ronca por las lágrimas que contenía.

—¿Estás llorando? —exigió—. ¿Donde estás?

—No estoy llorando —reconocí, a pesar de que estaba a punto de hacerlo—. En Cold Stone, en Hollywood.

—Estaré ahí dentro de dos minutos. —Hizo una pausa—. Cuatro minutos. ¡Puto tráfico! —gritó; luego suavizó la voz—. ¿Siguen por ahí los *paparazzi*?

—Sí —susurré, secándome la cara. Odiaba llorar. No solo lo odiaba, tenía una profunda aversión a hacerlo delante de alguien, así que necesitaba calmarme ya.

—¿Puedes salir por la parte de atrás?

—Sí. Solo tengo que decírselo antes a Gabe. —Hubo un largo silencio—. ¿Victor?

—Aquí estoy. Bueno, estoy cerca. Iré por la puerta trasera —dijo.

Le di las gracias, pero me di cuenta de que ya había colgado. Metí el móvil en el bolso y me miré en el espejo. Mi aspecto era normal, lo que me recordó lo poco que permitíamos que la gente nos viera. Cuando salí del cuarto de baño, Gabe estaba en el pasillo, con los helados en la mano. Me tendió el mío.

—Me voy —le comuniqué mientras lo cogía.

Se estremeció y frunció el ceño.

—Vale. Te llevaré a casa.

Negué con la cabeza.

—No. Me voy. Sin ti.

Supe que lo había pillado desprevenido al ver que bajaba la mano con la que sostenía el cucurucho y hundía los hombros.

—¿En serio, Nicole? —preguntó suspirando—. Fue un error. Fui un idiota. Ocurrió cuando...

—Me da igual. No me importa —agregué lenta y severamente—. Hace mucho tiempo que no me importa, Gabe. No lo hace, pero ¿por qué me has traído aquí? ¿Cómo puedes ser tan jodidamente insensible? Y encima estoy aquí para hacerte un favor. Es que no puedo creérmelo...

—Has firmado un contrato.

—Y como he firmado un trato, se supone que debo quedarme sin hacer nada mientras alguien me falta al respeto y tú lo permites.

—No me he dado cuenta de que tenía que salvarte, Nicole. No me había dado cuenta de que eras una damisela en apuros.

Menudo hijo de puta...

—No tienes que salvarme. De hecho, la única damisela en apuros de la situación eres tú. Y ya me he cansado de ser tu caballero de brillante armadura —me defendí, señalándome el pecho con un dedo, y me giré hacia la puerta de atrás. Me detuve cuando llegué allí para poner la mano en el pomo mientras lanzaba el cucurucho de helado a la papelera.

«P. D.: Métete el contrato en el culo».

El elegante Jaguar negro de dos puertas de Victor estaba aparcado justo junto delante de la salida trasera. Abrí la puerta y entré. Oculté la cara entre las manos un instante, antes de mirarlo. Por suerte, lo consideró una señal para ponerse en marcha. Cuando llegamos a la acera, los *paparazzi* comenzaron a correr hacia nosotros con las cámaras a cuestas. Aunque tenía la cara oculta, estaba segura de que me habían captado con sus objetivos.

—¿A dónde voy? —me preguntó.

—A cualquier sitio.

Me apartó una mano de la cara con los dedos. No era capaz de mirarlo todavía, pero dejé que me cogiera la mano y que entrelazara nuestros dedos.

—¿Te han entrado dudas sobre ese estúpido papel que firmaste? —me preguntó un rato después. Me apretó la mano para que no pudiera moverla cuando lo intenté.

—Algo así.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —se interesó, moviendo también mi brazo al meter la marcha.

Suspiré.

—Nada fuera de lo normal. Acordamos una cita para tomar un helado, y todo iba bastante bien hasta que la dependienta, a la que yo tenía por una buena persona, me hizo saber que se lo había tirado.

Lo vi asentir mientras lo miraba de reojo. «Vaya gilipollas», murmuró. Soltó el aire de golpe y siguió conduciendo por la autopista que corría paralela a la costa del Pacífico. Ninguno de los dos abrió la boca hasta que llegamos junto a una casa, en la playa, donde aparcó delante del garaje. Tragué saliva al tiempo que pensaba lo rápido que podían cambiar las cosas en cuanto traspasara esa puerta. Llevaba mucho tiempo deseándolo, pero ahora que por fin llegaba el momento...

—¿Me has traído a tu casa? —pregunté cuando apagó el motor.

Me miró y sonrió.

—No es mi casa, sino la de mi hermana. Le he prometido ayudarla a colocar un televisor. Quiere darle una sorpresa a su marido cuando llegue de trabajar.

Parpadeé.

—Oh, bien...

Me cogió de nuevo la mano y la puso sobre la palma de la suya como si estuviera midiéndola.

—Jamás te había visto usar esto —comentó mientras hacía girar la alianza entre los dedos.

—Por los fotografías... —dije a modo de explicación. La confusión que leí en sus ojos hizo que me diera un vuelco el corazón—. ¿Te molesta?

Permaneció en silencio durante mucho tiempo, mirándome, intentando leer mi mente con tanta intensidad sin que yo supiera por qué. Pensé que no me respondería mientras veía cómo subía y bajaba su nuez al tragar saliva.

Por fin, asintió lentamente.

—Sí, me molesta. Mucho —confesó, entrelazando los dedos con los míos y acariciándome la cara con la otra mano. La usó después para apartarme algún mechón suelto de la coleta y para dibujar mi mandíbula con los nudillos sin dejar de mirarme con aquellos profundos ojos color avellana. No podía cerrar los párpados aunque hubiera querido, y pensé que mi corazón había llegado a un punto de no retorno. Se desbocó por completo al ver que continuaba bajando las puntas de los dedos hacia mi cuello, hacia mi clavícula—. Quiero llevarte a cenar —continuó en voz baja. Solo pude asentir. Hubiera aceptado cualquier cosa que dijera—. En algún lugar público, donde no tuviera ganas

de arrancarte la ropa, pero ya sabes lo que dirían los medios si lo hiciéramos.

Sonreí ante la idea.

—Y sé sincero: daría igual dónde estuviéramos, seguirías queriendo arrancarme la ropa.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Y quién no?

Mi sonrisa desapareció un instante, mientras pensaba en Gabriel. Era evidente que él no. Tampoco me importaba... Llegados a este punto. Pero, ¡Dios!, ¿con cuántas mujeres podía llegar a mantener relaciones sexuales ese hombre para sentirse satisfecho? ¿Se saciaba alguna vez? Traté de curvar los labios otra vez e ignorar esos pensamientos, pero Victor lo notó. Se llevó mi mano a la boca y me la besó en el dorso antes de mover los labios con suavidad hacia la muñeca, donde mi pulso vibraba acelerado, mientras mantenía los ojos clavados en mí.

—Si fueras una cacatúa, tu bandada te habría matado —comentó al tiempo que bajaba la mano sin soltar la mía. Fruncí el ceño, aunque no pude reprimir la risa. Me alegré por esa distracción, así que le seguí el juego.

—Me he perdido. ¿Por qué lo dices?

—Siempre intentan esconder su sufrimiento, pero sus congéneres lo notan. Entonces los atacan y los matan, porque sienten su dolor.

—Qué duro... —me sorprendí, arqueando las cejas—. Entonces, ¿sientes algo por mí?

Se rio entre dientes.

—Podríamos hacer muchas bromas sobre eso, pero paso. Y sí, Nicole, siento algo por ti, contigo. Pensaba que estaba claro.

Su admisión fue natural, y la dijo casi con indiferencia, pero se me aceleró la sangre en las venas al oír sus palabras. Me levantó la mano y me la besó una vez más antes de salir del coche.

—Pero eso no significa que tu bandada no te hubiera matado.

Salí y recorrí a su lado el lateral de la casa, inhalando el olor a mar.

—¿Y tú les dejarías? —pregunté mientras lo seguía—. A la bandada, me refiero. ¿Permitirías que me mataran?

—Sería yo solo contra todos, porque tú, seguramente, estarías llorando por las esquinas.

—Entonces dejarías que me mataran.

Negó con la cabeza mientras se detenía. Noté que sonreía mientras se

volvía para mirarme.

—Qué va...

—¿Siempre haces tanto por todos tus clientes? —pregunté, tratando de aligerar el ambiente con unas risas. Casi esperaba con que bromeara sobre lo mucho que le pagaban, pero no lo hizo. En su lugar, subió un brazo y me ahuecó la mano sobre la cara, acercándola más a la suya. Sabía que me derretiría allí mismo si me cubría los labios con los suyos. Sin embargo, no lo hizo. Me besó la mejilla, una comisura de la boca y pasó a la otra. Se apartó un poco de mí para mirarme con una intensidad que hizo que se me detuviera el corazón.

—Creo que ya sabes que no es así —susurró, sin retirar la mano de mi cara—. Y creo que también sabes que esto ya no es una relación abogado-cliente. —Hizo una pausa mientras dejaba caer las manos—. Bromas aparte, Nicole, haría lo que fuera necesario, cualquier cosa, para asegurarme de que estabas a salvo.

Sus palabras me traspasaron cuando se dio la vuelta. Me llevó unos segundos poder mover los pies y seguirlo por el lateral de la casa, hasta la puerta.

16

VICTOR

La casa de mi hermana era un desastre. Debería haberla llamado antes de llegar con alguien, pero no había tenido tiempo de procesar el hecho de que iba a llevar a una chica conmigo. Cuando Nicole me había llamado, acababa de salir del juzgado. No me dio tiempo a otra cosa que a conducir hasta la heladería y recogerla. Al verla llegar y notar escrito en su cara un inminente colapso, pensé que acabaría llorando sin control, pero no fue así. Aquello me sorprendió y decepcionó a la vez, lo que me pilló desprevenido. Odiaba lidiar con las emociones y todas esas mierdas. ¿Por qué coño me sentía tan desesperado por ella? Probablemente porque no me obligaba a pasar por nada de eso, pero era algo que yo no podía evitar.

—¿Estelle? —la llamé al tiempo que recogía un jersey tirado junto a la puerta. Me volví hacia Nicole, que se había parado detrás de mí y parecía nerviosa—. Lo siento. Tiene todo hecho un desastre hoy. —Y casi todos los días desde que Oliver había vuelto a trabajar, la verdad. Ni siquiera quería imaginar en qué se convertiría aquello en el momento en que comenzaran a reproducirse. Me bajó un escalofrío por la espalda. Nicole se rio.

—¿Has visto algo que te asustara? —me preguntó.

—Hola —saludó Estelle, apareciendo de pronto por el pasillo—. No te he oído llegar.

No le respondí; dejé que mi mirada hablara por sí sola clavándola en cada superficie de aquella leonera. La vi poner los ojos en blanco.

—No empecemos, Victor... —me advirtió—. Necesito que me eches una mano para configurar esto y que Bean lo vea recogido cuando llegue a casa.

—Lo que tienes que hacer es contratar a alguien que te ayude a mantener a raya esta locura —corregí, acercándome a ella—. Por cierto, te presento a Nicole. Nicole, esta es mi desordenada hermanita, Estelle. Es artista —añadí a modo de explicación. Al parecer, la mayoría de los artistas eran incapaces de mantener un poco de orden. Entonces, me asaltó una idea. ¡Joder! Nicole trabajaba en el mundo de la moda. ¿Sería igual de desordenada?

—Oh... —dijo Estelle. Abrió los ojos como platos sin dejar de mirarnos—.

Vale. Perdona el desorden.

—No pasa nada —repuso Nicole agitando una mano—. Mi casa también está así un día cualquiera.

Volví la cabeza hacia ella.

«¿Qué?».

Se encogió de hombros a modo de respuesta al tiempo que esbozaba una sonrisita. Suspiré mirando a mi hermana, que seguía estudiando a Nicole.

—Nicole es... —Iba a explicarle quién era, pero recordé a tiempo que Estelle parecía saber más sobre Nicole que yo.

—Ya sé quién es —me cortó. Contuve la respiración, esperando que empezara a soltar un millón de preguntas en cualquier momento—. Por cierto, eres primera plana en TMZ en este momento. Te acabo de ver, literalmente, con Gabriel en una heladería. —Hizo una pausa y frunció el ceño mientras me miraba—. ¿Ha sido una farsa? Espera, no me respondas a eso... No quiero saberlo. Lo siento. Estoy segura de que ya estás harta de que la gente te pregunte sobre él y todo eso. Siéntete en tu casa.

Lo único que podía hacer era mirarla: mi hermana era idiota. Para mi sorpresa, Nicole se rio.

—Te sorprendería saber la cantidad de gente que no me hace ninguna pregunta. De hecho, los únicos que me acosan son los *paparazzi*.

—¡Ah! Eso debe de ser un horror, y más si es todo el tiempo —comprendió Estelle, que se dirigía hacia la cocina—. ¿Te apetece una copa de vino o es demasiado temprano para ti? Ni siquiera sé si bebes, lo siento, doy por supuesto que lo hace todo el mundo.

—Bebe —intervine yo—. Y supones muchas cosas. —Me volví hacia Nicole—. No le hagas caso. Comienzo a pensar que quizá tenía razón cuando le dije con trece años que la habían adoptado.

Nicole soltó otra risita.

—Claro que bebo, y nunca es demasiado temprano para tomar una copa de vino.

Estelle regresó con dos copas y le entregó una a Nicole con una sonrisa.

—Espero que te guste el Riesling.

—Sí. Y me cuesta mucho rechazar una bebida si contiene alcohol.

Estelle se rio. Me miró, y supe lo que estaba pensando. La fulminé con los ojos para que lo olvidara, pero eso solo consiguió que curvara más los labios.

—Entonces, ¿eres diseñadora de vestuario, verdad? Me parece un trabajo

genial. Muy creativo. ¿Cómo has acabado dedicándote a ello? —preguntó Estelle.

—Mmm... ¿Y mi copa de vino? —pregunté arqueando una ceja. Ella me hizo un gesto.

—Ya sabes dónde está la cocina.

Negué con la cabeza mientras me dirigía hacia allí. De todas formas iba a cambiarme de ropa para ponerme manos a la obra. Fui a la habitación de invitados, donde guardaba algunas prendas para las noches que bebía una noche de más o no tenía ganas de volver a casa, y me puse unos pantalones cortos de deporte y la primera camiseta que saqué del cajón, que resultó ser una que había comprado en un concierto de J. Cole al que había ido con Jenson un par de años antes y que tenía escrito un mensaje muy elocuente: «Nacido para pecar».

—Creo que mi habitación es lo que está más ordenado de toda la casa — dije al volver a donde Nicole y Estelle estaban sentadas una frente a la otra como si fueran viejas amigas de la infancia tomando una copa de vino.

La imagen me hizo sonreír. Era como si Nicole ya hubiera estado aquí muchas veces. Mi hermana se llevaba bien con todas mis amigas y con algunas chicas con las que mantuve alguna relación algo más larga. Me gustaba presentárselas a ella antes que a nuestros padres. No recordaba la última vez que Elle se hubiera mostrado tan cómoda con una, y no era porque estuviera saliendo con Nicole, pero, una vez más, mi definición de «salir con alguien» no era la misma que para el resto del país.

—Si tan preocupado estás por el orden, recoge tú —me soltó Estelle. Capté la sonrisa que Nicole intentó ocultar detrás de la copa. Reprimí las palabras que acudieron a mi boca porque hablarle a alguien sobre sus labios en presencia de otra persona no era apropiado, pero quería hacer muchas cosas con esa boca suya.

«Deja de pensar en su boca. Deja de pensar en su lengua y en lo que sientes cuando la roza con la tuya. Deja de pensar en tocar esa suave piel. Contrólate».

Respiré hondo y me di la vuelta con rapidez.

—¿Dónde está la caja?

—Justo al lado de la mesa.

Suspiré al tiempo que me llevaba las manos a la cabeza. ¡Maldita chica! Las dejé continuar conversando sobre corazones de vidrio, y me puse a recoger

todo lo que encontraba en mi camino, desde un par de chanclas hasta una caja de pinturas. En el momento en el que terminé, me di cuenta de que aquello no estaba tan mal como había pensado en un principio. Solo parecía una leonera al verlo en conjunto. Sin embargo, no pensaba decírselo. Saqué el soporte del televisor de la caja junto con todos los tornillos y me levanté para ir a buscar el taladro al garaje.

—Sabes que voy a necesitar que me eches una mano una vez que haya acabado con esta parte, ¿verdad? —pregunté a mi hermana viendo que se servía más vino al regresar con el taladro en la mano.

—Lo sé —repuso sonriente. Me lanzó un beso mientras volvía a la cocina con la botella de vino, que supuse que estaba vacía—. Te quiero, hermanito.

Hice una mueca mientras me sentaba en el suelo. Por supuesto que me quería. Oí que Nicole se levantaba del sofá, pero no aparté la vista del folleto de instrucciones. Noté que se arrodillaba a mi lado.

—Me excita verte con un taladro en las manos —susurró.

El corazón me dio un vuelco. Incliné la cabeza a un lado para mirarla. Sus mejillas estaban rojas por el vino, y el pelo se le había vuelto a escapar de la coleta. Alargué el brazo y cogí el mechón entre los dedos para acariciarlo antes de colocárselo sobre los hombros. Entonces dejé la mano en su nuca. Me gustaba la imagen. Era tan bonita que lo único que podía hacer era imaginar todo ese pelo extendido en mi almohada.

—Siempre te excito. Es una maldición con la que he tenido que vivir siempre —repuse. Ella sonrió, un gesto pequeño que se acentuó cuando inclinó la cabeza para mirarme a los ojos. —¿Me vas a ayudar con la instalación del mío? —preguntó, inclinándose hasta rozarme el brazo con los pechos.

Solté el aire bruscamente, haciendo que se le moviera el pelo. Abrió los ojos mas y vi que tenía las pupilas dilatadas antes de que bajara los párpados. Eso no ayudó a la situación que tenía dentro de los pantalones. En absoluto. Dejé caer la mano y contuve la respiración. Luego inhalé su dulce aroma. Quizá si no volvía a respirar, podría interrumpir el suministro de sangre y no me empalmaría.

—Te echaré una mano con lo que necesites —repuse, y tragué saliva.

Tenía los ojos clavados en sus pechos, que estaban cubiertos por una estúpida camiseta de Mowgli's. Aunque me gustaba el grupo, aquella prenda no me permitía saber si llevaba sujetador o no, aunque estaba bastante seguro

de que sí. Volví a mirar sus ojos azules; eran transparentes y profundos, del mismo color que un día soleado sin nubes. Jodidamente perfectos, como ella.

—¿Queréis comer algo? Me quedan sobras de la cena —propuso Estelle desde la cocina.

Me aclaré la garganta. Nicole suspiró y se levantó. Se inclinó hacia abajo, haciendo que su pelo cayera en cascada a ambos lados de mi cara cuando me besó el lado izquierdo del cuello. Cerré los ojos, deseando poder sentarla en mi regazo para besarla.

—Eso depende —respondí en voz alta con intención de que me pudiera oír Estelle—. ¿Qué cenasteis anoche?

—Hamburguesas de soja —dijo.

—¿Con pan? —insistí. Oliver rechazaba el pan, así que por lo general no tenían en casa.

—Con lechuga.

Puse los ojos en blanco y me giré para mirar a Nicole, que estaba escribiendo un mensaje de texto.

—¿Te apetecen hamburguesas de soja con lechuga? —le pregunté. Levantó la vista, parpadeando. Le repetí la pregunta, y ella asintió.

—Por supuesto. Suena bien.

—¡Vale, sí que queremos! —grité volviendo a ponerme manos a la obra. Me levanté con la cinta métrica en la mano para hacer las marcas en la pared.

—Pues están listas —anunció Estelle.

Dejé el lápiz y el metro en el suelo para ir con Nicole a la cocina. Mientras íbamos hacia allí, nos pusimos a meternos el uno con el otro como si estuviéramos en el instituto en el intercambio de clases. Antes de llegar a la puerta que separaba la cocina del salón, le puse el brazo en los hombros y la atraje para besarla en la sien. Fue un movimiento rápido. La solté tan rápido como la había cogido. Sin embargo, ella se detuvo... y yo también. Había separado los labios como si tuviera algo en la punta de la lengua, pero al final negó con la cabeza, parpadeó y sonrió entrando en la cocina. Quise acercarme a ella y preguntarle qué se había callado. Quería deslizarme en cada grieta de su mente y excavar hasta llegar a sus pensamientos más profundos, sus más oscuros defectos. Sin embargo, no podía. Era imposible, así que abandoné la idea.

Estelle y Nicole hablaron sobre la comida y el vino durante la cena, y observé la forma en la que Nicole movía las manos animadamente mientras

hablaba. Tuve que hacer un esfuerzo consciente para apartar la mirada de ella. Clavé los ojos en el plato vacío, pero en el momento en el que Estelle sacó el tema de los medios de comunicación, volví a buscar la cara de Nicole. No pude evitar notar que su sonrisa desaparecía, que la luz de sus ojos se apagaba. Me miró de reojo y se encogió de hombros esbozando una sonrisa que apenas curvó las comisuras de sus labios.

—No creo que vuelvan a seguirme. No soy demasiado interesante. En realidad solo me persiguen por Gabe —repuso.

Era una estupidez que me molestara que lo llamara así, ¿verdad? Había estado con él mucho tiempo. Podía llamarlo «cariño» y no me debería importar. Pero lo hacía. Me molestaba. ¿Por qué demonios me importaba? Era un diminutivo. Por otra parte, también me irritaría que lo llamara por su nombre completo. Así que... Quizá no me afectaría si estuviera portándose bien, pero recibir una llamada de Nicole y saber que había estado llorando... No, eso no me gustaba.

Pasamos el resto del tiempo comiendo y hablando sobre la casa que había alquilado Nicole en la playa. Se intercambiaron los números de teléfono y Nicole prometió invitarla. Me excusé al terminar de comer porque tenía que pasar por el despacho para recoger unos archivos antes de irme a casa por la noche, y eso tendría que esperar a que instalara el televisor y dejara a Nicole.

Casi había terminado de taladrar los lugares a los que se anclaría el soporte cuando escuché que se acercaban unos pasos. Miré por encima del hombro y vi a mi hermana, que me contemplaba con los brazos cruzados. En el momento en el que se me aproximó, miré a mi alrededor, pero Nicole no estaba a la vista, y por un momento fugaz me inundó una oleada de pánico al pensar que se había marchado.

—Está en el cuarto de baño —informó Estelle.

Tragué saliva y asentí.

—La miras de una forma muy graciosa.

—¿Cómo la miro? —pregunté, bajando los brazos.

Se encogió de hombros.

—Solo de forma graciosa. Como mirabas a Jenny Doherty.

Crispé los labios ante la mención a Jenny. Había sido la única chica con la que había salido durante más de un año. No era un ligón; quizá lo había sido en el instituto, pero había tenido novias durante largos periodos de tiempo. Claro que mi definición de un periodo largo de tiempo no era la misma que la

de mi hermana. Sin embargo, Jenny había sido una traidora. Había sacado la mejor nota de la clase, y cuando nos graduamos, yo me fui a la escuela de Leyes aquí y ella a la de Connecticut. Luego conoció a otro chico, se casó con él y formó una familia. En ese momento ya hacía cinco años que habíamos roto, pero todavía guardaba buenos recuerdos de ella.

Siempre había pensado que si sentaba la cabeza tendría que ser con alguien así. Una chica que no solo me atrajera por su inteligencia o belleza, sino a la que le importara algo más que su apariencia o la cantidad de dinero que había en mi cuenta corriente. Alguien equilibrado. Parecía simple, pero no era así. Al menos en los tiempos que vivimos, en los que todo se basa en quién te sigue en Instagram o te da un «me gusta» en Facebook, o si le pareces guapo o no. Habría jurado que era solo en Los Ángeles, pero Jenson vivía en Nueva York y había llegado a la misma conclusión cuando aún salía con chicas, y yo tenía clientes que poseían más dinero que Dios que se encontraban en la misma situación.

—¿Vic? —me preguntó mi hermana frunciendo el ceño. Negué con la cabeza.

—Sí. No. Soy su abogado y me preocupo por ella, quiero lo mejor, pero no es Jenny. —«Es mejor». Y sabía por qué; aunque había amado a Jenny, no me había hecho sentir como si ardiera por dentro. Nicole era una llama. Y no se extinguiría pronto. Lo sabía. Era consciente de ello, pero me encontraba perdido en esta situación, por la forma en la que me hacía sentir y porque no podía controlar esos sentimientos hacia ella. Era algo que me asustaba. Antes que nada, Nicole era mi clienta. Sentía la necesidad de repetírmelo a mí mismo al no tenerla cerca, porque en el momento en el que nos encontrábamos en la misma habitación, me sentía demasiado cómodo con ella para mi propio bien.

Estelle me dio una palmadita en la espalda que me trajo de nuevo a la realidad.

—Lo que tú digas, Vic. —Hizo una pausa—. Gracias de nuevo por ayudarme.

—Por supuesto. Ahora solo falta que profundice los agujeros para el soporte, y luego tendrás que echarme una mano para instalar el televisor.

—Vale. Pues voy a dejar de entretenerme y a ordenar un poco para que dejes de mirar con esos aires cada superficie de mi desordenada casa —dijo alejándose.

Gracias a Dios. Volví a concentrarme en la tarea.

—Me gusta tu aspecto mientras te veo hacer tareas hogareñas —comentó Nicole.

—Te creo —repuse con una sonrisa.

Se rio. Podía imaginarla poniendo los ojos en blanco a mi espalda, pero luego sentí la calidez de su aliento en el hombro derecho y me quedé quieto al tiempo que apretaba el taladro con más fuerza.

—Quizá haga de ti un hombre honrado y puedas renunciar al trabajo para quedarte en casa mientras yo salgo a ganar dinero —añadió en voz baja. Supe que tenía dificultad para no reírse al soltar esas palabras.

—No hay ni una posibilidad de eso —me burlé.

—¿Qué? ¿No te gustaría ser un marido hogareño?

Me temblaban los hombros de la risa me vi obligado a bajar los brazos de la pared, volviéndome para mirarla. Estábamos tan cerca que si mi hermana entrara en ese momento, soltaría «Te lo dije» varias veces. Nicole lucía una enorme sonrisa en su cara, las mejillas estaban sonrojadas por el vino... O por la risa. O por una mezcla de ambas cosas. Fuera lo que fuera, estaba guapísima.

—¿Me estás haciendo una propuesta? Porque en el estado de California hay que estar divorciado si quieres casarte de nuevo —expliqué mientras arqueaba una ceja. Su sonrisa se hizo más pequeña, solo un momento antes de que pusiera los ojos en blanco.

Tuve que reírme.

—Ojalá tuvieras esa suerte —dijo al tiempo que retrocedía un poco. Me recorrió la cara y los ojos con la vista mientras bajaba la mirada por mi cuerpo. Se humedeció los labios con una expresión apreciativa que hizo que se me detuviera el corazón durante un instante. Gracias a Dios era capaz de controlar mi polla en situaciones así, a pesar de que me estaba empalmando con esa mirada. Apreté el taladro con más fuerza en la mano derecha, pero lo único en lo que podía pensar era en empujarla contra la pared y penetrarla hasta el fondo.

—Sí —convine, pero no sabía muy bien a lo que estaba respondiendo. No me importaba tampoco. Abrió mucho los ojos y nos miramos durante un buen rato. Demasiado tiempo para que resultara cómodo, demasiado para no apoderarme de sus labios y no notar sus piernas envueltas alrededor de la cintura.

—¿Cuándo será la próxima reunión con el abogado de Gabe? —susurró con la voz ronca.

—No demasiado pronto —repuse con el corazón acelerado.

—¡Dios! No puedo esperar a que esto termine. Ojalá... —suspiró— ojalá no tuvieras esa moralidad tan estricta.

Me reí. Si ella supiera...

—Nicole, cuando se trata de ti, mi moralidad es muy cuestionable.

Esbozó una sonrisa, una expresión un poco ladina. Se volvió a sentar en el sofá. De repente frunció el ceño y me miró.

—¿No necesitas mi ayuda para montarla?

—Te puedo asegurar que no necesito ayuda para montar nada —bromeé mientras recorría su cuerpo. Soltó una carcajada al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Para montar la tele, tonto.

—¿Qué? —Hice una pausa—. Oh, sí... Necesito que me eches una mano para montarla.

Nicole todavía se reía en el momento en que Estelle volvió al salón. Mi hermana no se molestó en preguntar de qué se reía, y fue un alivio, porque lo último que necesitaba era otra fantasía en la que me follara a Nicole.

VICTOR

Unos días antes de la vista previa con el abogado de Gabriel, pillé la gripe. Me sentía enfermo, irritado y al borde de un ataque de pánico. Nunca había llamado para faltar al trabajo, pero dado que no podía vestirme sin sudar, que no lograba mantener los ojos abiertos más de dos minutos y que no aguantaba el dolor de garganta, no me quedó más remedio que hacerlo. Por suerte, Corinne se pasó por mi casa para traerme los archivos que necesitaba, y fui capaz de llamar a Nicole para hablar con ella por teléfono sobre la vista previa; así sabría qué esperar. Cuando estaba en el cuarto de baño, sonándome la nariz, oí el timbre. Esperé que fuera mi madre. Que se vaya a la mierda cualquier hombre incapaz de admitir que en el momento que se pone enfermo solo quiere ver a su madre. Abrí la puerta y tuve que protegerme los ojos del sol, luego parpadeé para asegurarme de que la medicación no me estaba jugando una mala pasada y era realmente Nicole quien estaba delante de mí.

—¿No acabamos de hablar por teléfono? —grazné. ¡Joder! Incluso me dolía hablar.

—Sí, y te he traído sopa —repuso al tiempo que levantaba una bolsa de plástico blanca.

—Jamás me habían resultado tan sexis esas palabras —reconocí, apartándome a un lado para que entrara—. ¿Cómo has averiguado mi dirección?

—Se la he preguntado a tu hermana.

Asentí con la cabeza. Lógico; habían intercambiado números de teléfono el día del suceso en la heladería. Anduve hasta la cocina, y Nicole me siguió.

—Me sorprendió un poco que Corinne me llamara para cancelar la reunión de hoy —dijo mientras miraba a su alrededor—. No me ha gustado nada la idea de que mi abogado estuviera fuera de juego unos días, así que... —Se encogió de hombros y volvió a señalar la bolsa antes de dejarla en la encimera de la cocina.

—Es muy amable de tu parte —susurré con la voz ronca. Y lo era, todo un

detalle.

—¿Dónde guardas los platos soperos? —preguntó. Le hice un gesto hacia la alacena que había detrás de su cabeza—. ¿Y las cucharas? —Le mostré el cajón a mi lado—. Y... —hizo una pausa— ya he encontrado las servilletas. —Sonrió—. Muy bien, señorita, vaya a acostarse, ahora voy.

Solté un gruñido, pero hice lo que me dijo. Regresé al salón para tumbarme con los pies en alto. Me cubrí con la manta de Chargers que me habían regalado Estelle y Oliver en mi último cumpleaños y me permití cerrar los ojos. Me estremecí al notar un paño frío en la frente. Abrí los ojos y me encontré la mirada preocupada de Nicole justo al lado de mi cara.

—¡Qué gusto! —gemí. Intenté sonreír, pero estaba seguro de que no lograría mover los labios.

—Se te está enfriando la sopa —susurró. Traté de sentarme sin conseguirlo, y luego noté que deslizaba las manos por debajo de mi cuerpo y la escuché gemir mientras me incorporaba,

—Estás fuerte —comenté, y no pude reprimir la sonrisa cuando ella se rio.

—Lo intento. —Se inclinó para coger el plato de sopa y se sentó a mi lado—. Abre la boca.

—¿Vas a dármela tú? —No sabía por qué me desconcertaba tanto su gesto.

—No parece estar en condiciones de tomarla solo. ¿Prefieres que llame a tu cuñado para que te ponga una vía?

Abrí mucho los ojos. ¿Sabía Nicole que odiaba las agujas? ¿Se lo había dicho en algún momento? Fruncí el ceño mientras se lo preguntaba.

—No lo has hecho —repuso—, pero me alegro de saberlo.

—No entiendo nada —protesté al tiempo que abría la boca para tomar una cucharada. Cerré los ojos y la saboreé; estaba muy buena—. ¿La has hecho tú?

—¿Te gusta?

Mis ojos buscaron los de ella.

—¿La has hecho o no?

Sonrió mientras me daba otra cucharada.

—Depende de si te gusta o no.

—Está mejor que buena.

—Bien, pues no la he hecho yo —confesó con una risita—. La ha hecho Amelia, mi vieja ama de llaves.

Asentí con la cabeza mientras me tragaba la sopa que tenía en la boca.

—Pues dile a Amelia que quizá quiera casarme con ella.
Nicole frunció el ceño y parpadeó antes de bajar la vista a la sopa.
—No me gusta cómo suena eso —reconoció.
—¿Por qué? —pregunté al tiempo que abría la boca para tomar otra cucharada.
—Pensaba que no querías casarte.
Fruncí el ceño.
—Jamás he dicho eso.
Me miró con una ceja arqueada en claro desafío.
—Vale, quizá lo he dicho, pero entonces era un idiota de veinticinco años.
La gente cambia.
—No mucho —musitó.
—Tú lo hiciste —protesté—, pero tienes razón, no tanto. Todavía estabas dispuesta a dejar que te montara el otro día, en casa de mi hermana.
Sonrió.
—Incluso si hubiera estado dispuesta a dejar que hicieras eso allí, y no lo estaba, no se te habría ocurrido. —Hizo una pausa—. Así que supongo que las personas sí cambian después de todo. El Victor que conocí, el que tenía veinticinco años, habría estado dispuesto a hacer cualquier cosa que le hubiera pedido en el sitio que fuera.
—Como acabo de decir, el Victor de veinticinco años era un puto idiota.
—Aunque muy sexy.
—Eso sigo siéndolo —afirmé.
Negó con la cabeza.
—Creo que la fiebre está afectándote.
Solté una carcajada, aunque tuve que parar de reírme porque me dolía el pecho. Cerré los ojos al notar que Nicole se levantaba para llevar el plato a la cocina. Oí correr el agua a mi espalda, pero no fui capaz de decirle que no lo lavara. Sentí su presencia otra vez y abrí los ojos. Llevaba un vaso con zumo de naranja en la mano.
—Tienes que beberte esto —ordenó—. Luego te levantarás para ducharte.
Gruñí.
—¿Es tu forma de decirme que apesto?
—No.
—¿Es tu forma de conseguir que me desnude?
Reprimió la risa apretando los labios.

—No.

—¿Es tu forma de llevarme a la ducha y salirte con la tuya, porque tendrías que bañarme, ya que estoy tan débil que yo no puedo?

Se rio.

—No.

La estudié. Era preciosa. No había prestado atención al vestido rojo que llevaba, ni a la forma en que se le ceñía en las caderas para acentuar la delgada cintura. No me había dado cuenta de que llevaba el pelo suelto ni de cómo le caía por los hombros hasta cubrirle los pechos.

—Eres tan guapa... —dije sin poder reprimirme. Abrió un poco más los ojos y se sentó junto a mí con el vaso en el regazo. Noté que le temblaban las manos por la forma en la que se movía el líquido.

—Gracias —susurró.

—No te lo digo lo suficiente, pero es cierto. Jamás te lo dije —repetí—, me refiero a antes. Antes de alejarte de mí y dejar que te casaras con ese maldito gilipollas. Debería haberte dicho que eres muy guapa.

—Victor... —susurró—. Venga, bébete esto.

Sentí la cabeza liviana, como si fuera a desmayarme en cualquier momento. Sin duda era culpa de la medicación.

—No es que esté diciéndote todo esto porque esté drogado —insistí—. No soy como él. —No es que supiera cómo era Gabriel cuando estaba drogado, pero sentí la necesidad de agregarlo—. Me gustaste, Nicole. Me gustaste de verdad.

—¿Antes? —preguntó en voz baja.

Asentí. Antes, durante y después. En realidad ella me gustaba mucho.

—Pero tu padre era mi jefe, y no podía... —Bostecé—. No podía arriesgarme.

—Lo sé. Cuestión de prioridades —dijo sonriente.

No parecía irritada por la admisión, y tampoco esperaba que lo estuviera. Nicole no me había visto nunca como un amante perdido hacía mucho tiempo. Había estado bien antes de que la conociera en el club, y también después de que la dejara en el despacho.

—No sabía que querías casarte —confesé entre bostezos.

—No te habría tranquilizado haberlo sabido —repuso encogiéndose de hombros.

—No tenía nada que ver contigo. Era yo —expliqué.

Suspiró.

—Fue hace mucho tiempo. Han pasado muchas cosas desde entonces. —Se levantó y se inclinó para ponerme la mano en la frente. Cerré los ojos al sentirla, tratando de inhalar el aroma a fresco que desprendía—. Entonces, ¿solo quieres dormir? ¿No vas a ducharte? Aun así, tienes que beberte esto.

Acercó el vaso a mis labios y tomé un sorbo. Me estremecí al notar el líquido frío en la garganta. Cuando lo terminé, Nicole se apartó y dejó la taza a un lado.

—Quizá debería... —Entonces me di cuenta, horrorizado, de que podía estar a punto de dejarme solo, y lo cierto era que quería que se quedara. No estaba seguro de cuál de esas opciones era peor.

—Quédate... —decidí finalmente—. Quédate conmigo...

Soltó un suspiro y se sentó a mi lado. Sin pensármelo dos veces, apoyé la cabeza en su regazo. Se puso a peinarme el pelo con los dedos con tanta suavidad que no iba a tener ninguna oportunidad de eludir el sueño.

—Tengo que trabajar en unos diseños —explicó—. ¿Te importa si voy a por el cuaderno y lo hago aquí?

—Por favor, hazlo. Quiero verlos —repuse mientras la miraba a los ojos.

Asintió al tiempo que esbozaba una sonrisa, sin dejar de tocarme el pelo.

—Siempre me ha gustado verte dibujar. —Fue lo último que recuerdo haber dicho. Luego me quedé dormido.

NICOLE

Había estado hablando mucho por teléfono con Victor durante los últimos días. Me había llamado desde que salí de su casa después de llevarle la sopa. La mayor parte de las conversaciones versaban sobre la vista previa que tendríamos con el abogado de Gabe, y se disculpó por haber cancelado la nuestra, lo que lo llevó a agradecerme profusamente que le hubiera llevado sopa. «Llevarle sopa...». De lo que no estaba segura era de si era la expresión clave para indicar que habíamos dado un nuevo paso en nuestra relación, o si solo era que le había llevado sopa, literalmente. Sin embargo, me parecía que iniciábamos una nueva página. Con las llamadas nocturnas, las charlas sobre películas, los desafíos a los bolos y las promesas sobre darme clases de surf, parecía que quizá nos estábamos convirtiendo en algo. En algo más. Algo que no estaba segura de que ninguno de los dos supiera definir o quisiera etiquetar. Pero todo eso estaba ocurriendo en unos días, y ya me había casado antes con un hombre al que conocía desde hacía apenas unas semanas, y no había más que ver cómo resultó. Recordarlo me dejaba un sabor amargo en la boca, que me quité llevándome la taza de café a los labios y tragando hasta la última gota.

Victor me llamó a las seis y media de la mañana para despertarme y asegurarse de que estaría lista a tiempo. La vista previa estaba programada para las once y media. ¿No era una locura que me hubiera avisado tan pronto? Desde que la dependienta de la heladería había aparecido en las páginas de chismes contando su historia con Gabe, Victor se había mostrado nervioso, y había intentado pensar cómo podíamos utilizar eso a nuestro favor en la negociación. Mi padre se había quedado lívido. Chrissy y Talon no podían estar más furiosas al respecto. «MI NOCHE SALVAJE CON GABRIEL LANE» era el título sensacionalista que llevaba el reportaje. Sin duda era atrayente, intrigante, y, siendo sincera conmigo misma, ni siquiera me importaba. Se trataba de agua... pasada.

Victor quería reunirse conmigo de antemano por si acaso tenía que hacerle alguna pregunta. Le había dicho que no, pero él había insistido en que tenía

que disculparse por la reunión que se había saltado, y accedí solo para poder colgar. Sin embargo, a las nueve y media, alguien llamó a la puerta. Por suerte, ya me había vestido, y acababa de secarme el pelo. Bajé las escaleras y abrí la puerta justo en el momento en el que él levantaba la mano para volver a llamar.

—No tienes ni pizca de paciencia —le reproché mientras lo miraba boquiabierto. Llevaba un traje oscuro, y era injusto que le quedara tan bien y que él fuera intocable para mí. Me hizo dar una vuelta completa sobre mí misma. Sentí sus ojos en cada célula de mi piel.

—Todavía no estás preparada. —Pasó junto a mí para entrar.

—Solo me faltan los zapatos.

Cerré la puerta y me di la vuelta para encontrármelo con la cabeza levantada hacia el techo, los ojos cerrados y las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasa?

—¿Sabías que hay *paparazzi* ahí fuera? —preguntó, yendo hacia la cocina.

—No. —Me asomé a mirar por la ventana—. ¿Están ahí ahora?

—Me han bombardeado con miles de *flashes* desde el coche hasta la puerta.

Me puse a preparar la cafetera otra vez antes de estudiarlo; sabía que estaba apoyado contra la encimera con los brazos cruzados.

—¿Por eso has entrado como si te estuvieran persiguiendo los caminantes blancos?

—¿Los qué?

—Es de *Juego de tronos*, ya sabes. —Hice una pausa—. ¿No hablamos de esa serie la noche pasada?

—Sí, y ya te dije que no la sigo.

Negué con la cabeza.

—¿Has intentado verla y no te ha gustado? Lo digo porque este podría ser un buen momento para que me cuele por ti o lo que sea.

Me recorrió la cara con los ojos mientras en la suya aparecía una lenta sonrisa.

—¿Para que te cueles por mí? ¿Tanto echas de menos el instituto?

—Solo era una sugerencia. —Me di la vuelta al notar que la cafetera había terminado de llenar la taza, y la reemplacé por otra. Con la primera en la mano, me acerqué para dársela—. Si pudiera elegir un rodaje al que ir, sería ese. Es una pena que no tenga contactos allí.

Victor cogió la taza y me quitó algo del pelo antes de mirarme a los ojos.

—¿Has enviado tu currículum?

—¿Si lo he enviado? —me burlé—. Claro que lo he intentado. Pero ya tienen los mejores diseñadores de vestuario. Es decir, Michele Clapton es la puta ama. Es como si Prada contratara a un rapero como Kanye West o algo así.

Victor se rio entre dientes y luego tomó un sorbo de café.

—Eso ya lo ha hecho Adidas en una línea de Boost.

Sonreí, reprimiendo la risa.

—Era una idea. Me refiero a que soy buena en lo que hago, pero no la mejor, como ella.

—Yo creo que eres buena —dijo—. Muy buena —puntualizó.

Las palabras eran serias, aunque todavía tenía arruguitas alrededor de los ojos por la sonrisa anterior. Estuve tentada de pasar los dedos por cada línea. Me encantaba cuando sonreía así, como si me estuviera dando una muestra privada del Victor que no todo el mundo veía.

—Creo que tú también eres muy bueno —repuse, sonriente—. Y, para que conste, en el instituto te hubiera odiado; me gusta la música de Kanye, aunque, en lo que se refiere a moda, se le considera mejor de lo que es.

—Bueno, no importa lo que pienses. No tienes las respuestas, Sway —repuse. Al oír que me llamaba por el mote que había inventado Kanye cuando hacía radio, me puse a reír. A carcajadas. Y él acabó uniéndose a mí, después de dejar la taza en el mueble.

—¿Sabes?, para ser alguien que solo piensa en el trabajo y que lo considera lo más importante que hay, a veces puedes ser muy divertido.

Me estudió durante un momento y, por fin, bajó los ojos a mi pecho.

—Es que siempre soy muy divertido.

—Solo a veces —corregí. Al hablar, hice que volviera a subir la vista a mi cara—. Y no has sido demasiado divertido en ese sentido.

—Por una buena razón. Intentaremos resolver hoy ese punto.

—¿Luego serás más divertido?

—Considerando que cada vez que oigo tu voz estoy a punto de estallar, por no decir lo que me pasa al verte, diría que es una posibilidad —confesó. Su mirada hizo que mi temperatura subiera varios grados.

—Mmm... —Mi corazón se aceleró sin control. Dejé la taza en el fregadero y rodeé la isla de la cocina. Nos quedamos cara a cara; él tenía apoyada una mano en la encimera y la otra dentro del bolsillo. Puse la mano sobre su duro

pecho y la deslicé hasta su estómago para detenerme en el cinturón. Noté que contenía la respiración—. Es una posibilidad muy grande —aseguré.

—Sí, es una posibilidad muy grande —confirmó después de tragar saliva, clavando en mí una ardiente mirada.

Sonreí y dejé caer la mano, alejándome un poco.

—Creo que debería ponerme los zapatos.

—Sí, definitivamente, deberías. —Dada la forma en la que me estaba mirando, lo último que quería era ponerme más ropa—. Es más, vete ya a hacerlo —añadió, acercándose un poco más para pasarme el pulgar por la cara y limpiarme la comisura de la boca.

Se me separaron un poco los labios, y sentí que se me escapaba el aliento mientras nos mirábamos. Sus ojos guardaban una promesa, pero había algo más: una curiosidad que no había estado allí antes, y durante el tiempo que sus iris color avellana estudiaron los míos, me quedé completamente quieta, con el cuerpo anclado al suyo. Podría haber sacudido el suelo un terremoto, podrían haber derribado mi puerta un millón de *paparazzi* y, aun así, no me habría movido, porque sentir su mano en la cara y esa mirada era lo único que necesitaba.

Parpadeamos a la vez. Victor dejó caer la mano y se aclaró la garganta.

—Sí, déjame... Iré a por los zapatos —dije antes de desaparecer por el pasillo. Cuando llegué a la parte de arriba de las escaleras, no estaba segura de si el corazón se me había desbocado porque había subido los escalones de dos en dos o por lo que acababa de pasar en la cocina. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero sabía que tenía que ir a esa reunión y hacer que lo que se interponía entre nosotros desapareciera de una vez por todas para poder explorar, al menos, las posibilidades que se abrían ante nosotros.

Cuando salimos, Victor bloqueó a los *paparazzi* con su cuerpo y me puso el brazo sobre los hombros mientras me guiaba por la acera. Los *flashes* comenzaron a parpadear, y me alegré de llevar puestas las gafas de sol.

—Nicole, ¿qué pasó el otro día en la heladería?

—¿Os vais a divorciar? ¿Por eso te has mudado aquí?

—¿Seguís intentando salvar vuestro matrimonio?

Mantuve la cabeza gacha y los ojos clavados en mis Jimmy Choo negros, y no me detuve ni un instante. Las preguntas continuaron cayendo sobre nosotros hasta que llegamos al coche, e incluso después de que Victor cerrara la puerta, siguieron brillando los *flashes*.

—No entiendo cómo a alguien le gusta vivir así. Es como estar dentro de una pecera —comentó Victor.

—Una pecera sin agua —puntalicé.

Me miró cuando frenó en un semáforo en rojo.

—¿Llega uno a acostumbrarse?

—Supongo que en cierta manera se convierte en una nueva normalidad, aunque es una locura admitirlo. Sin embargo, una vez que todo haya terminado, podré volver a la vida normal.

—¿Te refieres a que podrás volver a salir de copas sin preocuparte de que te sigan?

—Ese es mi objetivo —dije con un suspiro. Sin embargo, me puse a pensar en ello durante un rato, y no supe qué quería de la vida exactamente—. Aunque te parezca poco convincente, lo que quiero es poder echar gasolina sin que me caigan encima preguntándome por Gabe. Supongo que, una vez que estemos divorciados, no sentirán la necesidad de mencionar a todas las mujeres con las que ha salido.

Victor no apartó la vista de la carretera, pero asintió moviendo la cabeza.

—¿Te molesta? ¿Que lo relacionen con otras mujeres?

—Creo que lo que me cabrea es su necesidad de soltármelo para conseguir una foto de la cara de sorpresa que ponga. Lo de las demás mujeres... ya me da igual.

Cuando lo vi salir del pub con aquella rubia y sobreviví, supe que el final había llegado. Y, aunque me dolía un poco, me di cuenta con bastante rapidez de que estaba muy bien ahora. De todas formas, ya llevaba sin él mucho tiempo.

—¿Lees las revistas y páginas de cotilleos?

—Claro que sí.

Era tan culpable como toda la demás gente de Hollywood que decía que no los leía. Pero prefería descubrir de primera mano lo que decían sobre mí. Victor no dijo nada al respecto, sino que golpeó el volante con la palma de la mano al encontrar un atasco.

—¡Joder! ¡Vaya calles de mierda, Los Ángeles! —dijo. No pude evitar reírme, y cuando me miró, me reí con más fuerza.

—Llegaremos a tiempo —aseguré.

Suspiró.

—Imagino que sí. Lo siento. Los días que tengo que ir al juzgado me

vuelvo loco.

—Oh... Así que los días que te toca juzgado te vuelves loco. ¿Cuál es la excusa para el resto de la semana? —pregunté con los labios curvados en una expresión burlona. Se podría decir que tenía dificultades para mantenerse serio. Cuando me miró, clavó los ojos en los míos.

—Tú.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Yo? ¿Cómo puede ser eso?

—Porque me vuelves loco todos los putos días de la semana.

—¿Cómo? —insistí, consciente de la forma en la que me latía el corazón.

Alargó la mano para coger la mía, la puso sobre el cambio de marchas y la cubrió con la suya para meter segunda.

—Bueno, dado que ocupas mi mente cada día, he llegado a la conclusión de que eres la principal razón de que esté completamente loco.

Tragué saliva.

—¿Te afectan tanto el resto de clientes?

Cuando nos detuvimos en el siguiente semáforo en rojo dejó la palanca en punto muerto, me miró y, por la forma en la que se hizo más intensa su expresión, estuve segura de que iba a besarme. A abrazarme. Me estremecí un poco y alargué el brazo para orientar el respiradero de forma que no me diera directamente el aire acondicionado. Victor sonrió, como si supiera por qué temblaba.

—Joder, no —dijo—. No me afectan. Eso es lo que más miedo me da.

Me eché atrás, un poco desconcertada por la sinceridad que había en sus palabras. El corazón me latía con tanta fuerza que no estaba segura de que hubiera dicho lo que había oído.

—¿Por qué te da miedo? ¿Por tu trabajo? —pregunté con un susurro. Pasó el dedo pulgar por mis nudillos.

—No es por el trabajo.

Nos estábamos mirando fijamente a los ojos, y quería preguntarle muchas cosas.

«¿Porque me deseas más de lo que quieres admitir?».

Pero no quería arruinar el momento. Si él dijera que sí a cualquiera de esas cosas, me encantaría, pero aún tenía que ser consciente de su ascenso. No me interpondría en su camino. Sí, lo deseaba. Sí, pensaba que volver a acostarme con él apagaría esta llama, pero sabía que debíamos tener cuidado. Y lo cierto

era que además me gustaba. Me gustaba mucho. Puso el coche en marcha de nuevo y me recosté en el asiento. ¿Estaba mal que sintiera esto por otro hombre? ¿Por el que estaba ayudándome a divorciarme de mi marido? Si era sincera conmigo misma, en realidad no me importaba que estuviera mal. Por lo que a mí concernía, hacía mucho tiempo que no me consideraba casada con Gabe, y que aún tuviéramos un papel que dijera que todavía lo estábamos no significaba nada; todo lo que había ocurrido durante los dos últimos años hacía que no sintiera ya ningún respeto por él. Tampoco culpaba a Gabe por todo. Habíamos sido los dos los que habíamos cambiado. Yo había madurado. Me había apartado.

Cuando llegamos al aparcamiento del juzgado, Victor me miró.

—¿Preparada?

Esbocé una sonrisa.

—Creo que sí.

Se giró un poco en su asiento con una mirada muy seria.

—No. Lo estás. No lo crees, estás segura. Eres una bruja, y a la mierda con lo que digan los demás. Con lo que quieran. Esto va de lo que tú desees, lo que necesitas, y lo conseguiremos.

Sus palabras me transmitieron serenidad. Le había dicho a Gabe que no necesitaba un caballero de brillante armadura, y era cierto. No necesitaba a Gabe... Ni tampoco a Victor, pero me gustaba tener a alguien como él de mi parte. Luchando por mí, luchando conmigo. Se lo dije y vislumbré a un Victor más tierno, uno que había visto con frecuencia últimamente. Me miró durante un buen rato, con esos ojos preciosos, y solo dijo una palabra. Una palabra que, pronunciada con su voz grave y ronca, hizo que se me encogieran los dedos de los pies.

—Nicole...

Me apretó la mano con fuerza antes de sacar la llave del contacto. Respiré profundamente una última vez y salí del coche para dirigirme al edificio.

19

VICTOR

Deberían darme una medalla por tener que tratar con imbéciles. Primero fue el detector de metales, que seguía pitando cada vez que pasaba. Aunque era Jean quien estaba de turno y me había visto cruzar aquellas puertas un millón de veces. Quise decirle: «Jean, estoy seguro de que esta vez he dejado la escopeta en casa», pero con todos los tiroteos que había por el mundo, no pude gastarle la broma. Así que se lo solté a Nicole cuando me volví a poner la chaqueta, y ella se rio.

—Por eso y por tu temperamento —añadió ella.

—Eres la única que piensa que tengo mal carácter —repuse al tiempo que cogía el maletín. Miré el teléfono.

—Quizá solo sea la única que te dice que tienes temperamento —se burló Nicole.

Saludé a mi amigo Ezra cuando nos cruzamos con él en el pasillo.

—¿Una partida de golf este domingo? —preguntó.

—¿Y perderme el partido de los Lakers? —repuse. Él se rio negando con la cabeza.

—Entonces quizá podamos quedar la semana próxima. Quiero discutir un caso contigo.

Asentí con la cabeza y seguí avanzando.

—¿Ves? La gente me aprecia.

Nos detuvimos delante de las puertas de la sala y apoyé el maletín en una moldura de la pared para poder buscar el dossier que necesitaba. Mientras estaba pasando las hojas, me reí entre dientes al pensar en el día que me encontré dentro las bragas de Nicole. No habíamos mencionado el tema, principalmente porque no habíamos tenido ocasión. Si le hubiera preguntado al respecto cuando estábamos solos, nos habríamos internado en aguas turbulentas. Dada la situación, los límites estaban borrándose, si es que habían existido en algún momento. Al encontrar el documento que buscaba, lo saqué y cerré la cartera.

—Quizá porque solo les muestras un lado de ti —insistió Nicole. Fruncí el

ceño. ¿A qué demonios se refería? La miré.

—¿Estás hablando conmigo?

—Claro que no —dijo con una mirada llena de ironía—. ¿Es que ves a alguien más por aquí?

Miré a mi alrededor, y, en efecto, éramos los únicos que había en el pasillo. Moví la cabeza

—¿A qué te refieres ahora? Tu buzón de voz no ha descansado en todo el día.

Se rio y me hizo una seña.

—¿Ves? Siempre de mal humor. Como Oscar.

Puse los ojos en blanco mientras sujetaba el archivo debajo del brazo.

—Madura, Nicole. Deja de hablar de dibujos animados y películas por un rato.

—Oh, sí... Me quedaré aquí sentada recitando *raps* para que me puedas seguir el ritmo.

Suspiré. No iba a callarse. Quizá estaba nerviosa. Todo el mundo tenía un mecanismo de supervivencia. Al menos no masticaba con la boca abierta, así que no pasaría nada. Joder, si esa boca estuviera sobre mí, si que no pasaría nada. Intenté salir de mi arrobo y parpadeé para eliminar esos pensamientos.

—Nic... —advertí.

—¿Mmm? —Inclinó la cabeza a un lado para mirarme.

—Por favor, ¿podrías callarte un ratito? Necesito pensar, y no puedo hacerlo si me obligas a seguir mirándote los labios.

—Mira, ni siquiera voy a hacer un chiste al respecto —replicó sonriente al tiempo que levantaba los brazos.

Quise cogerle la cara entre las manos y besar su sonrisa allí mismo, en el juzgado que era prácticamente mi segundo hogar. En cambio, avancé hasta la sala correspondiente y abrí la puerta. Lewis estaba sentado a la mesa de reuniones con el teléfono pegado a la oreja, tomando notas. Levantó la vista un momento y asintió a modo de saludo.

—Te volveré a llamar más tarde. Bien. Claro. —Colgó y se levantó para tenderme la mano—. Me alegro de verte de nuevo. —Miró a Nicole e hizo el mismo gesto—. Las circunstancias no son las mejores, pero también me alegro de verte.

Nos sentamos enfrente de él.

—¿Dónde está el príncipe de Hollywood? —pregunté.

—A punto de llegar. Gracias por aceptar reuniros aquí. Tengo otro caso justo diez minutos después de este, y no hubiera habido manera de que llegara con el tráfico que hay.

—El tráfico está imposible. ¿Es cosa mía o cada vez está peor?

—Cada vez está peor —intervino Nicole.

Lewis esbozó una sonrisa.

—Vamos a tratar de solucionar esto lo más rápidamente posible. Gabriel me ha dicho que es un divorcio amistoso.

—¿En serio? —se burló ella—. Parece que opinamos de forma diferente en más cosas de las que pensaba.

La miré.

—Por ahora no estamos grabando, pero cuando entre él y comencemos la vista previa, no se van a poder pasar por alto comentarios como ese.

—Entonces ¿mejor que me quede callada?

—Si puedes... —dije, esperando que entendiera que sería lo mejor.

Me llevaba bien con Lewis..., hasta que teníamos que enfrentarnos en algún caso. En ese momento nos poníamos los guantes de boxeo, principalmente porque él era muy buen abogado y no le gustaba correr riesgos.

Se abrieron las puertas y entró Gabriel a buen paso, con el aspecto de un hombre que estaba deseando volver a estar soltero. Eso me insufló una inyección de confianza, porque me hacía pensar que cerraríamos el caso antes de lo esperado y que su exesposa estaría en mi cama muy pronto. Siempre que había oído el dicho «La basura de un hombre es el tesoro de otro», me lo había tomado al pie de la letra. El problema era que, ahora que estaba en esa encrucijada, me había dado cuenta de que, en realidad, tampoco se trataba de la basura de nadie. Las mujeres no eran propiedades que podías descartar sin más, y menos una mujer como Nicole.

—Lamento el retraso —dijo, mirando a su alrededor. No me extrañó que clavara los ojos en Nicole. Después de él entró otro tipo. Al principio pensé que era el mediador, pero los conocía a todos y nunca lo había visto.

—¿Quién es usted? —pregunté al ver que el hombre se sentaba junto a Gabriel.

—Soy su agente, Darryl Cusack.

—¿Y por qué está aquí?

—Está a punto de descubrirlo —soltó con una sonrisa de suficiencia. Lo

estudié con atención: tenía la cabeza desproporcionadamente grande y parecía una caricatura.

Poco después, hizo su aparición Marvin Harrison. Podría haber saltado de felicidad. Por la sonrisa que apareció en el rostro de Lewis, supe que tenía el mismo deseo que yo. Marvin era el mediador con el que resultaba más fácil trabajar con diferencia. Era claro, le gustaba ir al grano y, lo más importante, era justo. Me froté las manos mientras me sentaba. Miré a Nicole, y vi que ella me estaba observando con curiosidad.

«¿Qué?», pregunté sin palabras frunciendo el ceño al tiempo que me encogía de hombros. Ella negó con la cabeza y miró hacia otro lado.

En el momento que Marvin tomó la palabra, aparté de mi mente todos los pensamientos personales sobre Nicole. Preguntó si los dos estaban seguros de querer divorciarse. Ambos asintieron, aunque, por la forma en la que la miraba, Gabriel no parecía haber puesto punto final a su relación. Aparté la vista. Revisamos la lista de condiciones; Bonnie, la spaniel que Gabriel seguía teniendo —por ahora— en la casa de Hollywood Hills, el Escalade, el Prius, el Porsche, el Bentley, la granja en Idaho, las acciones de una productora y el ático de Nueva York. Darryl pareció sonreír cuando mencionamos el apartamento, y yo me mantuve impassible. Nicole dejó claro que no quería la casa en Los Ángeles, pero sí que la compensaran por el dinero que había invertido en la reforma de la cocina y de la casa de invitados.

—¿Con la perra incluida? —preguntó Marvin, mirando a Nicole.

—Puede quedársela.

—Entonces, ¿no es necesario que establezcamos un horario de visitas? —preguntó él.

Por el rabillo del ojo, vi cómo Nicole cerraba los puños sobre los muslos.

—¿Estás segura? —le pregunté.

Asintió con la cabeza, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Solo quiero que esto se acabe de una vez. No quiero compartir nada con él —susurró.

Gabriel se aclaró la garganta delante de nosotros.

—Quédatela tú. —Nicole apartó la vista de mí para mirarlo; sin embargo, no dijo nada—. En serio, está bien. Además, de todas formas apenas estoy en casa —explicó él.

La vi parpadear con rapidez y aclararse la garganta antes de sonreír.

—Gracias.

—De nada.

Mantuve la expresión impasible, pero apenas podía soportar ser testigo del momento que compartían, así que volví a mirar a Marvin.

—¿Coches? —dijo.

—Quiero el Prius —intervino Nicole.

Miré a Gabriel, que asintió.

—Hecho —concedió Lewis.

—Y el Cayenne —agregó ella. Gabriel frunció el ceño, pero movió la cabeza de forma afirmativa.

—Hecho.

—¿La casa en Idaho? —preguntó Marvin, volviendo a mirar a Nicole.

—Es suya.

—Hecho.

—¿El ático en Nueva York? —dijo a continuación el agente de Gabriel.

—Mi clienta y el señor Lane..., eh..., Rogers, han llegado a un acuerdo sobre él —intervine, sin saber muy bien qué apellido utilizar, deslizando por encima de la mesa el contrato que habían firmado. Marvin lo cogió y lo leyó con rapidez.

—No. Ella no ha mantenido su parte del trato —puntualizó Darryl. Me daba la impresión de que estaba divirtiéndose mucho con esto.

—Ha ido a dos eventos con el señor Rogers. —Me decidí por su apellido legal, aunque era evidente que actuaba como el doctor Jekyll y mister Hyde—. El contrato concreta a cuántos eventos debía asistir. Por lo que sabemos, ella ha mantenido su parte del trato.

—A lo mejor no se lo ha leído bien —replicó Darryl, dando un golpe en la mesa con la mano. Lancé una mirada a Lewis, que tenía la cara tan roja que pensé que estallaría allí mismo.

—Por favor, señor Cusack, permita que sea yo quien maneje los intereses de mi cliente —dijo Lewis.

—Entonces haga algo al respecto, porque ella todavía tiene que asistir a un evento más de alfombra roja con él después del numerito que montó en la heladería el otro día.

Apreté los dientes, respiré hondo y entrelacé los dedos encima de la mesa.

—Mi clienta necesita procesar esa sugerencia y pensárselo bien antes de tomar una decisión. ¿Eso es todo? —pregunté. Se me estaba agotando la

paciencia, así que, por el bien de Darryl, sería mejor que mantuviera la boca cerrada.

Por supuesto, no sabía cuándo callarse.

—No, eso no es todo. Tiene que ir a un evento con él y tenemos que programar otra cita.

Hice tamborilear los dedos sobre la mesa mientras miraba a Lewis. Él soltó el aire que estaba conteniendo.

—Señor Cusack, voy a tener que pedirle que se vaya. Los dos queremos lo mejor para nuestro cliente, y lo mejor para él en este momento es que usted lo espere fuera.

Él soltó un bufido y resopló, pero hizo lo que le pedía.

—En cuanto a las sugerencias, también hablaré en privado con mi cliente —anunció Lewis.

Marvin asistió y ordenó los papeles que tenía ante sí.

—Bueno, supongo que solo necesitamos llegar a un acuerdo en eso y todo lo demás estará arreglado.

Nos pusimos en pie con la condición de resolver ese fleco para finales de semana. Estreché la mano de Lewis, la de Gabriel y luego me eché a un lado con Marvin y Lewis mientras Gabriel y Nicole intercambiaban algunas palabras. Nuestros clientes estaban mostrándose muy silenciosos mientras Marvin intentaba organizar una partida de golf. Era un deporte que ni siquiera me gustaba, pero había aprendido a jugar porque se podían cerrar muchos acuerdos en el transcurso de un juego.

La última vez que los miré, Gabriel tenía la mano en el hombro de Nicole, y ella asentía con la cabeza a algo que él decía. Me inundó una oleada de celos, y ni siquiera supe por qué. Se estaban divorciando. Habían estado casados. Tenían una historia juntos. Quizá era eso último lo que me molestaba: que Nicole tenía una historia con él. Eso y que, para mi horror, me estaba dando cuenta de que quería que solo tuviera ojos para mí. Eché un vistazo al reloj y me excusé. Tenía una reunión en el bufete una hora después, y todavía tenía que llevarla a su casa.

—Perdón —dije tras acercarme a ella, que seguía hablando con Gabriel—. Tengo que acudir a una cita.

—Oh... —Ella me miró—. ¡Oh, mierda! Me había olvidado de que hemos venido juntos. ¿Puedes llevarme?

—Claro, me queda de camino —respondí. No me quedaba de paso, pero no

quería que Gabriel se ofreciera.

—Puedo llevarte yo —dijo él de todos modos.

Nicole me miró durante un buen rato, como si buscara algo en mis ojos. Me habría gustado que me hubiera dicho lo que era para poder ofrecérselo. Luego apartó la vista hacia Gabriel. Desde que tenía memoria, incluso en primaria, siempre era el primero en ser elegido para todo. Partidos de fútbol, de *kickball*, sóftbol, baloncesto... Fuera lo que fuera, todos quería contar conmigo. Nunca había entendido lo que sentían otros niños hasta ese momento. ¿Sería esa sensación de que el corazón se te caía hasta el estómago y que la incertidumbre te corroía las entrañas? Tenía más de treinta años, por Dios. No era una emoción que quisiera experimentar en este momento de mi vida. Pero, como siempre ocurría cuando Nicole estaba cerca, allí estaba yo, con una intensa opresión en el corazón.

—No, gracias. Ya me lleva Victor. Te lo agradezco mucho. Sin embargo, nos veremos pronto, tengo que ir a recoger a Bonnie —agregó ella después de lo que me pareció una eternidad.

Gabriel le devolvió la sonrisa que ella le regaló y, por un fugaz momento, sentí otra punzada en el pecho al vislumbrar cómo debía de haber sido su vida cuando estaban juntos: risas, sueños compartidos, las angustias que habrían soportado. Sin embargo, habían terminado. Eso atenuó mi dolor lo suficiente como para que curvara los labios y le cogiera la mano mientras me alejaba, con ella.

20

NICOLE

Cuando fui a recoger a Bonnie a la casa que había compartido con Gabe y él me pidió que me quedara un rato, inicialmente dije que no, pero como él siguió hablándole a Bonnie y rascándole las orejas, supe que la echaría de menos casi tanto como yo si no la tuviera conmigo, así que me quedé. Me sentía cómoda allí hasta que, de repente, me encontré mal, porque, como de costumbre, acabamos preguntándonos: ¿Dónde nos equivocamos? ¿Qué nos pasó? Esos eran temas que ya no quería abordar. Se lo dije, y él convino en que no era demasiado justo por su parte insistir en ellos, pero supe que no dejaba de darles vueltas en la cabeza a pesar de que se quedó junto a la puerta y me observó ir hacia el coche con Bonnie.

—¿Vas a salir con Chrissy esta noche? —me preguntó Talon en el trabajo. Ella estaba limpiando uno de los pinceles de maquillaje con un paño mientras me miraba coser un corsé negro—. ¿De celebración?

—Sí —dije sonriendo—. Creo que una juerga en la que nos emborrachemos y bailemos hasta el amanecer está a la orden del día.

Talon se rio.

—Es una buena forma de celebrarlo, sí. Me gustaría acompañaros, pero las niñas están enfermas.

—¡Qué mierda! —dije—. Pues entonces ni siquiera intentaré convencerte. Las madres son la mejor medicina.

—Ya que hablamos de eso, ¿cuándo piensas visitar a la tuya?

Lancé un suspiro al tiempo que me alejaba de la mesa de costura, y me pasé las manos por la cara. Me moría por ir a verla, pero con todo el lío del divorcio, ni siquiera había mirado vuelos.

—No lo sé, pero espero que pronto. Al final ha terminado por decirme que el divorcio ha sido un error, así que quiero ir allí y explicárselo con calma.

—¿Tu padre sigue de crucero?

—Sí. Vuelven la semana que viene. Meare me ha enviado fotos por correo electrónico; según parece, él está ansioso por volver al despacho. No quiero imaginarme el coñazo que le está dando.

—Estos abogados... —dijo Tal al tiempo que movía la cabeza—. Seguramente por eso te gusta tanto Victor.

No pude reprimir la sonrisa que se me extendió por la cara. Era raro que hablara con él durante el día a menos que tuviera que comunicarme algo sobre el caso, del que ahora solo quedaban los flecos finales, pero continuábamos hablando por las noches, y esas conversaciones eran mucho más interesantes que las legales. Me había hablado sobre su primera novia, y yo le había contado cosas sobre el mío. Nos habíamos puesto al tanto de nuestras relaciones más largas y las más cortas, y también sobre las más extrañas. A veces compartíamos cosas de nuestro pasado y nos reíamos de lo que recordábamos.

—Te gusta de verdad —aseguró Talon. Ni siquiera intenté darle una respuesta evasiva, aunque tampoco lo negué. Sin duda me gustaba. Siempre me había gustado, aunque esta vez parecía que me estaba calando más hondo. Como si estuviéramos conectando a otro nivel. Como si antes de nada nos estuviéramos haciendo amigos.

«¿Era eso lo que nos habíamos perdido la primera vez?».

Sin embargo, intenté no pensar en ello. Lo conocía muy bien, y sabía que sus prioridades seguían intactas.

De camino a casa, llamé a Marcus. Me había pedido días libres para ir a ver a su tía enferma unos días antes de la vista previa con el abogado de Gabe. Me dijo que esperaba que le siguiera conservando el puesto de trabajo cuando regresara, pero que entendería que no fuera así si necesitaba a otra persona. Le dije que no se desharía de mí con tanta facilidad; que me había acostumbrado a tenerlo cerca. Al ver que Marcus no respondía al segundo timbrado, colgué y llamé a Victor.

—Hola... —me dijo. Se me aceleró el corazón al escuchar su voz ronca—. ¿Puedo llamarte en unos minutos? Acabo de llegar a un restaurante donde he quedado con un cliente.

—¿Cliente o clienta? —pregunté.

Él se rio entre dientes.

—Mmm... No me contestas... Interesante... —dije.

—¿Estás celosa? —se interesó después de una larga pausa.

—¿Es guapa?

—No más que tú —repuso con firmeza, pero noté que estaba divirtiéndose.

—Ya veo —murmuré. Durante el tiempo que había sido su cliente, no había

podido ir con él a un restaurante para discutir allí el procedimiento.

Suspiró.

—Por favor, Nicole, no estés celosa. Te aseguro que no tienes ningún motivo para estarlo.

—No estoy celosa —dije, y era cierto. Pero sí deseaba que las cosas hubieran sido diferentes. Deseaba poder salir con él y hacer cosas mientras nos estábamos conociendo en lugar de tener que ocultar nuestras conversaciones, limitándonos a llamadas nocturnas y a encuentros estúpidos en los que todo quedaba eclipsado por mi pasado con Gabe.

—Bueno. De verdad, tengo que dejarte. Te llamaré en cuanto salga.

Murmuré un adiós que ni siquiera estaba segura de que hubiera escuchado antes de colgar. Llevaba atrapada en el tráfico más de veinte minutos cuando Marcus me devolvió la llamada. Después de preguntarle cómo iba la enfermedad de su tía, le hice un resumen de lo que haría por la noche: pubs, amigas, copas y fiesta.

Al llegar a casa, Bonnie trotó hacia la puerta para saludarme, y sus orejas se balancearon cuando inclinó la cabeza para que se las rascara. Lo hice y la cogí en brazos después de dejar el bolso y las llaves en la mesita. Sostuve a Bonnie contra la cadera y repasé las botellas de vino que había colocado en el botellero de madera que había puesto contra la pared. Después de dejarla en el suelo, me serví una copa y me quité los zapatos. Fui a la parte de atrás de la casa con ella. La dejé vagar un rato a su aire mientras yo me bebía el vino, disfrutando de la brisa del océano, observándola de cerca para asegurarme de que no hacía nada impropio sin mi conocimiento. Había pocas cosas que odiara más que pisar una caca que no hubiera limpiado el dueño irresponsable de algún perro.

—¿Es un cocker spaniel?

Levanté la cabeza bruscamente para ver que un chico sin camisa reducía la velocidad de su carrera. Ventajas de vivir en Manhattan Beach: encontrarse con macizos que hacían *footing* con el torso al aire.

—No. Es una spaniel, sí, pero su raza es King Charles.

Sonrió y se agachó para acariciar a Bonnie, que daba saltitos emocionada.

—Es preciosa.

—Gracias. —Sonreí.

—Se parece a ti.

Sentí que me ruborizaba, así que sonreí.

—Gracias.

—No te había visto nunca por aquí.

—Me acabo de mudar desde... —Hice una pausa. Era evidente que no me identificaba como la esposa de Gabriel Lane, por lo que no sabía dónde había vivido. Era la primera vez que me daba cuenta de que estaba empezando de cero. Solo era Nicole Alessi otra vez, y a menos que me hubiera conocido en el pasado o hubiéramos coincidido en algún evento social, o en mis días de juergas salvajes, muy pocas personas sabían quién era—. Me acabo de instalar aquí —me corregí.

—Oh... ¿De dónde has venido?

—Hasta ahora vivía a unos veinte minutos.

—Ah. Yo vine desde Georgia hace unos meses. —Hizo una pausa—. Por cierto, me llamo Brent.

—Nicole —dije, chocando el puño con él.

—Es que tengo las manos sudorosas —explicó para que supiera por qué no me estrechaba la mano.

Oí que sonaba el teléfono dentro y me levanté de la silla. Cuando volví a mirar a Bonnie, descubrí que había elegido ese momento exacto para dejar un regalito.

—Lo siento —me disculpé con timidez—. Tengo que recoger esto. Disfruta del día. Estoy segura de que volveremos a vernos.

—Eso espero —deseó antes de ponerse a correr de nuevo. Estuve un segundo mirando cómo se alejaba, luego Bonnie tiró de la correa y suspiré mientras regresaba a la realidad.

—¿Qué te he dicho sobre hacer tus necesidades delante de la gente? —susurré, inclinándome con una bolsita en la mano—. Es muy asqueroso, Bonnie. Mucho.

Cuando regresé a la casa, vi que quien me había llamado era Victor. Dudé si debía volver a llamarlo o no, pero no quería que pensara que estaba siendo infantil o que me había puesto celosa por que fuera a comer con una cliente, así que le devolví la llamada.

—¿Qué tal la comida? —pregunté. El áspero jadeo que soltó me hizo estremecer como si pudiera sentirlo en la cara.

—Reunión, Nicole. Ha sido una reunión.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo. No me acuesto con mis clientas.

Reprimí la risa e intenté ocultar mi diversión en el tono de voz.

—Eso está muy mal. He oído que tienes una clienta que está a punto de tocarse pensando en esa posibilidad.

—Joder, Nicole... —gimió.

—¿Mmm?

—Me matas —confesó con brusquedad. Las mariposas empezaron a aletear de forma frenética en mi estómago.

—¿Qué te mata más, Victor? ¿Saber que puedes tenerme y dejarlo pasar o pensar que voy a salir esta noche con idea de encontrar a un hombre que satisfaga este impulso?

Estaba callado, pero supe que era porque si hablara yo notaría su respiración entrecortada. Mantuve también el silencio. No me gustaba que tuvieran que evitarme, pero temía haberme pasado y haberlo presionado demasiado.

—Llevo un rato en la calle, mirando el edificio donde está el bufete mientras trato de deshacerme de los impulsos que me haces tener, y con tus comentarios has logrado que no vayan a desaparecer en los próximos minutos. Lo que significa que voy a llegar tarde a la puta reunión. Y eso que tenía más de un cuarto de hora de margen —soltó tras la pausa. Sonreí—. Y, respondiendo a tu pregunta, las dos opciones me matan. Pero cuando vuelva a follar contigo, y lo volveré a hacer, será mi nombre el que grites.

—Ya veremos —dije, tratando de no parecer tan afectada como me sentía.

—Sí, ya veremos... —Dejó escapar un suspiro—. Tengo que colgar para ver qué puedo hacer con respecto a mi... problema.

Me reí.

—Lo siento. O eso creo. Buena suerte en la reunión.

—Gracias. Te llamaré por la noche.

—Oh... No voy a estar en casa —dije. Su silencio me indicó que esperaba que continuara, pero no lo hice. Quería que me preguntara.

—¿A dónde vas? —claudicó finalmente.

—Saldré con Chrissy.

—Chrissy... ¿La amiga con la que vas de ligue?

Me reí al pensar que, para él, Chrissy era mi amiga con la que salía de marcha.

—No vamos de ligue. Ya no tenemos veinte años. Solo pensamos tomar un par de copas.

—Sigue pareciéndome un problema —confesó, aunque noté que estaba sonriendo.

—Ya me conoces, siempre estoy dispuesta a pasarlo bien.

—Sí, y eso me gusta. Te llamaré cuando llegue a casa, quizá te pille antes de que salgas.

Después de colgar, me bebí dos copas más de vino, y me di un baño. Luego pedí *sushi*, aunque logré estar vestida y maquillada cuando Marcus llamó a la puerta. La abrí para que me esperara mientras comprobaba que había apagado todas las velas que había encendido durante el rato de relajación. En lugar de que Chrissy me recogiera, había quedado con ella en el club.

—Vamos, Marquitos. Como no nos vayamos ahora, se me habrá bajado el vino cuando lleguemos allí y no tendré valor para entrar sola.

—¿Es que no le has dicho a tu amiga que me agregara a la lista para poder acompañarte?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No, pero no pasa nada. No quiero saberlo.

No nos llevó mucho tiempo llegar al club, aunque tardamos un poco más en aparcar en la parte de atrás. Marcus sugirió que usáramos el servicio de aparcacoches, pero no quise. No pensaba permitir que un desconocido condujera el Cayenne. Y tampoco iba a salir del coche con *paparazzi* en los alrededores. Quería intentar escabullirme. Una vez que conseguimos estacionar, salimos y nos acercamos a la puerta trasera. Entramos sin problemas; el gorila me miró de arriba abajo y me dio paso, luego hizo lo mismo con Marcus.

—Me sorprende que no te hayan cacheado —comenté elevando el tono de voz para que me oyera por encima de la música.

—¿Por qué?

—Por tu cara de bebé —bromeé, levantando una mano para darle una palmadita juguetona en la mejilla. Negó con la cabeza.

Subimos las escaleras para llegar al lugar en el que Cris estaba esperándome con Cast y algunos amigos de la otra noche. Se levantó de la silla en cuanto percibió mi presencia para abrazarme, pero en el momento que vio a Marcus, me soltó y le prestó toda su atención. No pude reprimir la risa al ver la expresión que puso él; de hecho, se acercó y me dijo que estaría abajo, por si necesitaba algo. Estaba segura de que lo hacía para alejarse de Chrissy y sus avances.

Permití que mi amiga me sirviera una copa de la botella que había pedido.

—¿Qué tal el abogado cachondo? —me preguntó.

—Pues... cachondo —repuse después de probar el champán. Lo cierto era que no quería tocar ese tema, y menos en un club con la música tan alta.

—Estoy segura de que lo he visto por aquí —dijo, mirando a su alrededor—. Es decir, ya sé que está oscuro, pero juraría que era él.

Me dio un vuelco el corazón. ¿Victor estaba aquí? Estudié a los grupos cercanos, parpadeé varias veces al verlo. A pesar de que estaba de espaldas a mí mientras hablaba con las personas que tenía alrededor, empezó a hervirme la sangre en las venas. Cuando se volvió hacia mí, como si estuviera buscándome entre la multitud, y nuestros ojos se encontraron, con intensidad, sentí que me quedaba sin respiración. Se movió, y aunque estaba demasiado oscuro para leer su mirada, percibí sus emociones en las líneas de su rostro y seguí su ejemplo.

—Ahora vuelvo —me disculpé con Chrissy, que estaba entretenida hablando con una de las chicas de nuestro grupo.

Victor se dio la vuelta al ver que me acercaba y se puso a andar en dirección contraria. Lo seguí sin vacilar. Vi a Marcus, y le dije que volvería rápido; él miró a Victor antes de asentir.

—Estaré por aquí —dijo mientras se alejaba.

Victor no se detuvo ni salió del club, como yo medio esperaba. Tampoco fue hacia el cuarto de baño. No, se dirigió hacia la derecha, hacia la enorme pista de baile. Notaba que la música me latía en la cabeza, el corazón me palpitaba de emoción, de inquietud. En el momento que se detuvo, estaba en un lado, en un rincón oscuro donde nadie podía vernos. Me apretó contra él, que apoyaba el codo en la barra, de forma que le colgaba la mano donde sostenía la bebida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, dando un paso adelante para que pudiera escucharme por encima de la música.

Sus ojos recorrieron lentamente mi cuerpo, se humedeció los labios al volverlos a subir y, de repente, a pesar de todo lo que había bebido, sentí la boca seca. Tragué saliva. Le cogí la copa de la mano y tomé un sorbo. Arrugué la nariz ante el inesperado ardor del alcohol, haciendo que curvara los labios en una sonrisa de diversión. Cuando extendió el brazo, pensé que era para quitarme la bebida, pero, en lugar de hacer eso, me envolvió con él y me apretó contra su cuerpo, de forma que quedamos casi pecho contra pecho.

Me resultó evidente que su mirada no era lo único que estaba caliente.

—¿No es obvio? —repuso, haciéndome cosquillas con su aliento en la oreja. Me estremecí mientras negaba con la cabeza. Su risa vibró contra mi cuerpo—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—He venido a bailar —repliqué al tiempo que alzaba el rostro un poco, de forma que me rozó la nariz con la barba incipiente.

—Pues baila —sugirió. Me puso las manos en las caderas y yo me incliné hacia delante, rozándole el brazo con los pechos cuando dejé la bebida sobre la barra, a su espalda. Sonreí al notar que tensaba un poco las manos.

Luego comencé a mover las caderas de lado a lado, sin poder reprimir una sonrisa al ver la forma en la que le ardían los ojos, clavados en los míos.

—Bueno, no pienso quedarme aquí para darte un espectáculo privado —advertí, arqueando una ceja—. Por eso cobro.

Su sonrisa era provocativa, sugería muchas guarradas, mientras me empujaba contra la barra para moverse a mi ritmo. Sus caderas seguían perfectamente el ritmo de las mías.

—Pagaría muchísimo dinero por verlo.

Sonreí al tiempo que me pasaba la mano por el pelo para apartármelo de la cara. Incliné la cabeza con aquel movimiento, y jadeé cuando bajó la suya para succionarme el lateral del cuello.

—¿Has encontrado lo que estabas buscando? —me preguntó subiendo los labios hasta mi barbilla para recorrerme la mejilla hasta el lóbulo de mi oreja.

—¿Y tú? —repliqué sin aliento, todavía contoneándome contra él.

Se echó hacia atrás, ahuecó la mano sobre mi mejilla y me miró con aquellos ojos oscuros y llenos de lujuria. Asintió.

Dejé de respirar.

Dejó de moverse.

Lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Ven a casa conmigo —me pidió antes de rozarme los labios con los suyos—. Ya estoy harto de jueguecitos. Ven conmigo, Nicole.

—¿Por qué ahora? —insistí. Traté de tragarme ese pensamiento, pero no sirvió de nada; no pude reprimir las palabras. Tenía que saberlo. Tenía que convencerme de que no era él quien estaba jugando conmigo.

—Porque te deseo demasiado. Porque la idea de que vengas a este lugar en busca de otro idiota es demasiado para mí.

No pude contener la sonrisa.

—¿Quieres ser el idiota que me lleve a casa?

—Más que nada en el mundo.

«Más que nada». No me atreví a hacerle más preguntas. No tenía sentido. Noté la determinación en sus ojos, y solo eso me daba la certeza de que esto estaba ocurriendo. Podría haber sacado a relucir las razones por las que había estado rechazando esa idea hasta ahora, pero lo deseaba más que a nada en el mundo, como él a mí, así que opté por hacer un comentario ligero.

—¿Nada de sexo en el cuarto de baño? —pregunté, mirándolo con diversión. La sonrisa se extendió lentamente, con sensualidad, por su rostro mientras negaba con la cabeza, acercando su cara a la mía.

—Joder, no. Definitivamente, nada de sexo en el cuarto de baño, a menos que sea en uno de los de mi casa —sugirió con la boca cerca de mi cuello. Me besó con suavidad en ese punto—. La gente cambia.

Lo único que pude hacer fue asentir antes de girarme, preparada para atravesar la puerta de inmediato. Pero, de repente, me rodeó con los brazos, acercándose de nuevo a él. Jadeé al sentir su duro cuerpo contra el mío. Dios..., había pasado demasiado tiempo...

—¿Recuerdas dónde vivo? Dile a Marcus que te lleve allí —me dijo al oído mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Oscilé contra él—. Debemos tener cuidado hasta que se resuelva tu divorcio.

Asentí, aunque me estremecí de pies a cabeza al sentir su boca en el cuello otra vez. Habría hecho cualquier cosa para que me follara allí mismo, en la pista de baile. En la escalera... En el cuarto de baño... Ya no me importaba nada. Me soltó y se alejó a una distancia prudencial cuando llegamos a la parte superior de las escaleras para entrar en la sección vip. Le presenté a Chrissy de forma oficial, aunque ya se conocían desde la primera experiencia que había tenido con él en un club. Había pasado de ser «el tipo que me tiré en el baño del pub» para convertirse en «el abogado que trabaja para mi padre». ¿Qué posibilidades había de que ocurriera eso? Menudo fiasco.

—Te vi en la tele cuando eras el abogado de Harlow Winters en el divorcio. Eres más sexy en persona —comentó ella mientras Victor esbozaba una sonrisa sin saber qué decir.

—Voy a avisar a Bobby de que me voy —comentó después de que yo se lo dijera a Chrissy.

Me quedé paralizada al oír mencionar a Bobby. Victor me miró confundido,

así que le tiré de la manga para que bajara la cabeza.

—¿No le parecerá raro que nos despedamos los dos y nos vayamos juntos?

Se enderezó y me miró durante un buen rato. Casi veía girar los engranajes de su cabeza, tratando de dar con una solución. Al final, asintió con la cabeza. Me acerqué a donde me esperaba Marcus y me fui mientras Victor regresaba a su mesa. Cuando abrimos la puerta trasera, los *paparazzi* comenzaron a hacer fotos, seguramente con la esperanza de captar una nueva historia jugosa, pero se interrumpieron al ver que estaba sola. Eso no impidió que me hicieran las preguntas habituales.

—¿Qué haces ahora que Gabriel está rodando en Canadá? ¿Lo echas de menos? ¿Piensas visitarlo en el *set*?

Solté un suspiro de alivio en el momento que, por fin, ocupé el asiento del copiloto.

—Son jodidamente molestos —resoplé mientras Marcus se sentaba detrás del volante.

—¿A dónde vamos? —preguntó. Odiaba que ignorara mis comentarios. ¿Es que no entendía que quería despotricar y sentirme apoyada?

Saqué el móvil para buscar la dirección de Victor en el mensaje que me había enviado Estelle cuando estaba enfermo y le fui a llevar sopa, y le hice a Marcus las indicaciones para que me llevara allí.

—¿Luego me voy? —preguntó.

—Sí. —Me recliné en el asiento para enviarle a Victor un mensaje diciéndole que estaba de camino—. Ya me llevan a casa.

Marcus me miró durante un momento. No quise darme por enterada, pero sentí perfectamente su mirada en mi cara antes de que él suspirara y se pusiera a conducir. Me mantuve en silencio todo el tiempo. Me temblaban un poco las manos, que mantenía entrelazadas en el regazo. Estaba tan nerviosa que me costaba respirar con calma. Ya había hecho esto antes. Lo había hecho a menudo, pero no podía evitar el hecho de que nunca lo hubiera planeado del todo. El viaje fue lo bastante largo como para que no me quedara más remedio que meditar la decisión que había tomado. Me pregunté si me habría enviado allí en otro coche por ese motivo, para ver si me acobardaba y decidía que no podía seguir adelante. Respiré hondo y dejé salir el aire poco a poco en el momento en el que Marcus detuvo el coche al llegar a la pintoresca casita junto a la playa, de dos plantas, de la que me había enamorado el día que fui a visitarlo.

—Esperaré aquí —dijo Marcus aparcando detrás del Jaguar de Victor.

Tragué saliva. Podía hacerlo esperar aquí. Sería un perfecto chivo expiatorio..., pero no quería que lo fuera. No quería tener una vía de escape. Si Victor quería que me quedara, lo haría, y si no, llamaría un Uber para ir a casa. Respiré hondo una vez más.

—No. Vete a casa. Te llamaré cuando necesite que vengas a buscarme. — Puse los dedos en la manilla mientras lo miraba. Podría decirle que todavía estaba pasando un momento difícil, justificarme, aunque aun así...—. Sé que no es necesario que te lo recuerde, pero has firmado un contrato de confidencialidad y...

Levantó una mano y dejé de hablar. No dijo nada, pero sus ojos azules tenían una expresión penetrante y seria, y supe que me entendía sin necesidad de más palabras. Salí del coche y subí el corto camino de grava y los escalones para llegar a la puerta. Cerré la mano en un puño para llamar, pero me abrieron antes de que pudiera hacerlo. Victor no se asomó, solo movió la puerta lo suficiente para que yo entrara y la cerró a mi espalda. La casa estaba a oscuras, solo iluminada por el resplandor de luz que se filtraba desde la cocina.

—Hola —susurré, sintiéndome muy tímida de repente. Alcé la cara hacia él.

—Hola —respondió agarrándome la muñeca con una mano y acercándose hacia él un poco más, hasta que sentí su aliento con olor a menta en la cara, y me pasó la otra mano por la mejilla en una caricia lenta.

—No sé si te lo había dicho ya, pero me encanta tu casa —dije.

Apenas podía distinguir su sonrisa, pero sabía que estaba allí. Con tan poca iluminación era difícil apreciar su rostro, pero conocía tan bien sus rasgos que no importaba. Si me quedara ciega, podría describirlos perfectamente para que dibujaran un boceto.

—Pues espera a ver mi cama —repuso en voz baja, como si temiera que hablar con más volumen pudiera hacer estallar la burbuja en la que estábamos. Sonreí.

—¿Has esperado un poco para marcharte? —pregunté, mientras acercaba los labios a mi mandíbula—. No quiero que los medios digan mentiras sobre ti. —Subió la boca hasta mi oreja y la volvió a bajar despacio. Suspiré contra él.

—¿Te refieres a sobre nosotros? —dijo. Se retiró hacia atrás un poco, con

una mano todavía en mi mejilla mientras bajaba la otra a mi trasero.

—Me gustaría estar preocupado por eso. Debería, incluso, pero tengo tantas ganas de que suceda esto que no pienso dejar que nada me detenga —anunció al tiempo que me apretaba el culo—. No sé si hablabas en serio cuando dijiste que ibas a buscar a otro hombre para satisfacer tus necesidades o si solo lo hiciste para llevarme al límite, pero olvídate de esa idea, Nicole. Olvídala. Te necesito. Te deseo, y siempre obtengo lo que quiero.

—Qué malcriado estás... —susurré poniéndome de puntillas para elevar mi rostro hacia él hasta que nuestros labios se rozaron.

—Me lo he ganado —repuso, deslizando la mano hacia mi nuca para amoldar sus labios a los míos.

Los movió de una forma suave y vacilante, saboreándome, mordisqueándolos con los dientes, tirando de mi labio inferior mientras bajaba las manos por mi cuerpo para subirme el vestido poco a poco. Cuando me puse a desabrocharle los botones de la camisa, lentamente al principio y cada vez más rápido, él se rio entre dientes, haciendo que el sonido vibrara a través de mi cuerpo y me hiciera temblar.

—No quiero que nos apresuremos, Nicole —me pidió susurrando contra mis labios. Yo sentía que ardía, que me consumía por él, que estaba tan desesperada por cualquier cosa que me diera que mi respiración era rápida y errática.

—Uno rapidito estaría bien para empezar —sugerí cuando me quitó el vestido por la cabeza. Solo una mirada me hacía sentir como si estuviera a punto de caerme; era por la forma en la que estudiaba mi cuerpo de arriba abajo, como si estuviera saboreándome anticipadamente.

Negó con la cabeza.

—No vamos a hacer nada rapidito.

Le cogí de nuevo de la camisa, tirando de ella para abrirla. Cuando lo conseguí, le puse las palmas de las manos sobre su duro pecho y subí hacia los hombros para bajar a continuación por los brazos musculosos y quitarle la camisa con mi recorrido. El corazón me latía salvajemente al recrearme en la vista que tenía ante mí: su cuerpo delgado, el *six-pack* que no había adivinado debajo de la ropa que llevaba en el trabajo. Tragué saliva antes de volver a mirarlo a los ojos. El fuego que percibí en ellos hizo que me diera un vuelco el corazón. Vi cómo se deshacía los zapatos, que lanzó a un lado antes de seguir por los calcetines, luego me atrajo hacia él y se apoderó de nuevo de

mi boca, apretándome de paso el culo, la cintura, los pechos. Sus manos vagaron inquietas hasta desabrocharme el sujetador, que tiró despreocupadamente a lo lejos. Por fin, me encerró la cara entre las manos y me miró fijamente, haciendo que el corazón me atronara en el interior del pecho.

Anduvo hacia atrás, llevándome con él mientras me sujetaba por la cintura sin dejar de besarme la boca, el cuello, el hombro, la clavícula... Me sujeté de sus fuertes antebrazos para no tropezar con sus pies ni enredarme en los míos. Abrió una puerta y me agarré con fuerza a él al darme cuenta de que estaba dentro de su dormitorio. Pensé en mí cuando era más joven; jamás, ni en un millón de años, habría pensado que la vida me llevaría allí, a su guarida íntima. Y nunca se me habría ocurrido que sería tan normal, tan acogedora y poco intimidante. Por lo que podía ver, era una habitación muy varonil: cama grande, sábanas oscuras, decoración en tonos acordes. Me empujó hacia la cama, hacia abajo, así que aterricé sobre la espalda, rebotando levemente en el colchón.

No pude reprimir la risa al verlo sobre mí, muy serio y solo con los pantalones.

—Pareces a punto de castigarme —comenté.

—Ten cuidado con lo que deseas.

Me recorrió el cuerpo mientras decía esas palabras, humedeciéndose los labios en el proceso. Me estremecí sobre las suaves sábanas. Luego se acercó y puso una rodilla entre mis piernas para separármelas. Cubierta solo con el tanga de seda negro y unos zapatos a juego, me sentí expuesta. Me habría entrado timidez si no hubiera sido por la forma en la que me estudiaba, como si fuera lo más increíble que hubiera visto en su vida. Separé más los muslos cuando se puso en pie y empezó a quitarse el cinturón. Durante el momento que se desabrochó los pantalones, me acaricié los pechos, haciéndole gemir. Deslicé los dedos por mi estómago y los bajé por mi abdomen hasta meterlos dentro del tanga.

—Joder... Sí, Nicole... —dijo con la voz ronca quitándose los pantalones, bajando con ellos los calzoncillos. El corazón se me detuvo un segundo al mirar su erección, prueba fehaciente de lo preparado que estaba para mí. Cerró la mano alrededor de su polla y se la acarició sin dejar de observarme. Gemí al tiempo que hundía los dedos profundamente entre mis pliegues, recordando lo que era sentirlo en mi interior.

—No sabes lo jodidamente sexy que estás en este momento —jadeó—. Me gustaría que pudieras verte.

—No sabes lo jodidamente sexy que estás en este momento —repetí, mordiéndome el labio—. Me gustaría que me tocaras tú en lugar de hacerlo yo.

Se acercó a mí con los dientes apretados. Era como si su autocontrol estuviera a punto de evaporarse.

Me agarró el tanga, que se me clavó en el culo cuando me lo arrancó de un tirón.

Bajó la cara hacia mi pecho, y se entretuvo en uno de mis pezones, que lamió y mordisqueó antes de capturarlo con la boca y succionarlo. Mis manos volaron a su pelo, donde hundí los dedos para tirar con fuerza.

—Joder... —gemí, notando el impacto de las sensaciones en todas partes—. Victor...

—Sí... —dijo contra mi otro pezón—. Sigue diciendo mi nombre. Explícame cuánto deseas esto.

—Lo deseo mucho —confesé, y ahogué un grito al notar que recorría mi estómago con la lengua, lamiéndolo un instante para después bajar la boca hasta el clítoris y capturarlo con los dientes—. ¡Oh, Dios mío! —Hundió la lengua entre mis pliegues y no dejó una parte sin saborear; luego se concentró de nuevo en mi clítoris.

—Dímelo, Nicole —musitó contra mi sexo—. Dime cuánto me has echado de menos.

Gruñí mientras arqueaba la pelvis intentando profundizar en las sensaciones que me provocaba con la boca.

—Dime cuánto lo necesitas —continuó con un gemido haciendo más presión en ese punto. Noté que se me quedaban los ojos en blanco, que se me encogían los dedos de los pies, que me atravesaba una oleada de calor de arriba abajo al alcanzar el orgasmo. Después, él siguió lamiéndome, chupándome, incluso cuando dejé de gritar su nombre y negué con la cabeza, tirándole del pelo.

—No puedo más —gemí. Me besó el interior de los muslos y reemplazó la boca con los dedos mientras ascendía por mi cuerpo hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los míos—. ¡Victor! —grité de nuevo al notar que empujaba los dedos en mi interior. No lo hizo lentamente. No permitió que mi cuerpo se acostumbrara a ellos.

Él quería que lo sintiera.

Y lo hice.

En todas partes.

—Te voy a follar de una forma salvaje —explicó, bajando la cabeza para chuparme un lado del cuello.

—Pensaba que habías dicho que no sería rapidito —le recordé, y gemí ruidosamente al notar que movía a la vez los dedos contra mi clítoris y dentro de mi vagina.

—¿Te parece que va a ser un polvo rapidito? —preguntó rozándome el clítoris con más velocidad y haciéndome alcanzar el orgasmo otra vez. Grité sin pausa.

—No —reconocí con apenas un hilo de voz. Retiró los dedos y se los lamió uno a uno sin dejar de mirarme. Todavía tenía la cabeza nublada por lo que acababa de pasar, pero ver cómo me saboreaba en los dedos —sabiendo que era mi esencia lo que estaba paladeando—, con aquella expresión de éxtasis en la cara, hizo que mi alma se encogiera más de lo que ya estaba. Victor no me dio descanso. No me dio tiempo para sentarme y tratar de complacerlo. Apoyó una mano a cada lado de mi cabeza y se hundió en mi interior. Grité, arqueando la espalda hasta levantarla de la cama. Él era muy grande, y me sentía jodidamente completa.

Al instante se detuvo, haciendo que le lanzara una mirada confundida.

—¿Estás bien? —preguntó. Asentí de forma frenética.

—Mejor que bien.

—¿Seguro? Me ha dado la impresión de que dejabas de respirar.

—Es que no necesito respirar, solo quiero que me folles.

—¿Sí? —preguntó, bajando la boca a mi oído—. ¿Cómo quieres que te folle? ¿Espacio? —Empujó y se retiró lentamente. Poco a poco, dentro y fuera. Dentro y fuera.

—Joder —jadeé—. Joder. —Era la única palabra que podía articular. Lo único en lo que podía pensar.

—¿Te gusta esto? —preguntó, moviendo las caderas con un envite lento y largo que me hizo contener el aliento.

—Más rápido. —Ahogué un grito—. Más fuerte.

Él gimió saliendo de mí por completo, y me obligó a darme la vuelta.

—Ponte de rodillas. —Lo hice, y solté un grito cuando me dio una fuerte palmada en las nalgas—. ¿Te gusta esto? —preguntó con la voz desgarrada

—. ¿Te gusta que te golpee el culo?

Lloriqueé. No era que no me hubieran dado antes una palmada en el trasero, sino cómo lo hacía, lo que decía mientras lo hacía. Sentí que iba a correrme, e impulsé las caderas hacia atrás, rogándole sin palabras que me follara. Me cogió por la cintura y me penetró. Grité de nuevo. Esta vez no se movió despacio; me folló con fuerza, impulsándose dentro de mí con intensidad mientras me agarraba el pelo en un puño. El dolor fue una sensación que recibí con agrado. Como todo lo que me hacía. Ni siquiera podía recordar cómo había sido mi vida sexual hasta entonces. No podía recordar lo que era sentir a otro hombre en mi interior.

—Haré que te corras otra vez. Y otra. Y otra —prometió sin dejar de tirarme del pelo con fuerza hasta que apoyó la boca contra mi oreja—. Jamás lograrás olvidar quién te hace sentir así.

—¡Oh, Dios! —grité, notando que empezaba a vibrar a su alrededor. Sentí la familiar sensación ardiente de que estaba a punto de alcanzar el orgasmo—. Me voy a correr, Victor.

—Eres mía, Nicole —soltó, impulsándose con más fuerza.

Gruñí mientras asentía, notando cómo palpitaba en torno a su polla.

—Sí.

—Dilo.

—Dios... —Ahogué un grito cuando me volvió a golpear las nalgas, ahora con más ímpetu.

—Di-lo —gimió entre dientes, propinándome otra palmada más—. Tu culo es mío. Tu coño es mío. Tus tetas son mías. Dilo, joder.

Lo hice, aunque mi voz estaba ronca y mis palabras apenas resultaron audibles.

No pude recordar que se retirara de mí, ni que hubiera apretado mi espalda contra su pecho cuando regresó después de tirar el condón. No recordé cómo nos quedamos dormidos ni qué me dijo, pero sí me acordaba de esas palabras porque fue como si lo siguiera sintiendo dentro de mí cuando me desperté antes de que saliera el sol y llamé a Marcus para que viniera a recogerme.

21

NICOLE

El silencio de Marcus durante el viaje a casa me hizo sentir incómoda. No quería imaginar lo que estaría pensando un tipo heterosexual como él, y tampoco estaba segura de querer saberlo, pero, por supuesto, tuve que preguntárselo.

—Me consideras una cualquiera —afirmé al final, incapaz de soportar la incomodidad por más tiempo.

No respondió siquiera cuando lo miré y lo sorprendí observándome.

—Crees que soy una cualquiera porque ni siquiera he esperado a que me concedieran el divorcio antes de liarme con otro hombre.

En ese momento, curvó las comisuras de los labios.

—No creo eso.

—Entonces, ¿por qué estás tan callado?

—No soy de muchas palabras, señora.

—No, no lo eres, y jamás me has llamado señora.

—Vale, señorita Alessi.

Lo miré fijamente, pero él no se dio por aludido.

—Solo Nicole, por favor, a menos que hayas decidido volver a la formalidad porque me consideras una cualquiera. —Una vez más, no respondió. Por fin, suspiró cuando ya estábamos llegando a casa.

—Lo que haces es asunto tuyo. Y mi opinión sobre ti no ha cambiado.

—¿Así que no estás enfadado porque te haya llamado antes de que amaneciera?

Se rio.

—Forma parte del trabajo.

—De acuerdo. —Asentí—. Gracias. Y te agradezco mucho que no me juzgues.

—También es parte del trabajo.

Negué con la cabeza y sonreí mientras salía del coche. Casi tropecé para llegar a casa; sentía las piernas temblorosas, me ardían los muslos y parecía que tenía el sexo en carne viva..., como si hubiera sido bien follada, que era

cierto, aunque no esperaba que tuviera esas consecuencias. Hacía mucho tiempo que no tenía que hacer el recorrido de la vergüenza, llegando a casa a la mañana siguiente a una noche de sexo salvaje, y me invadían las emociones, como si hubiera vuelto a la vida. Además de haberme hecho disfrutar del mejor sexo de mi existencia, Victor me había hecho sentir deseada. Hacía tanto tiempo que no me sentía así que había olvidado el poder que otorgaba. Me quité la ropa, me duché y me quedé como un tronco. Lo único que me despertó fueron los gemidos de Bonnie.

—Lo sé. Lo sé —le dije saliendo de la cama para lavarme la cara. Ya en el cuarto de baño, me cepillé los dientes y me arreglé para estar casi presentable por si me encontraba con algún vecino antes de salir con Bonnie.

Le estaba sosteniendo la correa con los ojos cerrados y la cara alzada hacia el sol cuando una sombra me nubló el rostro. Me dio un vuelco el corazón mientras me incorporaba.

—Me has asustado —protesté. La expresión de Victor era muy seria al mirarme. Bajó la vista hacia Bonnie, que trotaba hacia él y, sin decirme una palabra, se agachó para acariciarla. Cogió la chapa entre los dedos y sonrió.

—Te has marchado —dijo sin dejar de mirar a la perrita—. Quería llevarte a desayunar.

—Me he marchado porque he pensado que no sería muy inteligente estar allí y tener que hacer el paseo de la vergüenza delante de los *paparazzi*.

Me estudió durante un momento. Me pregunté si estaría pensando en lo que habíamos hecho la noche pasada. Se me tensó el estómago ante el recuerdo: su boca en la mía, su cabeza entre mis muslos, su polla dentro de mí, hasta el fondo, como si temiera que no volviera a ocurrir. Me ruboricé y tuve que mirar hacia otro lado.

—Tienes razón —reconoció finalmente.

—He pensado que lo apreciarías.

Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

—Anoche pasé un buen rato —comenté.

«Es la metáfora del siglo». Quería decirle que había sido una noche tan memorable que iba a tener fantasías con frecuencia. Quería decirle que me dolía el culo cuando me sentaba y que seguía sonriendo al recordar por qué. Quería preguntarle qué habían significado sus frases posesivas: «Eres mía». ¿Era algo que decía siempre que mantenía relaciones sexuales o solo lo hacía conmigo? La idea hizo que la cara se me cubriera de rubor. Me agaché para

ocultárselo.

—No estaba seguro de que fuera así —confesó—. Como te has ido antes de que me despertara y eso...

—¿Ha sido una novedad para ti? —pregunté, sonriendo al ver que estaba tan serio. Curvó un poco los labios.

—Podríamos decir que sí.

—¿Y cómo pretendes que vayamos a desayunar juntos sin que parezca que tenemos algo?

Iba vestido con vaqueros y camisa, su aspecto era increíble, sobre todo ahora que sabía lo que había debajo de la ropa. A pesar de el ardor que sentía en la cara interna de los muslos, quise desnudarlo y montarlo de nuevo.

Se quedó pensativo durante un rato y luego suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Tienes razón.

—Estás empezando a seguir un patrón —comenté sonriendo—. Me voy..., tengo razón... —Su ceño fruncido me animó a continuar—. ¿Sabes lo más gracioso? Todo el mundo parece pensar que las mujeres somos las acosadoras después de una aventura de una noche. Que al principio nos parece todo bien y que luego nos quedamos con el corazón roto cuando el chico no nos llama, porque Dios no permita que usemos lo que tenemos entre las piernas para divertirnos como los hombres. —Hice una pausa para sonreír. Se le habían puesto las orejas rojas, lo que me hizo sonreír todavía con más amplitud—. Así que creo que es muy gracioso que tú, el señor tengo-trabajo-que-hacer haya venido aquí para perseguirme.

Se mantuvo en silencio durante un rato, después se inclinó para coger a Bonnie en brazos y entrar en la casa. Lo seguí, confusa, pero con el convencimiento de que tenía razón hasta que me di la vuelta y me lo encontré acercándose a grandes zancadas. Retrocedí un paso con el corazón acelerado al ver que clavaba sus ojos entrecerrados en los míos con la cabeza inclinada a un lado, como si estuviera apreciando la imagen que presentaba. Cuando llegó hasta mí, puso los brazos a cada lado de mí, enjaulándome entre ellos, y solo pude tragar saliva mientras lo miraba.

—Como te he dicho, la gente cambia. Además, así es como funciona en la naturaleza —explicó sin apartar los ojos de los míos—. La mayoría de las veces, son los machos cavernícolas los que persiguen a las mujeres para someterlas.

—¿Es eso lo que vas a hacer? ¿Someterme? —pregunté bajito.

—Haré lo que sea necesario para tenerte —reconoció, bajando también la voz.

—¿Ya no temes las consecuencias? —pregunté.

—Sí, claro que sí. —Hizo una pausa para buscar mis ojos—. Sin embargo, creo que valdría la pena.

Incluso aunque mi desbocado corazón me hubiera permitido hablar, no tenía respuesta para eso. Este cuidadoso hombre que se preocupaba por su trabajo más que por cualquier otra cosa se había arriesgado y me había seguido..., y eso me emocionaba sin medida.

—Ven a desayunar conmigo —insistió—. Me marcharé por atrás e iremos en coches separados, pero ven.

Asentí con la cabeza, sorprendida por lo que estaba ocurriendo, y cuando bajó la cara y me rozó los labios con los suyos, alargué la mano para que no se alejara mientras saboreaba su boca con un beso más profundo. Gimió contra mí antes de retirarse.

—Te enviaré un mensaje con la dirección.

—Vale —susurré.

Le di de comer a Bonnie y fui hacia el coche. De camino, casi tropecé con un corredor, y perdí el equilibrio porque iba mirando la pantalla del móvil.

—Nicole —me dijeron. Levanté la cabeza de la respuesta que estaba escribiéndole a Victor para que supiera que estaba de camino.

—Hola... —repuse sonriendo al macizo que había conocido el otro día. No podría recordar su nombre ni aunque me mataran. Debió de ser muy evidente en mi cara, porque se rio entre dientes.

—Brent —dijo.

Sonreí.

—Brent. Lo siento. ¿Qué tal todo?

—Ahora mejor —reconoció con los ojos brillantes mirándome de arriba abajo—. Supongo que no vas a la playa, ¿no?

—Hoy no. Todavía no he podido disfrutar de todas las ventajas de vivir aquí. —Suspiré—. Mañana trabajo todo el día, así que me parece que todavía tardaré un poco más de lo que deseo.

—¿En domingo? Qué trabajo más duro...

—No lo sabes bien. —Levanté la mirada y luego la bajé—. Me alegro de verte.

—¿Y el lunes? —dijo. Lo miré con el ceño fruncido—. ¿Ir a la playa?

—Oh... —Lo pensé—. Quizá.

—Salgo a correr a mediodía —dijo sonriente—. Es el momento perfecto para tomar el sol.

—Quizá nos veamos... —repetí con una sonrisa.

Lo miré mientras se alejaba. Estaba realmente bueno. Doce meses sin relacionarme con ningún hombre heterosexual y ahora, de repente, captaba la atención de varios. Desafortunadamente para el resto, mi corazón se había centrado en uno. Negué con la cabeza y suspiré al tiempo que movía los pies para ir hacia el coche.

VICTOR

Llegué a casa de mis padres antes de lo habitual, y solté la bomba de que había invitado a Nicole. Mi padre no hizo ningún comentario al respecto, solo arqueó las cejas. Mi madre, por otro lado, jadeó y se tapó la boca como si hubiera anunciado mi compromiso.

—Solo es una amiga, mamá —advertí—. Una amiga a la que le estoy llevando el divorcio.

—¡Oh, maldición, Victor! Pensaba que ibas a traer a tu novia —suspiró—. Quizá tenga amigas...

—Por favor, mamá, no hables de mi vida amorosa delante de ella.

—¿Qué vida amorosa? —preguntó—. No tienes vida amorosa. Incluso tus amigas están relacionadas de alguna forma con tu trabajo.

Gruñí. Ojalá pudiera ser sincero y contarle lo que sentía por Nicole, pero es que ni siquiera lo entendía bien yo mismo. Me invadía la abrumadora necesidad de verla de nuevo después de la noche pasada. Fue algo tan inesperado que me había dado un ataque de pánico al darme cuenta de que se había marchado. De hecho, la había perseguido presa del terror. Había tenido que hacerlo. Y luego, ella había tratado de considerarlo como un rollo de una sola noche; como si estuviera dispuesto a poner en peligro mi trabajo por un polvo cualquiera. Yo quería que hiciera las maletas y se viniera a pasar conmigo todo el fin de semana, pero había mencionado que trabajaba el domingo, así que supe que no lo haría. Ir a un restaurante estaba fuera de discusión, porque eran lugares públicos y quería tocarla. Quería hablar con ella, mirarla abiertamente.

Me vibró el móvil en el bolsillo, arrancándome de mis pensamientos. Miré la pantalla y fruncí el ceño al ver el nombre de Quinn. Se trataba del fundador de uno de los blogs de chismes más grandes del mundo; había alcanzado unas proporciones tan grandes que se había convertido en un programa de televisión. Solo me llamaba el fin de semana cuando pasaba algo realmente importante.

—¿Qué pasa, Q? —le pregunté al responder.

—Hola, colega. Te iba a llamar anoche, pero luego me enredaron. ¿Cómo va todo?

—Iba todo bien hasta que he visto tu nombre en la pantalla del teléfono.

Se rio.

—Sí. Bueno, ya.

Arqueé una ceja. Mis padres me estaban mirando, así que levanté una mano a modo de excusa y salí.

—¿Qué pasa?

—Alguien se ha puesto en contacto con uno de mis fotografías para que siga a Nicole Lane.

—Alessi. No se cambió nunca de apellido —le corregí, notando que me hervía la sangre al oír ese nombre—. Éramos conscientes de que estaban siguiéndola.

—Mmm...

—¿Qué?

—Te voy a enviar un mensaje de texto como algunas imágenes. Míralas mientras hablamos.

Al notar la vibración, eché un vistazo a la pantalla. Era una foto en la que yo aparecía con Nicole en el balcón de su casa. Supe que había sido hecha el día que había ido a ver el lugar para ver si lo alquilaba o no. En la imagen, estábamos muy cerca uno del otro, mirándonos a los ojos. Para un espectador ajeno, parecíamos a punto de besarnos. La siguiente fotografía era más de lo mismo. Ambos muy cerca. Casi rozándonos. El corazón se me aceleró en el pecho. En ese momento, Nicole me estaba mirando de una forma jodidamente íntima. La expresión de sus ojos, la de los míos..., hablaba de algo más que lujuria. Parecía que estábamos... ¡Joder! No podía siquiera admitirlo, aunque, por primera vez en mucho tiempo, quería explorar esa posibilidad. Y bajo circunstancias diferentes, lo habría hecho. «Puedes hacerlo».

—¿Las ha obtenido tu fotografía? —exigí.

—Esa es la cuestión, Vic, que no las hizo él. Me las han traído. Las que consiguió él fueron imágenes de ella haciendo cosas cotidianas.

—¿Quién te entregó estas? ¿Qué te han dicho?

—Sabes que no puedo facilitarte mis fuentes. Solo te las estoy mostrando porque eres mi amigo, y te aseguro que no pienso publicarlas. Pero no puedo prometerte que otros blogs tengan la misma cortesía.

«¡Joder!».

Suspiré y cerré los ojos. Solo estaba hablando con ella. Solo hablando, pero sabía que lo podían convertir en algo más.

—Me llegarán más mañana por la mañana. Te llamaré si considero que debes verlas.

—Llámame si la conciernen a ella, punto.

—Vale.

—Gracias, Q.

—De nada.

Justo cuando colgué, se abrió la verja de entrada a la casa de mis padres. Entró el Cadillac negro de Oliver, seguido del Prius blanco de Nicole. Sentí una punzada en el corazón al verla. Era preciosa. Pensé en las imágenes que acababa de recibir en el teléfono. Recordé cuándo las habían hecho y lo desesperado que estaba en ese momento, en cuántas ganas había tenido de besarla, de tocarla, de abrazarla, de follarla... De hacerla mía. Solo había tenido una pequeña pista ese día de lo que sentiría al rozar sus labios con los míos. Nuestro destino se había escrito ese día, quizá incluso antes. Quizá había sido fijado el día que entró en la puta sala de reuniones con aquel vestido ceñido mirándome a los ojos con aquella expresión que decía «fóllame». Fuera como fuera, me encargaría de esto yo solo. No pensaba hablarle de las fotografías. Al menos todavía no. Quería tener más información. Lo último que necesitaba era que Nicole se preocupara.

—Hola, gallina —saludé a mi hermana cuando se acercó. La vi poner los ojos en blanco antes de abrazarme.

—Hola, Vic. Ya veo que has invitado a Nicole.

—No puede salir a desayunar sin que la persigan los fotógrafos. Era lo mínimo que podía hacer —argumenté. Estelle me lanzó una mirada que decía que no se creía mi historia. Me encogí de hombros.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Oliver después de saludarme.

—Nicole.

—¿La que está casada con ese tipo?

—La que estaba casada con ese tipo —le corregí mientras Nicole se aproximaba a nosotros. La vi sonreír al oír mis palabras. Tenía un aspecto jodidamente provocativo con ese vestido negro. Quería quitárselo y descubrir lo que llevaba debajo.

—Soy Oliver —se presentó mi amigo, tendiéndole la mano para que se la

estrechara. Quise darle un puñetazo cuando esbozó la sonrisa que curvaba sus labios cuando quería impresionar a alguien—. He oído que te debo dar las gracias por echar una mano a mi mujer y a mi cuñado para instalar la tele.

Nicole se rio.

—Fue Victor quien hizo casi todo el trabajo. Yo me limité a estar sentada mientras él lo *montaba* todo bebiendo la copa de vino que me ofreció Estelle.

El corazón me dio un vuelco cuando ella me miró con un brillo coqueto en los ojos al decir esa palabra. ¡Joder! Esa chica me hacía sentir muchas cosas. Me di cuenta de una cosa: la mujer a la que iba a tener que renunciar si quería mantener mi carrera profesional era la misma sin la que no quería vivir.

¿Cómo deja eso el cuerpo? Me sentí tentado de enviarle una pregunta a mi amigo Jenson y ver qué opinaba sobre esta jodida situación en la columna que escribía para el periódico. Oliver entró en la casa y Estelle lo siguió después de intercambiar un abrazo con Nicole.

—¿Dónde estamos? —preguntó, mirando la edificación.

—En casa de mis padres.

Al ver la expresión de pánico en estado puro que cruzó por su rostro, pensé por segunda vez que quizá era una mala idea haberla traído aquí. Había estado bien antes de recibir esa llamada, pero ahora que sabía lo que iba a ocurrir, sentía que me estaba descomponiendo en pedazos lentamente, como si fuera un coche y me hubiera quedado sin gasolina. Odiaba esa sensación, y cuando la sonrisa de Nicole desapareció y frunció el ceño, fue como si me hubieran golpeado en el estómago.

—En serio, deberías llevar una etiqueta de advertencia —afirmó poniéndose delante de mí—. Una etiqueta de «peligro mortal». ¿Te arrepientes de haberme invitado? Todavía puedo marcharme. —Me pasó la mano por la cara. Era muy dulce que pensara en mis sentimientos antes que en los suyos. Me reconfortaba, aunque no tuviera ni idea de lo que estaba pensando. Cerré los ojos y me recreé en su contacto; era suave, cálido y acogedor. Deseaba que no se acabara nunca. No quería poner fin a ese momento. Me aclaré la garganta y me estiré en toda mi altura. ¿Qué coño me pasaba?

—Estoy bien —dije con una sonrisa—. Venga, ven a conocer a los responsables de la existencia del hombre más sexy que hayas visto nunca.

Nicole se rio.

—¡Oh, Dios mío!

Me encogí de hombros. Antes de que pudiera añadir algo más, mi madre se acercó a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos clavados en Nicole.

—Hola, soy Hannah, la madre de Victor. Me alegro mucho de conocerte, Nicole —se presentó mientras le daba un abrazo. Nicole se ruborizó con una sonrisa al tiempo que me lanzaba una expresión avergonzada que nunca le había visto, y que me hizo desear grabar para poder recrearme en ella cuando quisiera.

—Encantada de conocerte. Gracias por recibirme aquí —repuso.

—De nada. Siéntete como en casa. ¡Thomas, tenemos una invitada! —gritó mi madre, cogiendo a Nicole de la mano y arrastrándola hacia el interior.

—Mamá, no va a escaparse, ¿sabes? —me burlé.

Mi madre me miró por encima del hombro para lanzarme una de sus miradas penetrantes con las que siempre quería hacerme callar. No pude evitar una risita. Pronuncié la palabra «clienta» a modo de recordatorio, y ella se encogió de hombros. Las seguí hasta entrar en la cocina, donde mi padre recibió a Nicole con otro abrazo.

—¿De dónde eres? —le preguntó él.

—De Argentina —repuso ella, sonriendo.

—Argentina. Hermoso lugar. Hannah y yo hemos ido un par de veces. Buena gente. Yo soy puertorriqueño, y, cuando vivía allí, tenía contactos en Argentina —explicó.

—Oh, es genial. ¿A qué te dedicas? —se interesó Nicole.

—Soy ortodoncista. Fue muy guay hasta que decidí dejar de viajar tanto. —Se rio cuando mi madre le dio un codazo en las costillas—. Pero, claro, eso significa que puedo pasar más tiempo con mi esposa —dijo, pasándole a mi madre un brazo por la cintura.

—Los tíos sois asquerosos —intervino Estelle—. Ya he puesto la mesa.

—Venga, vamos a desayunar —ordenó mi madre.

Los seis nos sentamos alrededor de la mesa; Oliver y Estelle en uno de los laterales, yo enfrente y Nicole en el asiento que solía estar vacío a mi lado, mientras nuestros padres ocupaban ambas cabeceras.

—Espero que comas carbohidratos —deseó mi madre, trayendo el primer plato: *waffles*. Estelle se levantó para ayudarla.

—Como de todo. ¿Necesitáis ayuda? —respondió Nicole.

—No, no... Quédate quieta. No quiero que a Victor le dé un ataque

cardíaco precoz porque hayamos permitido que su nov... er... su amiga se pusiera a ayudar el día que vino por primera vez —explicó mi madre.

Moví la mano por debajo de la mesa y cogí la que Nicole tenía en el regazo. Pegó un brinco al notar mis dedos, y le pasé el pulgar por la piel suave para tranquilizarla. Quería acercarme a ella y besarla mientras nuestros dedos se enroscaban como si fuera un gesto automático, como si nos diéramos la mano todos los días. Era algo... correcto. Me recordó lo que le había dicho a Corinne sobre por qué nunca había sentado la cabeza. No podía negar que la certeza de que era correcto tener a Nicole a mi lado, con mi familia. Era perfecto.

—¿A qué hora tienes que estar en el trabajo mañana? —le pregunté.

—A las ocho. Se supone que tengo que trabajar doce horas seguidas —explicó. Me incliné hacia ella.

—¿Te importaría dejar aquí el coche y recogerlo mañana después del trabajo? —le susurré al oído. Tenía los ojos muy abiertos cuando retrocedí. Negó con la cabeza, pero luego se inclinó hacia mí.

—Sin embargo, no tengo ropa —musitó junto a mi oreja.

—Yo tampoco. Podemos parar en alguna tienda de camino.

Esbozó una enorme sonrisa de felicidad.

—De acuerdo.

El desayuno fue genial. Oliver nos habló sobre los niños que atendía en su trabajo, mientras yo trataba de no hablar del mío, lo que hizo que la conversación versara sobre lo adicto a él que era. Nicole nos habló un poco del suyo, dejando a mi madre y a Estelle embelesadas. Mi madre prácticamente le suplicó que diseñara el vestido de novia para la boda de la hija de una amiga.

—Lleva mucho tiempo intentando dar con alguien. ¿No crees que es la solución perfecta? —preguntó cuando le pedí por favor que dejara de insistir.

—Pero es que Nicole no hace vestidos de novia —expliqué a la defensiva.

—Puedo hacerlos —intervino Nicole. La miré, tratando de leer en su expresión y de asegurarme de que le parecía bien. Ella no se imaginaba lo pesada que podía ponerse mi madre cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

—A veces es difícil trabajar con ella —le indiqué, apretándole la mano—. Tienes mucho con lo que lidiar.

—Puedo ocuparme de todo.

La sonrisa con la que dijo las palabras hizo que quisiera ser ese todo.

Cuando terminamos de desayunar, mi madre, Nicole y Estelle fueron al despacho para hablar sobre el vestido, mientras mi padre, Oliver y yo íbamos al salón para ver un partido de la liga universitaria de fútbol americano.

—¿Preparados para mañana? —preguntó Oliver como cada fin de semana durante más de diez años. Yo siempre le respondía que sí con firmeza. Esta vez, dudé. Estaba claro que haría que Nicole volviera a tiempo para ir a trabajar, pero también quería ver a Quinn, y eso se había convertido en una prioridad para mí.

—Te lo diré por la mañana —dije ante la cara de estupefacción de Oliver.

—Estás de coña...

—Mañana tengo trabajo que hacer.

Abrió mucho los ojos. Miró a su alrededor, a mi padre, que dormitaba en un sillón reclinable; a la televisión, como si Lee Corso tuviera las respuestas a sus preguntas, y, por fin, me miró de nuevo, todavía boquiabierto.

—Te conozco de toda la vida, Vic. Hemos pasado por mucha mierda juntos —comentó, e hizo una pausa—. Y... —suspiró, negando con la cabeza—. No voy a decir nada. No pienso meterme en tu vida. Solo espero que lo estés pensando bien.

—No pasa nada —aseguré. Él me lanzó una mirada con la que quería decir que no le tomara el pelo.

—Eso vas y se lo dices a alguien que no te conozca. En realidad... Bah, olvídalo. Hasta un ciego puede ver que está pasando algo. Será mejor que tengas cuidado.

Gruñí, pero no dije nada. Sabía que él tenía razón.

—Como te he dicho, ten cuidado —insistió.

Estaba teniendo cuidado. Estaba a punto de llevar a esa chica a Newport Beach para poder estar juntos sin preocuparnos de que nos pillaran. ¿No era eso tener cuidado? Aunque, cuanto más lo pensaba, menos sabía si estaba siendo cuidadoso o si solo me sentía mal por desearla tanto. Pero no era un hombre necesitado, solo precavido. No era idiota; sabía de sobra que no podía tenerlo todo. Sabía que si las fotografías salían a la luz, tendría que renunciar a ella —al menos momentáneamente— hasta que dejara de ser mi cliente. Todo iría bien. Ya habíamos superado algo así antes...

«Y ella pasó página».

Pensarlo me hizo sentir enfermo.

Sí, ella había pasado página y se había casado con otro.

Aunque yo le había repetido que era mía —sumergido en su interior—, como si eso pudiera hacer que se quedara conmigo.

Daba igual la perspectiva desde la que viera el asunto: estaba jodido.

23

NICOLE

—Tus padres son maravillosos —dije sonriendo mientras me despedía de la madre de Victor con la mano desde el asiento del copiloto del Jaguar—. No entiendo que tuvieran a alguien tan gruñón como tú.

Respiré hondo, como siempre que me subía a un coche. Olía a nuevo, aunque no sabía cómo era posible. El mío había perdido ese olor después de dos semanas en mi poder. Posiblemente porque me había inflado a hamburguesas del In-N-Out en él. Victor no dijo palabra, se limitó a cogerme la mano y entrelazar los dedos con los míos. Me daba un vuelco el corazón cada vez que lo hacía. Cada vez que me tocaba. Me volvía loca cada vez que me miraba. Me sentía como si fuera una inocente alumna de secundaria enamorada del *quarterback* del equipo del instituto. No me cansaba de estar con él.

—Les has gustado de verdad —aseguró antes de reírse por lo bajo.

—Ellos también me han caído muy bien.

—A mí también me gustas mucho.

Se me detuvo el corazón y luego se puso a latir a toda velocidad. ¡Oh, Dios mío! Me iba a morir de gusto con las cosas que me decía Victor Reuben. De verdad, y sería una muerte muy dulce.

—Tú también me gustas —susurré. Noté que me ardían las mejillas mientras le miraba sonriente. Seguimos parados cuando el semáforo se puso en verde porque él seguía contemplándome sin que le importara nada más—. Ya está verde —le dije al ver que se inclinaba para besarme—. Están tocando el claxon.

—Que se jodan. Que sigan... —repuso rozándome los labios con los suyos.

Me olvidé de respirar, y mucho más de seguir quejándome. Encerré su cara entre las manos y le devolví el beso aunque nos ensordecían los bocinazos de los demás coches. Se apartó un poco, me miró con ternura, como si estuviera viéndome por primera vez, como si acabara de darse cuenta de que era realmente cierto que me gustaba. Sonreí, y él me imitó retrocediendo. Alguien volvió a tocar la bocina.

—Idiota —dijo Victor mostrándole el dedo corazón.

Me cubrí la cara con la mano mientras me hundía en el asiento.

—¡Victor!

—¿Qué pasa? Actúan como si no pudieran esperar tres segundos. Ni que tuvieran algún lugar importante al que ir un sábado por la tarde...

Me reí.

—A lo mejor es un médico.

—Bueno, en ese caso, tendría que haber salido de su casa diez minutos antes para no tener que lidiar con imbéciles como yo.

—¡Dios mío! Estás realmente loco.

Me cogió la mano y, sin apartar la vista de la calle, se la llevó a los labios.

—Y a ti te encanta —me retó. Luego me besó la palma de la mano y la mordisqueó de forma juguetona.

Arranqué los dedos de los suyos, pero tenía razón: me encantaba. Aunque no pensaba decírselo ni en un millón de años.

—Dime, ¿dónde vamos a ir para comprar ropa? ¿A Target?

—Lo cierto es que pensaba llevarte a un sitio vip como Nordstrom, pero si te vale ir a unos grandes almacenes como Target, me parece genial.

Me reí.

—Ni hablar, no pienso dejar pasar la oportunidad de ir a Nordstrom.

—Bah, Target ha sido tu primera opción.

Le di un codazo en las costillas y él se rio al tiempo que soltaba el cambio de marchas para cogerme la mano de nuevo y morderme la punta de los dedos hasta que me puse a gritar. Me soltó y me miró de reojo, arqueando la ceja como desafío. Sonreí al tiempo que volvía la vista hacia la ventanilla. Encendió la radio y se puso a mover la cabeza al ritmo de la canción de Bryson Tiller.

—Me gustas todavía más así —confesé un rato después. Bajó la música.

—¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—Desinhibido.

Me lanzó una mirada rápida y negó con la cabeza antes de clavar los ojos en la carretera. No hizo ningún comentario sobre mis palabras, sino que subió de nuevo el volumen de la radio y siguió cantando. A partir de ahí, hablamos, cantamos al ritmo de las canciones de la lista de reproducción que tenía grabada. Me burlé al ver que estaba Justin Bieber, y me aseguró que era culpa

de Estelle.

—Menudo mentiroso... —me reí.

Se encogió de hombros.

—Bueno, quizá me gusten algunos de sus nuevos temas.

—Lo sabía... —Hice una pausa mientras continuábamos avanzando—. ¿Sabes?, para ser un tipo medio puertorriqueño que no habla español, te gustan muchos artistas hispanos.

Se rio entre dientes.

—¿Quién te ha dicho que no hablo español?

—¿Lo haces?

—Un *poquito*¹.

Sonreí de oreja a oreja.

—A mi madre le vas a encantar.

—¿Vas a visitarla mucho?

—No tanto como me gustaría —confesé con un suspiro. Le cubrí la mano con la mía sobre el cambio de marchas—. Seguramente vaya a verla dentro de un mes, cuando terminemos el rodaje de esta película.

Asintió moviendo la cabeza y separó los dedos para entrelazarlos con los míos.

—Me ofrecería a acompañarte, pero tu español es diferente del mío, seguramente no entendería nada de lo que decís.

Me reí.

—Puedo enseñarte.

—Te tomo la palabra.

Sentí que el corazón se me expandía en el pecho. ¿Lo decía en serio? A Gabe nunca le había preocupado nada de eso, aunque me había acompañado a ver a mi madre un par de veces, cuando nos casamos. Sonreí al recordar que había comido una cantidad ingente de carne y le había dolido el estómago durante el resto del viaje. Entonces era muy gracioso, tan dispuesto a complacerme siempre. Suspiré mientras miraba de nuevo por la ventanilla. Había obras donde estábamos, y agradecí que fuera de día. Siempre me daba miedo pasar cerca del borde de la carretera cuando atravesaba los cañones entre las montañas, me daban igual los guardarraíles que se suponía que impedían cualquier caída fortuita.

Unos minutos después, Victor estacionó en el aparcamiento de Target. No

era capaz de imaginarme a este hombre, al que le gustaba llevar trajes de Armani, en Target, y estaba deseando ver cómo se desenvolvía.

—Vamos a comprar todo lo que necesitemos, como gel para la ducha — sugirió, llevando el carrito de la compra a la derecha.

—Vale. ¿Tenemos que coger bocatas? —pregunté mirando los letreros.

—¿Tienes pensado secuestrarme más de un día? —dijo clavando los ojos en mí. Negué mientras esbozaba una sonrisa. «Sin embargo, debería hacerlo».

—Entonces, no necesitamos comida. Cenaremos en el hotel.

«¡Un hotel! ¡Oh, Dios mío!»». Iba a dormir en un hotel con ese hombre. Tuve que morderme la lengua para contener el vértigo. Para diversión de Victor, le envié a Talon un mensaje pidiéndole que fuera a ver a Bonnie.

«Por eso no tengo mascotas —me respondió mi amiga—. No tengo tiempo para más estrés».

Ir de compras con Victor era peor que ir con Talon o Chrissy. No se decidía por qué pantalones cortos debía comprar: bermudas o con bolsillos. Después tardó en elegir entre camisa o polo. ¿Calcetines para los zapatos que llevaba o chanclas? Y durante todo el rato actuó de forma extraña, mirando a su alrededor, manteniendo la distancia conmigo y sin mirarme a los ojos. Cuando estábamos en un punto intermedio entre la sección de ropa interior masculina y la de pijamas, me harté de su comportamiento.

—¿Por qué actúas de una forma tan rara? —pregunté, girándome hacia él con los brazos en jarras.

—¿A qué te refieres? —preguntó mientras levantaba el dobladillo de un pijama de hombre con una imagen de Batman, evitando mis ojos—. ¿A quién coño se le ocurre comprar esto?

—Victor...

—En serio, ¿alguien con más de doce meses usa un pijama así? —repitió, ignorándome.

—¡Victor! —insistí en voz alta. Me ardía la cara de ira—. Deja de hacer el idiota con ese ridículo pijama y mírame ya.

Giró la cabeza para observarme al tiempo que dejaba caer las manos. En el momento en el que tuve toda su atención y sus ojos clavados en los míos, perdí el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué te portas de una forma tan distante? —pregunté con un susurro,

acercándome a él.

Emitió un profundo suspiro y dio un paso hacia mí, hasta que casi nos tocábamos de los pies a la cabeza. Entonces me cogió la mano.

—Es que tengo la mente... ocupada.

—Ocupada... —repetí, enredando nuestros dedos para hacer que me rodeara con el brazo y me apretara contra su pecho. Hundió la cara en mi pelo e inhaló profundamente.

—Ocupada —murmuró contra mi oreja.

—Vic, estamos lo suficientemente lejos de casa como para actuar como queramos.

—Lo sé, cariño. Lo sé —afirmó besándome la sien y luego la mejilla—. Durante el resto del fin de semana, solo estaré ocupado contigo, ¿vale?

Me aparté para mirarlo.

—¿Solo el fin de semana?

Me estudió durante un buen rato.

—Oh, Nicole, ¿qué voy a hacer contigo?

Apretó los labios contra mi frente mientras dejaba caer las manos y se acercó a donde había camisetas sin dejar de negar con la cabeza. Sonreí al oírlo divagar sobre la cantidad de espacio que ocupaba en su mente. Luego volvió a fijarse en la ropa de la sección masculina. ¿Qué pantalones cortos debía elegir? ¿Bermudas o con muchos bolsillos? ¿Tela vaquera o loneta?

—Victor, ¿estás de broma? —le pregunté finalmente. Cogí todos los artículos sobre los que tenía dudas: bermudas, pantalones con bolsillos, el polo, la camisa, los calcetines y las chanclas y los eché al carrito—. Actúas como si no pudieras permitirte comprarlo todo.

Me señaló con un dedo.

—Ese tipo de mentalidad es lo que consigue que la gente se vuelva adicta a comprar en Target.

—Ya, bueno, pues es lo que hay. No entra en mis planes cambiar. Además, tengo la tarjeta.

Movió la cabeza, pero siguió avanzando hacia la sección de mujeres. Elegí lo que podía necesitar mientras él estaba mirando el teléfono antes de pasar a la sección de ropa interior. De repente, Victor le dijo a su interlocutor que debía dejarlo porque tenía que hacer «algo importante».

Puse los ojos en blanco al ver que revisaba los sujetadores.

—Este está bien —me aconsejó, señalando uno de una fila más arriba.

Fruncí el ceño.

—Parece una... copa D.

Lo examinó con más atención.

—Sí, tienes razón. ¿Cómo lo has sabido?

Arqueé las cejas y reprimí una risita antes de concentrarme en lo que estaba haciendo.

—¿Y este?

—Gracias a Dios no estamos en Victoria's Secret —murmuré, volviendo a mirarlo. Sostenía un modelo transparente.

Me reí sin poder reprimirme.

—Vale, vale...

—Cariño, es una C, una 80 C —dijo en voz alta. Me puse roja al ver que había una mujer muy cerca. La señora me lanzó una mirada divertida.

—El pobre no calcula muy bien —comenté con una sonrisa.

Ella se rio y se alejó.

Me quedé sin aliento cuando Victor se me acercó por detrás y me abrazó.

—Estás divirtiéndote demasiado a mi costa —me susurró al oído.

—Un poco —reconocí con los labios curvados—. ¿Has conseguido saber cuál es mi talla, cariño?

—Claro que sí, cielito —dijo en tono burlón.

—Vámonos. —Y seguí avanzando, o lo intenté, porque me abrazó con tanta fuerza para besarme la mejilla que no pude moverme.

—Eres tú la que me hace sentir así —susurró. Su tono hizo que notara un aleteo en el estómago. Giré la cabeza para mirarlo.

—¿Así cómo? —repuse.

—Desinhibido —me recordó, respirando contra mi cuello—. Contigo me siento libre.

Cerré los ojos y me apoyé en él. Me encantaba estar entre sus brazos así, lejos de todo, sin miedo a que nos atraparan. Apretó los labios contra mi sien y dejó caer las manos.

—Vámonos. Solo estaba ayudándote a elegir ropa interior porque la vas a necesitar mañana para ir a trabajar. Que no se te ocurra siquiera que vas a ponértela esta noche en la cama —explicó antes de darme una palmada en el culo y alejarse. Lo seguí con una risita.

Cuando llegamos a la caja, la dependienta trató de convencer a Victor de que se registrara para obtener una tarjeta, y él se puso a hablar sobre las líneas

de crédito y las tiendas que quieren captar clientes para conseguir que se endeuden. La mujer se rio.

—Entonces nada —reconoció la joven, guiñándome a mí un ojo—. Buena suerte con él, cielo.

—Oh, no... no estamos juntos —repuse con la nariz arrugada—. Demasiado masculino para mí.

Victor entrecerró los ojos mirándome. Le sonreí al tiempo que me encogía de hombros, haciendo que la mujer se riera de nuevo. Cuando estuvimos fuera, camino del coche, Victor sostuvo las bolsas con una mano y me rodeó con el otro brazo, levantándome del suelo.

—¿Demasiado masculino para ti? —gruñó—. Te voy a demostrar que no.

Me reí durante todo el recorrido hasta el Jaguar. Cuando me dejó en el suelo, le tendí la mano y lo besé.

—Era una broma.

—Demasiado tarde.

Sonreí.

—Deberías dejarme conducir.

Rechazó la idea con un gesto de cabeza y guardó las bolsas en el maletero.

—Te has vuelto loca si crees que voy a dejarte el coche.

—¿Por qué?

—Porque es mi coche, y solo lo conduzco yo.

—Por favor... —le supliqué con un mohín.

—No —repitió bajando la mirada a mis labios.

—¿De verdad no me vas a dejar conducir el Jaguar? —pregunté más seria, con las manos en las caderas.

Victor me miró durante un buen rato en silencio, y al final soltó un suspiro.

—¿Sabes usar la palanca de las marchas?

—Se me dan muy bien las palancas —repliqué guiñándole un ojo. No le hizo gracia el doble sentido que les daba a mis palabras.

—Lo digo en serio.

—Claro que sí, Victor. —Puse los ojos en blanco—. Dame las putas llaves. No dejaré que le pase nada a tu bebé.

No le hizo gracia, pero me las entregó. Estaba segura de que se arrepintió en el acto al ver que me ponía a dar saltitos y a aplaudir, bailando por el aparcamiento de camino al asiento del conductor.

—Que Dios me pille confesado... —suspiró, haciendo la señal de la cruz

mientras se sentaba en el lugar del copiloto. No pude reprimir la risa.

—Le da las llaves del coche a una chica y, de repente, se acuerda de que es cristiano.

Resopló mirando por la ventanilla.

—Soy católico.

Me reí con más fuerza. Puse el coche en marcha y pisé el acelerador. No pude menos que aplaudir al oír el ronroneo del motor antes de meter la marcha.

—Tienes que decirme a dónde voy.

—Y tú tienes que dejar de hablar y concentrarte en conducir.

—Soy capaz de conducir y hablar a la vez.

—Eso da igual.

—¿Por qué no sigues rezando? Me incordias menos —me burlé con una sonrisa irónica. Me parecía adorable cuando se comportaba así.

—Nicole... —gimió—. Venga..., por favor, deja de hablar. Me estás poniendo nervioso.

Solté una carcajada. Cuando me detuve en un semáforo, puse la radio.

—¿También has incluido a Selena Gomez en la lista de reproducción?

Suspiró.

—No, Nicole.

—Demasiado masculino...

—Espera a que estemos en la habitación —amenazó—. Te pienso follar hasta que no puedas hablar.

Suspiré.

—Buen objetivo...

Guardó silencio durante un momento.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Con qué?

—Objetivos. Es algo que dices a todas horas. ¿Por qué?

Sonreí. Por supuesto, Victor no sabía de qué iba eso.

—¿Quieres decir que no eres capaz de deducir lo que significa?

—Lo puedo deducir, solo que no sé si llego a una respuesta correcta.

—Dime qué crees que es.

—No lo sé. Cuando te gusta algo o quieres hacer algo, dices algo de un objetivo. ¿Es una especie de lista de deseos?

—Sí, supongo.

—Mmm...

Lo miré por el rabillo del ojo.

—¿Tú tienes algún objetivo?

Se quedó callado durante un momento, y pensé que no me había escuchado por el volumen de la música.

—Tengo objetivos —dijo después de un rato en voz baja. No me dio más detalles, así que no lo presioné.

Llegamos al hotel, nos registramos, fuimos a cenar —momento en el que nos partimos de la risa cuando Victor se inventó la historia de la vida de cada anciano presente en el restaurante—. Había echado de menos esto. Divertirme. Reírme. No tener preocupaciones. Me di cuenta de que en los últimos dieciocho meses me había convertido en una Nicole solitaria e introvertida, una mujer a la que no lograba acostumbrarme del todo. Sentía que estaba recuperándome poco a poco con Victor. Encontrándome de nuevo a mí misma.

—Así que, básicamente, todas sus esposas se casaron con ellos por el dinero —concluí, tomando un sorbo de la copa de Riesling.

—Sí, básicamente, sí —repuso encogiéndose de hombros.

—¿Quieres casarte algún día? —pregunté.

Clavó los ojos en los míos, y por un momento me perdí en su intensidad. En sus iris se mezclaban los tonos verdes con los marrones, con alguna pizca de azul que se arremolinaba alrededor.

—Quizá..., seguramente...

Arqueé las cejas.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. ¿Tan difícil es de creer?

—No lo sé. Es que siempre he pensado que eres de los que no se casan.

Apretó los labios.

—¿Has pensado que soy de los que solo echan polvos rápidos en el despacho?

—¿Tú qué crees? —Sonreí—. Al menos estoy segura de que no te has liado antes con ninguna clienta.

Bajó los ojos a la mesa, y mi corazón se hundió con ellos.

—¿Acaso lo has hecho? —pregunté. No sabía por qué me molestaba. De repente, me sentí asqueada. Se me revolvió el estómago ante la idea de que Victor estuviera con otra mujer, de que la silenciara para que no los pillaran.

Estuvo callado durante tanto tiempo que mi mente entró de lleno en el reino de la visualización. Victor con una remilgada pelirroja, o con una rubia flaca; justo lo que yo no era. De pronto, su risa profunda atravesó mis pensamientos.

—No, Nicole. Has sido la primera... y la última.

El corazón se me aceleró cuando admitió eso; con sus palabras y la forma en la que las dijo. Lo miré con los ojos entrecerrados a pesar de las sensaciones que me invadían.

—Idiota —dije, haciendo que se riera con más fuerza. Y aunque yo también me estaba riendo y me sentía más tranquila después de oírle decir eso, me pregunté si él sentiría lo mismo. Me aclaré la garganta—. ¿Te molestaría que alguien me invitara a salir?

Su risa se interrumpió al instante.

—¿Por qué? ¿Quién te ha invitado a salir? ¿Ese capullo que te alquiló la casa?

No pude reprimir una risita.

—No. Sabes que existen más hombres en el mundo, ¿verdad?

—¿Quién quiere salir contigo?

—Un chico. Un vecino.

—¿Cómo se llama?

—¿Para qué quieres saber su nombre? —pregunté, frunciendo el ceño—. Ni que conocieras a mis vecinos...

—Se puede saber mucho de alguien por su nombre.

—Brent —dije cuando dejé de reírme.

Victor me lanzó una mirada sorprendida.

—¿De verdad piensas salir con un tipo llamado Brent?

—¿Qué tiene de malo?

—Todo. —Se levantó y dobló la servilleta antes de dejarla sobre la mesa—. ¿Preparada?

La expresión de sus ojos me hizo pensar en que no le gustaría que yo tuviera citas con nadie. Parecía... irritado, intenso, sexy... Irresistible. Le cubrí la mano con la mía y me levanté. Él se la llevó a los labios y la besó antes de acercarme más a él para ir hacia la habitación. Casi esperaba que me empujara contra la puerta en el momento en que entramos. En cambio, me dijo que se ducharía antes porque necesitaba hacer una llamada a un cliente. No podía negar que me sentí un poco decepcionada, pero me lo tomé con

calma. Me había llevado allí para pasar tiempo juntos, lejos de miradas indiscretas. Había percibido el deseo en sus ojos. Sabía que quería estar conmigo tanto como yo con él, pero también era consciente de que el trabajo seguía siendo su prioridad, y no pensaba tener una actitud infantil al respecto.

Oí correr el agua de la ducha mientras sacaba la ropa de las bolsas y le quitaba las etiquetas. Intenté no imaginarlo desnudo al otro lado de la puerta, aunque me resultó muy difícil no imaginar cómo resbalaría el agua por su duro cuerpo. Gruñí por lo bajo y, cuando salió del cuarto de baño con un albornoz blanco, tuve que respirar hondo para recuperar la compostura.

—Solo tardaré quince minutos —me dijo, besándome la coronilla. Quise hundir las manos dentro del albornoz y trepar por él como si fuera un árbol, pero asentí con la cabeza y pasé a su lado para ir al cuarto de baño, llevando conmigo mi ropa interior nueva.

Cuando salí, cubierta con un albornoz blanco y mullido, me lo encontré sentado en el borde de la cama con el móvil en la mano. En cuanto sintió mi presencia, alzó la cabeza. Me observó de pies a cabeza antes de pulsar la pantalla del teléfono y arrojarlo encima del sofá. Me desaté el cinturón y me abrí el albornoz para enseñarle la ropa interior nueva.

—¿Te gusta cómo me queda el sujetador sexy de Target? —pregunté poniéndome una mano en la cadera, que eché hacia delante mientras posaba para él. Asintió con la cabeza y me recorrió de arriba abajo con los ojos entrecerrados.

—Me gusta cómo te quedan todos los sujetadores. Todos. Pero te prefiero sin ninguno —dijo con la voz ronca y las pupilas dilatadas por el deseo—. Desnúdate.

Me estremecí ante la orden implícita en su voz. «Des-nú-da-te». Tragué saliva antes de ponerme a mover los hombros para que la bata resbalara lentamente y formara un charco alrededor de mis pies. Luego le tocó el turno al sujetador; me lo desabroché y me lo quité lentamente. Victor separó más las piernas; solo llevaba puesto el albornoz y una sonrisa diabólica que hacía que me temblaran las rodillas.

—¿Qué llevas debajo? —pregunté para asegurarme, lanzando el sujetador a un lado. Noté que clavaba los ojos en mi pecho desnudo.

—¿Por qué no vienes y lo averiguas?

Avancé hasta detenerme entre sus rodillas, lo suficientemente cerca como para que él alargara la mano y me agarrara, pero lo suficientemente lejos

como para no poder ponerme la boca encima sin que me atrajera, que fue lo que hizo; me rodeó la cintura con los brazos y tiró de mí. Su boca cayó sobre mi estómago con un beso ligero. Sentí el efecto de la caricia por todas partes.

—¿Estás preparada para mí, Nicole? —preguntó contra mi piel, moviendo la boca más abajo, hacia mi ombligo, hasta rozar con la barba incipiente el borde de las bragas—. Si sigo bajando, ¿estarás mojada?

Contuve el aliento y asentí.

Alzó la vista con los ojos clavados en los míos.

—Dímelo.

—Sí.

—¿Sí, qué? —insistió, lamiendo la cinturilla del tanga. Reprimí un estremecimiento mientras mis manos volaban para agarrarle el pelo.

—Sí. Estoy mojada —susurré con la voz temblorosa.

Gruñó, dejando que su frente se apoyara sobre mi estómago un instante antes de enganchar los dedos en los lados de las bragas para bajármelas. Me agarró los muslos al tiempo que emitía un gemido.

—Adoro tus piernas, Nic —me dijo, apretándome la parte posterior de los muslos y mordiéndomelos por delante. No pude impedir que se me escapara un gemido—. ¿Te gusta que te haga esto, cariño?

—Sí —gemí.

—¿Te gusta que sea brusco contigo? —preguntó, deslizándose los dedos entre los muslos para hundirlos en mis pliegues. Le tiré más fuerte del pelo haciéndole gruñir—. ¿Prefieres que vaya más despacio? —Inclinó la cara para mirarme mientras bajaba para chuparme el clítoris. Se me doblaron las rodillas.

—¡Dios mío, Victor!

Sonrió contra mí. No vi la sonrisa en sus labios, pero sí en sus ojos.

—Dilo otra vez —pidió frotándose con la lengua—. Di mi nombre, cariño.

—Victor... —suspiré, dejando caer la cabeza hacia atrás con un gemido cuando hundió los dedos en mi interior sin dejar de chuparme el clítoris—. Victor... —repetí, como si fuera un estribillo—. Voy a correrme.

Gimió profundamente, y sentí la vibración por todas partes.

—Córrete, cielo. Demuéstrame lo preparada que estás para mí. Sus dedos se internaron más rápido dentro de mí, su lengua me siguió acariciando hasta que se me pusieron los ojos en blanco y mis rodillas cedieron. Solo seguí de pie porque me había agarrado por las caderas. Él estaba cogiendo un condón

cuando recobré el aliento y abrí los ojos. Lo detuve para arrodillarme entre sus piernas y apartar el albornoz para dejar a la vista su polla, dura y gruesa. Me dio un vuelco el corazón cuando vi el estado en el que estaba. Me lamí los labios y lo miré a la cara, provocativa.

—Nicole... —empezó a decir, pero lo interrumpí chupándole el glande antes de metérmelo en la boca. Me cogió por el pelo murmurando una serie de maldiciones—. Joder, es increíble. ¡Oh, Dios! Tu boca. Tu puta boca. — Sus palabras se volvieron ininteligibles cuando continuó chupando. Moví la cabeza arriba y abajo, haciendo que la polla entrara y saliera de mi boca con un sonido de succión. Noté que su respiración se aceleraba, y me encantó la mirada de temor que había en sus ojos cuando se encontraron con los míos un instante. Me tiró del pelo con fuerza y se retiró de mi boca antes de inclinarse para apoderarse de mis labios.

—Necesito follarte —admitió, cogiendo de nuevo el condón. Se lo puso con rapidez—. Necesito sentirte.

Asentí con la cabeza y me levanté, poniendo una pierna a cada lado de las suyas y empujándolo en el pecho hacia atrás para que se tumbara boca arriba.

—Voy a montarte —expliqué—. Y van a desaparecer de tu mente todas las mujeres con las que has follado antes que conmigo.

Curvó los labios en una sonrisa lenta y tentadora mientras me clavaba los dedos en el culo. Me ayudó a subirme sobre él y a colocar la punta de su polla en mi entrada.

—Demuéstrame, nena. Oblígame a gritar tu nombre.

Oh, pensaba hacerlo. Cuando le puse las manos en los hombros y me senté lentamente sobre él, me pregunté si se daría cuenta de los sexis que sonaban esas palabras. Contuve la respiración permitiéndome acostumbrarme a su tamaño. Todavía estaba dolorida de la noche anterior, y no me acordé hasta que estuve completamente sentada en su regazo. Jadeé.

—¿Pasa algo? —preguntó en voz baja incorporándose de nuevo y apartándose el pelo de la cara. Asentí moviendo la cabeza, aunque mis ojos estaban llenos de lágrimas. Era demasiado repentino todo: su cara frente a la mía, su corazón latiendo contra el mío, sus ojos buscando los míos... Y me miraba con si yo fuera la única mujer a la que hubiera visto de verdad mientras follaba, como si fuera la única que conseguía que lo sintiera todo profundamente.

Todo.

Era más intenso que la última vez. Que todas las veces anteriores. Y resultaba aterrador.

—Nic, ¿estás bien? —insistió con un susurro.

Asentí, parpadeando con rapidez.

—Estoy bien. Solo un poco dolorida, pero me gusta. Sigamos...

Me miró durante un rato, hasta que me puse a moverme contra él y dejó caer la cabeza con un fuerte gruñido.

—Es increíble sentirte...

Seguí impulsándome arriba y abajo, lentamente al principio, y luego aceleré el ritmo. Traté de no mirarlo a los ojos; de concentrarme en sus brazos musculosos, en la forma definida de su torso, en cómo se mordía el labio cada vez que se hundía en mi interior. Me agarró el culo con más fuerza y se puso a moverme arriba y abajo con facilidad, como si no pesara nada. Abrió los ojos de golpe al oírme gemir. Cuando me levantó otra vez, cerró la boca sobre mi pecho izquierdo, jugando con la lengua y los labios en mi piel.

—Me muero por ti, Nicole —gruñó mientras me acunaba la nuca y buscaba mis labios—. Eres jodidamente mía.

Asentí, disminuyendo el ritmo y cerrando los ojos para contener las lágrimas.

—Sí.

—Dilo. Dímelo —ordenó con los labios contra los míos. Hizo un lento barrido en el interior de mi boca con los labios, jugando, burlándose, chupándolos—. Dime que eres mía.

—No puedo —susurré. Sentí la familiar sensación de placer que comenzaba en mi interior—. Estoy cerca. Muy cerca...

Victor me agarró los muslos y me sujetó para que no me moviera.

—Mírame.

Abrí los ojos y se me detuvo el corazón.

—Di-me-lo —insistió, subiéndome y bajándome otra vez.

Gemí.

—Por favor, Victor.

—Dímelo. —Se movió de nuevo, poniéndose en pie sin dejar de moverme arriba y abajo. Le rodeé la cintura con las piernas. No podía estar más dentro de mí.

Más profundamente.

No podía ser mejor.

Me moví contra él, tratando de alcanzar el orgasmo.

—¿Por qué no lo dices?

Le puse la mano en la nuca y lo atraje para besarlo, haciendo que se olvidara de su objetivo durante un momento. Dio unos pasos haciendo que su polla se hundiera más profundamente, y más todavía, y me mordió el labio inferior al mismo tiempo. El gemido que solté fue largo y ronco, una mezcla de gruñido y «Soy tuya» cuando llegué al clímax. Se clavó en mí un par de veces más, con incontrolable frenesí.

—¡Joder, sí...! —gritó, alcanzando el suyo.

1 En español en el original (N. de la t.)

VICTOR

Sabía cuándo una mujer se estaba enamorando de mí. Lo sabía porque yo desaparecía justo antes de que ocurriera. Justo antes de que ella tuviera esa mirada en sus ojos que decía «puede haber un nosotros» mientras follaba con ella. Nicole tenía esa mirada esta noche, y lo sabía. La había tenido también en el rato que estuvimos en casa de mis padres, y también en el Target, al ir de compras, y en el momento en el que le entregó las llaves de mi coche al botones al llegar al hotel. Y no podía comprender que no me alejara, a pesar de que debería. De que tendría que hacerlo. No porque quisiera, ojo, ya que por una vez no quería. Por primera vez la mirada que veía en su cara era posiblemente el reflejo de la mía. Pero estaba en juego mi carrera, así como mi reputación, y esas eran dos cosas que no estaba dispuesto a pasar por alto. Suspiré y enredé los dedos en su pelo. Tenía la cara apoyada en mi hombro, con los labios entreabiertos, pacíficamente dormida. Parecía una puta escena romántica de una película de amor. Yo mirándola y peinándola, y ella disfrutando del sueño a mi lado.

—Creo que estoy enamorándome de ti —le susurré a mi Bella Durmiente—. Y no quiero que ocurra. Posiblemente tú ni siquiera quieras una relación seria en este momento, quizá solo deseas divertirte. —Suspiré—. Pero la idea de que te diviertas y seas así con otro que no sea yo... me mata.

Me interrumpí al oírla gemir, y se movió contra mí, dejando caer un poco de baba en mi hombro al girar la cabeza. Me reí. Era la primera vez que me ocurría tal cosa. Esto es lo que conseguía por permitir que se acurrucara a mi lado. Sin embargo, era preciosa cuando estaba dormida. Sin duda porque no estaba hablando ni burlándose de mí. Sin duda porque estaba conmigo. Tener a Nicole Alessi encima de mí era mi imagen favorita. En realidad lo era tener a Nicole Alessi cerca: sobre mí, debajo de mí, a mi lado... Joder, estaba mal. Jodidamente mal. Estaba empezando a pensar como Oliver... o todavía peor, como Jenson. ¡Mierda! No podía mostrar la misma expresión idiota en la cara que tenían ellos cada vez que miraban a sus esposas. Apoyé su cabeza sobre la almohada para que no estuviera sobre mí, pero seguí jugando con los dedos

entre su pelo, porque era suave y porque hacerlo me tranquilizaba.

—Solo quiero que... me prometas que en el momento que tenga que permitir que te alejes, no caerás en los brazos de otro hombre. Eres mía, Nicole. Solo tenemos que esperar. Esperar a que se resuelva todo esto y dejarlo atrás. Solo será como un intermedio... Un pequeño descanso — argumenté entre suspiros acercándola más a mí—. Buen discurso, Victor... —me dije a mí mismo.

¡Qué puta era la vida! Para una vez que encontraba a alguien que quería que formara parte de mi vida, tenía que ser la única mujer que no podía ser mía en ese momento. Sabía que permitir que esto llegara tan lejos antes de que concluyera su divorcio me convertía en un completo idiota, pero no había podido detenerme. Y tenerla, besarla, follarla y estar así a su lado lo dejaba claro. El problema ahora era que no estaba seguro de que mi corazón pudiera soportar que esto fuera todo lo que tuviéramos. No sabía si la creería si me decía que me esperaría. Aunque no había sido el plan antes, necesitaba que lo fuera ahora. A la mierda todo lo demás.

El teléfono sonó demasiado temprano, pero había avisado para que nos llamaran un poco antes de lo necesario por si acaso, y me alegré. Nicole seguía frotando el culo contra mi erección, y pensaba aprovecharlo.

—Mmm... Qué gusto —dijo, moviendo las caderas cuando introduje los dedos entre sus piernas para acariciarle el clítoris.

—Voy a hacer que te guste todavía más —aseguré contra su oreja hundiéndome en su interior. La oí gritar.

—Santo Dios..., Victor.

Me reí entre dientes mientras le mordisqueaba el hueco entre el cuello y el hombro.

—Victor no tiene nada de santo...

Me moví para que se pusiera de rodillas y me incliné desde detrás, sosteniéndole las caderas para acelerar mis embestidas. Quería ir más lento, pero todo lo que concernía a Nicole me sobrepasaba. No podía estar cerca de ella y no acelerar a tope. Se impulsó hacia mí y gemí ante lo que me hacía sentir cada vez que se cerraba a mi alrededor. Le di una palmada en el culo.

—Joder... —dijo, ciñéndome con más fuerza. Estaba muy mojada. Le volví a azotar las nalgas—. Victor...

No podía controlarme más. Le cogí el pelo y lo enrosqué alrededor de mi mano para tirar de ella hacia mí mientras volvía a darle otra palmada. Estaba

seguro de que todas las personas en un radio de treinta kilómetros sabían que estábamos follando, pero no me importaba. Lo único que lamentaba era estar usando un condón. Quería sentir su piel contra la mía. Y lo haría. No sería hoy, pero sí muy pronto. Eso esperaba...

Nos tomamos nuestro tiempo para ducharnos, sobre todo porque me distrajo la forma en la que se deslizaba la espuma por sus curvas y sus pechos al lavarse el pelo.

—Deja de tocarme —gimió cuando la empujé contra la pared—. Voy a llegar tarde.

—A la mierda tu trabajo —dije capturando sus labios. Ella se rio.

—¿Mandarías a la mierda tu trabajo y dejarías de ir mañana si te lo pidiera? —preguntó.

Retrocedí para pasarle la yema del pulgar por el pezón. Ella gimió y me empujó. Yo le sostuve la mirada.

—Me gustaría. Si me lo pidieras, lo haría —aseguré, y lo decía en serio. Si me pidiera que cogiera un día libre, lo haría. Parecía tan sorprendida como yo. Sin decir palabra, se incorporó y me rodeó la cintura con las piernas, aferrándose a mí.

—Estoy dolorida de verdad —susurró—. Muy dolorida. Pero te deseo.

Negué con la cabeza, sosteniéndola en alto.

—No quiero hacerte daño.

Sus ojos azules buscaron los míos.

—¿Lo dejamos para otro momento?

Asentí con una sonrisa. Debió de notar mi inquietud, porque me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

Me observó durante un rato antes de bajar las piernas y darse la vuelta para terminar de ducharse. Me dio un vuelco el corazón. Me sentía fatal. Jamás hacía promesas que no pensaba cumplir. Nunca. Y esa era una que ni siquiera estaba seguro de poder cumplir aunque quisiera. Traté de olvidarlo. No servía de nada pensar en eso ahora. Me encargaría de ello cuando llegara el momento. Tenía que reunirme con Quinn antes de llegar a ninguna conclusión. Pedimos el desayuno y lo tomamos en el camino. Los dos estábamos tranquilos, casi contemplativos, como si aquella excursión nos hubiera cambiado. Y quizá lo hubiera hecho. Cada vez que la miraba, parecía

como si estuviera perdida en sus pensamientos. Con un esfuerzo titánico, no dije nada tampoco.

Nos besamos cuando la dejé en el aparcamiento, y ella me dio las gracias.

—Iré luego por casa de tus padres —dijo—. Tengo el número de tu madre y de Estelle, así que no pasa nada si estás ocupado.

«¿Por qué voy a estar ocupado?», quise preguntar, aunque no lo hice. Me limité a asentir.

—Gracias —susurró mientras salía del automóvil, de espaldas a mí.

—Gracias —repuse bajito. Quise alargar la mano para tocarla, aunque la dejé ir. No estaba seguro de poder ver cómo se alejaba otra vez, así que volví la cabeza hacia otro lado. Creo que los dos sabíamos que había sido algo más que un polvo.

—¿A quién has cabreado? —fue lo primero que me preguntó Quinn al responderme al teléfono al día siguiente.

Había hablado con Nicole por la noche, cuando todavía estaba trabajando, y había notado su voz de cansancio, así que no prolongué la charla. Fue una conversación corta y tierna, aunque no me sentía así, porque después de colgar supe que no podría soportar escuchar su voz otra vez hasta que resolviera el asunto de las fotografías, que era algo que esperaba arreglar hoy mismo.

—Asumo que me lo vas a decir sin tener que amenazar con matarte —respondí. Quinn se rio.

—¿Estás por la zona?

—De hecho, sí —repuse mientras pasaba por delante de la cafetería en la que solíamos encontrarnos—. ¿Nos vemos en el punto de costumbre?

—Llegaré dentro cinco minutos. Lleva el portátil.

La llamada se interrumpió y el *bluetooth* se desconectó, por lo que el sonido de la música clásica comenzó a salir por los altavoces del coche. Giré el volante para dar una vuelta de ciento ochenta grados y volver a la cafetería. Aparcamos a la vez; yo el Jaguar, y Quinn el Mercedes-Maybach S600. Ese hombre había reunido una fortuna explotando a los famosos, y hacía ostentación de los beneficios de forma patente con algunas compras muy extravagantes. Tenía un coche distinto para cada día de la semana y mansiones en tres países diferentes. Cada una de ellas valía más dinero del que yo llegaría a ver en mi vida. Le entregó las llaves al aparcacoches y cruzó

hasta la acera con amplias zancadas que hicieron girar a su paso las cabezas de las mujeres con las que se cruzaba. Era un hijo de puta engreído, y con razón. Su sonrisa se extendía de oreja a oreja cuando me acerqué, y él se inclinó para darme un abrazo.

—Amigo... —dijo.

—Justo cuando empezaba a pensar que el mundo era un lugar pacífico... —dije, alejándome—, va y me llama el propio diablo.

Se rio entre dientes.

—Tengo que mantenerte alerta.

Negué con la cabeza y sonreí mientras entrábamos en la cafetería. Nos dirigimos a la mesa que había en el rincón a la derecha. Siempre nos sentábamos en el mismo lugar. Incluso la ocupaba cuando iba solo.

—¿Tienes alquilado este lugar?

—Básicamente, sí —repuso sonriente. Me di cuenta de que ocultaba algo detrás de la sonrisa, pero no hice preguntas. Quinn observaba la política de contar lo menos posible, y aunque había compartido conmigo algunas cosas de su vida privada, trataba de no ser demasiado amigable con nadie.

—¿Qué tienes para mí? —pregunté después de que cada uno pidiera lo que quería tomar.

Arqueó las cejas mientras se acomodaba en el asiento y se llevó el vaso de agua a la boca.

—¿Cuántos clientes tienes ahora?

Le encantaba jugar al gato y al ratón antes de repartir el queso. Revisé mentalmente los casos abiertos, sabiendo que no iba a darme una historia sobre ninguno que fuera agua pasada. Él sabía en qué divorcios de gente conocida estaba trabajando. Con el seguimiento que hacían los medios de comunicación, era imposible otra cosa. El brillo que vi en sus ojos me hizo sentir incómodo, y entrecerré los párpados un poco.

—Hoy no estoy de humor para juegos. Las fotos que me enviaste el otro día no significaban nada.

Su expresión se volvió más seria tras poner el vaso de agua en la mesa.

—¿Cuánto vale para ti Nicole Lane?

Se me detuvo el corazón. Lo miré fijamente durante un buen rato.

—Se llama Nicole Alessi, y no le he puesto precio. —Hice un pausa, agobiado por la situación por una vez—. ¿Vas a sacar una historia sobre ella?

—Todavía no. Sabía que era tuya, así que antes quería decírtelo.

«Mía». Estaba claro que no sabía de la misa la media si se mostraba tan despreocupado. Mi intención era que siguiera siendo así. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un USB que dejó sobre la mesa para deslizarlo hacia mí.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Imágenes comprometedoras.

Noté un nudo en la garganta y tragué saliva para hacerlo desaparecer. No quería preguntar qué tipo de imágenes eran. Recogí el USB y lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta. Al instante, fue como si empezara a arderme el pecho en ese punto.

—¿Cómo lo has conseguido?

Quinn me miró fijamente.

—Ya sabes cómo obtengo mi información.

—¿Quién está comprando esto?

—Sabes que no puedo darte una fuente.

Una ira lenta y ardiente comenzó a recorrer mis venas.

—Esto no es... —Me interrumpí cuando la camarera puso los platos sobre la mesa—. No puedo permitir que anden comprando fotos de ella desnuda en este momento.

—No solo aparece ella desnuda —informó mientras cortaba un trozo del filete, haciendo que yo casi me atragantara con el mío.

—¿Qué?

Quinn asintió muy despacio.

—Quería que fueras el primero en saberlo.

—¿Quién más ha visto esto? —pregunté al tiempo que sacaba el dispositivo USB del bolsillo y cogía el portátil del maletín.

—No lo sé —repuso, encogiéndose de hombros—. Por lo que sé, he sido el único. Por lo general, soy la primera persona a la que recurren con cosas como esta.

Inserté el USB y esperé a que se cargara. Ni siquiera tuve que hacer más grandes las imágenes para que la ira volviera a inundarme de una forma todavía más intensa. Notaba como si me ardieran las orejas. No cabía duda, estaba viendo a Nicole semidesnuda sentada delante de Gabriel Lane. En la imagen siguiente, ella tenía la cabeza inclinada hacia atrás y él los labios en su cuello. Sentí que me subía la bilis por la garganta. No había esperado que me molestara tanto como lo hacía, pero cuanto más miraba la imagen, más

me ardía la sangre. Sabía que se trataba de su exmarido. Que ahora Nicole estaba conmigo —más o menos—, y aun así, ¡joder!, me dolía verla con él. Dolía saber que sus labios, unos labios que me pertenecían, habían estado sobre los de él quizá solo unas semanas antes de que estuvieran sobre los míos.

En la imagen siguiente, miraba a la cámara con expresión de sorpresa. Y, en la siguiente, se había levantado y se abrochaba la blusa. Me sentía enfermo. Enfermo físicamente. Se me estaba revolviendo el estómago por el disgusto. Se trataba de fotos con mucho grano, sin duda hechas con un móvil, pero se trataba de ella. Eran sus curvas y sus tetas perfectas, y esa increíble boca suya. Respiré hondo. Tenía que dirigir mis pensamientos en otra dirección o acabaría vomitando.

La siguiente imagen era una en la que aparecía conmigo en el balcón de su casa. Se parecía a la que me había enviado Quinn, pero se notaba menos grano, era más nítida. Desde el ángulo en el que la habían hecho, parecía que estábamos besándonos, sin duda. El corazón se me aceleró al mirarla solo por ver su expresión mientras me observaba. También me inquietaba la forma en la que yo la contemplaba a ella. Como si no hubiera en el mundo nada más importante que nosotros. Cualquier persona que tuviera esa imagen en sus manos pensaría que teníamos una relación, un lío, un rollo... Si se apoderaba alguien de ella, ni siquiera tendría sentido negarlo. Nadie lo creería. Me aclaré la garganta.

—Compraré todas las copias de esta. Cada puta copia. Y te daré una propina si me dices quién ha sido tu fuente.

—Vic, ya sabes que...

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Q?

Suspiró pasándose la mano por la cara.

—Es el tipo de cosas que quiere ver la gente. Es una pasada. Se supone que se van a divorciar, y han aparecido juntos por todas partes, y ahora estas fotos... Es el tipo de hechos que hace estallar la red.

Apoyé los codos sobre la mesa y hundí la cara entre las manos, cerrando los ojos para tratar de olvidar la imagen de Nicole medio desnuda frente a otro hombre. Tenía que considerarla mi cliente, no la mujer con la que sentaría la cabeza sin pensármelo dos veces. No la mujer con la que había tenido las relaciones sexuales más significativas de mi vida. Porque eso habían sido: significativas y ardientes como el infierno.

—¿Qué pasa entre tú y Nicole? —preguntó Quinn, haciendo que levantara la cabeza—. Entre tú y yo.

—Entre tú y yo, quiero que me digas quién es tu puta fuente y que me ayudes a conseguir que esas imágenes desaparezcan —dije, cerrando el portátil.

Me estudió durante un rato.

—¿Las tuyas o todas?

—Cada una de ellas —concreté entrecerrando los ojos.

Quinn sonrió.

—Esta chica es especial.

—No empieces con esas mierdas, Q. No tengo tiempo para tonterías.

—No te estoy juzgando. Es preciosa —dijo, levantando las manos.

—Guárdate tus putas opiniones. Me está costando mucho digerir que otras personas hayan visto esto. Y no creo que quieras que nadie se entere de quiénes son todas las mujeres casadas que has estado frecuentando. Seguramente sea mejor que mantengamos esto entre nosotros —amenacé—. Al menos por ahora.

Abrió mucho los ojos, pero su sonrisa no desapareció. La razón por la que Quinn y yo nos entendíamos tan bien era que nos respetábamos el uno al otro, y sabíamos que no nos tirábamos faroles. Los dos éramos despiadados. Le daríamos una buena paliza a cualquiera que se interpusiera en nuestro camino, daba igual quién fuera.

—No entiendo por qué no vienes a trabajar conmigo —dijo.

Me reí ante la idea, aunque recobré la seriedad con rapidez.

—Uno de los dos habría muerto al final de la primera semana. Ahora dame el nombre de ese cabrón, y, cuando lo hayas hecho, voy a necesitar un favor de un amigo común.

NICOLE

Por lo general, no era de esas mujeres que les daban vuelta a las razones que podía tener un hombre para no haber llamado después de tres días, pero si se trataba de Victor, solo podía pensar en eso, en especial porque era el tipo de hombre que seguía las reglas al pie de la letra. Había hablado con él después de pasar juntos la noche del sábado, y se le notaba ocupado cuando llamó, por lo que ni siquiera la llegué a considerar una conversación de verdad. Durante el fin de semana, se había estropeado la mitad del guardarropa de la filmación, por lo que —por suerte— había estado demasiado ocupada los días siguientes, trabajando frenéticamente con dos costureras, para preocuparme por él. Sin embargo, cuando llegué a casa y sumergí las manos en agua helada porque me dolían de tanto coser sin parar, solo pude pensar en él. Por fin, sonó el móvil poco después de llegar; era él. Casi derramé el agua helada por todas partes al tropezar para responder.

—Hola —me saludó. Oír su voz hizo que contuviera la respiración un momento.

—Sin duda te gusta seguir al pie de la letra la regla de los tres días —dije. Se mantuvo un momento en silencio.

—Lo siento. He estado ocupado.

—Sí, yo también.

—Ya me dijo mi madre que dejaste allí el coche hasta el lunes por la mañana porque saliste de trabajar demasiado tarde para ir a buscarlo —comentó—. Necesito que te pases por el bufete cuanto antes para firmar los documentos finales y resolver el divorcio de una vez. ¿Tienes un hueco por la mañana? —Su voz era seria y profesional. Típica de Victor. Suspiré.

—Claro. ¿A qué hora?

—¿A las nueve?

—Allí estaré.

—Vale —repuso, haciendo una pausa para aclararse la garganta—. Y... ¿cómo te encuentras? ¿Va todo bien?

Hice una mueca. No podía verlo, pero actuaba de una forma muy rara. Lo

atribuí al miedo que le daba que pudieran grabarle las conversaciones. Aquel hombre se creía que era Richard Nixon o algo así.

—Estoy bien. Nos vemos mañana, Victor.

—Estoy deseándolo, Nicole. —La manera en la que lo dijo hizo que me diera un vuelco el corazón. Quizá solo estaba preocupándome sin motivo. Todo iba sobre ruedas. Estábamos bien, y acababa de decir que estaba deseando volver a verme.

Al despertarme a la mañana siguiente, me dolía todo el cuerpo. Las manos, la cabeza, la garganta, y, además, estaba segura de que tenía fiebre. Apenas podía abrir los ojos, y cuando por fin lo conseguí me di cuenta de que eran las nueve menos veinte e iba a llegar tarde. Llamé a Marcus antes de ducharme; era imposible que pudiera conducir en este estado. En el momento en el que terminé de prepararme, él me estaba esperando fuera. Me miró boquiabierto al acercarme.

—Pareces cansada.

—Gracias —murmuré. Al menos había encontrado una forma amable de decirme que parecía una mierda—. Tenemos prisa, y cuanto antes estemos allí, más rápido podré volver para meterme en la cama.

—De acuerdo.

No intentó mantener una conversación, lo que resultó una sorpresa agradable. Y, por una vez, me alegré del completo silencio que reinaba en el coche, algo que, creía, era sorprendente incluso para él. Me miró de vez en cuando por el retrovisor, sin duda para asegurarse de que me encontraba bien, pero estaba demasiado ocupada sonándome y evitando que los mocos me salieran disparados para todas partes. De hecho, al detenerse delante del edificio donde estaba el bufete de Victor, Marcus parecía realmente preocupado.

En cuanto nos detuvimos, los *paparazzi* rodearon el coche.

—¿Qué demonios ha ocurrido ahora? —pregunté. La voz me sonaba nasal incluso a mí misma.

—Quédate dentro del coche hasta que te abra la puerta. Te ayudaré a pasar entre ellos —dijo Marcus.

Hice lo que me decía y mantuve la cabeza gacha mientras me acompañaba hasta la puerta principal. Ni siquiera logré entender sus preguntas debido al latido que me resonaba en los oídos, pero capté el nombre de Victor, lo que me hizo sentir todavía más confusa.

—¿De qué hablan? —le pregunté a Marcus antes de enterrar la nariz en el pañuelo.

Él frunció el ceño.

—No he comprendido ni una sola palabra.

—Yo tampoco.

Cuando salí del ascensor, Grace me miró con los ojos como platos y boquiabierto. La última vez que me había dirigido esa expresión fue cuando comenzaron a circular rumores sobre mi divorcio. Sonreí y la saludé con la mano mientras seguía avanzando por el pasillo sin detenerme, porque incluso aunque tuviera tiempo para sus tonterías, no tenía ganas de lidiar con ellas. Marcus se quedó atrás, pero yo me acerqué a la puerta del despacho de Victor y llamé con los nudillos. Se abrió y salió Corinne, que me miró de arriba abajo con una sonrisa.

—Está hablando por teléfono, pero puedes entrar.

—Gracias —dije pasando junto a ella.

Estaba tan nerviosa que notaba el corazón acelerado. Había estado allí dentro un millón de veces, pero esta parecía diferente, aunque no adivinaba por qué. ¿Era por lo que compartíamos ahora? ¿La situación se volvería rara? ¿Sería extraña para mí? ¿Incómoda, quizá? Habíamos mantenido relaciones sexuales, sí. Como en el pasado, pero no era como antes. Parecía más. Vibraba algo entre nosotros incluso antes de que hubiéramos tenido sexo, algo que era más importante. Y él me había dicho que tenía que firmar los documentos finales. Para resolver el divorcio de una vez.

Victor se enderezó en el sillón en cuanto me vio. Me recorrió el rostro con los ojos, luego sus pupilas vagaron por mi cuerpo en una lenta caricia que me hizo contener el aliento. Al parecer, que don Perfecto me viera sin maquillar y en sudadera daba igual, porque me estaba repasando de la misma manera que cuando llevaba un vestido ceñido. Me dejé caer en la silla, frente a él, y apoyé los brazos en la mesa para recostar en ellos la cabeza, con la esperanza de que eso apagara el martilleo que me resonaba en las sienes. Porque, a pesar de lo mucho que me gustaba ser objeto de su atención, me sentía demasiado enferma y agotada.

—Te devolveré la llamada más tarde —dijo por teléfono antes de colgar. Escuché el chirrido de la silla de cuero cuando se puso en pie, y sentí su mano en el pelo en el momento en que empezó a peinármelo con los dedos. Gemí un poco—. ¿Qué te pasa? —preguntó en voz baja agachándose a mi

lado.

—Creo que me has contagiado lo que tenías —sollocé. Me estremecí.

Dejó de mover la mano. Levanté la cabeza al tiempo que él se incorporaba.

—Has debido decírmelo... Habría ido a tu casa...

—Quizá si me hubieras llamado... —le recriminé. Cerré los ojos un instante para recuperar la compostura. ¿Qué tenía este hombre que hacía que me volviera a sentir una adolescente?—. Terminemos con esto de una vez... quiero volver a la cama.

Suspiró y se sentó a mi lado en lugar de regresar detrás del escritorio. Estuvo callado tanto tiempo que, sin querer, me quedé dormida en la silla. Cuando desperté, había empezado a hablar.

—Lo siento mucho —murmuré, parpadeando con rapidez—. Por favor..., ¿puedes darme lo que tenga que firmar?

—Debería haberte llamado. Lo siento. Es solo... —Hizo una pausa para respirar hondo mientras me miraba con una expresión dolida—. Solo esto.

Me entregó un papel similar al que habíamos revisado en el pasado. Lo firmé y se lo devolví. Cuando lo hice, me sostuvo la mirada. La seriedad que vi en sus ojos hizo que se me detuviera el corazón.

—Nicole, tenemos que hablar...

Una serie de posibilidades pasaron por mi mente en una fracción de segundo, y si no hubiera estado a punto de llorar por lo enferma que me sentía, lo habría hecho por lo que estaba insinuando. Cerré los ojos. Ese tipo de palabras nunca eran buena señal. Los *flashbacks* de lo que había ocurrido la primera vez inundaron mi mente. «No podemos volver a hacerlo», había dicho entonces. Si lo decía ahora... Dios, si lo dijera ahora no sabría qué hacer, qué decir ni cómo reaccionar.

—¿Sobre qué? —susurré.

—Sobre esto. Sobre nosotros. —Su voz era firme, aunque su mirada parecía estar llena de angustia, y supe que tampoco le emocionaba el tema de la charla.

Tragué saliva, aunque me dolió.

—¿Estás tomándome el pelo?

—Ojalá... —repuso con un suspiro. Se inclinó hacia el escritorio y colocó delante de mí algunas fotos. Entrecerré los ojos para mirarlas, y me dio un vuelco el corazón al ver una en la que estaba en la cama con Gabe. Había sido aquella noche que me emborraché, cuando la chica nos había

interrumpido... La muy zorra.

—No ocurrió nada —aseguré, mirándolo. Habían sido hechas antes de que mantuviera una relación con él, así que no tenía obligación de explicárselas, pero aun así sentía la necesidad de hacerlo—. Es decir, nos besamos, pero no pasó nada más.

Cerró los ojos un instante y suspiró. Cuando los abrió de nuevo, parecía tan desgarrado como para tomarse un tiempo para pensar.

—Nicole..., no importa. No es por eso.

Hizo una pausa, alargó la mano y dio la vuelta a otra imagen. Era una fotografía en la que aparecíamos los dos en el balcón de mi casa nueva. Antes de que firmara el contrato de alquiler. Precisamente el día que lo había hecho. Levanté la vista y busqué sus ojos. Era la razón por la que teníamos que hablar. La sensación de que todo se hundía a mi alrededor amenazó con destrozarme. Su mayor terror cobraba vida. Nos habían pillado y ahora cualquier cosa que se dijera sobre él, sobre nosotros, sobre este caso, le perjudicaría cuando llegara el momento de que lo hicieran socio. De su ascenso. ¡Maldición!

—¿Podemos hacer que desaparezcan? —pregunté con un graznido.

—Estoy en ello. Créeme, estoy en ello. Esas de ahí —continuó, señalando las que nos habían hecho a Gabe y a mí— no verán nunca la luz del día. — Luego hizo un gesto hacia las nuestras—. Sin embargo, esas, lamentablemente, ya están circulando. Mi contacto no pudo evitarlo. Estoy intentando llegar al fondo del asunto.

El corazón se me detuvo una vez más.

«Solo estábamos divirtiéndonos», seguí diciéndome a mí misma para contener las lágrimas, porque a pesar de haber pasado por esto una vez antes, ahora parecía diferente. Más personal. Separarnos no era... correcto. No me sentía un poco triste por ello: me sentía como si me hubieran puesto una roca gigante en el pecho, aplastándome el corazón.

—No podemos volver a vernos —susurré, mirándolo a los ojos—. Lo entiendo. Ha sido solo un incendio que teníamos que apagar... Y lo hemos hecho.

Me limpié la nariz con el pañuelo de papel que llevaba en la mano.

Pero no lo entendía. No lo entendía en absoluto, y sentía la profunda necesidad de llorar. Estaba perdiendo a Victor. Lo estaba perdiendo y no podía evitarlo de ninguna manera porque había unas fotos de nosotros dos

circulando por todas partes. Una prueba de lo que había entre nosotros. Algo que podía destrozar su carrera y estropear mi divorcio. Esperaba sentir algo cuando termináramos..., y así era. Sin embargo, aunque la última vez me había sentido herida, ahora era mucho peor.

Estaba aniquilada.

Nunca había esperado encontrar a otro hombre tan pronto después de terminar con Gabe. No lo había pensado. Me había propuesto divertirme, dedicarme a mí misma. Y lo había hecho. Pero tampoco esperaba que mi vida y la de Victor volvieran a colisionar, ni que me sintiera tan unida a él.

—Nicole, por favor no hagas eso... —me rogó en voz baja y con una mirada suplicante—. No menosprecies lo que tenemos.

Parpadeé, tratando de contener las lágrimas que estaban a punto de desbordarse. Parpadeé de nuevo al notar que una se me escapaba entre las pestañas. Me la sequé con rapidez.

«No menosprecies lo que tenemos».

—Vale —susurré al tiempo que me levantaba de la silla. Cogí una de las fotos y la metí en el bolso—. Ya sé cómo va esto. Espero que sepas que, incluso con esas imágenes, lo negaré todo. No tienes que preocuparte por mí. Jamás haría nada que pusiera en peligro tu trabajo.

Se levantó y me cogió la muñeca con fuerza. Me zafé de sus dedos con rapidez. No soportaría que me tocara en este momento. Cuando estaba tan dolida. Abrió mucho los ojos, y noté que relajaba los hombros un poco.

—Lo siento. Si las circunstancias fueran diferentes...

—Deja de disculparte, ¿vale? Está bien —lo interrumpí—. Ya he pasado por esto. Ya he tropezado con esta piedra, ¿recuerdas?

—No tiene gracia, Nicole —me reprochó con expresión seria. Bajé la cabeza sin querer mirarlo más.

—He aprendido a esquivarla.

A pesar de lo débil que me sentía, empecé a andar hacia la puerta, y él me siguió. Me retuvo sujetándome por los hombros, seguramente porque me vio tambalearme un poco. Incliné la cabeza para mirarlo y maldije a mi pobre corazón por su reacción cuando me di cuenta de que nuestras caras habían quedado muy cerca.

—Por favor, no me toques —susurré.

—No puedo dejar de hacerlo —repuso él, apoyando la frente en la parte de atrás de mi hombro.

—Ya aprenderás.

Salí del despacho y oí sus pasos detrás de mí. Cuando llegué a donde estaba Marcus, apenas podía conseguir que mis piernas continuaran moviéndose. Casi me lancé a sus brazos para que me guiara. Y, gracias a Dios, lo hizo.

Giré la cabeza y vi a Victor en el pasillo, con las manos en los bolsillos, más destrozado que nunca. Intenté sonreír, traté de asegurarle que estábamos haciendo lo correcto, pero no encontré energía para hacerlo. Dejé que Marcus me llevara de vuelta al coche y luego a casa. De camino, recibí una llamada de Meire, que respondí de inmediato, lo que hacía rara vez.

—He visto las fotos —dijo a modo de saludo—. ¿Estás llorando?

—No —sollocé—. Estoy enferma.

—Ven a casa y quédate aquí. No deberías estar sola en este momento.

—Vale —dije, y acepté ir por allí más tarde, después de ducharme y echarme una siesta en casa. Necesitaba estar sola durante un rato. Necesitaba tiempo para procesar lo que había ocurrido.

Más tarde, esa misma noche, cuando ya había anochecido, me sobresaltó un fuerte golpe en la puerta. ¡Mierda! ¡Mierda! Se suponía que debía ir a casa de mi padre. Revisé el móvil y vi las llamadas perdidas de Meire y de mi padre mientras me acercaba a la puerta para abrirla. Victor estaba de pie al otro lado del umbral. Vestía vaqueros, una gorra de los Dodgers y una sudadera con capucha. Sabía que era él porque lo reconocí, pero apenas se le podía ver la cara con lo que llevaba en la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con un susurro. El graznido que emití me indicó que estaba empeorando.

Levantó una bolsa.

—Sopa.

Cerré los ojos y di un paso atrás para que pudiera entrar.

—¿No lo habíamos dejado? ¿O me lo he imaginado? —pregunté al tiempo que cerraba la puerta y lo seguía por el pasillo.

Bonnie se puso a saltar sobre las patas traseras y a mover la cola al verlo. «Perrita estúpida». ¿No había visto que me había pasado una hora llorando por él? ¿Por qué era ahora tan amable con Victor?

—Ponte cómoda mientras la caliento —dijo rodeando la isla de la cocina.

Sacó la sopa de la bolsa sin que yo dejara de mirarlo. Estudié su rostro ahora que se había bajado la capucha: los planos cincelados de su mandíbula, la barba incipiente, el pelo castaño que se rizaba bajo la gorra de béisbol,

aquellos iris color avellana que hacían que se me debilitaran las rodillas, los largos dedos con los que abría la tapa del recipiente de plástico... Cada segundo que pasaba, me dolía un poco más el corazón. Me di la vuelta y salí de la cocina. Opté por sentarme en el salón y encender la televisión. Quizá si tenía una distracción, no me dedicaría a pensar en lo bien que estábamos juntos y lo mucho que estábamos perdiendo.

Victor regresó al poco rato con un plato de sopa y un vaso de zumo de naranja. Se sentó a mi lado, puso el zumo y la servilleta con dos pastillas azules en el centro de la mesita del café y se volvió para mirarme. Estaba a mi lado.

Podía oler el aroma de su gel de baño y del champú.

Lo tenía tan cerca de mí...

Podía ver las chispitas marrones de sus ojos verdosos.

Demasiado cerca...

Casi podía saborear sus labios. Tragué saliva y me encogí ante el dolor. Cuando levantó una cucharada de sopa para que me la tomara, abrí los ojos de par en par.

—No puedes dárme la tú —susurré. Las líneas de su frente y la mirada que me dirigió me dijeron que se sentía abatido.

—Por favor, Nic —suplicó con un susurro. Nunca lo había oído rogar, y verlo así hizo que se me contrajera el pecho y que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—No puedo, Victor. Es todo o nada, y sabes que no puede ser todo.

Dejó la cuchara en el cuenco mientras cerraba los párpados.

—Puede ser —aseguró, volviendo a abrir los ojos—, solo que no ahora.

—Y lo entiendo.

—En serio... Esto... No ha sido solo diversión —continuó.

—Lo sé. —Tragué saliva—. Pero tenemos que mantener la distancia. Que estés aquí no ayuda nada.

Asintió lentamente.

—Es que no podía... —suspiró—. Quería asegurarme de que estabas bien.

—Y lo estoy, Victor. Estoy bien. Estaré todavía mejor, pero no puedes estar aquí. No puedes rechazarme y decirme que este no es un buen momento y luego aparecer por mi casa con sopa. Aunque soy fuerte, tengo sentimientos, ¿sabes?

«Unos sentimientos que están abrumándome».

—Lo sé. Lo siento —reconoció con un suspiro—. Lo siento mucho.

—Gracias por la sopa.

—De nada. —Hizo una pausa para quitarse la gorra y pasarse los dedos por el pelo—. Ya me voy.

Asentí moviendo la cabeza mientras me miraba.

—Me voy porque es lo más inteligente que puedo hacer —se justificó—. Si fuera un irresponsable, me quedaría.

—Bueno es saberlo... —respondí. Y se fue. Quizá ahora no era el momento, pero algún día habría un futuro para nosotros. Quizá algún día lo conseguiríamos.

«Si fuera un irresponsable, me quedaría».

Cuando se fue, me bebí la sopa, recogí a Bonnie y me dirigí a casa de mi padre. Meire ni siquiera me dejó llamar antes de abrir la puerta y abrazarme.

—Tu padre está muy disgustado. No va a ir mañana al despacho.

Se me encogió el corazón. A pesar de que me daba miedo hablar con él, solté a Meire y fui al estudio, donde sabía que lo encontraría.

—¡Tengo sopa para ti en la cocina! ¡Voy a calentarla! —me gritó mientras se alejaba. No me molesté en decirle que ya había tomado un plato. Podía con otro.

—Gracias. —Me maldije para mis adentros a mí misma, cuando era adolescente, por todas las veces que había hablado mal de ella por casarse con mi padre. No era de las que daban la bienvenida a personas nuevas con los brazos abiertos. Siempre había sido precavida antes de encariñarme con alguien porque había visto a mucha gente sufrir por sus seres queridos, y nunca había querido que me pasara a mí. Menudas ironías tenía la vida.

Golpeé con el puño la puerta de la oficina de mi padre antes de entrar. Estaba sentado detrás del escritorio con la frente apoyada en una mano.

—Hola, papá.

Levantó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¿Qué tal estás?

Me encogí de hombros.

—Como una mierda.

—Nicole...

—Me siento una porquería —me corregí. Nunca había entendido por qué se aceptaba «porquería» mientras «mierda» estaba tan mal vista.

—¿Puedes explicarme esto? Me está costando entenderlas —me pidió,

agitando las fotos en las que yo aparecía con Victor delante de mis narices. Respiré hondo y solté el aire mientras me sentaba delante de él.

—No hay nada que explicar. Hacía viento y estábamos tratando de que el agente inmobiliario no escuchara lo que estábamos diciendo sobre la casa. Nada más.

Arqueó las cejas.

—¿Estás segura?

—Segurísima —insistí. Pero cuanto más me observaba con aquellos intensos ojos azules, más nerviosa me sentía. Cada vez que le mentía a mi padre, era como si estuviera frente a los jueces de la Corte Suprema y tuviera que defender un caso. En realidad, no estaba mintiendo. Ya no había nada entre Victor y yo.

—Vale —se rindió con un suspiro—. Me preocupaba tener que echarlo.

Se me aceleró el corazón. Me incliné hacia delante en la silla, sintiendo de repente que me inundaba una oleada de energía.

—¿Echarlo? ¿Por qué?

—No está bien visto que un abogado se involucre con una clienta. Estoy seguro de que no tengo que explicártelo.

Traté de no poner los ojos en blanco. Había conocido a Meire cuando ella lo contrató como abogado en un tema inmobiliario relacionado con la herencia de su primer marido. No era lo mismo, pero la situación se parecía bastante; mi padre había dicho siempre que su relación no había comenzado hasta después de que finalizara sus asuntos legales.

—Lo sé, papá. Pero, como te acabo de decir, no pasa nada. Somos amigos, nada más. No creo que vayamos contra la ley.

—No. Pero debes mantenerte alejada de él hasta que acabe todo esto. Victor se toma muy en serio el trabajo, y no quiero que nada impida que pueda convertirlo en socio.

—Lo haré.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó de repente.

—No —repuse al instante, y sentí que me dolía el alma al decirlo. Solo tenía que pensar en Victor, su sonrisa y su malhumor.

—Bueno, pues busca a alguien. —Hizo una pausa—. Y mejor que esté soltero. Te vendrá bien a ti también. Dentro de un par de semanas, pienso celebrar una fiesta en honor a Victor para anunciar su nombramiento como socio. —Hizo una pausa—. No es mi intención presionarte, cielo, pero sería

mejor que fueras con algún amigo. Será lo mejor para cerrar bocas. — Sostuvo las imágenes en lo alto—. Será por el bien de todos. Estoy seguro de que Victor llevará a alguna chica, así que no tengo que preocuparme por él. Todos os verán con otras personas y se olvidarán las fotos.

—Lo pensaré —dije.

Y no mentía. Lo iba a pensar. Pero eso no impedía que me doliera profundamente la idea de que Victor saliera con otra mujer. Alguien de quien no tenía que preocuparse por ser irresponsable. Me excusé y salí del despacho; ni siquiera me molesté en tomar el plato de sopa, sino que fui directa a la casita de huéspedes. Me tumbé en la lujosa cama y solté un sollozo antes de quedarme dormida.

26

VICTOR

—¿Por qué la has invitado a tu fiesta de cumpleaños? —le pregunté a mi hermana, que me miraba como si yo fuera idiota. Habían pasado ya un par de semanas desde que había visto a Nicole por última vez; en general, se me estaba dando bastante bien evitarla. La única ocasión en que me puse en contacto con ella había sido a través de Corinne, y había sido para tratar algo relacionado con el divorcio y el acuerdo que tenía con Gabriel para asistir con él a un evento.

—Porque me cae muy bien, y estaba haciendo las invitaciones el día que me reuní con ella para hablar sobre el vestido de novia de Sunny. Has olvidado ya cómo me suplicabas que la llamara para ver si seguía enferma, ¿verdad?

Parpadeé. Eso era lógico. Yo no podía llamarla después de haberle llevado la sopa. Aunque estaba comportándome como una nenaza, era lo suficientemente sincero conmigo mismo como para admitir que oír su voz me destrozaría si no podía tocarla o verla. Estelle agitó ante mi nariz un sobre con mi nombre, arrancándome de mis pensamientos.

—¿Acaso tienes cinco años? ¿Es que eres todavía una cría? ¿Quién cojones reparte invitaciones en papel?

Ella puso los ojos en blanco y me arrojó el sobre por encima de la mesa. Me impactó en el pecho antes de que pudiera atraparlo.

—Si no quieres venir, no vengas. Nadie te ha obligado a actuar como un imbécil ante la chica perfecta para ti.

Solté un suspiro y negué con la cabeza. Tuve que esforzarme para no clavar los ojos en ella. No haber visto a Nicole desde hacía un par de semanas o no haber hablado con ella no era razón suficiente para echarla de menos, pero ahí estaba yo, extrañándola y pensando en ella cada vez que cerraba los ojos.

—¿Cuándo va a ser la fiesta para anunciar lo tuyo? —preguntó Estelle.

Me pasé una mano por el pelo mientras parpadeaba un instante.

—Después de que les digan a todos que me van a hacer socio. ¿Cuándo será la fiesta para anunciar que te has hecho adulta?

Estelle me miró fijamente.

—¿Crees que Nicole irá a esa fiesta?

—Lo dudo. —Esperaba que no.

—¿Irás con otra chica?

Clavé los ojos en mi hermana.

—¿A dónde quieres llegar?

—Solo tengo curiosidad.

—Seguramente iré acompañado, sí. Es necesario que la gente entienda que esas imágenes que circulan por ahí no significan nada.

—¿Y es cierto que no significan nada? —preguntó, arqueando una ceja.

—¿Has terminado ya? —Hice una pausa—. Sé que estás deseando que encuentre al amor de mi vida y todo eso, pero algunos no creemos que el amor sea el objetivo de nuestra existencia.

Era una suerte que se me diera bien mentir.

—Algunos sois idiotas.

—Gracias.

—De nada. —Respiró hondo. Por el tono rojo que estaban adquiriendo sus orejas, supe que esto le irritaba. Intenté no sonreír. Era muy divertido verla enfadada—. No importa. Incluso creo que será mejor que ella acuda y que tú vayas con alguien. A fin de cuentas, está saliendo con un tío que está muy bueno.

Hasta que no me pareció nada divertido que se enfadara.

—¿De qué chico estás hablando?

Se encogió de hombros.

—De uno llamado Brent que vive cerca de su casa. En realidad, es muy conveniente todo... —soltó con una sonrisa cada vez más grande—. Han salido un par de veces. Me ha confesado que tiene un cuerpo increíble. Es decir, no solo me lo ha dicho, lo he comprobado yo misma; me ha enseñado una foto.

Sentí como si no tuviera suficiente espacio en mi cuerpo para que cupiera el aire que necesitaba. Apreté los dientes, tratando de controlar la ira y reprimir todas las palabras, porque lo último que necesitaba era darle munición. Pensé en todos los casos que tenía sobre el escritorio mientras miraba a mi alrededor, escudriñando cada rincón de la cafetería.

—Mejor para ella —solté cuando pensé que podía hablar sin que pareciera que quería asesinar a ese tipo, fuera quien fuera.

—Eso es lo que pienso yo —dijo mi hermana antes de levantar la taza de café y tomar un sorbo. Concentré los ojos en sus manos manchadas de pintura. Estaba deseando salir de allí—. Creo que es productor o algo así.

Solté el aire. ¿Qué cojones estaba haciendo Nicole? ¿Qué-co-ño...? ¿Estaba ignorando el hecho de que no podíamos estar juntos únicamente en este momento? ¿De verdad estaba saliendo con alguien? Me envolvió una sensación de *dejà vú*... La primera vez que le dije que teníamos que dejar de vernos, siguió adelante con su vida, conoció a otro hombre y se comprometió con él tres semanas después.

¡Menuda putada!

—Como te he dicho, mejor para ella —repetí.

Estelle sonrió al tiempo que se levantaba.

—Tengo que impartir clase dentro de veinte minutos. Avísame si vienes a la fiesta.

—Evidentemente, voy —dije antes de inclinarme para besarla en la mejilla.

Me puse a abrir el sobre mientras me alejaba, pero cuando leí la invitación, mi hermana ya estaba demasiado lejos para que le dijera algo. Una fiesta de disfraces. Iba a cumplir veintiocho años y pensaba celebrarlo con una fiesta de disfraces. Por mi parte, odiaba las fiestas temáticas. Me obligaban a salir para comprarme ropa especial, gastar dinero en esos conjuntos en vez de ponerme lo que ya tenía en el armario. ¿Una puta fiesta de piratas? ¿En serio?

—Tiene que ser una coña... —murmuré, guardando la invitación en el sobre para después tirarla sobre el asiento trasero. A Oliver le iban a pitar los oídos cuando lo viera el domingo. Iba a tener que comprarme algo *online*. Una vez que estuviera esa parte resuelta, ya vería a quién iba a llevar como acompañante a la fiesta que darían los del bufete para mí. Era en mi honor, y ya estaba temblando. En circunstancias normales, llegaría y agradecería su ayuda a todos los que me habían echado una mano para llegar allí. Pero en circunstancias normales, Nicole iría de mi brazo y podríamos estar juntos abiertamente. En circunstancias normales, ella no estaría saliendo con un productor llamado Brent.

Unos días más tarde, seguía sin poder dejar de pensar en ello, y me di cuenta de que estaba quedándome sin opciones, que era algo que no me gustaba nada. No era el tipo de hombre capaz de sentarse a esperar los golpes. Me gustaba ser el que los daba. Sabía que no era correcto, que no era precisamente profesional, pero no estaba en el negocio para enfrentarme a lo

que viniera. Si Nicole quería salir con otros hombres, no podía detenerla. De hecho, lo apreciaba. De esa forma, desviaba el centro de atención y dejaba de serlo yo, al menos por el momento. Así podía encargarme de los asuntos pendientes.

Durante dos semanas me había limitado a esperar a que se calmara la situación, y William me había dado algunas palmadas en la espalda mientras creía que la historia que circulaba sobre su hija y yo había sido una invención de la prensa. Había sido fácil fingir delante de él, perderme en el trabajo, reunirme con clientes, examinar los casos, acudir a los tribunales, defenderlos y cerrar los expedientes. Estaba en modo piloto automático. Bueno, no: en realidad había vuelto al punto donde estaba antes de que Nicole se cruzara de nuevo en mi vida. Volvía a ser yo. La diferencia era que me había convertido en una versión infeliz de mí mismo. Intenté ponerme en contacto con el idiota de Darryl Cusack, que había resultado ser la fuente que Quinn me había dado para las imágenes filtradas, pero no había respondido a ninguno de mis mensajes. Estaba claro que aquel tipo no quería que lo encontrara. Gabriel Lane era mi último recurso, y no tenía intención de jugar esa carta si podía evitarlo. El último y desesperado paso para no tener que recurrir a Lane sería dar material a los fotógrafos de Quinn.

Les diría dónde estaba, y permitiría que me hicieran las fotos que buscaban. El día después de llegar a un acuerdo con ellos, recibí una llamada de uno para informarme de que Darryl estaba comiendo en un popular restaurante italiano de West Los Ángeles, así que me dejé caer por allí con una vieja amiga, Jessica. Era la clase de amiga a la que solía recurrir para acudir a las citas en grupo, una de aquellas a las que mi hermana no soportaba, pero también se sentía decaída por algo, algo que no me importaba. En cuanto le dije que habría *paparazzi* por los alrededores, estuvo de acuerdo en acompañarme. Era propietaria de una peluquería, así que imaginé que lo consideraba bueno para su negocio. Se me ocurrió que en cuanto tuvieran fotos en las que aparecía con otra mujer, los reporteros pasarían de mí y enterrarían la historia con Nicole. ¿Acaso a alguien le gustaban las noticias pasadas?

Jess y yo fingimos desde que llegamos, cogidos de la mano, besándonos en la puerta del restaurante mientras ella se reía de un comentario estúpido que había hecho sobre haber pisado un chicle y que no era capaz de inclinarse para quitárselo del zapato por la corta longitud de su vestido. Básicamente

escenificamos todos los tópicos de una pareja que tenía una cita. Y odié cada segundo. No me gustó sentir sus labios contra los míos. No quería cogerle la mano. Era algo... que estaba mal. Ni siquiera se me había ocurrido explicarle a Nicole lo de las fotos, pero esperaba que no las viera nunca. Y, si lo hacía, pensaba que tendría el suficiente sentido común como para saber que se trataba de una charada, y que lo había escenificado todo por su bien.

Desde mi silla, tenía una vista perfecta de la mesa de Darryl. Estaba allí con una conocida actriz y un par de amigas suyas. En el momento en que lo vi levantarse para ir al cuarto de baño, me disculpé e hice lo mismo. Cuando llegué allí, mi amigo Sergio, uno de los camareros del local, me entregó unos guantes, y le pedí que bloqueara la entrada del baño con un cartel de «Fuera de servicio». Esperé a que saliera Darryl del cubículo y me puse los guantes. Luego me di la vuelta para cerrar la puerta. Él se detuvo en seco al verme.

—¿Sabes lo que más aprecio de ti, Darryl? Que te mantengas fiel a ti mismo —comencé. Saqué una pelota de béisbol del bolsillo de la chaqueta y me puse a lanzarla y atraparla con suavidad—. No sé si lo sabes, estoy seguro de que sí porque parece que me has cogido cariño —arqueé una ceja—, y me siento halagado, aunque no sea de tu equipo. —Negué con la cabeza—. Antes de dedicarme a los divorcios, trabajaba en derecho penal. Fueron solo un par de años. —Incliné la cabeza a un lado, como si estuviera pensando en ello—. Pero en ese tiempo me granjeé la confianza de muchos criminales. Gente que no creerías que conozco. No tengo que decirte cómo son esas personas, y estoy seguro de que no tengo que contarte lo lejos que puede llegar esa gente para que te asegures de que sigue fuera de la cárcel. —Hice una pausa para lograr un efecto más dramático.

—¿Cómo has...? Esa es mi... —comenzó, frunciendo el ceño mientras miraba la pelota que tenía en la mano. Sabía que era la que guardaba en el despacho de su casa, de donde la habían cogido.

—Así que esto es lo que vas a hacer... —dije. Parecía más preocupado por la pelota que asustado, y no me quejaba. No quería que tuviera miedo. La gente aterrada acudía a la policía. Los que estaban nerviosos se iban a la cama con sus secretos—. Vas a decirles a los fotógrafos que has puesto detrás de mí y de Nicole que lo dejen ya, y me vas a decir sus nombres. Es todo lo que tienes que hacer. Conseguiré que todo acabe.

Darryl esbozó una expresión burlona, subiéndose las enormes gafas por el puente de la nariz.

—¿A cambio de qué?

—De que no tenga que molestar a algunos viejos amigos que me deben favores, favores muy grandes, para que te hagan una visita.

—No estoy haciendo nada —replicó con firmeza. Sabía que estaba respondiendo a mi farol. Sabía que posiblemente estaba pensando que un tipo honrado como yo era despiadado en el tribunal, pero que los tribunales y la vida real eran cosas muy diferentes. Aprecié plantar la semilla de la duda. Mantuve la calma hasta que se puso a gritar—. ¡Nicole no es nada! ¡No le importa a nadie! ¡Que te jodan! Estás enfadado porque todavía se tira a su ex. ¿Y sabes qué? Lo hará siempre porque tú no eres un actor millonario —soltó, con la cara roja—. Y si quieres fotos jugosas, puedo enseñarte las que le han hecho con su nuevo novio. Esas sí que hacen que las que os hicieron en el balcón parezcan un puto paseo por el parque.

Respiré hondo una vez más, pero el fuego que me ardía dentro era tan fuerte que el oxígeno que inhalaba solo lo avivaba. Por fin, lancé la pelota como hacía cuando jugaba al béisbol con mis amigos, cuando todavía éramos libres. La lancé para que impactara en el espejo, a su lado, y lo destrozara, arrojando astillas de vidrio en todas direcciones. Una incluso me cortó la cara. Sentí el pinchazo, pero no fue lo suficientemente fuerte como para que me importara.

—¡Eres un jodido chiflado! —gritó, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Seguridad!

Permanecí allí quieto, con los brazos cruzados, esperando a unas fuerzas de seguridad que sabía que no iban a llegar mientras aquel tipo pisaba los cristales, con los ojos desorbitados, las gafas resbalándole por la nariz al tiempo que giraba la cabeza en todas direcciones, como si no supiera qué hacer. Por fin, posó los ojos en la pelota. La miró boquiabierto al sacarla del lavabo.

—¿De dónde coño...? —Me miró—. ¿La has cogido de mi casa? ¡¿Has ido a mi casa?! —gritó.

—Jamás se me ocurriría poner un pie en tu propiedad —repose con calma, sintiéndome mucho mejor después del arrebato que me acababa de dar. Y no había estado en su casa ni había llamado a los muchachos para que fueran allí. Había calculado bien los pasos y me había asegurado de que no se pudiera demostrar nada.

—¿Quién diablos te crees que eres? —exigió.

Sonreí. Estaba esperando esa pregunta.

—Estás a punto de descubrirlo —respondí, y me di la vuelta para salir.

Abrí la puerta y lo miré por encima del hombro. Todavía seguía quieto, con la pelota de béisbol de Babe Ruth en la mano.

—Si quieres mi opinión profesional, no me vuelvas a joder.

Salí y les di las gracias a Sergio y Lazaro, que se había unido al primero en el pasillo.

—Perdón por el desastre, muchachos. Ese tipo se volvió loco al ver que no había jabón de manos —expliqué. Los dos se miraron antes de encogerse de hombros. Le entregué a Sergio dos fajos de billetes—. Por favor, dadle esto a Ignacio. Con eso se cubrirán las gastos, y lo que sobre es para vosotros, chicos.

—Es culpa del vino, colega. Vuelve loco a esos viejos —comentó Sergio después de chasquear la lengua. Sonreí mientras me alejaba para regresar a la mesa donde me esperaba Jessica.

—¡Dios! —jadeó al verme—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Me llevé la mano a la mejilla y noté el líquido que me la cubría. Me miré la mano, ahora manchada de sangre.

—Creo que vamos a tener que acortar esta cita.

Asintió con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto. Vámonos. Estoy segura de que tendrán que darte puntos.

En cuanto salimos, había fotografías por todas partes. Lo que no se suponía que era noticia se había convertido en una. Que saliera con otra chica no era noticia. Que saliera con otra chica y que tuviera la cara manchada de sangre, sí. De todas formas, dudaba que publicaran esas imágenes. Yo no era una celebridad.

—Espero que no crean que te lo he hecho yo —dijo Jessica con una risita nerviosa mientras nos subíamos al coche—. Espera, conduzco yo...

La miré de soslayo.

—¿Te has vuelto loca...? ¿Crees que voy a dejarte conducir? Te llevaré a casa.

Protestó durante todo el camino, diciéndome que era un idiota, un imbécil, que no entendía por qué no podía ser más normal y permitía que me llevara al hospital. Cuando me detuve delante de su casa, me había provocado una migraña.

—Jess, he tenido una noche muy dura, así que, aunque espero que no te lo

tomes a mal, quiero que te bajes del coche.

—¿Y qué me dices de la fiesta en el bufete? ¿No se supone que estamos fingiendo que soy tu novia?

Gruñí. Tenía razón.

—Reúnete allí conmigo. Por favor..., búscame. Te pagaré. Te enviaré a una celebridad a la peluquería. No te preocupes. Nos encontraremos allí dentro de dos horas.

Conduje hasta el hospital; me pusieron tres puntos de sutura. Luego aparqué delante del edificio donde estaba el bufete. El corazón me dio un vuelco al ver el conocido automóvil blanco que había junto a la acera.

¿Estaría ella allí?

NICOLE

Cuando Victor llegó a la fiesta, luciendo el aspecto de cada pecado que estaba dispuesta a cometer, traje negro y corbata azul marino, estaba bebiendo la tercera copa de champán. Llegó solo. Sonreí al verlo, pero dejé de hacerlo con rapidez al ver el vendaje que le cubría un lado de la cara. Me dirigí hacia él como un avión con el piloto automático encendido, y solo me detuve cuando recordé que debíamos mantener la distancia. Estaba furiosa conmigo misma, con mi padre, con los medios de comunicación, con Victor. Pasé de sentirme triste y comprensiva a cabreada y desconcertada, como un perro rabioso atado que quiere atacar al cartero. Lo odiaba. Lo odié por hacer que lo anhelara de esa manera. Me odié a mí misma por haber llegado a esa situación. Odiaba todas esas estúpidas leyes que nos impedían estar juntos.

—Te he traído un aperitivo —anunció Brent, acercándose a mí. También a él le quedaban genial el traje y la corbata. Tenía un aspecto muy diferente al que lucía cuando iba a correr, en pantalones cortos, pero no era Victor. Lo había invitado a acompañarme porque, para mi desgracia, no tenía a nadie más a quién recurrir, a menos que se lo pidiera a Marcus, y todo el mundo sabía que era mi guardaespaldas. Nadie se creería de repente que se había convertido en mi novio. Bueno, con mi historial, quizá sí lo pensarán, pero habría resultado muy incómodo para los dos. Brent le quitó el palillo al pincho de tomate con *mozzarella* y me lo puso delante de la boca. Lo mordí y le di las gracias.

Cuando levanté la vista, Victor estaba mirándome, y sentí que se me quedaban sin aire los pulmones. Traté de mirar hacia otro lado sin conseguirlo; me había quedado apresada por sus ojos, y no pude reaccionar hasta que noté el dedo de Brent en la comisura de los labios. Me estremecí y clavé la vista en mi acompañante.

—Tenías un poco de aceite —dijo, secando una gota.

No pude decir nada mientras veía a Victor acercándose a nosotros con los dientes apretados y los ojos entornados. El corazón me dio un vuelco cuando se detuvo delante de mí, y solo pude tragar el tomate y levantar la cabeza para

mirarlo.

—Hola. Enhorabuena —dije.

—Gracias. —Hizo una pausa para mirar a Brent—. Creo que no nos conocemos. Soy Victor Reuben, el abogado de Nicole. —La forma en la que lo dijo, casi como si aborreciera ese hecho, me hizo sentir mariposas en el estómago.

—Brent Thomas. Encantado de conocerte.

Se estrecharon la mano, y lo único que pude hacer fue mirar a Victor a la cara mientras me preguntaba qué pasaba.

—Necesito hablar contigo antes de que te vayas —me dijo—. A solas. En mi despacho.

Estaba segura de que todos los presentes en la sala podían leer en nuestro interior, que habían escuchado la promesa que contenía su declaración, que notaban la tensión que vibraba a nuestro alrededor. Me recorrió el cuerpo lentamente con los ojos, sin importarle nada más, como si no estuvieran mirándonos al menos cuarenta pares de ojos. Mientras estábamos allí, se aproximó una rubia muy alta. Al principio le sonreí, pensando que era una de las esposas florero de los socios del bufete, pero cuando posó las uñas rojas en la cara de Victor y le tocó la mejilla, mi sonrisa desapareció.

Victor apretó los labios ante la expresión que debía de estar poniendo, y se hizo evidente que los dos jugábamos a lo mismo. Un jueguito estúpido, irritante e infantil en el que no tenía ningún interés en participar. Mi vida ya era demasiado caótica entre los medios de comunicación y Gabriel: no necesitaba que esta parte de mi vida también me desangrara. «¿Por qué demonios lo hacía él?». Sabía cuánto odiaba los tejemanajes que había tenido que jugar con Gabe.

—¿Te duele? —preguntó la rubia. Su voz era aguda como pasar un clavo por una pizarra, aunque sabía que solo lo pensaba yo.

—No —repuso él, y quise darle un puñetazo por no apartarse de su contacto.

—No me puedo creer que no hayas permitido que te lleve yo —añadió ella.

—Mi coche no lo conduce nadie —aseguró Vic. Oculté la sonrisa detrás de la copa de champán mientras tomaba un sorbo.

—Te comprendo —intervino Brent, a mi lado—. Una chica tiene que ser muy especial para llevar las cosas a ese nivel.

—A mí me pasa igual. Mi coche solo lo conduce Marcus —intervine,

porque ya no podía quedarme callada.

Marcus, al que tenía que llamar en algún momento para que pillara una Uber y viniera a buscarme. A menos que volviera a casa yo misma en Uber. Brent se rio y me rodeó con un brazo. Al ver la furia con que lo miraba Victor, me sorprendió que este no lo fulminara con rayos láser. Quizá este juego tuviera su punto, después de todo.

—Quizá esta noche sea mi noche de suerte —comentó Brent, haciendo chocar su vaso de agua con una copa de champán casi vacía. Arqueé una ceja, mirando el brindis.

—Quizá sí.

—Ha sido un placer conocerte —dijo Brent a Victor—. Y enhorabuena. Nicky, ¿no me presentas a tu padre?

—Bueno —repose mirando a la acompañante de Victor, a la que todavía no me había presentado. Sin embargo, como ella me sonreía, me sentí obligada a responderle de la misma forma mientras me alejaba. Mi mirada se volvió a ver atrapada por la de Victor—. Hasta luego.

Me puse a revisar el móvil después de presentarle mi padre a Brent, y vi que tenía mensajes de texto nuevos. Eran de Chrissy.

CC: ¿¡¡¡Has visto esto!!!?

Abrí el mensaje e hice clic en el enlace que había adjuntado. Se me revolvió el estómago por el disgusto cuando aparecieron en mi pantalla unas fotos de Victor con la rubia. Salían cogidos de la mano, besándose, riéndose, en una actitud muy cómplice. ¡Y eran de hoy mismo! Sentí que la ola de calor me golpeaba primero los oídos, y luego se extendió con rapidez al resto de mi cuerpo. Era cierto que había salido con Brent unas cuantas veces, pero eso era todo. Solo habíamos pasado el tiempo juntos. Nunca habíamos llegado a besarnos. Lo había rechazado cuando él lo había intentado, añadiendo que estaba pensando en otra persona, porque era así. Había estado demasiado ocupada pensando en Victor, mientras el muy capullo estaba demasiado ocupado por su parte interpretando el papel demasiado bien.

«A menos que no estuviera actuando».

Entrecerré los ojos para buscarlo, y efectivamente, allí estaba, cogido de la mano con la rubia.

«Cogiéndole.La.Mano.A.La.Rubia».

Lo fulminé con la mirada, tratando de conseguir que explotara primero su

cabeza y luego la de ella. Una de las camareras pasó a mi lado con otra bandeja de champán. Dejé la copa vacía y cogí otra llena.

—¿Cuántas van? ¿Cuatro? —preguntó Brent, acercándose a mí. Aunque estaba demasiado enfadada para sonreír, asentí con la cabeza mientras tomaba un sorbo—. Estoy por asegurar que esta podría ser mi noche de suerte, pero no me gusta aprovecharme.

Volví a mirar a Victor; solo veía su ancha espalda, la mano que posaba en el hombro de la rubia, y algo en mi interior se rompió. Respiré hondo, me dirigí al pasillo, débilmente iluminado, y tiré de la corbata de Brent. Lo último que vi antes de que mis labios chocaran con los suyos fue la expresión confusa de su rostro. Por suerte, su beso no tenía nada de vacilante. Le tiré de la corbata con más fuerza, deseando que dejara a un lado al chico bueno y me besara de verdad. Como si me necesitara, pero era moderado, agradable, sus labios eran suaves y su lengua persuasiva. Puse fin al beso y él se echó atrás con una enorme sonrisa. Le brillaban los ojos.

—Qué... inesperado...

Sonreí, tratando de entonarme un poco, y le di otro sorbo al champán.

—Nicole...

Jadeé al oír la voz de Victor. La sonrisa de Brent desapareció cuando se dio la vuelta, limpiándose mi pintalabios de la boca. Victor lo miró y luego clavó los ojos en mí.

—¿Interrumpo algo? —me preguntó. Su voz contenía una tormenta silenciosa que me hizo sentir incómoda.

—No, solo estábamos... hablando —explicó Brent lentamente antes de girarse de nuevo hacia mí y sonreír. Me obligué a mirarlo a los ojos, a devolverle la sonrisa. Que le dieran a Victor. Lo único que podía ver eran sus labios presionando los de esa chica. Me estaba volviendo loca. ¿Por qué? ¿Por qué esa estupidez me hacía perder la razón?

—Es necesario que firmes algunos papeles. No te haré perder demasiado tiempo —explicó Victor, haciéndome una seña para llamar mi atención. Me aclaré la garganta y avancé, pasando al lado de Brent.

—Vas a conseguir que pierda el control —dijo Victor en voz baja y peligrosa andando a su lado. Compuse una sonrisa fingida para quien nos estuviera mirando.

—Eso ya lo he conseguido antes —presumí de camino a su despacho—. ¿Dónde has dejado a tu novia?

—¿Se trata de eso? —preguntó, cerrando la puerta después de que entramos. Inhalé su olor. En su despacho no había otro aroma. Solté el aire y me acerqué al escritorio mientras él se colocaba detrás de mí.

—No, actúo como una niña sin ninguna razón.

—Pensaba que no te ponías celosa —recriminó con dureza.

«¿No quiere que lo esté?».

Bajé la mirada al escritorio que se interponía entre nosotros sin querer verlo a él.

—Yo también pensaba que no te ponías celoso.

Hizo un sonido burlón y, al oírlo, levanté la cabeza. Nuestras miradas se encontraron. La mía era desafiante. Le recriminaba sin palabras que me dejara ir a casa con Brent. Sus ojos parecían contener un reto similar. O algo... Ni siquiera sabía qué. Quizá había bebido demasiado champán, aunque ahora ya sabía que no había alcohol suficiente para apagar el fuego que tenía dentro. Ardía por el contacto de Victor, por sus besos, por él. Un momento después, dio una palmada sobre la mesa, haciendo que me estremeciera.

—Pues al parecer no es así —murmuró. Se aclaró la garganta mientras deslizaba dos documentos por encima del escritorio.

Lo miré boquiabierto, sin poder responder. Solo cogí los papeles y los leí, aunque apenas podía distinguir las palabras.

—Uno expone los términos finales, el otro es un acuerdo según el cual irás a un evento más con Gabriel.

Puse la mano izquierda sobre el folio al tiempo que cogía con la derecha el bolígrafo que me ofreció. Lo apreté con fuerza hasta que noté sus ojos en los míos. Teníamos las caras cerca. Demasiado. Muy cerca. Mi corazón dio un vuelco.

—No vayas, Nic —pidió, con un tono tan tierno que tuve que tragarme el nudo que se me había formado en la garganta.

—Acabo de ver tus fotos con la rubia —anuncié después de humedecerme los labios. Posó la mirada un instante en mi boca antes de volver a subirla a mis ojos.

—Nicole —suspiró al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—. Sabes por qué estoy con ella.

—¿Por los medios de comunicación? ¿Para que la gente piense que no estamos juntos? ¿Para que se olviden de nuestras fotos? —Cada pregunta la

pronunciaba en un volumen más alto que la anterior—. ¿Has olvidado que estaba casada con una estrella?

Apretó los dientes. Clavé los ojos en la tirita que llevaba en la cara.

—No puedo olvidar que has estado casada con una estrella. Me acuerdo de eso cada vez que me doy la vuelta. No eres la única a la que acosan los *paparazzi*.

—¡Oh, lamento que tu vida se haya complicado por mi culpa! —dije, y firmé ambos papeles. Luego dejé caer el bolígrafo fulminándolo con la mirada—. ¿Esto es todo?

Nos miramos de forma retadora. Supe que quería decirme un millón de cosas, pero también sabía que no lo haría, y estaba harta de todo eso. A pesar del estúpido papel que acababa de firmar, no quería que los hombres siguieran actuando como si tuviera que atender sus necesidades. No estaría mal que alguien satisficiera las mías, pero parecía que no había nadie dispuesto a devolverme el favor.

Vi que Victor rodeaba el escritorio hasta detenerse delante de mí. Di un paso atrás, aunque eso no evitó que me enlazara la cintura con un brazo, ni que sus labios se apoderaran de los míos. Me perdí al instante en el beso, en el instante, con nuestros labios en contacto y los corazones apretados uno contra otro. Fue un beso lento, no urgente, pero contenía toda la química de la que carecía el de Brent. La boca de Victor estaba destinada a moldearse con la mía. Estaba destinada a llevarme al límite. Pero no debería. No podía. No podíamos. Y esa certeza fue la que me hizo interrumpir el beso.

—No vayas al estreno —suplicó, jadeando contra mis labios.

—¿Me lo dices como abogado?

Retrocedió un paso al tiempo que se pasaba los dedos por el pelo mientras miraba hacia otro lado. Sentí que el corazón se me hundía al ver que movía la vista desde el suelo hasta el ventanal de su despacho. Por la noche no se veía el océano, pero el sonido de las olas resultaba relajante igualmente.

—No —reconoció en voz baja.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse.

—¿Vas a seguir con la rubia?

—No estoy con la rubia.

Puse los ojos en blanco y saqué el móvil para mostrarle las fotos que me había enviado Chrissy. Tenía que entender lo mucho que me habían dolido.

—Tu lengua en su boca cuenta otra cosa.

—Dios, Nicole... Es una puta foto. Las imágenes cuentan más mentiras que verdades. Tú, sobre todo, deberías saberlo.

—No puedo borrar lo que he visto.

Soltó una carcajada.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—¿Qué quieres decir? —susurré, sabiendo que estaba pensando en las fotos en las que aparecía con Gabe—. Esas fotos fueron hechas antes... ¡Antes de que tú y yo estuviéramos juntos!

—Y esas las han hecho porque estamos juntos —repuso él, señalando hacia la puerta.

Sabía que tenía razón, pero eso no cambiaba nada. A menos que hubiera algo diferente.

—¿Si no voy al evento, cambiaría algo entre nosotros? —pregunté. Cerró los ojos y no los abrió cuando negó lentamente con la cabeza. Cerré también los míos, tratando de digerir el dolor. No pensaba mostrar mi sufrimiento en público. Tragué saliva y me lo guardé todo en mi interior.

—Bueno, pues ya nos veremos por aquí, Vic —musité dándome la vuelta para salir. Fui al cuarto de baño. De camino, le dije a Brent que quería marcharme en cuanto saliera. Esperaba calmarme allí dentro, pero me topé con Grace, que pareció sorprendida de verme.

—Pensaba que te habías ido —me comentó—. ¿Por casualidad has visto a mi padre?

Fruncí el ceño, intentando recordar cuándo había hablado con mi tío. Estaba segura de que había sido cuando estaba tomando la primera copa de champán. Entonces me lo había pasado bien recorriendo la sala y hablando con todo el mundo, presentando a Brent. Luego llegó Victor y todo se volvió borroso. Parecía que él tenía ese efecto en mí.

—Creo que se ha ido.

Suspiró.

—Mi novio vendrá a recogerme, pero mi padre no lo soporta...

—Oh, vaya... —comenté yendo a un cubículo y cerrando la puerta.

—Dime, ¿qué opinas de la novia de Victor?

Parpadeé con rapidez, tratando de asimilar la pregunta.

—Nada. ¿Qué quieres que opine?

—Corinne la odia.

Me reí por lo bajo y luego resoplé mientras limpiaba la tapa del inodoro

para sentarme. Cuando salí y fui a lavarme las manos, miré a Grace en el espejo.

—Corinne odia a todas las chicas que se acercan a Victor. Estoy segura de que también me odia a mí.

Grace sonrió.

—Dudo que te odie alguien.

Mi prima era una joven inocente que seguramente pensaba que yo era la persona más amable del mundo. Me sequé las manos y volví a mirarla.

—Pásalo bien esta noche.

—Gracias. ¿Ya te vas?

—Sí. Es suficiente. Vine, vi y... revolví la mierda. —Me encogí de hombros—. Ha llegado el momento de ir a casa.

Grace se rio mientras salíamos del cuarto de baño. Brent estaba en el pasillo, esperándome.

—¿Preparada? —me preguntó, ofreciéndome el brazo, que enlacé con el mío. Casi de forma automática, busqué a Victor con la mirada. Estaba a un lado, hablando con la rubia. No era que estuviera esperándome a mí para retomar la conversación.

—Sí. Me matan los zapatos.

—Si quieres te llevo en brazos.

Sonreí, pero no dije nada. Brent estaba muy bueno. Tenía un cuerpo increíble, una sonrisa bonita y una personalidad agradable. Pero si me ponía tacones, era de su altura. Tampoco era que eso significara que no pudiera llevarme en brazos, que seguro que sí, era que ni siquiera quería que lo intentara. Suspiré. Seguramente debería acostarme con él y comprobar si conseguía que dejara de pensar en Victor. Por desgracia para mí y para mi vagina, no era de ese tipo de chica. Una vez que tenía el corazón puesto en un chico, estaba con él hasta que lo superaba. A pesar de que unos años antes había ido directa a los brazos de Gabe, tenía que seguir adelante. Quería ser apreciada, ya no era una chica necesitada. No necesitaba un hombre que me llevara en brazos. Quizá debería divertirme un poco.

No sabía si Victor sentía lo mismo que yo. Lo que sí sabía era que no iba a actuar como si lo sintiera. Lo conocía lo suficiente como para saber que su decisión era firme otra vez. Quizá porque había obtenido el ascenso que quería. Me dolía admitirlo ante mí misma. Me decía que era porque para mí había sido mucho más que un rollo. Le había entregado mi corazón y ni

siquiera lo sabía. O quizá no le importaba. Volví a mirar a Brent, que estaba a mi lado, disponible y dispuesto a intentar hacerme olvidar todo lo que podía ocultarse pero no olvidarse...

VICTOR

Lo que más me molestaba de que Nicole regresara a casa con Brent fue que no había ido a casa. Lo supe porque me acerqué a su casa después de salir del despacho, y el coche no estaba en el camino de entrada. Además, todas las luces estaban apagadas. Si no estaba allí, solo podía significar que ella seguía con él. Que estaba pasando la noche con Brent. La idea me volvió loco. Jodidamente loco. Mientras estaba delante de su casa, escuchando el sonido de las olas rompiendo en la orilla, supe que me volvería loco por su amor de buena gana. Sentía algo más que deseo por ella. Era mucho más profundo, más serio. En ese instante, mientras pensaba que ella estaba en la cama con otro hombre, la furia que me recorrió estaba dirigida a mí mismo por ser un idiota. Por no haber abierto los ojos antes. Por no haberle entregado el caso a otro abogado cuando debía. Por no darme cuenta del tipo de mujer que tenía y que, seguramente, había perdido. No, joder, no la había perdido. Todavía no. Pero era peor, la estaba compartiendo. Y yo no compartía. Nunca.

29

NICOLE

—Sí, papá —dije por enésima vez. Definitivamente iba a volver ya a casa.

Me había quedado una semana más de lo esperado porque cuando fui a buscar la ropa después del evento con Gabe, el frenesí mediático que me encontré alrededor de mi casa había sido demasiado para mí. ¿Por qué seguían tan interesados en mí? Durante los días que estuve en casa de mi padre, me las arreglé para mantenerme alejada de las cámaras —salvo el día que acompañé a Gabe por la alfombra roja—, y fue cuando me propuso un viaje a Argentina como último acto del contrato. «Así podrás visitar a tu madre —me había dicho—. Te pagaré el avión. Es lo menos que puedo hacer». Y estuve de acuerdo. Era lo mínimo que podía hacer, y me moría de ganas de ver a mi madre.

—Solo quiero que tengas cuidado. ¿Te vas a quedar con tu madre? —preguntó mi padre. Sabía que lo haría. Siempre que iba a Argentina me quedaba en su casa. De todas formas le dije que sí—. De acuerdo —añadió—. ¿A qué hora te recogerá Gabriel?

—A las cuatro. No es necesario que te levantes y prepares la escopeta a una hora tan impía —bromeé.

—¿Y seguro que no vas a volver con Gabriel?

—Sí, papá. Hemos terminado.

Le había dicho que no iría a ninguna rueda de prensa con él, pero que me subiría al mismo avión que él. Le había parecido bien. Gabe se estaba portando bastante bien. Lo que me gustaba, porque, a pesar del acuerdo, todavía no había olvidado la experiencia pasada en la heladería, ni a aquella chica. A pesar de ello, no iba a rechazar un viaje gratis para ir a ver a mi madre.

—Muy bien, cielo. Buenas noches. Llámame cuando tomes tierra —me pidió mi padre.

—Lo haré.

Le di un abrazo y fui a la casita de huéspedes para terminar de hacer el equipaje. No podía dormirme, así que me conecté a internet y eché un vistazo

a las páginas de cotilleos; necesitaba saber qué decían ahora de mí. Me había mantenido apartada del mundo desde la noche del ascenso de Victor, así que no creía que tuvieran mucho que decir de mí a menos que Darryl estuviera facilitando a los medios información sobre Gabe y sobre mí. Uno de estos días me despertaría y no habría nada publicado sobre mí, no me perseguiría ninguna cámara. Era mi objetivo. No faltaba mucho. Solo necesitaba superar antes el último frenesí mediático.

Me desperté a las tres y me preparé. Gabriel se detuvo delante de la puerta justo cuando arrastraba la maleta hacia la casa. Abrió el maletero del Escalade y se acercó a mí con una sonrisa. Se parecía mucho al hombre que había conocido hacía tantos años, dispuesto a ayudarme, emocionado por ir de viaje conmigo. Feliz de verme. Se inclinó para besarme la mejilla y luego me cogió la maleta.

—Gracias por venir —dijo.

—Gracias por invitarme —repuse. Miré la ropa que llevaba puesta, era muy parecida a la mía, y eso me hizo reír. Me inspeccionó a su vez, fijándose en la sudadera negra y la camisa blanca que había elegido, e hizo lo mismo. Yo lucía una camisa con los faldones atados para ajustarla a mi cuerpo, y la suya era una camisa normal. Además, estábamos usando las mismas Nike negras. Soltó una carcajada.

—Para que luego digan de las grandes mentes, ¿no?

—Supongo que sí.

Camino del aeropuerto, los dos fuimos bostezando y, en algún momento, me quedé dormida con la cabeza apoyada en su hombro. Me desperté sobresaltada cuando se movió, y sentí el destello de un *flash* en mi cara.

—¡Joder! —dije mientras me frotaba los ojos y me colocaba el pelo—. ¿Cómo demonios hacen para despertarse tan pronto?

Gabe gimió.

—No lo sé, pero te juro que no los ha avisado Darryl.

—¿Dónde está ese imbécil?

—En Argentina —dijo.

—Oh, muy gracioso...

Se rio entre dientes, pero no me respondió. Una nube de *paparazzi* nos rodeó al bajarnos del coche, con los guardaespaldas detrás de nosotros. Nos bombardearon con su habitual ataque de preguntas, y las ignoramos manteniendo la cabeza gacha. Gabe me apretó contra su costado cuando

tratábamos de entrar y, en ese momento, agradecí el consuelo que me brindó.

El momento duró apenas dos segundos. Una vez que las puertas se cerraron, me aparté de él y esperé a me diera el pasaje. Me sorprendió que su agente no viajara con nosotros, y se lo dije mientras subíamos la escalera mecánica. Dormimos durante todo el vuelo, sin despertarnos para comer, y al desembarcar, estábamos muertos de hambre. Mi madre se había ofrecido a tener la comida preparada, y me sentí obligada a invitarlo, aunque esperaba que rechazara el ofrecimiento. No lo hizo.

—Creo que debo verla antes de... —Dejó las palabras en suspenso. Supuse que se refería a antes de que el divorcio fuera definitivo y no volviera a verla jamás. No me importaba lo suficiente como para preguntarle, y no lo hice—. ¿Sabes? Jamás he asistido a ningún evento con alfombra roja sin ti —confesó mientras esperábamos a que se resolvieran los detalles para poder salir del coche.

Los *paparazzi* eran igual de implacables en Argentina que en Estados Unidos. Cayeron sobre nosotros al enterarse de que estábamos allí. Estaba segura de que Darryl tenía un papel en ello.

—Ya, bueno, pero has hecho muchas cosas sin mí —repuse con una mirada penetrante. Él se estremeció.

—Lo siento.

—Deja de disculparte. Está bien. —Hice una pausa—. Vale, no está bien, pero ya se acabó. Se terminó para mí. Me alegro de haberte acompañado al estreno en Los Ángeles.

—Nic, lo siento de verdad. Me siento como si... —Suspiró—. Teníamos algo bueno. Eras lo único normal que tenía en mi vida y lo jodí por completo.

—Sí, lo hiciste. Aunque quizá fuéramos los dos —confió.

—No, toda la culpa es mía —dijo, negando con la cabeza.

—Sin embargo, a lo mejor tenías razón. No fui capaz de luchar por nosotros cuando las cosas se pusieron difíciles. No quise.

—Pero se pusieron difíciles por mi culpa —dijo—. Dejé que esto... —movió las manos en el aire— me cambiara. Lo dejé. Pero me doy cuenta ahora. Lamento haber tardado tanto.

Me encogí de hombros. Era así. No se puede hacer retroceder el tiempo.

—Te deseo lo mejor, lo sabes, ¿verdad?

—Y yo a ti. —Permanecemos en silencio un buen rato. Al salir del coche, nos escoltaron hasta la parte de delante de la casa, y él me puso un brazo

sobre los hombros para protegerme de las cámaras demasiado entusiastas que amenazaban con darme un golpe en la cara. Cuando llegamos a la puerta de mi madre, Gabe suspiró y se volvió hacia mí.

—Llevo un tiempo muriéndome por preguntarte una cosa. ¿Hay algo realmente entre tu abogado y tú?

Lo miré boquiabierta.

—Voy a fingir que no me has hecho esa pregunta.

Mi madre abrió la puerta antes de que él pudiera añadir algo más, y se me aceleró el corazón al verla. La gente decía que parecíamos gemelas más que madre e hija. Era algo que odiaba cuando era una adolescente, porque todos mis amigos del colegio bromeaban conmigo porque querían conocer a mi madre. Sin embargo, ahora lo apreciaba. Teníamos el mismo pelo largo y oscuro, abundante y muy liso a menos que usáramos un rizador, pero los rizos apenas se mantenían. Los mismos ojos azules y las mismas curvas. Las suyas, más rotundas que las mías, pero seguía estando increíble a su edad.

—*Hija*² —me dijo abrazándome. La apreté con tanta fuerza que estaba segura de que le había hecho daño. Retrocedió y me cogió la cara entre las manos para observarme—. *Pareces cansada* —añadió.

—Lo estoy. Me he levantado a las tres de la madrugada y hemos tenido un vuelo de doce horas —expliqué, echándome a un lado para que pudiera saludar a Gabe.

Se abrazaron como si no estuviéramos esperando que se resolviera nuestro divorcio. Aunque mi madre era así. Tolerante, cariñosa, dispuesta a dar una segunda oportunidad a la gente hasta que le volvías a hacer daño, y en ese caso te ponía en su lista negra. Sin embargo, con Gabe era diferente. Pensaba que lo había visto madurar y sentía pena por él. Además, no sabía con cuántas mujeres me había engañado, evidentemente.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa y hablamos mientras nos servían la comida. Me sentía relajada. Aunque solo hasta que vi las fotos de Victor saliendo de un club nocturno con otra mujer. Entonces me puse furiosa, y me sentí muy contenta por haber aceptado ir al estreno con Gabe y no haber vuelto a Los Ángeles, donde esas imágenes me habrían hecho sentir enferma. Tenía que dejar de buscar cosas que no me interesaba ver. Todo lo que hacían era clavar más profundamente el cuchillo en mi corazón, y no podía soportarlo más. Oculté mi dolor detrás de una sonrisa brillante. Solo sabía

enfrentarme así. Me oculté. Escondí mi dolor con alegría, pero por dentro lloraba. Por dentro, mi corazón se rompía un poco más, como si no hubiera experimentado suficiente dolor en los dos últimos años. Él estaba pasando página. A pesar del beso en su despacho —nuestro último beso—, seguía adelante.

Por lo menos iba a pasar la semana con mi madre y no en público con Gabe. Había terminado por fin con esa vida. Aun así, ello no significaba que no me molestara que Victor me enviara mensajes de texto. Conocía su juego. Sabía que estaba tratando de que pareciera que no había estado nunca conmigo, sino con las mujeres de las fotos. Aunque verlas, percibir su sonrisa, notar cómo protegía a la rubia con el brazo para que no la deslumbrara el *flash* de la cámara... dolía. Dolía, y sabía que no podía hablar con él. Que no hablaría con él a menos que estuviera realmente dispuesto a estar conmigo de una vez por todas. Y eso no ocurriría hasta que todo hubiera terminado. Pero me merecía algo mejor que ser un sucio secreto de alguien. Me merecía ser la prioridad absoluta de su vida.

2 En español en el original. De ahora en adelante se indicará con cursiva. (*N. de la t.*)

VICTOR

—Mira esta —dijo Estelle.

Mientras veíamos el partido de los Golden State, mi hermana estaba curioseando en el móvil, enseñándole a Mia las últimas noticias de TMZ sobre Gabriel y Nicole. ¿Es que no se daba cuenta de que se me revolvía el estómago cuando hacía eso? ¿No comprendía lo mucho que me cabreaba? Por suerte, sostenía a Grayson entre los brazos, y era muy difícil estar enfadado si mirabas a un bebé tan lleno de inocencia. Sonreí, contemplándolo.

—Las mujeres son lo peor, Gray. Cuando seas mayor, solo oirás cosas sobre lo imbéciles que somos los hombres y lo terribles que somos, pero recuerda que son ellas las que nos hacen ser así. Nos vuelven locos, hacen que las deseemos y luego todo se va a la mierda —le dije entre arrullos mientras le besaba la coronilla. Olía muy bien.

—¿Qué le estás diciendo a mi hijo? —preguntó Mia. Levanté la cabeza para mirarla.

—Nada. Cosas de chicos.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—No estoy segura de querer que le cuentes cosas de chicos.

—¿Por qué?

—Porque eres una mala influencia.

—¿Qué? —Hice una pausa mientras fruncía el ceño y colocaba a Gray en mi regazo—. No soy una mala influencia.

—Cada vez que lo miro —dijo, señalando el teléfono—, estás con una chica diferente. ¿No deberías salir solo con Nicole?

—No estoy saliendo con ninguna de esas mujeres —gruñí.

—Sí, ya. Espero que seas capaz de convencer a Nicole de eso —intervino Estelle.

—Como si le importara. ¿Acaso no estáis viendo fotografías en las que aparece acaramelada con Gabriel como si estuvieran a punto de volver a pasar por el altar? —pregunté con ironía sin molestarme en ocultar mi cabreo.

Grayson se revolvió en mis brazos y le metí el chupete en la boca con el dedo.

—¿Harán eso? —jadeó Mia—. Sería horrible.

—Sí, una mierda —repuse. La mera idea me hacía sentir derrotado.

—¿Lleva... anillo de compromiso? —preguntó Estelle en voz baja, casi en un susurro.

Me acerqué a ella y le entregué a Gray a su madre, y, mientras lo hacía, vi la imagen que estaban mirando. Cuando cogió al bebé, le quité el móvil de la mano. Era un vídeo de Nicole y Gabriel. Lo puse en marcha y me acerqué el aparato a la cara. Recorrían un mercado callejero, y ella le sonreía. Él le había pasado el brazo por los hombros de forma casual. Al final del vídeo, la cámara enfocó la mano de Nicole y la voz en *off* mencionó el anillo que llevaba. Sin embargo, Nicole solía llevar muchas sortijas. Y brazaletes. Anillos, pulseras y collares de todos los tamaños.

—Los usa con frecuencia —dije. Sabía que no era su anillo de compromiso porque parecía mucho más pequeño. Pero saberlo no hacía que me doliera menos ver una sortija en ese dedo.

—Déjame ver —intervino Jenson, cogiendo el teléfono—. ¿No es mosqueante que lo lleve precisamente ahí?

Traté de encogerme de hombros con despreocupación, pero el nudo que tenía en la garganta era más elocuente que las palabras. Clavé los ojos en la pantalla del televisor para no tener que ver las miradas compasivas que, estaba seguro, me estaban dirigiendo. De hecho, podría ponerme a llorar allí mismo. Lo cierto era que cuando le dije a Nicole que era mía, lo había hecho en serio. No soportaba la idea de que estuviera con nadie más, y mucho menos en serio. Incluso me dolía físicamente cuando pensaba en ello.

—¿Cuándo tienes pensado admitir ante ti mismo que te has enamorado de ella? —preguntó Estelle de repente.

Sus palabras me abarcaron con fuerza, provocándome una presión en el pecho. «Amor». Le había dicho a Nicole que creía que estaba enamorándome de ella mientras yacía entre mis brazos. El tiempo transcurrido no había conseguido que mis sentimientos disminuyeran. En absoluto. En cualquier caso, había provocado que me diera cuenta de cuánto la echaba de menos. Las conversaciones nocturnas sobre lo que habíamos hecho durante el día. Las discusiones humorísticas llenas de bromas. Los besos. Los polvos. Vivir... con Nicole. ¡Joder! Y supe que Estelle tenía razón. ¿Cómo había

llegado a ocurrir? No había forma de evitarlo. No tenía sentido negarlo. Estaba enamorado de ella y no podía evitarlo de ninguna manera. Lo supe cuando estuvimos en el hotel. Puede que lo supiera antes. ¿Quién sabe? El amor era algo extraño. Pero cuanto más tiempo pasaba sin verla, cuantos más días estaba ella en Argentina, más claro tenía que la había perdido. Probablemente para siempre. Quizá tenía que aceptar el hecho de que había dejado escapar a la única mujer capaz de conseguir que quisiera sentar la cabeza de una vez por todas.

—Bueno, lo cierto es que... —Empecé a hablar, pero me detuve.

—Joder... Elle tiene razón —intervino Oliver.

Cerré los ojos, pero resultó inútil, porque todo lo que podía ver era la sonrisa de Nicole cuando me miraba, su risa cuando me tomaba el pelo, la forma en la que sus ojos azules se iluminaban al ver que me acercaba a ella. Y, ¡joder!, lo adoraba todo; la forma en la que trataba de reprimir sus emociones frente al mundo, aunque a mí me las dejara ver. Me encantaba que se mostrara ante mí tal cual era, sin tapujos. Y mi hermana tenía razón: estaba enamorado de ella.

—¿Lo admites? —preguntó Jenson con una sonrisa. Abrí los ojos y miré a mi alrededor; a él, a Mia, a Oliver, a Estelle y, por fin, a Grayson.

—Bueno... No importa. No puedo... ¿Qué más da lo que siento? —dije.

—¡Joder...! Victor tartamudeando y sin palabras... Es increíble —comentó Mia.

—La he perdido —admití en voz baja—. La única chica que soportaba que masticara a mi lado y que mostrara sus sentimientos delante de mí... Y la he perdido. —«Otra vez», quise añadir, pero no lo hice.

—Todavía no la has perdido —aseguró Estelle con una sonrisa.

Adoraba a mi hermana. Casi todo el rato era un coñazo, pero siempre intentaba animarme cuando más lo necesitaba. No la había perdido todavía, pero eso no impedía que estuviera en otro país con su ex. Decidí llamarla. ¿Qué más podía hacer? Pero la llamada fue directa al buzón de voz. Y la segunda. Y la tercera. Por fin, le envié un sencillo mensaje de texto de solo cuatro palabras con la esperanza de que lo leyera. Por suerte, no me presionaron para que hiciera nada más, porque no había mucho que ofrecer. Quería luchar por ella, pero no sabía cómo. Lo único por lo que había luchado era por mi carrera. Mi vida amorosa siempre se había solucionado sola. ¡Joder!

Esa semana en el bufete, me cabreé con todo el mundo. Corinne se encogía cada vez que entraba en el despacho para dejarme un documento, y no podía culparla. Estaba harto de ella, de William, de Grace, de Bobby y de todos los demás. Cada vez que alguien llamaba a mi puerta, gruñía en voz alta.

—¿Qué quieres? —le dije a Bobby.

—¿Que te hayan hecho socio traía aparejado todo este mal humor? —preguntó mientras entraba.

Respiré hondo y dejé el bolígrafo a un lado para poder darme un masaje en las sienes. Cuando estuve seguro de que no estallaría, dejé caer las manos y lo miré.

—¿Qué quieres? —repetí.

Arqueó una ceja.

—¿Quieres hablar de lo que te preocupa?

—No —espeté con un suspiro. Lo último que necesitaba era hablar sobre ello. Había pasado de estar cabreado conmigo mismo por haberla dejado marchar a estarlo con ella por pasearse por el mundo con él. «Con él». El tío que la había tratado como si fuera una mierda, que la había engañado, que se había mostrado en público con otras mujeres, y luego aquella escena en la heladería... Es que... no podía entenderlo. No podía.

—Vale. ¿Quieres ir luego a tomar algo? ¿A ver un partido? Quizá eso te ayude a ordenar las ideas.

—Estoy bien —gruñí—. No tengo nada que ordenar.

—Amigo mío, todo el mundo tiene miedo a hablar contigo en este momento. Y llevas así una semana. ¿Acaso no piensas que somos conscientes de que tienes un problema?

Cerré los puños. Apreté los dientes para no estallar. En el momento en el que noté que me dolía el corazón, pensé con terror en el ataque cardíaco que había sufrido mi padre hacía un par de años. Supe que no podía seguir así.

—Tengo que hablar con Will —dije, levantándome de la silla para ir a su despacho. Llamé un par de veces y tenía levantada la mano para golpear la puerta otra más cuando me gritó que entrara. Estaba sentado al otro lado del escritorio con los ojos cerrados. Había atenuado la intensidad de la luz mientras escuchaba una de esas grabaciones de relajación. Los *podcasts* que había oído últimamente. Incluso había llegado a enviarme un enlace por correo electrónico, que había borrado sin abrir.

—Hola, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó, enderezándose en el sillón

para pulsar la pantalla del móvil y detener toda aquella parafernalia zen.

Respiré hondo y me senté enfrente de él. Ese hombre me había dado la oportunidad de mi vida dos veces. La primera vez estaba buscando trabajo en derecho matrimonialista, y apostó por mí cuando me senté delante de él y expuse las razones por las que pensaba que yo sería una buena adquisición para el bufete. Y la segunda al nombrarme socio. «Socio». Mi maldito apellido acababa de ser añadido en el letrero del bufete. «Alessi, Cohen & Reuben. Abogados». No me avergonzaba admitir que casi había llorado al verlo. Y allí estaba yo, a punto de mandarlo todo a la mierda. O al menos era lo más probable, porque si él me decía que tenía que marcharme, lo haría y empezaría desde cero en otro bufete. La mera idea me hacía querer vomitar, pero no podía aceptar la idea de vivir sin Nicole.

—Estoy enamorado de tu hija —dije, sorprendiéndome a mí mismo. No era la forma en la que pretendía iniciar la conversación, y por la forma en la que casi se le salieron los ojos de las órbitas, supe que también lo había cogido a él por sorpresa.

Se aclaró la garganta mientras parpadeaba.

—¿Perdona?

—Estoy enamorado de tu hija — repetí—. Me he enamorado de ella, y no sé cuándo ocurrió, pero sé que debería haberle pasado su caso a otra persona al darme cuenta. He cometido un error, y estoy dispuesto a asumir la responsabilidad.

Will permaneció en silencio durante un buen rato, mirándome. Me iba a decir que recogiera todas mis cosas y me fuera. Lo sabía porque me estaba mirando de la misma forma que había mirado a Roger Petit cuando lo despidió delante del personal.

—¿Y ella lo sabe?

Tragué saliva, asentí y luego negué con la cabeza.

—No... No... No lo sé. Debería saberlo. Es evidente.

Al oírme, apretó los labios.

—¿Evidente para quién?

—Al parecer, para todo el mundo —repuse encogiéndome de hombros.

Levantó un dedo para indicarme que guardara silencio, y apretó el botón de comunicación con otros terminales del bufete.

—Corinne, ¿puedes venir a mi despacho?

Fruncí el ceño. Quizá iba a pedirle que recogiera mis pertenencias. Bueno,

al menos no tendría que hacerlo yo. Podía ser una buena idea. Pero ella no sabía dónde poner cada cosa y seguramente confundiría las cajas, y, al final, me vería obligado a trabajar el doble. ¡Joder!

—Sí, señor —dijo ella a mi espalda. Ni siquiera me giré para mirarla.

Seguramente todavía tenía aquella mancha de mostaza en el escote y mis ojos se quedarían clavados allí, haciéndole pensar que estaba mirándole las tetas, y llegaría a conclusiones equivocadas.

—Adelante, solo será un segundo —dijo Will, indicándole que entrara. Por fin la miré cuando se detuvo a mi lado y, en efecto, la mancha de mostaza seguía allí.

—¿Le has oído decir a alguien que Victor está actuando de forma un poco... rara últimamente?

Lo miré boquiabierto.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

Ella se encogió de hombros.

—Solo es que... has estado de muy mal humor.

—¿Quién lo dice? —insistí.

—Todos —intervino Will—. Todos han mencionado tu estado de ánimo en un momento u otro, y comenzó justo después del día de tu ascenso. —Miró a Corinne—. Gracias, ya puedes marcharte.

Ella huyó. Miré con los ojos entrecerrados a aquella traidora mientras ella se escabullía del despacho.

—Eso es una gilipollez —argumenté.

—No lo es. Y ahora vienes aquí y me dices que crees que quizá sientas algo por mi hija —añadió, arqueando una ceja como diciéndome «¿Qué cojones quieres que piense?».

—William, no creo que sienta algo por ella, lo sé. Si no lo supiera, no estaría aquí sentado contándotelo. Si no estuviera absolutamente seguro de que estoy enamorado de ella, no iba a arriesgar mi trabajo.

Había decidido que si me iban a despedir o a degradar, iba a ser por la puerta grande.

Y así fue como dio comienzo aquella reunión de dos horas, más tarde sería conocida como «El gran debate» con William...

31

NICOLE

—¿Y vas a permitir que se vaya? —susurré. El corazón y la cabeza me latían al unísono.

—No me queda otra opción —reconoció mi padre.

Cerré los ojos mientras me dejaba caer al suelo en el salón de mi casa. Bonnie se me subió al regazo y se acomodó entre mis piernas,

—¿Y le parece bien? —pregunté, pasando los dedos por el suave pelaje de Bonnie.

—No le queda otra opción.

Por desgracia «no tener otra opción» parecía ser nuestra única elección.

—Vale, papá. Tengo que colgar. Hasta luego.

—Lo siento, calabacita. Te quiero.

—Sí, yo también te quiero.

Puse fin a la llamada y lancé el móvil al sofá, a mi espalda. Se me había revuelto el estómago. ¿Victor había hablado de lo nuestro con mi padre? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué? No lo entendía demasiado. No se lo había contado a mi padre porque me amara, se lo había confesado porque quería dejar claro que había tenido algún sentimiento hacia mí. Porque no podía vivir consigo mismo, sabiendo que eso iba contra la política del bufete, sin decírselo a mi padre. Pero no era por mí. No había sido porque me amara.

Me retorcí en el suelo y cogí el móvil de nuevo para enviarle un mensaje de texto a Estelle. Le agradecí que me hubiera invitado a su fiesta, pero le comuniqué que no podría ir. Victor me había enviado también un mensaje mientras yo estaba en Argentina. Solo cuatro sencillas palabras que me dejaron el alma desnuda:

«Te echo de menos».

No le respondí porque me sorprendió, en especial teniendo en cuenta lo paranoico que era con que le espieran. No lo había llamado porque lo que quería decirle no podía hacerlo por teléfono.

El móvil sonó solo unos segundos después de que pulsara el botón de envío.

Era Estelle.

Estuve a punto de no responder, aunque luego pensé que no sería justo para ella. Parecía una de esas personas que planificaba hasta el último detalle, y seguramente tenía algo pensado para cada invitado.

—¿Por qué no quieres venir? —me preguntó a bocajarro.

—Es que... —suspiré. Podía inventarme una disculpa, y salir del paso con una mentira, o decir la verdad—. Creo que me resultará incómodo ver a tu hermano. Tengo que hablar con él, pero no creo que la fiesta sea el mejor momento.

—¿Y qué coño importa él? Te he invitado a ti, no a vosotros como pareja. A ti. Por favor, ven. Te he hecho un corazón.

Cerré los ojos al notar que se me llenaban de lágrimas.

—¿Me has hecho uno de tus corazones caleidoscópicos?

Me había hecho un corazón, con trozos de vidrio que representaban el dolor de los corazones rotos y lo hermosos que nos hace el sufrimiento que llevamos dentro. «¿Por qué tenía que ser tan amable conmigo? ¿Cómo podía saber lo mucho que necesitaba algo así en este momento?».

—Claro. Me dijiste que te gustaban —soltó como si tal cosa.

Tragué saliva.

—Vale, me pasaré por allí.

—¡Genial! Nos vemos mañana. Y recuerda: tienes que venir vestida de pirata.

—Ya lo sé —confirmé sonriendo antes de colgar.

Llamé a Marcus y le pedí que me recogiera. No era porque me siguieran acosando los medios de comunicación, pues no había visto ninguno merodeando por casa, sino porque él seguía en nómina y no quería tener que dar vueltas para aparcar. Llegó mucho antes de lo esperado.

—Debes de estar muerto de ganas de verme —dije nada más abrir la puerta del coche.

Lo vi negar con la cabeza, pero esbozó una sonrisa.

—Si Gabriel no me pagara tan bien, habría tardado veinte minutos más.

Oculté la sonrisa mientras cerraba.

—Tus bromas son cada vez mejores —admití.

—No estoy seguro de que eso sea un cumplido.

—Es un cumplido, no lo dudes. Soy la persona más divertida que conoces.

—Una vez trabajé para Martin Lawrence —dijo al tiempo que encendía el

coche.

—Ah, bien... Le puedo preguntar para quién trabajabas antes.

Se encogió de hombros y volvió a sumirse en el silencio mientras yo imaginaba algunos disfraces de pirata que podría tener listos al día siguiente por la noche. Al final, decidí que compraría la mayoría del material ya confeccionado, como una blusa blanca con volantes y unas botas negras de caña alta. Luego lo completaría con gasa elástica negra, encaje negro, látex también negro y, en general, todas las telas negras que pudiera encontrar. Después de realizar las compras y regresar al coche, comencé a sentirme nerviosa de nuevo. Iba a ir a la fiesta. Vería a Victor, y todavía no había hablado con él. Tenía que llamarlo, ¿verdad? O mejor le enviaría un mensaje. Era lo que él había hecho, ¿no?, así que le respondería con otro. Lo haría por la noche. O quizá cuando llegara a casa.

—Marcus, supongamos que vas a una fiesta y te encuentras con que una chica con la que solías... salir también está allí... ¿Llevarías a un acompañante?

—Quizá. ¿Quieres llevarlo?

Parpadeé.

—No hablo de mí misma.

Marcus me miró por el retrovisor.

—¿En serio lo preguntas por una amiga?

Apreté los labios.

—¿Sabes? No le he dicho a Chrissy que viniera de compras conmigo porque se me ocurrió que podíamos usar ese tiempo a solas para profundizar nuestra amistad, pero si prefieres que la avise...

Abrió mucho los ojos.

—No lo haría.

—Pero creo que le gustas de verdad —aseguré sonriente.

—No. Me refería a que iría solo. —Me sacó de mi error con el ceño fruncido.

— Ah... —Hice una pausa—. Bueno, pero últimamente lo han visto con muchas rubias.

—También a ti te han visto con más de un hombre.

—Eso es diferente.

Se encogió de hombros.

—Es distinto —insistí—. No me he enrollado con ninguno de ellos. Besé a

Brent porque estaba borracha y cabreada con Victor, y acompañé a Gabriel al evento porque tenía que hacerlo —añadí a la defensiva. Miré por la ventanilla cuando Marcus guardó silencio—. Y fui a Argentina porque necesitaba alejarme de este infierno. Además, ¿quién coño le dice a su jefe que siente algo por su hija después de que lo asciendan? No soy responsable de su estupidez. Yo mantuve el secreto.

Marcus aparcó delante de mi casa y no apagó el motor. Nos quedamos callados durante un buen rato. Reinaba el silencio, pero yo solo podía escuchar la conversación que había mantenido con mi padre mientras algunas imágenes de Victor aparecían y desaparecían de mi mente...

—No vayas acompañada —me aconsejó después de varios minutos.

—¿Qué?

—Vete sola a la fiesta. Eres una chica divertida, no necesitas llevar a nadie. Puedes ir sin compañía, ¿no?

—Claro que puedo —me burlé—. No necesito a nadie para divertirme. —Hice una pausa—. ¿Quieres venir conmigo?

Se rio.

—Ni hablar.

—Tengo miedo —susurré.

—Por lo general, eso es una buena señal.

Puse los ojos en blanco, cogí las maletas y salí del coche.

—Por favor, recógeme mañana a las ocho.

En cuanto entré en casa, me puse manos a la obra, pero cuando hice un descanso para darle de comer a Bonnie, noté que algo me impulsaba a coger el móvil. Escribí con rapidez, antes de cambiar de opinión. De todas formas, seguramente habría salido. Después de todo, era viernes por la noche.

Yo: «Yo también te echo de menos».

Solté el teléfono como si me quemara y me alejé de él para que no tuviera la tentación de hacer una locura como llamarlo. El móvil pitó poco después.

V: «¿Lo has pasado bien en tus vacaciones?».

Yo: «Sí».

Después de eso, no me respondió, y noté que se me revolvía el estómago poco a poco. Volví a concentrarme en el disfraz e intenté ignorar que mi teléfono no emitía ningún sonido.

Marcus llamó a la puerta a las ocho menos diez, y supe que le costaba no mirar lo que llevaba puesto cuando abrí la puerta.

—No pasa nada, puedes echarme un vistazo. Voy bastante sexy —comenté—. A menos que te parezca que voy de putón, que tendría que buscar otro disfraz.

—Estás bien.

—¿No parezco un putón?

Se encogió de hombros.

—Pensaba que eso era algo que no te importaba.

Qué hombre... Negué con la cabeza, cogí el bolso y lo seguí hasta el coche. Por suerte, los fotógrafos seguían sin aparecer, pero cuando estábamos a punto de marcharnos, alguien golpeó la ventanilla, sobresaltándome. Giré la cabeza y vi a Brent al otro lado del cristal.

—Hola —lo saludé después de bajar la ventanilla.

—Hola. No sabía que habías regresado a casa. ¿Has vuelto con Lane?

Era evidente que había utilizado a Brent demasiadas veces. Por suerte, nunca le había mencionado a Victor, así que supuse que había pensado que los comentarios que le había hecho se referían a Gabe. Traté de no reírme ante esa idea.

—No. Ni de coña.

—Oh, me alegro de saberlo —reconoció con una sonrisa—. Quizá podamos ir a cenar uno de estos días.

—Claro. Aunque ahora llego tarde, ya hablaremos.

—Sí, claro —dijo, alejándose del coche. Nos despedimos con la mano.

—Menos mal que no le has dicho que te acompañara —soltó después Marcus.

—Muy gracioso.

Permanecimos callados en el trayecto hasta la fiesta, que era en la casa de los padres de Victor. Incluso ese hecho me ponía nerviosa. Iba a verlos de nuevo, y me habían caído realmente bien. Lo curioso era que todo esto me recordaba al divorcio en sí mismo. Un divorcio donde, en lugar de la custodia compartida por el perro, quería la de su familia. Las puertas estaban abiertas para que pudiéramos entrar sin llamar, y Marcus aparcó delante de la casa. Permanecí un rato en el coche, respirando profundamente.

—Llámame cuando quieras que venga a recogerte —me dijo.

Cogí una última bocanada de aire antes de salir del vehículo. Luego subí los

escalones con la botella de vino que había llevado y llamé al timbre. El corazón me golpeaba el pecho, y cuando fue Victor el que abrió la puerta, estuve segura de que acabaría desmayándome. Tragué saliva mientras estudiaba la expresión de sorpresa de su cara. Me miró lentamente, acariciándome con los ojos, y sentí que me recorría un escalofrío de pies a cabeza. Supe que a pesar del tiempo que llevábamos separados, nada había hecho desaparecer —o disminuir siquiera— lo que sentía por él.

—Hola —conseguí saludarlo después de aclararme la garganta.

—Estás preciosa —repuso. El corazón se me desbocó. Como siguiera mirándome así, no podría respirar.

—Er..., gracias. Y tú estás... —Lo recorrí de pies a cabeza. Llevaba un disfraz de pirata de verdad.

—Ridículo —completó—. Lo sé.

Sonreí.

—Iba a decir «muy sexy».

Inclinó la cabeza a un lado y sonrió. Su sonrisa resultó tan sexy, genuina e inesperada que me dolió el corazón.

—Me alegro de que mi atractivo no se haya diluido debajo de esta ridiculez.

Me reí mientras se echaba a un lado para que entrara. La casa estaba decorada con motivos y adornos piratas. Me sentí como si hubiera puesto los pies en el rodaje de *Piratas del Caribe*.

—Sí que sabéis organizar una fiesta.

—Ya. Mi madre y mi hermana no tienen vida propia.

—Lo he oído —soltó Estelle, que apareció de pronto desde donde estaba el comedor. Parecía una atractiva Capitana Garfio, con un gancho en un brazo y un loro en el hombro. Se acercó y me abrazó—. Hola. ¡Oh, Dios mío! Me encanta tu disfraz. ¿Lo has hecho tú? ¡Cómo me alegro de que hayas venido!

Victor apretó los labios cuando la oyó decir eso, y noté mariposas en el estómago. Quería dejar de mirarlo, pero no podía. Sabía que lo había echado de menos, pero no supe cuánto hasta que lo había vuelto a ver.

—Sí, lo he cosido yo casi todo —reconocí—. Me ha llevado casi toda la noche.

—Vic, ¿puedes ayudarme con esto? —dijo una mujer. Y cuando apareció con su propia indumentaria pirata muy sexy, la reconocí. Era una de las rubias que aparecía con él en una foto. La sonrisa se me borró de golpe y comencé a sentir que me ahogaba.

—Victor —lo llamó de nuevo con más exigencia.

—Relájate un poco. Ya voy —repuso él sin dejar de mirarme—. Tengo que... —Se alejó sin terminar la frase, y yo no sabía qué sentir. Solo era consciente de que el corazón me parecía demasiado grande para el pecho y que seguramente se me subiría por la garganta para salirse por la boca en cualquier momento.

—Están montando algo para mí —aseguró Estelle por lo bajo—. Se creen muy listos.

Traté de sonreír, pero no pude, así que me limité a asentir.

—Todo está genial.

—Gracias. Casi todo lo ha hecho mi madre —reconoció.

—Y yo —intervino la rubia, que acababa de regresar a nuestro lado—. Yo he ayudado mucho.

—Habéis hecho un buen trabajo —dije, mirando a Victor por encima de su hombro.

Él me estudiaba con una intensidad poco apropiada en público, y menos con su novia delante. Sin embargo, sentí el calor de sus ojos en cada parte de mi cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento —dijo la chica con una sonrisa enorme—. Te he estado mirando desde que has entrado y ni siquiera me he presentado. Soy Mia.

—Nicole. Encantada de conocerte —repuse educadamente devolviéndole la sonrisa, aunque la mía era mucho más pequeña y menos emocionada.

—Eh, Meep, ¿puedes ayudarme a llevar las bebidas fuera? —preguntó Estelle.

Ella la miró con dureza. Hablaron con los ojos, y Mia por fin pareció entender lo que fuera que Estelle trataba de decirle. Sentí otra punzada en el pecho. Mantenían una relación muy fluida. Estaba claro que Mia formaba parte de su vida desde hacía mucho tiempo, que se habían peleado muchas veces.

—Hasta luego —se despidió Mia, sonriéndome antes de darse la vuelta y darle un golpe juguetón a Victor en el brazo. Él la miró y después clavó los ojos en mí.

—Es muy guapa —comenté cuando se alejaron.

—No tanto como tú. —Dio un paso hacia mí.

Tragué saliva.

—No deberías decirme esas cosas —susurré, alzando la cara para mirarlo cuando se detuvo delante de mí.

—Solo es la verdad —insistió en voz baja, haciendo que se me desbocara el corazón una vez más.

—Para.

—Hola..., ¿Nicole?

Victor gimió por lo bajo.

—Esta casa está llena de gente que quiere joderme la vida.

Pasé junto a él para acercarme a su madre, que me rodeó con los brazos.

—Hola, Hannah.

—Te he llamado un par de veces para que vengas a ver el vestido. Estoy deseando enseñártelo. La modista se quedó impresionada con el diseño; quiere conocerte —dijo con cariñosa rapidez.

—Mamá, Nic acaba de llegar —intervino Victor.

—He estado unos días en Argentina.

—Oh, ¿has ido a visitar a tu madre? ¿Qué tal todo? ¿Te lo has pasado bien?

—Me condujo hacia la parte trasera de la casa, y me alegré por aquella intrusión en el momento que estaba compartiendo con Victor. Ya no podíamos seguir teniéndolos, y menos ahora que había pasado página. Ahora mismo odiaba a mi padre. ¿Por qué me había llamado para contarme aquellas cosas si era evidente que Victor había seguido adelante? Debería haber mantenido la boca cerrada, así nunca me hubiera enterado de que Victor había pensado en mí.

Hannah me llevó al patio y me presentó a la gente que había allí, lo que me resultó muy interesante. Algunas personas eran artistas, pintores y demás; otros médicos, arquitectos, amas de casa... Ya conocía a Oliver, así que lo saludé, y me presentó a algunos de sus amigos. Algunos eran muy guapos; quizá pudieran ayudarme a mantener los ojos alejados de Victor.

Me disculpé para ir a la mesa donde estaban las bebidas a servirme una copa de vino.

—Supongo que tu padre te habrá dicho que estuvimos hablando —expuso Victor poniéndose a mi lado, lo que me hizo estremecer. Bebí un buen sorbo de vino con la esperanza de que eso me calmara los nervios.

—Sí.

Puso la mano derecha en el mango de la espada que sobresalía de la funda. No lograba entender que considerara que estaba ridículo. No había visto un

pirata más sexy en mi vida.

—¿Qué te ha dicho? —insistió. Aparté la mirada de su mano, de sus largos dedos, y busqué sus ojos. Gran error.

—¿Piensas cortarme la lengua si no te lo cuento? —pregunté con los labios curvados. Sus pupilas empezaron a arder con tanta intensidad que tuve que contener la respiración.

—Puedo pensar en muchas cosas que me gustaría hacer con tu lengua. Cortarla no es una de ellas —aseguró, moviendo la mano que tenía en la espada hasta mi cara para colocarme un mechón detrás de la oreja. Cerré los ojos mientras me ajustaba el pañuelo que me cubría la cabeza.

—En serio, no creo que debas decirme esa clase de cosas —susurré sin abrir los ojos.

—¿Por qué?

—Porque tienes novia, y no creo que le parezca bien —espeté al tiempo que abría los párpados para mirarlo. Lo vi fruncir el ceño.

—¿De qué coño hablas?

—¿En serio? ¿Vas a fingir que no tienes novia con ella tan cerca? —Hice una pausa para tomar otro sorbo de vino e incliné la cabeza a un lado mientras lo miraba—. No me gustan estas chorradas, Victor. Las pillo todas.

Negó con la cabeza.

—Como ya sabes, mi fuerte no es la paciencia. ¿A qué cojones te refieres, Nicole?

—A Mia —dije con la voz más alta de lo esperado. Su rostro pasó por varias expresiones; confusión, diversión, ira y finalmente otra vez diversión cuando se puso a reír.

—Estás como una puta cabra.

—Sí, ya... —empecé a decir. Antes de que pudiera seguir hablando, me tiraba de la mano para arrastrarme hasta donde estaba Mia, con Oliver y uno de los chicos más sexis que había visto en mi vida—. Victor...

—No —espetó, deteniéndose en medio del patio para mirarme—. Si vas a acusarme de algo, antes vas a tener que conocer bien la situación. ¿Es que no sabes todavía que estoy loco por ti? ¿No sabes que...? —Se detuvo para respirar hondo antes de seguir tirando de mí—. Lo hablaremos más tarde. Ahora ven conmigo...

Oliver, el marido de Estelle, se dio la vuelta con el ceño fruncido. Se apartó el pelo largo de la cara y nos miró.

—¿Va todo bien? —preguntó el chico sexy que teníamos a la derecha.

—Mia, ¿por qué has venido aquí? —preguntó Victor con firmeza.

Mia hizo una mueca.

—No sé si estoy entendiendo bien la pregunta.

El hombre sexy, que creía que se llamaba Jenson, ocultó la sonrisa detrás de la botella de cerveza que llevaba en la mano.

—Jenson, no te rías y dile a Nicole por qué ha venido Mia —pidió Victor.

Jenson soltó una carcajada y negó con la cabeza. Oliver se unió a él y también otro tipo que estaba cerca.

—Te lo he dicho —afirmó Jenson cuando por fin pudo contener la risa.

—No, lo he dicho yo —refutó Oliver.

—Que te jodan. Lo he dicho yo antes. —Hizo una pausa para secarse los ojos y miró a Mia—. Cielo, ¿recuerdas lo que te dije sobre Victor la semana pasada?

¿Cielo? Abrí mucho los ojos. ¡Oh, mierda! «¡No!».

—No lo sé, Jenson —dijo ella frunciendo el ceño.

—Tienes que recordarlo.

Mia puso los ojos en blanco.

—¿Hemos terminado? Tengo que ver si Gray sigue durmiendo.

—Llevas el monitor metido el bolsillo del culo. Estoy seguro de que se pondrá a pitar cuando despierte —intervino Victor—. ¿Podrías responder a mi puta pregunta antes de que le pegue una paliza a tu marido?

«¡Oh, Dios mío! No es su novia. Y tenía un bebé».

—Estelle es mi mejor amiga. No iba a perderme su cumpleaños —reconoció Mia.

—Vale, ¿y con quién has venido? —insistió Victor.

—¡Dios! ¿Con quién iba a venir? Con este idiota —soltó, señalando a Jenson, que se puso a reír de nuevo—. ¿Por qué?

—Nicole ha pensado que eres mi novia —soltó Victor, apuñalándome con los ojos. No lo estaba mirando, pero lo sentía igual que si lo viera.

—¿Cómo? —soltó Mia, riéndose—. ¡Oh, Dios mío! Resulta obsceno. —Me miró—. Sin ánimo de ofender.

Abrí la boca para responder, pero no tenía nada que decir.

—No te preocupes, es típico de ella, está loca —comentó Jenson, señalando a Mia con el pulgar. Ella le dio un empujón.

—Cállate —le advirtió mirándome de nuevo—. ¿Por qué...? ¡Oh, ya! ¿Es

por las fotos nuestras que han aparecido en la prensa rosa? Te dije que nos haríamos famosos. —Se rio—. Soy una gran admiradora tuya. Bueno, era fan total de Gabriel, pero luego ocurrió todo eso... Así que ya no me gusta tanto como antes, pero sigo pensando que es un buen actor.

Jenson le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Cielo...

—¿Qué?

—Está saliendo tu yo más *fangirl*.

Ella hundió la cara entre las manos y respiró hondo antes de mirarme de nuevo.

—Hablo mucho cuando estoy nerviosa.

Sonreí.

—No pasa nada. Lamento haber sido tan borde antes. No sabía que solo erais amigos.

—Muy bien. Genial —añadió Mia. Les sonreí a todos y me excusé de nuevo. Mientras me alejaba, escuché que Mia decía: «Oficialmente es mi nueva mejor amiga», y tuve que reírme.

—¿Has pensado que estaba saliendo con alguien? —preguntó Victor cuando me alcanzó—. ¿Y ni siquiera pensabas preguntarme al respecto?

—¿Cómo iba a preguntarte?

—Podías haberme llamado.

—Rompiste conmigo... —«Y me rompiste también el corazón».

Me miró con los ojos entrecerrados y los dientes apretados. Arqueé una ceja, retándolo a que me llevara la contraria.

—Vas a venir a casa conmigo.

—¿Qué?

—Esta noche. Vienes a casa conmigo, y vamos a hablar de una puta vez. O vienes conmigo o voy a tu casa, elige. Pero te lo juro por Dios, como ese tal Brent aparezca por allí, me acabarán arrestando y tendrás que sacarme de la cárcel.

Me mordí el labio para no reírme, sin conseguirlo.

—El abogado eres tú.

—Si conservo la licencia —se burló.

—¿Qué quieres decir? —pregunté poniéndome seria.

—¿No te lo ha contado tu padre?

Parpadeé mientras negaba con la cabeza muy despacio.

—El lunes habrá una reunión de socios para ver si me mantienen como socio o no.

—¿Qué?

Noté que me daba un vuelco el corazón.

—Pero ¿qué te ha dicho tu padre?

—Que le has dicho que sentías algo por mí.

—¿No te ha hablado de la conversación que mantuvimos?

—No. —Fruncí el ceño—. ¿Sobre qué habéis hablado?

—Sobre ti.

—¿Sobre mí? —pregunté. La cabeza me daba vueltas. Necesitaba sentarme. Necesitaba una copa de vino para asimilar esto. Una botella entera.

—Ven a casa conmigo —propuso—, y te lo contaré todo.

—Vale. —Hice una pausa—. Pero tengo que avisar a Marcus.

Victor gruñó.

—Siempre llamando a algún hombre.

—Es un experto en seguridad y un amigo —protesté, poniendo los ojos en blanco mientras sacaba el teléfono. Marqué su número—. Marcus, esta noche no tienes que venir a recogerme.

No me dio tiempo a explicarle nada más, Victor me arrancó el móvil de la mano.

—Marcus, soy Victor. Por si te interesa, va a venir a mi casa y se quedará allí hasta que la deje marchar. Si es que la dejas ir. Entonces, seré yo quien la lleve a su casa, así que si te llama antes de las cinco de la tarde de mañana, ignórala. Gracias. Adiós.

Oprimió la tecla para colgar y me devolvió el aparato. Lo único que pude hacer fue quedarme quieta, tendiéndole la mano para cogerlo.

¡Maldito hombre!

NICOLE

Nos quedamos en la fiesta el tiempo suficiente para cantar el cumpleaños feliz. El tiempo suficiente para que todos los amigos de Victor le tomaran el pelo y se rieran de él. El tiempo suficiente para que él los mandara a todos a la mierda. Y el tiempo suficiente para que viera a Victor sosteniendo a un bebé con tanto cuidado y cariño que temí que me explotaran los ovarios allí mismo. Ninguno de los dos dijo una palabra de camino a su casa; yo porque tenía miedo de decir algo equivocado y no estaba segura de a qué se debía su silencio, pero estaba poniéndome nerviosa. Tampoco él me había tocado. Al menos desde que habíamos salido de casa de sus padres, donde ocasionalmente me había pasado los dedos por el hombro desnudo para llamar mi atención. Cada vez que lo había hecho, había notado mariposas en el estómago y, aunque traté de concentrarme en el vino, después de dos copas ni siquiera quería seguir bebiendo.

Cuando llegamos a su casa, estaba a oscuras salvo por la luz del porche, y me sentía tan cabreada que estaba segura de que si me ponía un dedo encima, saltaría como una tigresa. Apagó el motor y suspiró mientras me miraba.

—Vámonos.

Asentí con la cabeza antes de salir del coche. Pisé con precaución para no matarme en el camino de grava con los *stilletos*. Él se dio cuenta, o quizá había llevado por allí a muchas mujeres con tacones, porque se acercó y me agarró del brazo para que no perdiera el equilibrio hasta la puerta. Le di las gracias cuando abría la cerradura y encendía la luz. Miré a mi alrededor y crucé los brazos al tiempo que él cerraba la puerta a mi espalda. No pude reprimir un jadeo al notar que depositaba un beso en mi hombro desnudo.

—Llevo toda la noche queriendo hacer eso —me dijo al oído. Cerré los ojos para saborear el momento—. Date la vuelta.

Abrí los párpados con el corazón en la garganta.

—Estoy tan enfadado contigo que... —Suspiró—. Quizá deberíamos hablar en la cocina.

Me sentía como si estuvieran llevándome al despacho del director el primer

día en un colegio nuevo, como si todo dependiera de esa conversación. Estaba de los nervios, porque, fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, jamás me perdonaría de verdad. Pero no había hecho nada malo. Al menos no a sabiendas. Había intentado que mantuviera su trabajo y, al final, posiblemente lo perdería de todas formas. Nos sentamos uno junto al otro en los taburetes de la barra después de que nos sirviera a cada uno un vaso de agua.

—Así que tienes una reunión con mi padre y el otro socio el lunes — comenté, retomando la conversación donde la habíamos dejado antes.

—En efecto.

—¿Cómo surgió?

Victor clavó los ojos en el suelo durante un buen rato antes de alzar la vista para mirarme.

—No estoy seguro de querer empezar por ahí.

—Vale —concedí, llevándome el vaso de agua a los labios para tomar un sorbo—. Comienza por donde quieras.

Cerró los puños en el regazo y movió la pierna con rapidez.

—¿Qué está pasando entre Gabriel y tú?

—Nada. —Hice una pausa—. Estás ocupándote de mi divorcio, ¿por qué no me lo dices tú?

Entrecerró los ojos.

—No sería la primera vez que me ocultas algo.

—Eso fue diferente, y no te he ocultado nada. Todo está en el contrato — dije.

—¿Que te coja de la mano, que te ponga el brazo en el hombro, que te abrace, que te bese..., todo está en ese puto contrato? —estalló, levantando la voz.

—No me besó —argumenté, aunque él ignoró mi comentario mientras se levantaba tan de repente que el respaldo del taburete golpeó el borde de la barra. Me estremecí. Empezó a andar de un lado para otro y luego se quitó la espada y el chaleco pirata. Lo observé durante todo el proceso.

—Si supiera que todo eso formaba parte del acuerdo, ¿crees de verdad que te habría dejado firmarlo? ¿Qué más formaba parte de ese contrato, Nicole? ¿Follar con él? ¿Cómo puedes estar de acuerdo con hacer eso? ¿Es un requisito ser idiota? ¿Engañarte? ¿Ser un puto drogadicto? ¿Tratarte como si fueras una mierda? Dímelo. Dímelo, porque quiero saber en qué coño estoy

metiendo yo la pata.

Parpadeé. Y volví a parpadear. Tratando de que así desaparecieran las estúpidas lágrimas que me llenaron los ojos. Me tragué el nudo de la garganta y moví las piernas de un lado a otro para no llorar, porque no pensaba hacerlo. No lloraría.

—¡Dímelo! —gritó furioso, acercándose para poner un brazo a cada lado de mí y la cara a la altura de la mía. Tragué de nuevo.

—Si esos son los requisitos, diría que al menos encajas en dos de esas categorías —susurré. Abrió mucho los ojos y se enderezó antes de frotarse la cara con las manos—. ¿Sabes qué, Victor? Vete a la mierda. Que te jodan por haberme puesto en esa situación, por haberme empujado a hacerlo. —Empecé a llorar al sentir que unas lágrimas ardientes me quemaban los ojos.

—¿Igual que te obligué a casarte con él hace cinco años?

Me estremecí de nuevo. Había visto a Victor enfadado. Había visto a Victor irritado. Había visto a Victor relajado, divirtiéndose. Pensaba que lo había visto en todas las situaciones posibles, pero jamás lo había visto así. No sabía muy bien cómo actuar ante esta imagen de él, así que permanecí en silencio y dejé que resolviera sus problemas frente a mí. Si este era el Victor más desagradable, quería conocerlo también. Quería estar al tanto de todas sus facetas. Necesitaba conocerlo a fondo para poder decidir si me quedaba o me marchaba. Cerró los ojos y respiró hondo mientras se acercaba a mí otra vez. Se detuvo delante de mí, más lejos que hacía unos minutos, pero lo suficientemente cerca como para que pudiera agarrarlo, o darle una bofetada. Tomé aire. Una respiración larga y profunda.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

No le había preguntado la última vez que lo vi. Lo que fuera parecía casi curado, pero la cicatriz seguía allí.

Emitió una risita, aunque sonó a cualquier cosa menos divertida.

—Tuve una diferencia de opiniones con alguien.

—Una diferencia de opiniones... —repetí—. ¿Me lo vas a explicar o vamos a seguir teniendo secretitos?

—No lo sé, Nicole. Dímelo tú. Dime qué te estás callando.

—Fui a Argentina con Gabriel porque él también iba allí y porque yo quería estar con mi madre. Solo estuve con él ese día. Después me pasé todo el tiempo con mi madre. Mira las malditas imágenes, llevamos la misma ropa en todas. —Hice una pausa para tomar aliento y dejé salir el aire, tratando de

calmarme—. Estoy aquí porque me has pedido que viniera. Estoy aquí porque quiero saber qué te ha ocurrido, qué le has dicho a mi padre y qué ha pasado con tu trabajo, porque de lo único que soy culpable es de ayudarte a mantener vivo tu maldito sueño.

Se acercó y se puso de pie entre mis piernas.

—¿Mi sueño? No sabes nada sobre mis sueños. Jamás me has preguntado qué quería.

—Fuiste tú el que no preguntó. Rompiste conmigo. Pusiste punto final a lo nuestro porque no querías perder tu preciosa carrera.

Cerró los ojos y soltó el aire con tanta fuerza que me golpeó la cara.

—Me hiciste pensar que lo correcto era estar con otras personas, así que cogí y salí con otros hombres, como tú —agregué con retintín.

—No he salido con nadie más, Nicole. Solo contigo.

—He visto cómo besabas a la rubia. No a Mia, si no a la otra, la que te acompañó a la fiesta en el bufete.

Gruñó.

—Que le den a esa chica.

Incliné la cabeza a un lado y lo miré con horror.

—¿Has follado con ella?

—¡No! ¡Dios, Nicole! ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—¿Cómo puedo no preguntártelo? —La voz se me quebró un poco—. ¿Cómo no voy a hacerlo, Victor?

Me puso la palma de la mano en la mejilla y me levantó la cara para que lo mirara a los ojos.

—Jamás te haría eso. Nunca. ¿La besé? Sí. Para las fotos. Eso fue todo.

—Me dolió —confesé, tragando aquel maldito nudo que tenía en la garganta—. Me dolió mucho.

Su mirada se posó en mis rasgos, como evaluándolos durante un buen rato, y durante esos segundos vi que su expresión cambiaba y se relajaba. Bajó la frente hasta apoyarla en la mía.

—Lo siento, cariño —susurró—. Verte con Brent en el bufete también me dolió. Y te he visto con el puto Gabriel Lane en todos los medios de comunicación cuando estabas en Argentina, visitando a tu madre. ¿Has creído que eso sería fácil para mí?

—No sabía qué pensar —susurré. Me acarició la cara.

—Ha sido jodidamente malo —reconoció bajando la mano para ponerla

sobre el corsé elástico que había confeccionado. Metió un dedo debajo y lo rompió—. No soy como esto —explicó—. No me estiro, ni me moldeo. No me conformo y, a pesar de lo que dice la gente sobre mi carrera, no soy un mentiroso. Así que cuando te digo que estoy enamorado de ti, Nicole, es porque lo estoy. Y cuando entro en el despacho de tu padre para decirle que te amo más a ti que a mi carrera, es porque es cierto.

Se me detuvo el corazón el tiempo que tardé en procesar las palabras, y descubrí que tragar saliva o parpadear no iba a mantener mis lágrimas a raya. Me encerró la cara entre las manos y me secó las lágrimas con los pulgares.

—¿Le has dicho eso a mi padre? —susurré. Asintió moviendo la cabeza antes de acercar la boca a la mía para darme un casto beso. Me incliné hacia delante, para profundizarlo, pero él se movió—. ¿Pueden degradarte por mi culpa?

—No por tu culpa, cariño. No tiene nada que ver contigo —aseguró.

—Pero si acabas de decir que...

Curvó los labios en una sonrisa.

—Vale, todo tiene que ver contigo, pero no es por tu culpa. He hecho mi elección. Me sorprende que tu padre no te lo haya dicho cuando has hablado con él.

—Bueno —expliqué con los ojos muy abiertos—. Me preguntó si había algo entre nosotros y lo negué. Luego me dijo que discutisteis y que te fuiste... Sí, no sé. No parecía que hubiera pasado algo bueno. —Hice una pausa, buscando su rostro—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya.

—Puedo hablar con él.

—Tengo esa reunión el lunes. Defenderé mi caso ante tu padre y a ver qué pasa. Si no quieren que sea socio, pues no estaba en mi destino.

—¿Cómo puedes decir eso?

No me respondió. En cambio, se inclinó y me besó la sien. Solo una vez, pero el gesto de alguna forma me dio la respuesta que necesitaba.

—¿Te quedas? —preguntó—. Será lo mejor.

—¿Qué significa «será lo mejor»? —pregunté.

—Significa que será lo mejor. Que eres mía y de nadie más. Que no vamos a volver a separarnos.

—¿Y tú también eres mío y de nadie más?

Sonrió, acariciándome la cara con el pulgar mientras bajaba los labios hacia

los míos.

—Siempre tuyo. Nunca he sido de nadie más. —Su tono me llevó pensar en cuando me había hecho gritar que era suya. Cuando me había zurrado en el trasero con una ferocidad que solo había experimentado con él. Solo de pensarlo se me aceleró el corazón. Me amaba. Estaba enamorado de mí.

—Mmm —gemí al sentir su boca en mi cuello. Subió la mano por mi pierna y la metió debajo de la falda—. ¿Estás insinuando que al final he atrapado al indomable Victor Reuben?

Se rió entre dientes contra mis pechos al tiempo que con la otra mano daba un tirón a mis bragas para arrancármelas. Jadeé, un poco sorprendida, y cuando empezó a mover los dedos en mi interior al tiempo que usaba el pulgar en mi clítoris, eché la cabeza hacia atrás.

—El indomable Victor Reuben... —repitió, mordisqueándome el escote—. Saca las tetas de ahí dentro y te demostraré lo manso que soy.

Me bajé la parte superior del *bustier* y solté un casi ininteligible «¡Dios mío!». Sentí su boca en el pezón izquierdo mientras seguía moviendo los dedos dentro de mí. Me había convertido en una pura terminación nerviosa, llena de sentimientos y sin control que quedaba sometida a sus caricias, a sus dedos, a su lengua...

—Me voy a correr —advertí al notar que se me encogían los dedos de los pies con un inminente orgasmo—. No puedo... ¡Oh, Dios mío! Qué bueno... Qué bien... ¡Victor!

—Di mi nombre. Eso es... —dijo mordisqueándome el otro pezón.

—¡Joder!

—Es así, cielo.

Y allí, en el taburete de la cocina, alcancé el clímax, con los ojos cerrados, el cuerpo en tensión y la cabeza hacia atrás. Luego me bajó del taburete y me hizo darme la vuelta para empujar mi torso hacia abajo, aplastando mis pechos contra el frío granito haciéndome separar los pies. Intenté prepararme, pero no sirvió de nada. Cuando se hundió en mi interior, tuve que soltar el aire. Entonces se quitó el pañuelo de pirata y lo lanzó sobre la encimera.

—Debería usarlo para atarte las putas manos. —Su voz sonaba ronca en mi oreja mientras me penetraba—. Debería vendarte los ojos. —Se inclinó hacia atrás y me levantó la falda antes de dejar caer la mano con fuerza sobre mi trasero—. Ni siquiera debería follarte ahora —amenazó, retirándose por completo.

—No, no, no... —grité, impulsándome hacia atrás—. Por favor.

Volvió a hundirse en mí con la misma rapidez y fuerza con la que se había retirado, y no pude reprimir un grito al sentir su grosor y la palma de su mano en la otra nalga.

—Debería contenerme. Si no estuviera tan desesperado por ti, lo haría.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé al notar que me inundaba otro orgasmo.

Cerró el puño agarrándome el pelo y me rodeó la cintura con el otro brazo para seguir jugando con mi clítoris.

—Haces que me vuelva loco, Nicole. No puedo dejar de pensar en ti. No puedo soportar imaginarte con otro hombre.

Jadeé y abrí los ojos.

—Eres el único. —Tenía la respiración entrecortada, y al notar que me rozaba el clítoris con más intensidad, supe que perdería el control en menos de un segundo—. No hay nadie más. Lo juro.

—Bien —dijo al tiempo que orientaba mi cara hacia abajo, contra la superficie y aumentaba el ritmo para follarme de una forma salvaje. Cerré los ojos y aullé cuando el orgasmo me atravesó finalmente. Jadeé al sentir que se vaciaba en mi interior con tres largas y lentas embestidas—. Joder, nena...

—Mmm... —jadeé. Fue lo único que pude decir.

Me ayudó a ponerme en pie dos segundos después y me estrechó contra su pecho, sosteniéndome por la nuca.

—Te he echado mucho de menos.

Lo miré.

—Yo también te amo. —Su sonrisa se extendió despacio de oreja a oreja.

—Lo sé.

Me reí empujándolo a la altura del pecho.

—¿Sabes? Esto no es *Star Wars*.

Se encogió de hombros.

—No, pero lo sé. Creo que te enamoraste de mí la última vez que te follé en el despacho, antes de casarte.

—Eso no tiene sentido alguno, pero digamos que sí. ¿Por qué has tardado tanto tú? —pregunté.

Dobló las rodillas y me cogió en brazos para llevarme a su dormitorio.

—Era un puto idiota.

VICTOR

Tener a Nicole profundamente dormida en mi cama al despertarme, durante dos días seguidos, era perfecto. Me levanté para ir al baño a cepillarme los dientes y luego me puse unos pantalones cortos para salir al exterior. No me había metido en el mar desde que la traje a casa el viernes por la noche, y necesitaba aclararme la mente antes de ir al bufete para la reunión con los socios. Habíamos estado hablando, follando y discutiendo durante todo el fin de semana, y no lo habría cambiado por nada en el mundo, ni por un millón de dólares o miles de ascensos. Salí de casa corriendo con la tabla y pillé algunas olas, pero sonreí con más fuerza cuando, al regresar, la vi de pie delante de la puerta, con una taza de café en la mano. Bonnie correteaba por el césped del patio, por lo que posiblemente me encontraría algunos regalitos, pero no me importaba. Ya me encargaría de ese animal más tarde. Al menos no lo hacía dentro de casa. Me abrí la cremallera del neopreno y curvé los labios al ver que Nicole se humedecía los labios clavando los ojos en mi pecho expuesto. No, no podía dejar de reír.

Me lo quité y lo arrojé al cubo que tenía fuera. Después dejé la tabla en el suelo para correr hacia ella.

—¡Victor! —gritó cuando la abracé—. Te vas a quemar —me advirtió entre risas mientras hacía equilibrios con la taza.

—Estoy seguro de que no te queda nada ahí dentro —adiviné, mirando el interior. En efecto, solo había unas gotas.

—Podrías haberlo derramado —me dijo en el momento que la solté. Posé los ojos en la camiseta blanca que llevaba, que al mojarse se había vuelto transparente. No se había puesto el sujetador. Me dio una palmada en el pecho para que la mirara a la cara.

—¿Qué?

—Deja de mirarme las tetas.

Alargué las manos y se las agarré para empezar a jugar con los pezones por encima de la tela.

—¿De verdad quieres que pare? —pregunté al oírla gemir.

—No —jadeó en el momento que se los pellizqué—. Vamos para dentro.

Cuando entramos, comenzamos a tirar de las prendas que llevábamos puestas hasta quedarnos desnudos. La sostuve contra la pared y cerré la puerta corredera de vidrio para cubrirle los labios con los míos.

—Bonnie está fuera —dijo con la respiración entrecortada al interrumpir el beso.

Por supuesto. La puta perra.

—¡Bonnie, estamos follando dentro de casa! —grité. Nicole se puso a reír a carcajadas hasta que la inmovilicé con la mirada y la penetré. Entonces, ya profundamente hundido en su interior, empezó a jadear y a decir palabras inconexas. Mis favoritas eran: «¡Oh, joder!».

—Tienes que marcharte dentro de nada —me recordó entre gemidos cuando le apreté las nalgas y me puse a embestirla con rapidez. ¡Dios! Era increíble. Estaba jodidamente empapada, jodidamente... Eché la cabeza hacia atrás y aumenté el ritmo.

—Lo sé.

—Voy a correrme. ¡Joder, Victor! ¡Victor! —gritó ella—. Me... Oh, Dios mío...

Y luego me derramé en su interior. Al recuperar el resuello, le di tiempo para que se le normalizara la respiración antes de ponerla sobre los pies.

—Estoy segura de que nos ha oído toda la playa —dijo.

—¿Y?

Se rio y regresó a la cocina mientras yo corría al dormitorio para darme una ducha. Tenía que estar en el bufete en treinta y cinco minutos. ¡Joder!

Estaba terminando de anudarme la corbata cuando Nicole entró en la habitación.

—Te he traído café. ¿Te da tiempo a comer algo?

Miré el reloj de la mesilla de noche por encima del hombro. Solo me quedaban dieciocho minutos.

—No. Le diré a Corinne de camino que me prepare algo.

—Estás muy sexy.

—Gracias.

—Muy, muy sexy —repitió, bajando la voz.

Tuve que cerrar los ojos.

—Esto va a ser un problema —reconocí al mirarla de nuevo.

—¿El qué?

—Tener que ir a trabajar pero querer quedarme en casa a follar contigo.

Sonríó bajando la vista al suelo. Me acerqué a ella y le levanté la barbilla.

—Da igual lo que pase hoy, te amo. Eso no va a cambiar, y quiero que estés aquí, y eso tampoco va a cambiar.

Tragó saliva mientras me miraba.

—Le diré a Marcus que me recoja. Quizá debería quedarme en casa un par de días. Tengo facturas que pagar, ¿sabes?

Le solté la barbilla. No me gustaba la idea, pero entendía que sintiera la necesidad de irse. Tendría que buscar a alguien que resolviera el contrato de alquiler de su casa para que pudiera mudarse conmigo. No habíamos hablado de ese tema de momento, pero lo haríamos muy pronto, y era una batalla que pensaba ganar.

Ya en el bufete, todos me saludaron con cierta cautela, ya que me había portado como un auténtico capullo durante semanas. Llegué a preguntarme si no habrían sido informados de algo. Cuando llegué a la sala de reuniones, solo estaba William, sentado a la cabecera de la mesa. Levantó la vista del móvil cuando me oyó entrar.

—Siéntate.

—¿Y Bruce? —pregunté desabrochándome la chaqueta para sentarme en mi lugar habitual, a su lado. Bruce era el otro socio del bufete.

—He decidido no informar a nadie de esto. —Hizo una pausa y dejó el teléfono sobre la mesa. Lo miré, preguntándome si no lo habría puesto a grabar. Como si me hubiera leído los pensamientos, se rio entre dientes cogiéndolo de nuevo. Lo encendió para que viera la pantalla de inicio—. Tan paranoico para algunas cosas y tan descuidado para otras...

Lo dejé pasar: a fin de cuentas, tenía razón.

—¿Qué tal Nicole? ¿Has hablado con ella... de tu situación?

Traté de mantener la expresión impasible, pero no pude reprimir una sonrisa. Si él supiera cuántas «situaciones» habíamos vivido su hija y yo a lo largo del fin de semana...

—Sí.

—¿Y...?

—Ya te lo he explicado. No habría tenido ningún problema con ella si hubiera sido consciente de la situación real.

—¿Y cómo sabes que esa es la situación real? ¿Cómo estás seguro de que dentro de cinco años no te encontrarás en tu despacho organizando tu propio

divorcio? Conozco el percal...

Arqueé las cejas. Era una buena pregunta... Y muy lógica. ¿Cómo lo sabía...? ¿Cómo podía explicárselo para que lo entendiera?

—No lo sé —reconocí—. No tengo ni idea de lo que ocurrirá dentro de cinco años. He venido aquí pensando que tenía más de un cincuenta por ciento de posibilidades de que me despidieras, de que me degradaras, y sigo sin poder dejar de sonreír, y es la única forma en la que lo sé. ¿Quién puede adivinarlo? —Me encogí de hombros—. Quizá no salga como yo quiero, pero estoy seguro de que quiero intentarlo, y cuando pienso en mi vida dentro de cinco años, lo único que veo en ella con total certeza es a Nicole.

Will inclinó la cabeza a un lado, evaluándome con la mirada.

—¿Cuándo está previsto que lleguen los documentos finales con la resolución del divorcio?

—No deberían tardar. Posiblemente la semana que viene. Me ha tocado el juez Matthews.

Will asintió.

—Ya sabes lo que siento por ti como persona y como compañero. Eres el hijo que no tuve, y esa es una de las razones por las que estoy siendo tan duro contigo, porque, aunque te aprecio, adoro a mi hija.

Levantó el móvil y apretó un par de botones para poner el altavoz. Tres timbrazos después, la voz de Nicole resonó en la sala. Contuve el aliento. Lo miré, y se encogió los hombros como diciéndome que quería saber lo que opinaba ella al respecto.

—Hola, papá —dijo ella. Su voz me reconfortó.

—Hola, cariño. Tengo que hacerte una pregunta, y quiero que me la respondas con absoluta sinceridad.

Nicole gimió.

—¿Y ahora qué es?

—¿Me lo prometes?

Nicole tardó un momento en responder.

—Te lo prometo.

—¿Estás liada de alguna forma con Gabriel?

Se volvió a mantener callada, haciendo que mi corazón se acelerara.

—No. Lo de Argentina era lo último que tenía previsto con él. ¿Por qué?

—Me refiero a románticamente, Nicole.

Ahora se me detuvo el corazón. No quería oír esta conversación. No quería

saberlo. «Ojos que no ven, corazón que no siente»: ese había sido siempre mi lema.

—No, papá. ¿Por qué haces unas preguntas tan raras?

—¿Qué pasa con Victor Reuben?

—¿Qué pasa con él? —susurró.

—La última vez que te lo pregunté, me dijiste que no había nada entre vosotros. ¿Me mentiste?

Noté que Nicole cogía aire.

—Recuerda que me lo has prometido, Nicole.

Volvió a aspirar hondo.

—Sí.

—¿Me estabas mintiendo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pensaba que si te decía la verdad, lo despedirías —reconoció, y supe que estaba llorando. La había visto llorar el otro día, pero oírla así y saber que no podía consolarla hacía que me doliera todo.

—¿Por qué iba a despedirlo?

—Porque es mi abogado —le recordó, llorando con más intensidad—. Por favor, papá. Por favor, no lo eches. Fue culpa mía. Lo presioné, y lo presioné...

Cerré los ojos, enterrando la cara entre las manos. No podía soportarlo más. No podía quedarme allí sentado, escuchándola suplicar por mí.

—No voy a despedirlo —dijo Will.

Levanté la cabeza.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo, resoplando—. Gracias a Dios.

—Me ha confesado que te ha dicho que está enamorado de ti.

—Sí, lo ha hecho. —Sollozó—. Y yo también lo amo.

Will se mantuvo en silencio durante un rato, valorándome con la mirada. Mantuve una expresión neutra, porque no estaba seguro de querer que leyera que para mí era un alivio. No quería que supiera que tenía ganas de festejarlo. Sonrió un par de segundos después.

—Vale, cielo. Hablamos luego.

—De acuerdo. Hasta luego.

Will puso fin a la llamada antes de hacer tamborilear los dedos sobre la mesa.

—Así que... así fue... Como estaba diciéndote, cuando te conocí, me vi a mí mismo con veinte años menos. No tuve mentor ni nadie que me guiara por estos temas escabrosos, que me echara una mano cuando estaba jodido, y quise ser esa persona para ti —explicó—. Pero luego te contraté, y no lo tuve que haber hecho: eras como un bebé recién nacido que ya sabía ir al baño. Nunca había visto nada así. No te asigné el divorcio de mi hija para hacerte socio, lo ibas a ser de todas formas. Esa posibilidad se convirtió en algo seguro desde que entraste en el bufete. —Hizo una pausa.

Saber que tenía su apoyo era increíble. Aunque tener la certeza de que Nicole formaría parte de mi vida era una recompensa mucho mayor, no podía negar cómo me hacía sentir oír sus palabras.

—Quería que la representaras tú porque sabía que harías lo que fuera mejor para ella, y ahora también lo sé.

Solté un suspiro.

—Gracias. Eso significa mucho. —Más de lo que él podía pensar.

—¿Quieres saber por qué sé que serás bueno para ella?

Tragué saliva.

—¿Por qué?

—Porque ni siquiera siento que deba advertirte de las cosas que te haría si la jodes, aunque quizá debería decirte que sería un poco duro.

Me reí.

—Ya imaginaba.

—Entonces, todo bien —concluyó sonriente—. No podría haber elegido un hombre mejor para ella.

—Gracias —dije, porque no sabía qué más añadir sin dejar todos mis sentimientos al descubierto—. Siempre haré lo mejor para ella, Will. —Respiré hondo, aliviado—. ¿Eso significa que sigo siendo socio?

Will se rio.

—Sí, pero vas a tener que tomarte unas vacaciones hasta que recibamos los papeles finales del divorcio de Nicole.

—¿Vacaciones?

—Vacaciones.

Lo miré boquiabierto.

—¿Y qué coño voy a hacer?

—Algo se te ocurrirá.

Suspiré. Suponía que sí.

Al salir, me detuve en el despacho de Corinne para decírselo. Me miró como si no supiera qué hacer con aquella información.

—¿Es en serio?

—Claro que lo digo en serio. ¿Por qué iba a bromear al respecto?

—Pero si nunca coges vacaciones...

—Quizá estaba esperando a acumular suficientes días para que fueran más largas.

Ella frunció el ceño.

—¿Después de seis años?

—Corinne... —suspiré. Cerró la boca cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo la paciencia.

—Lo siento. Es que... me has sorprendido. ¿Significa eso que estaremos de vacaciones a la vez? ¿O que no podré cogermelos días previstos?

¿Por qué tenía que ponerse tan puntillosa? Dejé que lo meditara, pero en vez de superarlo, continuó mirándome como si la respuesta estuviera escrita en mi cara. Por fin, me aclaré la garganta.

—Tienes previstas las vacaciones y así seguirán. Hay cinco abogados más en el bufete, Corinne. Comprométete, cástate o lo que sea —ordené.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Hice una mueca. A saber...

—No pienso prometerme ni casarme... —repuse, haciéndola sonreír.

—He oído —susurró al tiempo que se inclinaba por encima del escritorio como si estuviera compartiendo un secreto— que mantienes una relación muy seria con alguien.

Abrí la boca y la cerré de inmediato. Todo lo que dijera se usaría en mi contra de por vida en el bufete, y tener vacaciones por lo que había hecho era un castigo mucho más leve de lo que me merecía. Aunque estar sin trabajar durante más de un par de días era como estar en el infierno, tenía que agradecer lo bien que había salido todo. Dicho eso, estar en público con Nicole ahora mismo no sería lo mejor para ninguno, y lo sabía. En lugar de responder a su pregunta como ella quería, que era: «Tengo una relación muy seria», me encogí de hombros.

—Si necesitas algo, llámame al móvil —dije mientras me alejaba—. Pásalo bien en las vacaciones.

—Igualmente.

Sabía que Nicole no estaría en casa cuando llegara, pero eso no evitó que la

echara de menos cuando recorrí las habitaciones, buscando alguna señal de que había estado allí. Lo único que vi fue una manta azul marino en el suelo del salón, donde había dormido Bonnie. Nunca había querido tener perro, pero iba a tener que acostumbrarme. Clavé los ojos en la manta durante un buen rato, sin saber si debía recogerla o no. En realidad quería quitarla de allí. Al final, cogí aire y me obligué a alejarme. Subí las escaleras, me puse ropa cómoda y sonreí al ver que el cuarto de baño todavía tenía las paredes llenas de condensación y que en el espejo se podía leer: «Te amo». Saqué el móvil e hice una foto. Al instante, decidí llamar a Quinn para pedirle un favor antes de ir a casa de Nicole. Solo esperaba que lo que se me había ocurrido fuera posible y que ella quisiera y pudiera venir conmigo.

34

NICOLE

Estaba sentada fuera, con Bonnie, disfrutando de un buen tazón de cereales, cuando se acercó Brent corriendo. Por mucho que apreciara verlo, comenzaba a preguntarme en serio si tenía trabajo.

—Hola, ¿quieres comer conmigo? —preguntó cuando se detuvo delante del porche para recuperar el aliento. Levanté la mano para protegerme la cara del sol mientras lo miraba.

—No. Tengo...

—Tiene novio —intervino Victor, haciéndome pegar un brinco en la silla al aparecer de repente.

Tanto Brent como yo nos volvimos hacia él. Me dio un vuelco el corazón al verlo vestido con vaqueros y un polo. El hecho de que no estuviera trabajando y se hubiera cambiado el traje no era buena señal.

—¿Qué haces aquí? —pregunté parpadeando.

—¿No es tu abogado? —indagó Brent con el ceño fruncido.

—Lo era.

Se me revolvió el estómago. «¿Lo era?».

—Sí, lo era —insistió él—. ¿Tienes más preguntas o vas a terminar tu carrera? —lo despidió Victor. Yo quería que me tragara la tierra.

—Quizá en otra ocasión —le dije a Brent, que asintió despacio con la cabeza.

—Ya nos veremos —se despidió, y huyó como alma que persigue el diablo.

—Has sido malo —le espeté a Victor en cuanto Brent estuvo lo suficientemente lejos para no oírnos. Tomé una cucharada de cereales y los mastiqué con calma.

Victor miró el tazón que tenía en la mano y se sentó en una silla a mi lado, donde se puso a darle palmaditas a Bonnie en la cabeza.

—Que se joda.

Abrí los ojos como platos.

—Es un tipo muy amable.

—Un tipo muy amable que quiere follar contigo.

Sonreí, moviendo la cabeza.

—¿Puedes recriminárselo?

Cuando me miró de arriba abajo, sus ojos tenían ese brillo malvado.

—Joder, claro que no. Pero eso no significa que quiera ver cómo lo intenta.

—Ahora sé por qué nunca tienes novia —comenté, arqueando una ceja. Me cogió el pie de la mesita en la que lo tenía apoyado y se lo puso en el regazo para darme un masaje. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás después de dejar el tazón de cereales en el suelo.

—¿Qué estabas diciendo?

—¿Eh? —pregunté, abriendo los ojos para mirarlo. Todavía seguía sonriendo cuando me levantó el pie y me mordía el dedo gordo—. ¡Ay!

Se rio entre dientes.

—Estabas diciendo que sabías por qué nunca había tenido novia.

—Oh... —Me enderecé un poco en la silla—. Por esa tendencia tuya a tomar el control. No muchas mujeres pueden manejar eso.

—¿Tú puedes? —preguntó, arqueando una ceja.

Lo contemplé durante un rato, incapaz de no perderme en la mirada intensa que intercambiamos. Aquel reto. Me volvía loca, me encantaba. Lo amaba. Amaba a Victor. Mientras me masajeaba el pie, me había dado cuenta de que no podía haber perdido el trabajo si había utilizado su magia con mi padre o con quien fuera. En un mundo lleno de hombres como Gabriel, los que eran como Victor resultaban excepcionales.

—Creo que sí —acepté en voz baja. Sonreí cuando dejó caer los pies y se levantó, inclinándose sobre mí para apoyar las manos en los reposabrazos a cada lado de mí.

—Si alguien puede, eres tú —reconoció y se apoderó de mis labios con un profundo beso. Hundió la lengua en mi boca de una manera que me hizo contener el aliento. Cuando interrumpió el beso, se alejó despacio, pero dejó las manos en los apoyabrazos.

—Tengo una sorpresa para ti, pero ahora que has sido tan atrevida, no sé si quiero decírtela.

—¿Qué vas a hacer? ¿Zurrarme en el culo? —pregunté con una sonrisa.

Su mirada se volvió ardiente.

—No me tientes.

—Quizá quiera tentarte —dije, levantando el pie y frotándolo contra su entrepierna, que se endureció con rapidez. Soltó el aire con fuerza.

—Nicole, te encanta jugar con fuego —me advirtió, aunque su voz sonó ronca cuando apoyó la frente contra la mía.

—Me encanta jugar contigo —repuse al tiempo que me movía para apretar los labios contra los suyos.

Se inclinó para cogerme en brazos, y la silla emitió un chirrido contra el suelo cuando me levantó y la empujó a un lado.

—Espera —dije—. ¿Te han despedido? —pregunté mientras aguardábamos a que entrara Bonnie para cerrar la puerta a nuestra espalda.

Se rio entre dientes antes de dejarme en el sofá.

—¿Y has esperado hasta ahora para preguntarme eso?

—Estaba distraída.

—¿Con lo guapo y controlador que soy? —preguntó sonriendo.

—Eres un ególatra.

—Eso me han dicho —reconoció, cubriéndose la entrepierna con la mano. Casi gemí al verlo.

—¿Te han echado o no?

—No, pero tengo vacaciones hasta que llegue la resolución de tu divorcio.

—¿Sigues... sigues siendo socio? —pregunté por lo bajo.

Suspiró y se sentó a mi lado en el sofá. Me pasó un brazo por los hombros, y yo puse las piernas en su regazo para acercarme más.

—Sí —repuso peinándome con los dedos. Si seguía haciendo eso, dándome masajes en los pies y tocándome el pelo, definitivamente no me separaría de él—. Estaba presente cuando te llamó tu padre.

Abrí mucho los ojos y busqué los suyos.

—Lo que dije... Bueno, no te ha echado, así que no he metido la pata, pero... —Gruñí—. Odio que me haga eso.

—Lo has hecho genial, Nic. —Me acercó más a él—. Genial, pero... —Soltó un suspiro—. Estuvo bien. No pasa nada. Pero no quiere que llamemos la atención hasta que no te concedan el divorcio. Puedo perder la licencia, en serio. No es un juego.

Parpadeé.

—Pues acabamos de besarnos ahí fuera. Y le has dicho a Brent que ya no eras mi abogado, sino mi novio.

—Que le den a Brent. Él no es una amenaza.

—No lo sabes.

Me miró de reojo.

—Si se convirtiera en una, me ocuparía de ello.

—¿Como hiciste con Darryl? —pregunté con una ceja arqueada. Supe que lo había pillado con la guardia baja por la forma en la que abrió los ojos y se echó hacia atrás—. Lo vi en Argentina. Tenía cortes en la cara al mismo tiempo que tú. ¿Crees que es una coincidencia?

—Probablemente. Estoy seguro de que hay mucha gente a la que le encanta cortarse la cara —dijo.

—¿De verdad vas a quedarte ahí sentado mintiéndome?

Suspiró al tiempo que se pasaba una mano por el pelo. Muy revelador.

—No puedes ir golpeando a la gente por mi culpa —insistí—. ¿No es eso peor que salgamos juntos?

Victor se rio divertido.

—No en el estado de California.

—Puede presentar cargos.

—Que lo intente —se burló. Me miró—. Nicole, créeme, no tienes que preocuparte por nada de eso.

—Lo sé. Solo es que no quiero ser la razón de que tengas tantos problemas y de que pierdas el trabajo.

Sus ojos contenían una seriedad que hizo que me diera un vuelco el corazón. No dijo nada más; me cogió la mano y se la llevó a los labios. Apoyé la cabeza en su hombro, y permanecimos sentados en silencio un buen rato. Sin palabras. Un silencio cómodo y agradable.

—Tengo algo para ti —me dijo, estirándose en el sofá para sacar algo del bolsillo trasero. Me entregó un paquete doblado que cogí mientras me incorporaba. Abrí el sobre y leí el contenido. Comencé a jadear y mi corazón se aceleró de forma incontrolable. Antes de que acabara de leer lo que ponía, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Vamos a ir a Islandia? —pregunté para asegurarme con un ronco susurro.

Victor sonrió con ternura.

—Vamos a ir a Islandia.

—¿Sabes que es allí donde están rodando...? —Me arrebató los papeles sin que pudiera concluir la pregunta y pasó la página para que la leyera. Grité. Mucho. Y me levanté del sofá—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¿Vamos a ir ahí? ¿De verdad? Pero ¿cómo?

Victor se rio y me sentó en su regazo.

—Tengo buenos contactos.

—¿Se lo has dicho a tu hermana? —pregunté unos minutos después, cuando había leído todas las páginas que me había entregado.

—Joder, no. Me mataría. Pero podemos mandarle una foto cuando estemos allí. Por cierto, salimos dentro de una semana —informó, besándome en la frente.

—Una semana... —Hice una pausa con los ojos muy abiertos—. Tengo que preguntar si todavía seguimos de descanso en el rodaje.

—Seguís.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, con la adrenalina todavía recorriéndome las venas.

—Me lo ha dicho Talon, tu amiga.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta—. ¿Cómo te has puesto en contacto con ella?

Se rio entre dientes y tiró de mí para que me pusiera a horcajadas sobre sus muslos.

—Ya te lo he dicho, tengo buenos contactos.

Le rodeé el cuello con los brazos mientras sonreía.

—De verdad, te amo.

—Eso espero —susurró—. Yo ni siquiera sigo esa serie.

VICTOR

Islandia quedaba en el culo del mundo, y, además, allí hacía mucho frío, pero la sonrisa permanente en el rostro de Nicole hacía que el viaje valiera la pena. Estábamos en el *set* de rodaje, y aunque ella había dicho que era una gran admiradora de la diseñadora de vestuario, lo único que hacía era mirar a los actores.

—Estás babeando de nuevo —le susurré al oído. Ella se estremeció y se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Lo siento. Ya sé que no está bien mirar a otros hombres delante de mi novio, pero ¡Dios mío! —dijo tiritando. Me reí y la abracé.

—No me preocupa a quién mires.

Sonrió e inclinó la cabeza a un lado para mirarme.

—Estás muy seguro de ti mismo...

Me encogí de hombros. No tenía sentido negarlo. Ella no iba a irse con otro, y yo tampoco. Incluso aunque quisiera dejarla, que no quería, mi familia me repudiaría. En la semana que transcurrió entre nuestra reconciliación y el viaje, habíamos sido inseparables, lo que significaba que fuera donde fuera, Nicole iba conmigo y viceversa. Uno de esos días, fuimos a cenar a casa de mis padres, donde nos reunimos con Mia, Jenson, Oliver y Estelle. Cada vez que Nicole salía del comedor, solo me decían: «Ponle ya una alianza» o «Cásate de una vez con esa chica». Cuando les recordaba que todavía no le habían concedido definitivamente el divorcio, sacudían la cabeza como si fuera culpa mía. Al final, en el momento que admití que me casaría con Nicole algún día, Jenson y Oliver estuvieron tomándose el pelo sobre lo colgado que estaba por ella.

Dejé que se divirtieran cada vez que sacaban el tema porque siempre terminaban discutiendo sobre la apuesta que habían hecho. Y eso sí era desternillante.

—Me alegra que tengáis tanto interés en mi vida personal —comenté cuando estábamos sentados en el porche tomando una copa.

—Nos apostamos quinientos pavos, y este gilipollas no quiere admitir que

he ganado —protestó Jenson mirando a Oliver.

Me quedé boquiabierto. ¿Quinientos dólares?

—¿Cuál fue la apuesta?

—Si te ibas a liar o no con una clienta —soltó Oliver.

—No. Que te liarías con una clienta porque ibas a enamorarte de ella de verdad —corrigió Jenson.

—No. Solo era que se tirara a una clienta, y nos dijo que representaría a Nicole antes de que hiciéramos la apuesta, por lo que no debería valer —expuso Oliver con una ceja arqueada.

—Deberías haber apostado que Jenson se hiciera un tatuaje en el trasero o que tú te cortaras el pelo —me burlé.

Se rieron.

—Lo que quiero decir —intervino Oliver— es que he ganado. Dinos, ¿te la tiraste o no antes de convertirte en su abogado?

Apreté los dientes. No quería hablar sobre mi vida sexual con Nicole, y menos con él, porque no quería, ni de coña, conocer detalles de la suya con mi hermana. Tomé un trago de Jameson y lo miré por encima del borde del vaso.

—Que te jodan, Rapunzel.

Jenson soltó una carcajada.

—Es que necesitas un buen corte de pelo.

—Idos a la mierda los dos —soltó Oliver mientras se pasaba la mano por la cabeza—. A los críos les gusta.

Y seguramente era así. Un amigo de un amigo común me había contado que la sección de pediatría donde trabajaba había crecido mucho después de que él empezara a ejercer allí. Mi hermana parecía entretenerse mucho con el tema del médico macizo y todo eso. Negué con la cabeza.

—Sois idiotas los dos —dije, poniéndome en pie y estirándome—. Ahora tengo que marcharme a hacer las maletas. Me espera un largo vuelo, y he oído que el rodaje de *Juego de tronos* es una pasada, así que no quiero llegar cansado.

Eso les cerró la boca durante los tres segundos que tardaron en asimilarlo. Luego comenzaron a soltar una avalancha de insultos: «¡Capullo!», «No me puedo creer que vayas a ir», «Espero que te contraten como extra y te maten».

Me reí entre dientes y les enseñé el dedo corazón mientras me alejaba de

ellos.

—Solo matan a *muggles*.

—¡Ni siquiera son de esa serie! —gritaron.

—¡Seguid apostando contra mí...! ¡Jamás ganaréis! —grité.

—Eres un imbécil, pero mándanos fotos.

—Me lo pensaré.

Ahora que ya estábamos en Islandia y me daba cuenta de lo impresionante que era en realidad el *set* de rodaje, les había enviado al menos mil fotos. Nicole se mostraba sorprendida por todo, de la misma forma que estaría yo si fuera seguidor de la serie. Siempre había evitado este tipo de cosas cuando mis clientes trabajaban en programas que me gustaban, porque pensaba que eso haría desaparecer parte de la magia que me gustaba ver en pantalla, pero en realidad esto eran las tripas del negocio. El *set* era Islandia, e Islandia era impresionante. Probablemente no volvería a poner un pie allí en mi vida, así que trataba de disfrutar de cada segundo y de disfrutar sin reservas la compañía de Nicole.

Me vibró el móvil en el bolsillo y lo saqué, haciendo que Nicole pusiera los ojos en blanco.

—Pensaba que estabas de vacaciones... Y estás mirando el móvil cada dos segundos.

—Algunos tenemos que seguir trabajando, cielo —dije mientras miraba el correo electrónico que acababa de recibir. El corazón me dio un vuelco al ver que era de Will y que en el asunto solo aparecía una carita sonriente. Una puta cara sonriente de parte de Will solo podía significar una cosa. Lo abrí y vi que contenía un archivo adjunto. Arriba, en el cuerpo del mensaje ponía: «Me alegro de tenerte de vuelta, colega».

Entonces el pulso se me aceleró de una manera que solo conseguía Nicole con lo que me hacía sentir cuando me miraba.

—Te tiemblan las manos. Necesitas unos guantes mejores —comentó Nicole, a mi lado.

Negué con la cabeza.

—No. No tengo frío. —Y lo decía muy en serio. Cuando abrí el archivo, solo sentí una oleada de calor que me hizo soltar una bocanada de aire—. Gracias a Dios...

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Giré el móvil para que pudiera verlo y sonreí al verla jadear. Se quedó callada durante tanto tiempo que tuve que

mirarla. Me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas que seguramente se congelarían antes de resbalar por su rostro. Le puse la mano en la nuca y la estreché contra mi palpitante corazón—. Se ha acabado —susurró—. De verdad.

No estaba seguro de si estaba triste, feliz o solo aliviada, y no sabía qué tenía que preguntarle. Decidí ir a por todas, pero si me decía que estaba triste porque por fin se había consumado su divorcio, no sabía cómo me sentiría. Posiblemente se me rompería el corazón, me destrozaría. Decidí que tenía que enfrentarme a la situación, así que tomé aire y le subí un poco la cara para mirarla.

—¿Estás bien?

Asintió, parpadeando despacio.

—Lo estoy. —Su sonrisa apareció lentamente, pero era de oreja a oreja—. Creo que... estoy genial. —Soltó el aliento, que formó una nube en el aire—. Me siento... liberada.

Sonreí antes de atraparle los labios con un beso suave y casto.

—Siento decírtelo, pero estás atrapada... Conmigo.

Se rio.

—Oh, y estoy de acuerdo en eso.

—Será mejor que sea así, o iré a decirle al tipo que llevaba la capa de plumas negras que me preste su arma —bromeé. Abrió más los ojos y se quedó paralizada por completo.

—¿Está cerca?

Miré por encima de su cabeza.

—No está justo detrás de nosotros, pero sí bastante cerca.

—¡Oh, Dios mío! Creo que me voy a desmayar.

Me reí.

—Ni siquiera lo has visto. Ese tipo no es un gran problema.

Si era posible, abrió todavía más los ojos.

—Jon-Nieve-es-un-gran-problema.

Gruñí al recordar cómo hablaban de él Mia, Estelle y todos los demás.

—¿Ese tipo es el jodido Jon Nieve?

Nicole se dio la vuelta y soltó un grito silencioso de excitación.

—Sí.

La rodeé con un brazo para atraerla hacia mí. Estábamos en lo alto de una pequeña colina y lo vimos avanzar con un tipo corpulento. Sin duda no era un

problema, no parecía muy alto. Sin embargo, estuve seguro de que aquella melena pondría celoso a Oliver, así que le hice una foto y se la envié a mi amigo, sabiendo que no tendría una respuesta hasta más adelante.

—¿Te sientes feliz? —pregunté, acercando la boca a su oreja.

Ella asintió moviendo la cabeza.

—Muy feliz... —aseguró, girando entre mis brazos y rodeándome el cuello con las manos—. Victor Reuben, te amo. Te amo de verdad. Te amo con todas mis fuerzas. A pesar de que odies el matrimonio.

Sonreí. Estaba muy equivocada.

—No odio el matrimonio.

—Te oí hablar con tus padres el otro día. —Hizo una pausa mientras me escudriñaba la cara con sus ojos azules—. No me importa. No necesito volver a casarme. Ya he tropezado con esa piedra. De hecho, diría que me estrellé contra ella.

—Que le den a esa piedra.

—Dices eso de todo lo que no te gusta. —Se rio—. Solo digo que tienes una vida fantástica. No pretendo irrumpir en tu organizada y meticulosa existencia. Solo quiero formar parte de ella.

Suspiré y doblé las rodillas, envolviéndola en la cálida manta que nos habían dado cuando llegamos. Le sostuve la mirada mientras le hablaba para asegurarme de que comprendía perfectamente lo que le iba a decir.

—Una vez me dijiste que esto era un objetivo para ti —empecé, señalando con la mano el set de rodaje en el que nos encontrábamos—. Los míos siempre han estado impulsados por mi carrera, pero en el momento en que los conseguí, me di cuenta de que habían variado un poco y que, en algún momento, tú te convertiste en uno. Estoy enamorado de ti. He conseguido muchas cosas en mis treinta y un años, y estoy orgulloso de esos logros, sin embargo..., a pesar de eso..., ninguno me hace sentir como tú. Cuando regresemos, mi próximo objetivo será lograr que vengas a vivir a mi casa, y más adelante será que aceptes casarte conmigo, porque te amo y no quiero estar sin ti.

Tardó un momento en asimilar mis palabras y, al conseguirlo, parpadeó varias veces, pero no pudo impedir que comenzaran a caerle las lágrimas que se habían formado en los ojos. Se las sequé al verlas resbalar por sus mejillas.

—¿Yo soy tu objetivo? —susurró, sonriendo.

—Tú eres todos los objetivos que nunca supe que quería.

Nuestros labios se encontraron en un beso lento, largo y sensual que hizo que quisiera regresar corriendo al hotel y follar con ella en la bañera de hidromasaje. Cuando nos separamos, nos sonreímos el uno al otro

—¿Sabes?, es la segunda vez que sacas el tema—dije—. Todo un récord para alguien que dice que le da igual volver a casarse y que acaba de divorciarse.

Se sonrojó y miró hacia otro lado.

—Jamás dije que estuviera en contra del matrimonio porque no me haya salido bien una vez.

Le cogí la barbilla y la obligué a mirarme de nuevo.

—Me parece bien, porque me voy a casar contigo.

—Lo dices como si supieras que te voy a decir que sí.

—¿Todavía no te has dado cuenta? —pregunté antes de mordisquearle el labio inferior y soltárselo—. Siempre consigo lo que quiero.

Nicole era mía. Nunca, en mis treinta y un años, había deseado algo como a mi hermosa, valiente y sexy Nicole Alessi. Y sabía que nunca querría algo con tanta intensidad.

EPÍLOGO

NICOLE

DOS AÑOS DESPUÉS...

Deberías dejar tu trabajo y diseñar vestidos de novia para ganarte la vida — dijo Talon mientras me maquillaba.

—Quizá algún día —repuse mientras miraba hacia arriba para que me aplicara el delineador de ojos.

—Estás impresionante. Victor va a lamentar no haberte pedido que te casaras con él hace ocho años.

Sonreí.

—Entonces no estaba preparada para él.

—Es un poco intimidante —reconoció sonriendo.

—Un poco. —Hice una pausa—. ¿Las chicas están preparadas?

—Si por preparadas te refieres a vestidas, sí. Sin embargo, Mike me ha dicho que estaban recogiendo todas las flores que habían esparcido durante el ensayo.

Me reí.

—A ver si dejas de moverte...

—Lo siento.

En ese momento llamaron a la puerta, y el golpe fue seguido por las sonoras voces de Hannah, mi madre, Mia, Estelle y Chrissy. Desde que se conocieron en la despedida de soltera, la semana anterior, Mia y Chrissy no habían dejado de hablar. Era muy divertido estar con ellas. Creo que todos pensábamos lo mismo. Todos menos Victor, que gemía cada vez que las veía juntas.

—Espero que tengáis hijas —soltó Estelle. Sonreí mientras le acariciaba su prominente barriga cuando se detuvo a mi lado.

—¿Qué quieres? ¿Que a tu hermano le dé un infarto a los cuarenta? —pregunté.

Se rio.

—Será un padre fabuloso —aseguró Hannah. Y yo estaba muy de acuerdo.

—Lo será, y tendrán unos hijos preciosos —convino mi madre. Cuando le

comenté por primera vez que en lugar de renovar el contrato de alquiler me iría a vivir con Victor, alucinó, pero luego vino de visita, lo conoció y de inmediato me entendió.

—Yo también estoy de acuerdo —intervino Meire, que entraba en ese momento.

Mi madre giró la cabeza hacia ella con rapidez. Las cenas y comidas que habíamos organizado para que nuestras familias se conocieran habían servido para que mi madre y Meire tuvieran la oportunidad de conocerse. Dudaba mucho que mi madre aprobara que mi padre se hubiera casado de nuevo, pero parecía respetar a Meire.

—Estás impresionante —aseguró Chrissy.

—¿Verdad? Estás haciéndome dudar de mi inclinación sexual —agregó Mia.

Me reí de nuevo. Me sentía muy feliz, pero tener a todas estas personas en mi vida, acompañándome ese día, hacía que mis emociones alcanzaran una nueva cima. Esta vez no había querido celebrar una gran boda, pero cuando comenzamos a hacer la lista de amigos y miembros de la familia, acabamos anotando a doscientas personas. Propuse que nos fugáramos, pero Victor rechazó la idea en cuanto la puse sobre la mesa. No lo había dicho en voz alta, pero sabía que no quería que yo comparara nuestra boda con la ceremonia con Gabe. Aunque era algo que no hacía nunca. Victor conseguía que me sintiera estable, apreciada y amada, y aunque podría llevar a cabo un millón de comparaciones y dar otras tantas razones sobre por qué este matrimonio era perfecto, no se me ocurría. No habría sido justa conmigo misma si denigrara lo que una vez había tenido con Gabe solo porque no había funcionado.

Me había encontrado con él un par de veces en el parque para que viera a Bonnie. Y era algo con lo que les encantaba especular a los *paparazzi* para fastidio de Victor, aunque estaba de acuerdo con que Gabe y yo fuéramos amigos.

«No espero que no seas amiga de alguien con quien estuviste tanto tiempo, pero eso no significa que me guste —me había dicho—. Y sigo pensando que es un gilipollas».

Sin embargo, apreciaba que Gabriel le hubiera enviado una caja de habanos y una botella de Blue Label como regalo de boda.

«Ha estado muy bien por su parte. De hecho, me lo debía por haberte

alejado de mí durante tantos años», dijo el día que Marcus dejó el regalo en la casa que compartíamos desde que regresamos del viaje a Islandia.

Marcus ya no trabajaba para mí, al menos todo el tiempo. Ya no necesitaba un guardaespaldas. Sin embargo, nos manteníamos en contacto, y ahora, tenía que lidiar con los problemas de Victor además de con los míos. Parecía conforme, aunque yo creía que prefería a Vic, posiblemente porque sus conversaciones versaban sobre los partidos de baloncesto, béisbol o fútbol, que siempre se veían en casa. Yo odiaba los deportes, así que era una locura que hubiera acabado casándome con alguien a quien le gustaban tanto. Sin embargo, me encantaba. Me gustaba tener la casa llena de gente.

Victor había sacado el tema del matrimonio un par de veces, pero jamás había imaginado que me lo pidiera de rodillas. Que me cogiera entre sus brazos una noche, después de atravesar el umbral tras un largo día en el trabajo y me abrazara durante un instante que me pareció eterno. Solo me había estrechado mientras respiraba contra mi pelo. Cuando se apartó un poco y buscó mi cara sin decir palabra, empecé a preocuparme. Iba a preguntarle qué le pasaba, qué le había sucedido, pero, en ese momento, se arrodilló y sacó una cajita negra del bolsillo mientras me miraba.

—He llevado este anillo durante meses, pero no he encontrado el momento adecuado para dártelo, por culpa del trabajo y todo lo demás. Jamás habrá un instante perfecto porque así es la vida: siempre caótica, siempre agitada... El trabajo no se detendrá, y me encanta compartirlo todo contigo. Adoro regresar a casa y que seas mi santuario. Lo has construido para mí, conmigo, y quiero que sea para siempre. No quiero tener que imaginar la vida sin ti, Nicole Alessi. Cásate conmigo.

Todavía se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo. Estelle vio la expresión de mi cara y me dio un codazo para que dejara a un lado esos pensamientos.

—Basta. No puedes llorar ahora —dijo.

—Lo sé. Solo estaba pensando en Victor.

—Agg... Sí, yo también lloraría —intervino Mia, haciéndonos reír.

—¿Preparada? —me preguntó mi madre.

Asentí moviendo la cabeza.

—Sí. —Y lo estaba.

Mi padre abrió mucho los ojos al verme, y una enorme sonrisa se extendió por mi cara. Recordé la última vez que habíamos estado en la misma posición

y lo serio que parecía. Hoy se lo veía despreocupado, feliz, como si llevara toda la vida esperando entregarme a mi marido en lugar de querer secuestrarme y encerrarme para siempre en mi habitación. Le pregunté qué había cambiado, y se rio entre dientes.

—No lo sé. ¿Podría ser que ya hayamos pasado por esto? —meditó mientras me miraba a los ojos—. O quizá sea por el hombre con el que te vas a casar. Cuando veo la forma en la que se le iluminan los ojos al oír tu nombre, y cómo te cuida y te pone por encima de todo... No son muchas las cosas que lo sacan del despacho, ¿sabes? Lo has hecho bien, Nic. Es uno de los que valen la pena.

Sonreí, aunque se me llenaron de nuevo los ojos de lágrimas. ¡Mierda! Tenía que dejar de reaccionar así.

—Lo sé.

Se abrieron las puertas de la iglesia, y nuestros amigos se pusieron de pie a lo largo del pasillo, pero yo solo vi a Victor, que estaba jodidamente sexy de esmoquin. Victor, que no me miraba como si fuera el final de algo, sino más bien el comienzo de todo. Adoraba a ese hombre. Con toda mi alma. Al llegar junto a él y le estreché la mano a mi padre, sentí que el corazón me daba un vuelco. Eso era lo que se sentía al estar completo. Era como un cuento de hadas. Esa sensación... era mi objetivo vital. Ese momento.

Nos miramos durante largo rato, en silencio. Un momento lleno de infinitas posibilidades, sin saber qué nos deparaba el futuro juntos.

—Estás muy sexy —susurró mientras el sacerdote empezaba a officiar la misa.

—Y tú también —repuse.

Curvó los labios con seguridad patente.

—Lo sé.

Negué moviendo la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Ya has firmado los documentos, Nicole Reuben. Ahora no hay marcha atrás —me recordó con los ojos brillantes.

Parecía muy interesado en mencionarlo cada cinco minutos desde el día que fuimos al juzgado. Cuando cogí el formulario para el cambio de apellido y lo rellené, su expresión no tenía precio. No había utilizado el apellido de Gabe. En realidad me gustaba mucho el mío, me encantaba llamarme Alessi, pero sabía lo que significaba para Victor, y, cuanto más lo había pensado, más me parecía que Nicole Reuben sonaba muy bien.

—Ni se me ocurriría —dije.
—¿Ni siquiera aunque fuera rico? —preguntó—. ¿O famoso?
—Ni hablar. Ya he pasado por eso, tropecé con esa piedra.
Se le oscurecieron los ojos.
—Yo rompí esa puta piedra.
—Victor... —siseé con una mirada intensa. Estábamos en la iglesia.
—Solo quiero decir que mi piedra es mejor —susurró, encogiéndose de hombros. Luego sonrió—. Y mucho más grande.

DOS AÑOS DESPUÉS...

—Estás sosteniendo al bebé boca abajo —avisé. Victor puso los ojos en blanco y lo giró deslucidamente mientras le lanzaba una mirada penetrante—. Espero que no sujetes así a nuestro bebé.

—Sé de sobra cómo coger en brazos a un bebé, Nicole. Me paso el día con críos.

Lo sabía, pero toda esta situación seguía poniéndome nerviosa. Quizá tenía miedo de mí misma y lo proyectaba sobre él, como de costumbre. Para empezar, ni siquiera sabía por qué nos habíamos apuntado a esa estúpida clase del método Lamaze. Victor se había tomado un día libre para acompañarme, ya que las plazas en las clases que se impartían en fin de semana se habían agotado enseguida. Era algo que hacía cada vez con más frecuencia: cogerse días libres. Cada vez que tenía cita con el médico, le decía a Corinne que lo apuntara en su agenda como una reunión porque se negaba a perderse nada.

—¿Por qué cojones permitimos que Oliver nos convenciera para asistir a estas estúpidas clases? —soltó Victor, arrancándome de mis pensamientos—. Empujas cuando te toque, y mientras respiras con normalidad.

—¿Y cómo sé cuándo se supone que tengo que respirar con normalidad? —pregunté con una sonrisa.

Le brillaron los ojos.

—Creo que sé un par de cosas sobre tu vagina.

La pareja que teníamos al lado giró la cabeza hacia nosotros. Si no fuera por mi enorme y dura barriga, que se interponía entre nosotros, me hubiera metido entre los brazos de Victor para desaparecer entre ellos. El instructor siguió andando y repartiendo folletos mientras hablaba en voz baja y

melódica. Miré a mi alrededor: todas las demás parejas estaban igual de confusas, pero intentaban mantener la calma. Estaba claro que Victor y yo no estábamos destinados a estar allí, con nuestros horarios agitados y nuestras peleas dialécticas, pero aquí nos encontrábamos, juntos.

—Me voy a acostar a tu lado y me voy a dormir —sugirió Victor, sentándose a mi lado—. Por lo menos podremos almorzar juntos.

—Sonreí.

—Almorzar juntos fue lo que nos metió en este lío.

—Me encanta este lío —aseguró buscando mis ojos con los suyos.

—¿Estás preparado para todo lo que esto acarreará? Para lo que, sin duda, será un desastre, es decir, juguetes por todas partes, babas, pañales y ropa sucia.

Su mirada se volvió más tierna.

—Preparadísimo.

El corazón se me detuvo cuando lo admitió, porque me miraba como si yo fuera su mundo, y lo era. Lo sabía porque me lo demostraba todos los días, regalándome chorradas que me hacían pensar en él, dándome masajes en los pies y sentándose a mi lado para ver programas que odiaba, pero que seguía porque sabía que me gustaban.

—Tenemos que ir esta noche a casa de Estelle. Hay una barbacoa. Y creo que quiere que Hazel sople las velas —me recordó. Sonreí cuando mencionó a la hija de Oliver y Estelle. Cumplía dos años y era la mezcla perfecta de sus padres: tan curiosa como su padre y tan creativa como su madre, aunque parecía que su creatividad se extendía por el momento a pintar en las paredes y nadie, salvo su madre, lo apreciaba.

—Jenson y Mia también irán con los niños —agregó él.

—¿No te parece una locura pensar que pronto asistiremos con nuestro propio hijo? —pregunté sonriente.

—Hijos —me corrigió con una mueca.

—Victor... —advertí. Desde que me había quedado embarazada, lo único de lo que él quería hablar era de cuántos niños más tendríamos. Yo no hacía más que recordarle que Evan todavía no había nacido y que había que darle tiempo al tiempo, pero él seguía insistiendo que quería tener una gran familia.

—Nicole... —me dijo, besándome en la comisura de la boca. Si no hubiéramos estado en esa maldita clase, me habría acercado más para profundizar el beso.

—Es el momento del masaje —susurré mientras apartaba los ojos de los suyos cuando vi a los demás detrás de sus mujeres embarazadas. Él se inclinó y hundió la cara en el hueco de mi cuello.

—Venga, vámonos a casa. Allí sí que te daré un masaje con final feliz.

Me reí.

—Ya tengo mi final feliz.

Y era cierto. Nos habíamos casado hacía dieciocho meses, delante de nuestros amigos y familias, sin la presencia de *paparazzi*, sin que nadie dijera tonterías sobre nuestra boda. Solo éramos Nicole y Victor. Mi madre se había quedado con nosotros en las semanas previas a la boda, y ver cómo forjaba un vínculo con Victor había hecho que me enamorara todavía más de él. Era un tipo arrogante, obstinado y obsesivo sobre mantener la casa ordenada, pero nada, absolutamente nada, era demasiado difícil para él cuando se trataba de mí. Y solo por eso, sabía que era la mujer más afortunada del mundo.

Me besó el cuello y me puso la mano sobre el vientre, donde Evan parecía darle patadas a un balón.

—Y yo también, cielo —aseguró, apretando los labios contra los míos.

NOTA DE LA AUTORA

¡Muchas gracias por leerlo!

Los personajes de esta serie siempre ocuparán un hueco en mi corazón. Han estado ahí para ayudarme cuando tenía que centrarme en las cosas más livianas de la vida y creer en el poder del amor, que siempre puede arrancarte de cualquier mierda en la que te hundas. ¡Espero que haya hecho lo mismo contigo!

Si puedes escribir una valoración, ¡te lo agradecería muchísimo!

Besos y abrazos.

Claire

AGRADECIMIENTOS

No voy a nombrar a todos los que debería porque publicar un libro es siempre trabajo de mucha gente, y mi gente es tan maravillosa y numerosa que me temo que me olvidaré de mencionar a alguien, como blogueros que comparten mis noticias, autores que me apoyan o lectores que continuamente les dicen a sus amigos que compren mis libros. Y ellos son los más importante, así que gracias, desde el fondo de mi corazón.

Para mis SQUAD, os quiero. #SQUADGOALS

Para mis chicas FYM, estaría perdida sin vosotras.

A mis mejores amigas y las increíbles personas que forman parte de mi grupo de Facebook, sois maravillosas.

Willow A., Jenn W., Rachel K., Yvette V., Tiffany C., Michelle K., Lisa C., Julie V., Clarissa L., Sandra C., Priscilla P., Jen G., Jessica S., Katie R., Bridget P., Toski C., Karinna B., Anabelle, Diana, Barbie, Mimi... ¡La lista es eterna! Sois lo mejor, y merecéis una medalla por aguantarme.

A todos y cada uno de los blogs que compartieron mi portada, que leyeron mis libros, que los revisaron y publicitaron, os lo agradezco más de lo que se puede decir con palabras.

TRSOR, gracias por organizar mis giras.

Sarah, de Okay Creations, gracias por soportar mi ansiedad y diseñar una de tus portadas más preciosas para mí.

Marion Making Manuscripts y Karen Lawson, ¡el dúo dinámico! Adoro a vuestros ojos.

Stacey Blake, eres una reina. Te quiero.

CONTENIDO EXTRA

SINOPSIS DE *CORAZONES QUE VUELVEN A LATIR*



Victor Reuben es el abogado matrimonialista más cotizado de Los Ángeles. Nicole Alessi, futura exmujer de la estrella de cine más famosa del momento, es su última cliente, además de la hija de su jefe. Ante un divorcio tan mediático, no hay cabida para problemas adicionales. Afortunadamente, ni abogado ni cliente tienen nada que ocultar... si no contamos con la sesión de sexo alucinante que compartieron...

Una vez...

Dos veces...

Tres veces...

Aunque eso fue hace mucho tiempo, y la ocasión de estar juntos se desvaneció... Si son capaces de dejar el pasado a un lado, todo saldrá bien. Pero si continúan devorándose con los ojos cada vez que se ven, las cosas se pueden complicar...

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

CLAIRE CONTRERAS Aparece periódicamente en la lista de *bestsellers* del *New York Times*. Sus novelas tratan desde suspense romántico hasta romance contemporáneo y son traducidas en la actualidad a siete idiomas diferentes.

Vive en Miami, Florida, con su marido, sus dos adorables hijos, tres bulldogs, y dos gatos callejeros que se niega a admitir que son suyos (aunque vivan en su porche, les haya puesto nombre y continúe dándoles de comer). Cuando no se encuentra escribiendo una nueva historia, normalmente está perdida en las páginas de otra...



www.clairecontrerasbooks.com

FB: @CCContrerasBooks

TW: @ClariCon

IG: clairecontreras



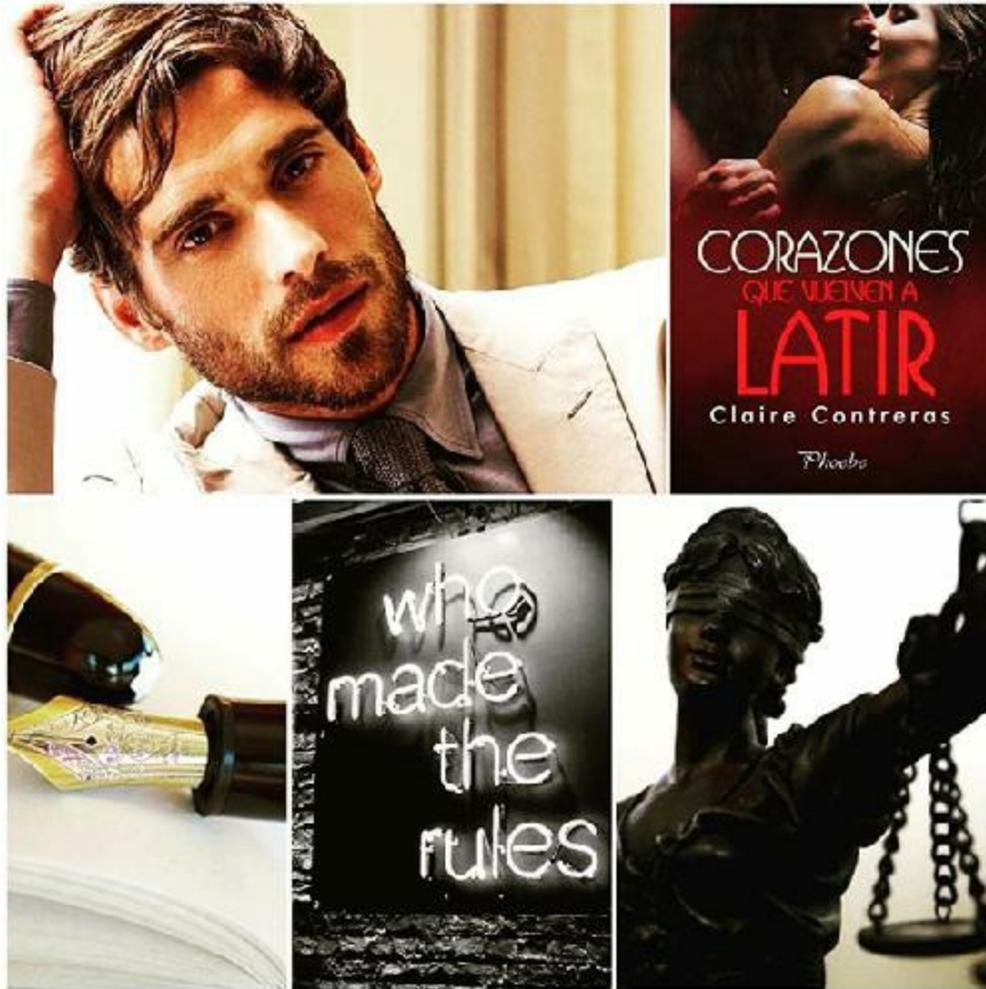
FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



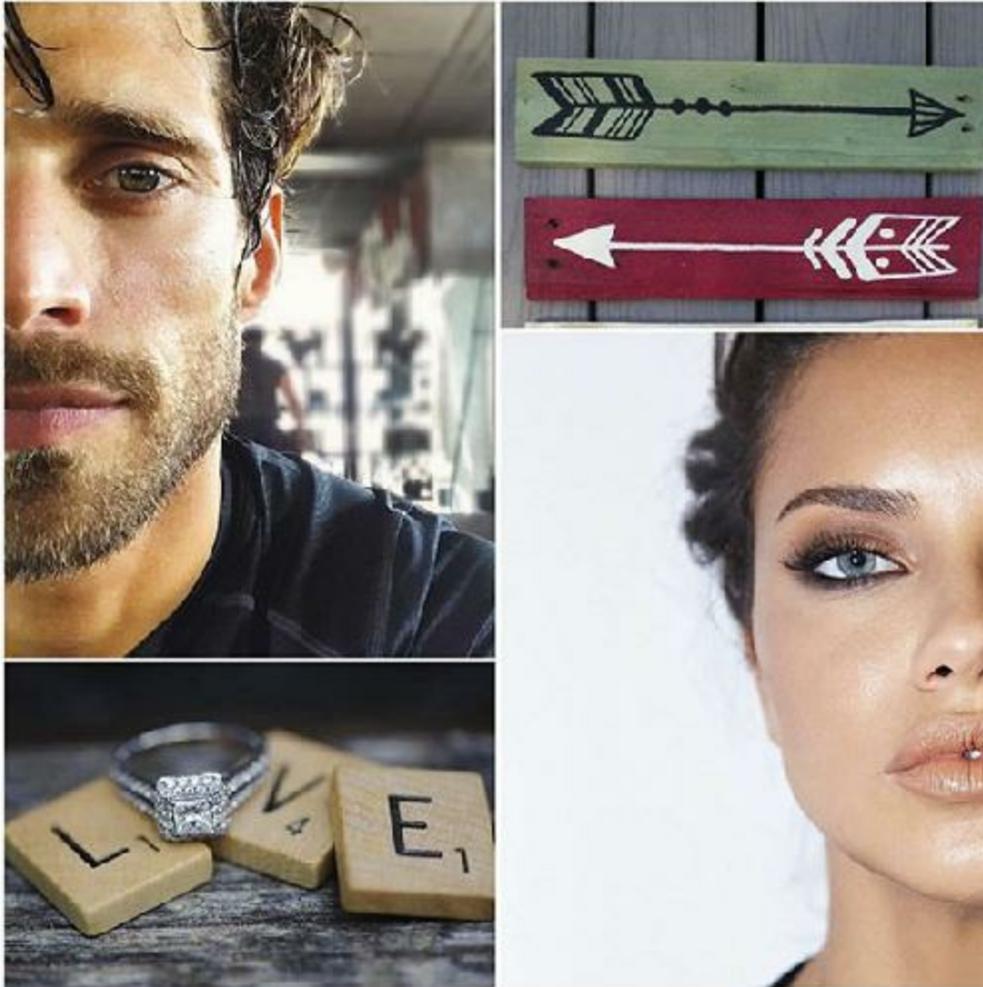
Mine .



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



FANPICS
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

